

*"Por primera vez en mi vida me sentía
yo mismo... Me sentía real."*

Cuando Fuimos Llamas en la Ceniza



CUANDO FUIMOS LLAMAS EN LA CENIZA

ELEN CHASE

SINOPSIS

“Por primera vez en mi vida me sentía yo mismo... Me sentía real.”

Francesco no cree en las segundas oportunidades. Cinco años después de que una ruptura horrorosa le partiera el corazón, está decidido a concentrarse en su carrera profesional sin dejar que nada ni nadie se interponga entre él y sus metas. Así que cuando su impredecible ex vuelve de pronto a su vida, su cerebro sabe que no debería esperar ningún cambio. ¿El problema? Que su corazón no quiere hacer ni caso.

Los sentimientos de Eric nunca han flaqueado. Francesco es, y siempre será, el gran amor de su vida. Pero en una relación no basta con quererse, y Eric es consciente de que, por mucho que le duela, ser la persona a la que Francesco quiere no significa que sea el hombre al que necesita.

Cuando la ciudad de Milán se viste de luces para recibir la Navidad, las vidas de Fra y Eric se entrelazan una vez más. La suya podría ser una historia preciosa sobre el amor, el odio a uno mismo y el valor de volver a confiarle tu corazón a alguien, pero... ¿Puede alguien entregarle su amor a otra persona si no sabe cómo perdonarse, o quererse, a sí mismo?

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora, y cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, o con cualquier hecho real es pura coincidencia.

Este libro está protegido por las leyes de derechos de autor de Italia. Cualquier reproducción o uso no autorizado del material o del arte en él está prohibida sin el permiso expreso por escrito de la autora.

Copyright © 2021 Elen Chase

Editado por Kate Mac

Traducido por Gee Rothvoss

Ilustración de la portada realizada por Elen Chase

Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

Para Sore y Mirko.

Prometo que no caeréis en el olvido.

PRIMER ACTO

“El corazón me dice que pronto nos veremos de nuevo.”Ciertó; el corazón está atento, y siempre tiene algo que decir sobre qué pasará. Pero ¿qué sabrá el corazón? Poco más de lo que ya ha ocurrido.

Alessandro Manzoni, The Betrothed

Francesco

Ser de Milán requiere algo más que haber nacido aquí. Es un estilo de vida. Es ser consciente de que eres parte de una ciudad cuyo corazón nunca deja de latir.

Ser de Milán significa despertarse antes de que suene la alarma por la mañana, llegar a la oficina tan pronto como puedas y hacer tu trabajo. Y eso es lo que mejor se nos da a los milaneses: asegurarnos de que las cosas queden hechas.

Mi primo y mejor amigo, Roberto, solía tomarme el pelo por ser el estereotipo andante de un adicto al trabajo, aunque yo nunca estuve de acuerdo. ¿Por qué dar lo mejor de ti mismo a fin de alcanzar tus objetivos, y los de la compañía para la que trabajas, debería parecerme algo terrible e inhumano?

Además de encantarme mi profesión como desarrollador informático, el trabajo me había salvado de perderme en mis pensamientos un sinfín de veces. Cuando mi carrera profesional pasó a primer plano, le dio a mi vida un propósito en el momento en que más lo necesitaba, después de que un fracaso amoroso destrozara mi mundo. No me importaba ser el primero en llegar a la oficina cada mañana, y el último en irse a casa al final del día. Tampoco tenía quejas respecto a tener que hacer horas extra que nadie me pagaba, o incluso sobre tener que estar disponible incluso cuando me iba de vacaciones.

«Mientras pueda mantener la mente ocupada...» solía pensar.

Hasta el día que llegué tarde.

Ocurrió aquella estúpida mañana de diciembre, cuando mi gato, Kimchi, me asestó un zarpazo en la cara después de pasarse la noche afilándose las uñas en mi sofá. Me dejó una herida tan profunda que no dejaba de sangrar, y aunque parte de mí pensaba que lavarme y cubrir el corte era una tremenda pérdida de tiempo, a la vez me daba pavor que se infectase.

Para cuando salí, ya era hora punta. Estaba observando la hilera interminable de coches atascados en el tráfico de Milán cuando, de pronto, se me paró el corazón.

Perder a Eric fue mi mayor fracaso, y no había nada de lo que me arrepintiera más en este mundo. No tenía ningún sentido encontrármelo sentado en un taxi delante de mi casa, a las ocho y media de la mañana, en el corazón de Milán. Pero no me cupo ninguna duda de que era él, y me bastó con verlo fugazmente a través de la ventanilla del copiloto del taxi para regresar al pasado de hacía seis años.

Notaba el cuerpo paralizado por la avalancha de recuerdos, de emociones desbordantes que debería haber dejado atrás hacía tiempo. Sí, Eric había sido mi mayor fracaso. Pero también había sido el amor de mi vida.

Me obligué a soltar aire entre dientes mientras reprimía las lágrimas que se agolpaban de pronto en mis ojos. Quieto sobre la acera, observé cómo pasaba ante mí el taxi lentamente, y de pronto entendí algo.

No, no se me había parado el corazón. Solo había vuelto a latir.



Recuerdos agridulces de Eric, junto con el asombro de haber vuelto a verlo y una curiosidad irrefrenable respecto a qué se le había perdido en Milán, me siguieron hasta el trabajo. Tuve que obligarme a no caer en la tentación de llamar a un amigo en común para preguntarle, porque me había jurado que no permitiría que mi pasado dictara mi presente. Después de que Eric fuera mi

gloria y mi ruina, la persona que fui a su lado se deshizo en cenizas.

Al entrar en nuestra oficina, diseñada con concepto abierto, me topé con las miradas de incredulidad de mis compañeros, que ya estaban sentados delante de sus respectivos monitores. Los ignoré, y me quité el abrigo para colgarlo sobre el respaldo de mi silla de oficina mientras encendía el ordenador.

Quería pensar en el trabajo.

Iba a pensar en el trabajo, y en nada más.

—¿Noche con final feliz? —me preguntó una voz conocida.

Elisabetta, Betta para los amigos, era la única persona de mi instituto con la que aún hablaba, y una verdadera explosión de energía y carisma contenida en un cuerpecito diminuto. Dejó un vaso de papel con café solo de la máquina sobre mi mesa, y luego le dio un sorbo a su propio *espresso* mientras jugaba con sus suaves mechones pelirrojos.

—¿Qué clase de demente me arañaría así la cara? Ha sido el monstruito naranja que vive en mi casa.

Betta soltó una risita mientras volvía a tomar asiento en su mesa, que estaba junto a la mía.

—Ya, me lo imaginaba. Tenía que ser hoy, cómo no.

Tras terminarme el café, me pasé el dorso de la mano por la frente para masajearme las sienes.

—¿Y eso? ¿Qué pasa hoy?

—El nuevo gestor de proyectos de la sede que tenemos en Reino Unido va a venir a presentarnos los encargos que nos han asignado para el año que viene. Al parecer, nos han concedido un proyectazo para desarrollar la app de un banco. ¿A que te mueres por saber a quién nombrarán responsable? —Me guiñó el ojo.

Yo me recosté en la silla.

—Bueno, creo que no hace falta ser muy listo. Me lo van a dar a mí.

—¿Cómo es que estás tan seguro? —me picó ella.

—Pues no sé, ¿igual porque soy el mejor desarrollador del equipo?

Aquello no impresionó a Betta en lo más mínimo.

—¿En serio piensas que eres el mejor?

Solté un resoplido.

—¿Cómo, si no, iba a haberme convertido en desarrollador *senior* con solo dos años trabajando para la empresa?

—Pues... —Mi amiga me cubrió el hombro con una mano, solemne—. No sé, ¿mandando tu vida social a la mierda y lamiéndole el culo a los de arriba?

—Qué graciosa. Mi estilo de vida no tiene nada de malo.

—Lo que mejor te venga para dormir por las noches —bostezó ella—. ¿Vas a venir mañana al concierto de Dana?

—Pues claro. ¿Ves? Mi vida social está perfectamente.

Ella alzó el mentón.

—Corazón, no estoy muy segura de que el festival de talentos escolar de una niña de cinco años cuente como un planazo para el sábado noche de cualquier soltero gay de veintiséis años. ¡Pero oye, me parece perfecto que vengas! Luego nos iremos a tomar unas pizzas, ¿te apetece?

Respiré hondo.

—Sí, siempre y cuando no me volváis a torturar con Frozen.

—No te preocupes, que hay otras tantas películas de Disney con las que mi pequeña gremlin está obsesionada.

—Perfecto, entonces. —Sonreí a mi amiga, porque de verdad tenía ganas de pasar con ella, y con

mi ahijada, la noche del sábado.

De repente, el sutil ruido de la puerta automática de cristal que daba acceso a nuestra oficina me distrajo. Durante la jornada, los líderes del equipo iban a enseñarle la oficina a nuestro nuevo gestor de proyectos, que venía de la sede de la empresa en Reino Unido.

Me di la vuelta, y un escalofrío me recorrió la espalda al reconocer el rostro familiar que caminaba junto a mi supervisor.

Todo puesto de trabajo te enseña que aparentar confianza es esencial para sobrevivir en el mundo laboral. Hay a quienes les exige un gran esfuerzo, porque significa mejorar su autodiálogo interno, hacer cursillos de desarrollo personal y echarse litros de desodorante. Por su parte, a otras personas la confianza les resulta tan natural como respirar.

¿Este hombre, sin embargo? *Era* la confianza personificada. Cuando se puso a saludarnos a todos, fue imposible ignorar su seguridad en sí mismo, su respeto hacia todos los que le rodeábamos y su presencia de líder. Su metro ochenta y nueve de altura no resultaba intimidante, ni tampoco su intensa mirada oscura. Al saludarnos, curvaba los labios en una sonrisa deslumbrante y perfecta, cuya blancura contrastaba de forma exquisita con su tez morena.

Pero cuando sus ojos se posaron en mí, sentí que me ahogaba en sus densos ojos negros. La sonrisa perfecta se convirtió lentamente en algo distinto que no supe identificar, quizá porque estaba ocupado mirándolo fijamente, con la boca abierta de par en par, e intentando adivinar qué se le estaba pasando por la cabeza. Traté de buscar alguna pista en sus ojos almendrados, en la curva de sus gruesas cejas oscuras, en sus pómulos marcados y hasta en la pendiente recta de su nariz. No me atrevía a bajar la mirada a su cuerpo, y en su lugar clavé la mirada en sus delgados labios mientras en mi cabeza se desataba el caos.

«Eric está en Milán.»

«Eric está en mi oficina..»

«Eric va a ser mi nuevo supervisor.»

«Eric me está mirando.»

Me pregunté si había alguna posibilidad, por remota que fuese, de que no me hubiera reconocido. Habían pasado seis años desde que nos conocimos, y cinco y medio desde que rompimos. A lo mejor había olvidado lo nuestro. Lo cual sería conveniente, porque yo ya estaba tardando en hacer lo mismo. Tenía que olvidarme del sabor de nuestro primer beso, de la firmeza de sus músculos tonificados bajo mis dedos, de la calidez de su boca. La misma que me estaba bebiendo con los ojos. La misma que había besado tantas veces mientras lo atraía hacia mí..., y la misma que me había besado, y saboreado, todo el cuerpo.

—Fra, ¿estás bien? —susurró Betta. Solo fui vagamente consciente de que me estaba sujetando la muñeca con la mano.

Me giré hacia ella al notar un punzante sabor amargo en la boca, y cuando intenté respirar noté un ramalazo de dolor. De forma instintiva, me cubrí la nariz y la boca con la mano, y noté cómo algo cálido me manchaba la piel.

—¡Ay, Dios, que estás sangrando!

Cuando Betta puso el grito en el cielo, toda la oficina se giró para mirarme fijamente, y mientras me ardía la cara me dije, por primera vez en mi vida, que ojalá aquel día hubiera decidido quedarme en casa.

Eric

una pregunta

q significa q a tu ex le sangre la nariz al verte x primera vez en cinco años??

Le envié el mensaje por WhatsApp a mi amigo Kim durante la pausa para comer, sintiéndome todavía bastante confuso respecto a lo que había ocurrido por la mañana.

Sí, claro que sabía que Fra vivía en Milán y trabajaba como desarrollador. Pero de ahí a adivinar que me lo iba a encontrar no solo en mi empresa y departamento, sino en el equipo que me habían encargado liderar para nuestro nuevo proyecto... Como que no.

Me llené la boca de sabrosos *tortellini al ragù*, y fingí que me importaba lo que fuera que el tal Emilio estaba diciendo sobre no sé qué presupuestos, desde luego irrelevantes, mientras seguía dándole vueltas al encontronazo.

Los últimos cinco años habían cambiado a Fra. Evidentemente.

Había cogido algo de peso, lo cual era de agradecer teniendo en cuenta que a sus veintipocos estaba en un infrapeso bastante terrorífico, y su gesto parecía... Más serio, o quizá más maduro. Algo que no me sorprendía demasiado, porque Fra siempre había sido muy orgulloso. Cuando se sentía rechazado o humillado, hacía lo que fuera necesario para evitar que volvieran a hacerle daño. Era una de esas personas a las que la desgracia hace más duras, como había podido comprobar con mis propios ojos en el pasado.

La diferencia era que, hacía cinco años, yo era parte de su vida. Por aquel entonces daba igual que se mostrase frío y distante, porque en su corazón había un sitio reservado para mí que era el lugar más cálido del mundo.

Ahora, las cosas habían cambiado. Yo era un perfecto desconocido para él, y entre nosotros se erguían muros contruidos durante cinco largos años de contacto cero.

Me pregunté qué se suponía que debía hacer a continuación. ¿Fingir que no lo conocía? ¿Hablar con él solo del trabajo, e ignorar que volvía a tenerlo cerca?

Un zumbido del teléfono me hizo excusarme con Emilio y abrir WhatsApp.

Pues... Depende.

Le sangró la nariz en plan...?

Parpadeé unas pocas veces mientras miraba fijamente la pantalla. Casi podía oír la serena voz de Kim al leer el mensaje.

A decir verdad, éramos un dúo extraño. Kim era coreano, y yo, persa. Mientras que él tenía una corta estatura y unos rasgos delicados que le hacían parecer un *idol* de cualquier banda de K-pop, yo era un tipo iraní altísimo y de tez oscura. Cada vez que quedábamos, la gente se giraba para mirarnos fijamente, lo cual siempre me resultaba de lo más gracioso.

Hacía ocho años que nos habíamos conocido en Londres, allá por 2012. Él estaba de vacaciones, en una especie de Gran Tour europeo que debería haber puesto punto y final a su juventud, según me contó. En teoría, iba a empezar a trabajar en la empresa de sus padres, que

estaba en Seúl. Por mi parte, yo acababa de mudarme a Londres desde mi ciudad natal, París, sin un céntimo y sin ningún apoyo por parte de mi familia. Aquel profético día, Kim entró en el restaurante en el que yo trabajaba para preguntar cómo llegar a unos cuantos sitios, y yo le prometí hacer las veces de guía en cuanto terminase mi turno.

En principio, Kim quería ver el Castillo Windsor, pero al final terminamos yendo a pasar el día en los estudios de la Warner Bros.

Cuando terminó el día nos despedimos, pero una cosa llevó a la otra y, a lo largo de los ocho años que habían transcurrido desde entonces, Kim se había convertido en mi mejor amigo.

igual fue un sangrado de cabreo

o pq estaba cachondo

¿Cómo que porque estaba cachondo?

como en el anime

q a los personajes les sangra la nariz x verle las bragas a una chica

¿¿Te has quitado los pantalones en la oficina???

La respuesta de Kim estuvo a punto de hacer que me ahogase con los *tortellini*.

PUES CLARO Q NO

Vale, entonces probablemente no fuera por estar cachondo

alguna vez te han dicho q te tomas las cosas demasiado al pie de la letra??

NTR. Estoy bastante seguro de que fue por el enfado

????

Miré fijamente la conversación, esperando a que los tres puntitos dejaran de rebotar por la pantalla y en su lugar apareciese una respuesta.

Porque Betta acaba de llamarme para reprocharme el no haberle avisado de tu llegada

Como entenderás, no venía precisamente en son de paz

Dejé el teléfono sobre la mesa mientras observaba la otra punta del comedor, donde se habían sentado a comer Fra y su equipo. Me estaba dando la espalda, así que no tenía ni idea de qué cara estaría poniendo. Supuse que Kim tendría razón. Fra debía de estar enfadado conmigo, después de todo. Comprensible, considerando que rompí con él de la peor forma imaginable.

No tenía derecho a que me supiesen tan amargos los recuerdos, cuando yo fui quien le puso punto y final a nuestra relación.

Pero ¿cuántas veces había pensado en llamarle? Incluso sin nada que decir, solo para oír su voz... O solo para pedirle perdón.

Perdón por ser un cobarde.

Perdón por romperte el corazón.

De pronto, me di cuenta de una cosa.

Kim, tú sabías q Fra trabaja aquí??

Obviamente

y pq coño no me avisaste??

¿¡Por qué la gente en este país se enfada por no contarles cosas QUE NO

ME HAS

PUTO

PREGUNTADO!?

Suspiré. Kim tenía razón. Durante cinco años, me dediqué a cambiar de tema cada vez que se mencionaba a Fra, fingiendo que no me arrepentía de mi decisión.

Me consolaba pensar que Fra sentía algo al verme. Daba igual si era ira, deseo o cualquier otra cosa. Al menos se acordaba de mí... Pero lo más probable era que me estuviese montando una película, y que a Fra le importase un cuerno mi presencia.

Tampoco sería nada raro, o malo.

No era mío, ni volvería a serlo.

Kim, creo q sigo enamorado de él

Escribí el mensaje sin pensar, y me quedé mirando la pantalla un buen rato. Me acordé de la cara de Fra el día que terminamos. Con los preciosos ojos castaños anegados de lágrimas y las manos temblorosas aferrándose a mí, se le quebró la voz al decirme que no tenía por qué hacerle aquello.

No tenía por qué.
Pero lo hice. Le dejé, y ya no había vuelta atrás.
Así que borré mi mensaje, y en su lugar escribí otro muy distinto.

lo siento, Kim

da igual

Francesco

Si le contase a un extraño mi historia con Eric, seguro que pensaría que era un chiste malísimo, una alucinación, o las fantasías animadas de ayer y hoy de un adolescente que se sentía muy solo.

Algo que tampoco sería mentira, para ser sinceros. Sé que es un cliché como pocos, pero la adolescencia y los veintipocos, para mí, fueron una etapa en la que mi autoestima brilló por su ausencia. Tuvo bastante que ver el hecho de saber que nunca iba a ser el hijo que mis padres querían, o siquiera uno que pudiesen llegar a querer,

En casa nunca se mencionaba siquiera el amor. Mi padre era el típico *boomer* que se dedicaba a los negocios, fumaba puros y no tenía ni un solo tema de conversación que no fuese su trabajo. Ser presidente de una prestigiosa marca de hoteles era su prioridad máxima, con los líos de faldas pisándole los talones. No precisamente con la mujer con la que se había casado.

Mamá y papá habían llegado a un acuerdo. Papá quería una familia que pasear en sus eventos sociales, y mamá quería una vida de lujo en Milán. Por absurdo que pareciera, pese a las infidelidades, las mentiras y las peleas ocasionales, su relación funcionaba. Y, por supuesto, yo era el accesorio perfecto para mis padres. Mamá no perdía ocasión de disfrazarme con ropa tan cara como fea para presumir delante de sus amigas, y papá daba por hecho que le tomaría el relevo con el negocio.

Cuando cumplí los doce años, ya hablaba tres idiomas y dominaba el arte de pasar horas quieto como una estatua, enfundado en un traje, en cualquier evento soporífero o cóctel que tuvieran mis padres. Sabía cómo reír chistes que no entendía y devolver falsos cumplidos a gente que me daba exactamente igual, y a mis padres les encantaba.

Pero por mucho que adorasen la persona que fingía ser, no tenían ni idea de quién era en realidad, y tampoco les interesaba descubrirlo.

Les importaba tan poco su hijo que siempre me enviaban a pasar las vacaciones solo en un pueblecito costero del sur de Italia, con la familia por parte de mamá. Por suerte mis abuelos, tíos y tías siempre se alegraban de verme, y me trataban como si fuese su propio hijo. Por su parte, para mis primos yo era como un hermano.

Con quien mejor me llevaba era con mi primo Roberto. Además de tener mi edad, él también era gay, pero éramos como el día y la noche. En comparación con él, yo era soso y poquita cosa. Para empezar, mi piel era tan blanca que se ponía al rojo vivo por mucho que me rebozara en crema solar desde el primer día de verano. A eso se le sumaban ojos del color de la tripa de un sapo y un pelo que me tenía que lavar a diario para que no pareciese que me lo había lamido una vaca.

Oh, y por supuesto, una complexión normalucha que mi madre, fiel devota de las dietas como forma de vida, detestaba.

No sé si Rob se daba cuenta de cuánto envidiaba su bronceado perfecto, su cuerpo de infarto, sus músculos tonificados y sus deslumbrantes ojos verdes. Si lo sabía, nunca dijo nada. Aunque he de admitir que yo, demasiado orgulloso como para admitirlo, no hice jamás un solo comentario al respecto.

Para mí, Rob era alguien a quien admiraba pero a la vez envidiaba con locura. Pero como durante un tiempo tuve un pequeño enamoramiento que no le hubiera confesado ni bajo pena de muerte, nunca se me había dado bien decirle que no.

Mi cuento de hadas empezó el 19 de septiembre de 2014, con otra de las geniales ideas de Rob para las que siempre acababa por liarme. Fue el día que cumplí los veinte, y por fin me independicé de mis padres. Hacía dos semanas que el céntrico apartamento en Milán, a pocos minutos andando del casco histórico, estaba para entrar a vivir, pero Rob y Betta, con quienes iba a compartir piso, habían insistido en esperar a mi cumpleaños para celebrarlo con la mudanza.

—Hoy se bebe, gentuza de bien. Vamos a montar una fiesta —anunció mi primo por la mañana, una vez terminamos de deshacer la maleta con todo lo que se había traído de su pueblo cuando terminaron las vacaciones de verano.

Nos habíamos sentado en torno a la mesa de la cocina para tomarnos un refresco, que del susto eché por la nariz. En los ojos de Rob había un brillo travieso, que después de veinte años reconocí al instante. Ya había planeado hasta el último detalle, y mi única opción era decirle que sí.

—Ni de coña nos metes en casa una fiesta —replicó con calma Betta. Aquello me tranquilizó, porque si había alguien en el mundo capaz de rescatar el sentido común de Rob, era ella.

Conocí a Betta en el instituto, cuando aún era un adolescente tímido, torpe a nivel social y metido en lo más profundo del armario. Nunca podría agradecerle lo suficiente que fuera mi amiga durante aquellos horribles años. Sobre todo porque mi madre, que no sé de dónde se había sacado la idea de que Betta era mi novia, la odiaba con pasión, y tuve prohibido invitarla a casa durante años. Cosa que me dio igual, por otro lado, porque no tardé nada en aprender cómo ayudarla a colarse a escondidas en mi habitación para pasar la tarde viendo una película, o jugando a algún videojuego. Echando la vista atrás, la verdad es que la situación era bastante cómica.

Betta acababa de salir del baño enfundada en pantalones cortos de pijama, ocultos bajo una camiseta vieja y raída, mientras se desenredaba la melena pelirroja con un peine del tamaño de su cabeza.

—¡Pero es que hoy es el cumpleaños de Fra! —insistió Rob, como si no concibiera que en el mundo había gente a la que nos importaba un cuerno celebrar el cumpleaños. Tener cerca a un extrovertido como él me resultaba inquietante—. No se cumplen veinte años todos los días. Tenemos que celebrarlo.

Aparté la mirada para clavarla en las pantuflas de Betta.

—Vale, vamos a ver. Si de verdad queremos compartir piso los próximos años sin salir a tortas, creo que necesitamos unas cuantas normas básicas de convivencia —dije. Cuando se giraron para mirarme, señalé a Betta con el dedo—. Uno. Odio ver pelos por el suelo, así que vas a tener que hacer algo al respecto.

—Mucho pides tú —replicó Betta—. Soy mujer, pierdo mucho pelo. Asúmelo.

—Qué asco —intervino Rob.

—Por lo menos a mí me vuelve a crecer.

Aquello indignó a Rob.

—¿¡Perdona!? —Se cruzó de brazos—. Ni siquiera tenemos entradas, y nuestros padres tienen una melena que ya la quisieras tú.

—Sí, pero ¿cómo andan de pelo vuestros abuelos?

Rob se quedó mudo, y me miró como si acabase de ver un fantasma.

—Estamos jodidos —gimió, pasándose las manos por la melena oscura.

Por divertido que fuese ver cómo mi primo se volvía loco de preocupación por si perdía parte de su *sex appeal*, decidí ignorar aquella discusión sin sentido.

—Dos, nada de fiestas a menos que yo esté de acuerdo, porque para eso compré esta casa con mi dinero.

—Frena un poco, porque parte de la hipoteca sale de nuestro alquiler —bufó Rob.

—Uy, pues a mí me parece estupenda esa norma —comentó Betta.

—Cómo no. Sois el dúo más asocial que he visto en mi vida —se quejó mi primo.

Betta dio un par de golpecitos con el peine sobre la mesa de la cocina, y agarró a Rob por el cuello de la camiseta para tirar de él con una sonrisita que yo conocía bien.

—¿Tienes algún problema con nuestra forma de ser? Porque resulta que no solo soy asocial, sino también 5º dan de aikido.

Genial. Empezaba a resignarme a que nuestro primer día como compañeros de psio terminase con un *shihonage* sobre la mesita de café.

—No se trata de que tenga ningún problema al respecto —suspiró Rob—. Sino de que quiero que Fra empiece a conocer más gente, ¿vale?

—¿Perdón!? —Se me descajó la mandíbula de la impresión.

—Como lo oyes. Es hora de que empieces a ampliar tu círculo más allá de nosotros. ¿Quién sabe? A lo mejor hasta te echas novio de una vez.

—¡Amigo! —Betta lo soltó, y le dio unas palmaditas en el brazo—. Haber empezado por ahí, hombre. Monta todas las fiestas que quieras.

Parpadeé, sin terminar de asimilar la situación. Lo último que me esperaba era que se aliasen en mi contra.

—¿Y tú por qué quieres encontrarme pareja, traidora asquerosa?

Betta se acercó a la nevera para coger una botella de té frío.

—Dímelo tú. No soy yo la que, cuando se emborracha, empieza a llorar porque va a morir virgen y solo.

En silencio, supliqué que me tragara la tierra.

—Gracias por compartirlo con la clase.

—A mí también me lo dijiste —se rió Rob—, pero creí que te acordabas.

—¿Podemos dejar el tema? —pregunté.

—¿Podemos organizar una fiesta? —rebatí Rob.

Suspiré mientras observaba las dos caras esperanzadas del par de imbéciles a los que más quería en el mundo. Betta y Rob eran la única razón por la que había sobrevivido a la adolescencia, y les debía bastante más que una simple fiesta.

—Que sí, que vale —me rendí—. Pero os prohíbo que le digáis a nadie que es mi cumpleaños, ¿entendido? Ni tartas, ni cancioncitas ridículas, ni felicitaciones incómodas de perfectos desconocidos. Ni strippers, Rob, que te conozco.

Por toda respuesta, Rob y Betta me ofrecieron dos enormes sonrisas que me hicieron alegrarme de haberles dicho que sí.

Unas horas después me alegró aún más.

Porque unas horas después conocí a Eric.

Eric

Si le contase a un extraño mi historia con Francesco, seguro que la vería como una prueba irrefutable de que el destino existe, y a veces la vida es justa.

Siendo alguien que creía a pies juntillas en el destino, yo no era capaz de sacarme de la cabeza la convicción de que, desde el principio, nuestras vidas estaban destinadas a entrelazarse. Porque, si no, ¿por qué había decidido irme a Milán? Ni siquiera en lo relacionado con el proyecto del que me habían nombrado responsable. ¿Por qué me dio por elegir Milán cuando nos conocimos, hacía seis años?

No sé qué fue lo que me atrajo de aquella ciudad. No me hacían especial ilusión la moda, los coches de lujo ni los grandes negocios. Tampoco me importaban la vibrante noche milanese, los eventos culturales o los museos. Pero cuando tuve la oportunidad de mudarme tres meses a una de las ciudades europeas hermanadas con mi universidad para desarrollar un proyecto, no tuve ninguna duda. Mi instinto me dijo que era la decisión correcta, así que le hice caso. Después de todo, jamás me había fallado.

—Espera, ¿cómo que no has vuelto a Italia por mí? —se ofendió Kim cuando se lo expliqué, pulverizándose sobre la cara no sé qué spray para la barrera de yo qué sé qué historias de la piel. Lo hizo con toda la calma, como si no estuviéramos como sardinas en lata en el metro de Milán.

Nadie habría adivinado, viendo lo pancho que estaba Kim, que en aquel momento estábamos apretujados dentro de un vagón a reventar de turistas sudorosos y gente que volvía a casa de trabajar. Una chica que había conseguido sentarse cerca de nosotros, por suerte para ella, nos miró con curiosidad. Cosa habitual, por otro lado, cada vez que la gente nos veía a Kim y a mí.

—Por mucho que me alegre de verte, no. De hecho, se me había medio olvidado que vives en Milán —admití. Cualquiera otra persona se habría ofendido al oír aquello, pero a Kim incluso la sinceridad más brutal le resbalaba.

Nuestra amistad nació de otra de mis corazonadas. Cuando vino al restaurante en el que estaba dejándome explotar para pedir indicaciones, lo más fácil hubiera sido decirle cómo llegar a donde quería y punto, pero decidí pegarme a él como una lapa. Por mucho que a Kim le pareciese poco más que una anécdota graciosa, para mí conocerlo fue obra del destino. La vida decidió darme el amigo más tocapelotas, irritante, insultantemente grosero y ridículo de la historia.

—Cambiando de tema, la gente que celebra la fiesta de esta noche está buscando un compañero de piso más —continuó Kim—, y yo necesito encontrar una habitación para alquilar. No solo parece que el apartamento es grande, por lo menos en las fotos, está a solo cinco minutos andando de la academia. No tenemos que quedarnos toda la noche en la fiesta, pero sí que necesito que estemos el tiempo suficiente para que me haga una idea de qué tipo de personas son.

Parpadeé un par de veces, estupefacto.

—¿Por qué no les llamas y vas a ver la casa mañana?

Kim resopló, y le echó un vistazo rápido a sus notificaciones.

—Todo el mundo intenta dar una buena impresión cuando quieren venderte algo. No puedes fiarte de las visitas concertadas. Solo ves cómo son en realidad si les pillas desprevenidos.

—Estás como una regadera.

—Fue a hablar de putas la tacones, don Destino —se burló. Luego decidió mirar por la ventana en silencio.

Aunque llevaba puestos los auriculares, yo sabía que no estaba escuchando nada. Se los ponía para dejarle muy claro a la gente que quisiera charlar con él que no estaba de humor. Así que supe que me hablaba a mí cuando añadió, en voz baja:

—Me gusta más pensar que elegimos nuestro propio destino, en lugar de ser peones movidos por la providencia. De nada por el toque de realidad.

Abrí la boca para defenderme, pero las palabras murieron en mis labios. Cualesquiera que fuesen los recuerdos desagradables que Kim había resucitado con aquel comentario, no eran el lugar ni el momento para discutir el tema. Por eso, me limité a sonreír con suficiencia.

—Vale, digamos que decido pasar de esa cutrada de fiesta...

—¿Pero y a ti quién te ha mentado? Me la suda lo que quieras, tú vienes y punto.

Hizo un puchero, como si fuese un bebé, y me entró un ataque de risa al verlo.

Cuando llegamos al apartamento, me sorprendió para bien. La fiesta era bastante menos cutre de lo que me había imaginado. No había ningún borracho incordiando, y la gente parecía estar pasárselo bien charlando y bailando. Kim no tardó más que unos segundos en encontrar al anfitrión, Rob, que nos saludó y se ofreció a enseñarnos la casa.

Por un momento pensé que debíamos de habernos confundido de piso, y haber acabado en el set de rodaje de una película, porque el tío era demasiado guapo para ser real. Si todos los estereotipos sobre el sex appeal italiano se condensaran en un cuerpo humano, tendrían el aspecto de Roberto.

Aunque por un momento me tentó la idea de comentárselo a Kim para echarnos unas risas, mi amigo parecía bastante contento con la casa y con el hecho de que sus posibles futuros compañeros de piso parecían ser bastante decentes. Dudaba que se hubiera percatado de lo bueno que estaba Rob, y no quise interrumpir su momento de agente inmobiliario amateur.

Dejé a Kim hablando con su nuevo amigo para dirigirme a la cocina, guiado por el vaivén de una animada charla que parecía estar teniendo el grupito de gente congregado en ella. Pese a que la conversación me pareció interesante, y ya estaba pensando en cómo intervenir, me quedé sin palabras cuando entré.

Al otro lado de la isla de la cocina había otro hombre de infarto haciendo cócteles para los invitados. Di gracias al universo por ser tan alto que no tenía problema viéndolo al otro lado del mar de gente que nos separaba, porque no podía dejar de mirarlo.

No tenía un encanto tan fulminante como el de Rob, pero había algo en él que me atraía como un imán. Quizás fuese lo hábil que parecía, y la elegancia de sus movimientos al mezclar bebidas. Pese a la distancia, noté que tenía unas manos preciosas. Su piel tenía aspecto de estar muy suave, y sus uñas parecían cuidadas. No como las mías, que dejaban constancia de mis años trabajando en la cocina de innumerables restaurantes de comida rápida. Pero lo que más me cautivó fue su forma de sonreír con bondad para luego apartar la mirada, que evidenció que no tenía ni idea de lo fascinante que resultaba.

Perdí la noción del tiempo mientras lo miraba, pero una vez todo el mundo tuvo una bebida en mano, el hombre levantó por fin la cabeza y se pasó los dedos por el pelo castaño, que resultó tener reflejos dorados. En ese momento, su mirada se encontró con la mía. Tras un vistazo rápido a su alrededor para comprobar que en efecto, solo podía estar mirándolo a él, dijo algo en italiano.

Me acerqué.

—Perdón, no hablo italiano.

Él me miró de reojo antes de coger dos vasos del lavaplatos.

—No hay problema. Siempre y cuando hables inglés, español o francés, me apañó.

—Inglés, entonces —respondí.

—¿Te apetece algo de beber? —preguntó, rompiendo el silencio.

—¿Cuál es tu bebida estrella?

Le dediqué *la* sonrisa que siempre usaba para tantear el terreno, y esperé a ver su reacción. ¿Le echaría hacia atrás? ¿Me devolvería la sonrisa? Para mi sorpresa, ni lo uno ni lo otro; se limitó a apartar la mirada para coger una botella de Prosecco de la nevera. Vertió un chorro en los vasos, mezclándolo con Aperol y agua con gas, y lo terminó añadiendo unos hielos y una rodaja de naranja.

—El cóctel italiano por excelencia: el Spritz. —Me ofreció uno de los vasos.

—¿Trabajas en esto? —le pregunté, tomando un sorbo. A juzgar por lo cuidadas que tenía las manos, era muy poco probable que fuese así, pero pregunté igualmente.

El cóctel estaba buenísimo.

Él sonrió y sacudió la cabeza, desviando la mirada.

—No. En verano echo una mano en el bar de mi pueblo, pero en realidad estudio ingeniería informática. Antes de que me lo preguntes, no, no arreglo ordenadores.

—Apuesto a que te lo preguntan mucho, pero no tanto como si ya has hackeado algún archivo confidencial del gobierno.

Mi atractivo barista levantó la mirada, sorprendido.

—Casi a diario. ¿Cómo lo sabes?

Chasquéé la lengua, y tomé otro sorbo.

—Estoy acabando ingeniería de telecomunicaciones, así que sé lo que se siente.

A juzgar por la cara que puso, aquello era lo último que se esperaba oír.

—¿Dónde estudias?

—En Londres —respondí—. Pero me han dado una beca para un proyecto.

Me miró durante un buen rato, pero no me importó. Encontraba reconfortantes sus cálidos ojos de color avellana.

—Así que eres inglés —dijo al final—. Perdóname, se me dan fatal los acentos.

—Nah. —Hice una pausa—. Soy francés.

—No pareces francés —respondió, y se calló en cuanto se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Ay, mierda, lo siento, no quería...

—No pasa nada —me apresuré a decir.

Se le pusieron las mejillas de color granate.

—Menuda gilipollez he dicho. —Con eso podría haber terminado la conversación, pero continuó hablando—. Lo siento muchísimo. Sigo trabajando en quitarme de encima los prejuicios racistas con los que me ha criado mi familia.

No pude evitar arquear las cejas, confuso.

—...Ah.

Por toda respuesta, comenzó a masajear las sienes con las yemas de los dedos.

—La estoy liando todavía más, ¿verdad?

Aquello me arrancó una risita.

—En efecto. Aunque me hace gracia, porque ni te inmutaste cuando pensaste que era inglés.

—Te pido perdón —insistió, carraspeando.

Volví a reírme.

—Mis padres nacieron en el sur de Irán, así que tengo unos rasgos muy mediterráneos. Pero nací y me crié en París.

No me importaba contárselo, pero estaba claro que a él le mortificaba que un extraño tuviera que explicarle la historia de su vida.

—Entonces, em... ¿Prefieres hablar en francés? —me preguntó.

—La verdad es que me da pereza. ¿Y tú?

—Dios, no —gimió—, mi nivel de francés es criminal.

Nos miramos a los ojos y nos reímos. Fue entonces cuando me di cuenta de que la fiesta, la casa y todo lo demás habían dejado de existir a mi alrededor. Lo único que me importaba era conocer mejor a aquel chico tímido con escasas habilidades sociales.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Francesco. ¿Y tú?

—Éric. Pero llámame Eric.

Francesco

El día después de mi vigésimo cumpleaños me despertó el repiqueteo de la llovizna otoñal contra mi ventana. Me notaba descansado y cómodo, señal inequívoca de que me había permitido remolonear unas horas. Hundí el rostro en la almohada, dándole gracias a la vida por no compartir habitación con Rob. Si hubiera llegado a verme sonriendo como un estúpido, y encima me hubiera sonsacado que se debía a un tío al que había conocido en su fiesta, se habría pasado el resto de nuestras vidas restregándomelo.

A nivel racional, sabía que estaba emocionándome por una tontería. Vale, sí, alguien había sido lo suficientemente amable para pasarse toda la noche charlando y bebiendo conmigo. ¿Qué quería, un premio? Pero es que Eric, además, me había sonreído mucho, y eso contaba como ligar, ¿no?

Se me escapó una risita contra la almohada mientras trataba de no dejarme llevar. No era nada del otro mundo, y ni siquiera nos habíamos dado el número de teléfono o añadido en Facebook. Por saber, no sabía ni cuál era su apellido.

Con eso y con todo, tuve que admitir que había sido increíble ser el centro de atención para otra persona por una noche.

Había algo en el lenguaje corporal de Eric que me desataba en el estómago un huracán de mariposas. Me había mirado como si..., como si yo le atrajese físicamente tanto como él a mí, lo cual me chocaba. No estaba acostumbrado a pensar en que alguien pudiera mirarme con deseo. Tanto la obsesión de mi madre con la delgadez como mi complejo de inferioridad al compararme con Rob habían hecho que me obligase a ir al gimnasio desde hacía varios años, pero me costaba mantenerme tonificado. Así que, en definitiva, era muy consciente de que a nivel físico yo no era nada del otro mundo.

Pero Eric parecía haberse fijado en mí. En *mí*, por descabellado que sonase.

Me costaba creer que hubiese pasado toda la fiesta charlando conmigo teniendo la opción de tirarle la caña a Rob. Le habría salido redondo, porque por aquel entonces mi primo se tiraba a cualquiera.

¿Quizás aún hubiera esperanza para mi vida amorosa?

Ignoré la incómoda voccecita, sospechosamente parecida a la de mi padre, que canturreaba en mi cabeza que quién me iba a querer si yo no valía ni cinco minutos del tiempo de nadie. Con un resoplido, me miré en el espejo.

No había hecho nada malo, me dije, por pasármelo bien una noche. Me había asegurado de mostrarme seguro de mí mismo y *normal*. Había sido amable con toda la gente que se había pasado por la fiesta, y no había dicho nada raro. Salvo... Ay, mierda, lo de que Eric no parecía francés. Igual por eso no me había pedido el número, y joder, pues al final sí que la había cagado sin remedio.

Al darme cuenta de aquello, no pude evitar sonreír con amargura mientras me apartaba del espejo. La insólita felicidad desbordante que había sentido hasta ese instante pinchó como un globo, dejándome a solas con la familiar sensación de ser un bicho raro.

Tomé aire y traté de distanciarme de aquel sentimiento. Me dije que, aunque nada fuera a cambiar en mi vida, no pasaba nada. No me pasaba nada.

Salí de la habitación en dirección a la cocina, y ver a Eric desayunando con Betta en la mesa de la cocina casi me provoca un infarto.

—¿Me pasas el azúcar? —le estaba preguntando en aquel momento.

—Claro, toma.

Tras endulzar su café con una cucharadita, Eric le devolvió el azucarero.

—Gracias, bombón.

—De nada, corazón —masculló Betta, mojando una galleta en su cappuccino. De pronto se quedó quieta como una estatua—. Oye, un momento. ¿Y tú quién coño eres?

—Te ha costado, ¿eh?

—Se llama Eric —intervine—. Su amigo se marchó de la fiesta sin avisar, así que le dije que podía dormir en el sofá.

Pero no me había esperado que siguiese aquí por la mañana, así que me sorprendía tanto como a Betta... Aunque no para mal.

Cuando Betta suspiró aliviada, Eric se giró para mirarme, y me regaló una sonrisa que me dejó las rodillas temblando. Sus ojos me estaban robando el aliento, así que aparté la mirada.

—*Buongiorno*. —Su voz hizo que me dieran escalofríos.

—No creía que fuese posible, pero tu nivel de italiano es todavía peor que el mío de francés —respondí, tomando aire antes de mirarlo de nuevo.

—Considerando lo que me hiciste sufrir anoche intentando hablarlo, debes de tener unos huevos de acero para decir algo así.

Durante unos segundos, se hizo el silencio en el apartamento, aunque la forma en que me miraba hacía que me rugiese la sangre en los oídos. Volví a sentir la emoción de la noche anterior. Eric estaba delante de mí, pero fuera de mi alcance, y aunque no supiese qué estaría pensando, sí me resultaba evidente qué era lo que quería.

A mí. Me quería a *mí*. ¿No?

Tragué saliva, y clavé la mirada en las baldosas del suelo.

—Creo que me he perdido algo —dijo Betta despacio, mirándonos con suspicacia.

A la velocidad de la luz, Eric le dedicó una sonrisa y cambió el tema.

—El amigo con el que vine, Kim, ha oído que estabais buscando un compañero de piso. ¿Seguís interesados en ello?

—Hombre, claro, ya se lo dije ayer —interrumpió Rob, que acababa de aparecer de la nada junto a mí. Apoyó una mano sobre mi hombro—. Que este mamón es mi primo, pero a la hora de cobrar el alquiler no conoce a nadie.

No pude evitar suspirar con alivio, gracias en parte al consuelo que me daba tener a Rob al lado.

—Cuéntale eso a mi hipoteca —dije, notándome algo más calmado—. Que oye, si tu sueño es alquilar algo más barato, yo no voy a suplicarte que te quedes.

—Nah, aunque confieso que no me importaría compartir habitación un tiempo en algún cuchitril para ver lo que se siente. —Se giró hacia Eric—. Bueno, ¿entonces a Kim le interesa mudarse a vivir aquí? Porque anoche no dijo ni media palabra al respecto.

Con una risa, Eric sacudió la cabeza.

—Ya, se pone muy rarito con según qué cosas. Pero sí, creo que le habéis gustado. Mientras se servía una taza de café, Rob se encogió de hombros.

—De lujo. Luego le escribo.

—Bueno, gente. —Se puso en pie—. Gracias por el desayuno, y por la fiesta.

No me esperaba que se marchase tan pronto. Noté que se me caía el alma a los pies al darme cuenta de que se acabó. Eric se marchaba.

Pero yo no quería que se fuese todavía.

—¿Te has traído paraguas? —pregunté, intentando que no me temblara la voz.

—Sí, lo dejé aquí anoche... —La palabra se quedó en el aire cuando, al mirar hacia la entrada, vio un paraguero vacío—. Vaya. No tengo paraguas, no.

Con gesto de disculpa, Betta alzó las manos.

—Se lo debe de haber llevado alguien sin querer —señaló—. Como anoche se puso a diluviar...

—Puedes coger prestado el mío —intervine, con una motivación de todo menos altruista. Lo que quería era tener una excusa para ver de nuevo a Eric.

—Gracias, pero no me importa comprar otro —respondió—. Al venir me fijé que los vendían en la estación de metro.

—Vale, deja que te acompañe. —Me di cuenta de lo desesperado que sonaba eso en cuanto lo dije, y deseé que me tragase la tierra. Pero ni se iba a abrir un agujero en el suelo, ni podía retractarme a aquellas alturas—. Dame un minuto para cambiarme.

—Claro, sin problema. —La voz de Eric, tranquila y pausada, me hizo plantearme si su supuesto interés no sería más que una película que me había montado en la cabeza. Igual era majo con todo el mundo y ni estaba tirándome fichas, ni quería nada conmigo.

Evité mirar a Rob y Betta a los ojos cuando Eric y yo salimos del apartamento. Al volver fingiría que solo había sido amable, porque prefería beber lejía a dejar que me tuviesen lástima por fantasear con un tío al que yo no le debía de importar una mierda.

Fui incapaz de decirle una sola palabra durante el trayecto.

Siendo sábado por la mañana, la ciudad no se movía con el frenesí que reinaba entre semana, aunque el rugido de los coches que circulaban sobre el asfalto mojado interrumpían cada pocos segundos el tamborileo monótono de la lluvia sobre la acera. Cerca de nosotros había un supermercado del que no dejaba de entrar y salir gente. Me pregunté qué pensarían al vernos y, por qué no, qué pensaría el propio Eric de mí. Mi cerebro insistía en que seguramente no pensase nada específico, como tampoco lo hacía la enorme mayoría de la gente.

Tampoco era tan malo haber sido una cara sonriente más durante la fiesta. Llevaba tiempo esforzándome por lograr pasar desapercibido, al menos, en vez de ser el rarito de pie en una esquina que deseaba con todas sus fuerzas que se terminase la pesadilla. Debería sentirme orgulloso de mí mismo, en vez de estar de morros, pero...

—Oye, vas a acabar empapado.

La voz de Eric, dulce y grave, interrumpió mis pensamientos. Sentí una calidez muy agradable en el pecho porque solo podía estarse dirigiendo a mí. A fin de cuentas, yo era la única persona lo suficientemente cerca de él para oír lo que decía.

Le eché un vistazo fugaz para asegurarme de que él no se estuviera mojando.

—No pasa nada. —Ahí estaba mi lema, mi mantra, el título de mis desgracias. Era lo único que sabía decir en cualquier momento, me sintiera como me sintiese.

—Pero es que me estás sujetando el paraguas para que no me moje, y me sabe mal.

—En serio, no te preocupes.

—Pues acércate más —dijo, casi susurrando—. Solo si quieres, claro.

Me detuve de golpe y clavé la mirada en el suelo, preguntándome qué debía hacer. Aferré con fuerza el mango del paraguas.

—Oye. —La voz de Eric sonó tan cálida como antes—. Escucha, no quiero hacerte sentir incómodo ni nada, así que no hace falta que me acompañes hasta el metro, ¿vale? Gracias por todo, Fra.

Y, sin más que añadir, se alejó de mí caminando bajo la lluvia.



No creía posible volver a sentir tanta rabia y decepción hacia mí mismo como aquel día, pero seis años y un corazón hecho pedazos después, volvía a las andadas. ¿Por qué me hacía esto? Desde luego, no me había pasado cinco años trabajando en mí mismo sin descanso para que con una mirada él los borrara de un plumazo.

El chico inseguro al que Eric dejó hecho un mar de lágrimas ya no existía. Me había asegurado de ello, así que ¿qué demonios me pasaba ahora?

—Quizá deberías fichar e irte a casa. —Con los labios apretados y los brazos cruzados sobre el pecho, Betta me miró con intensidad. Por toda respuesta, apoyé la frente contra la máquina de vending que teníamos en la sala de descansos, a la que me planteé pegarle un puñetazo durante un fugaz instante.

—No pasa nada —gruñí, con los dientes apretados.

Me frustré aún más al constatar que sonó a que era mentira, cuando no debería. A mí no me debería pasar nada solo por ver a mi ex. ¿Qué sentido tenía sentirme hecho polvo? Me habían dado un puesto en un proyecto importantísimo. Durante la reunión de la mañana, Eric y nuestro líder de equipo habían dejado claro que el desarrollo de la aplicación quedaba en manos de mi equipo, así que como desarrollador senior me tocaba diseñar y desarrollar la mayoría del backend.

Era una oportunidad de oro para seguirme desarrollando como profesional, así que ni de coña iba a permitir que se echase a perder por Eric. El trabajo nunca me había fallado y, desde luego, nunca me había roto el corazón.

—Estás poniendo esa cara. No me gusta —refunfuñó Betta.

—¿Qué cara?

—Esa cara. La de gilipollas arrogante que, por cierto, es igualita a la de tu padre.

—¿Perdona? —La fulminé con la mirada. De todo lo que podría haberme dicho, eso era con diferencia lo peor—. Corazón, si tanto te molesta mi cara, nadie te impide irte a tomar por culo.

—Genial, ahora también sueñas como él —insistió Betta, poniendo los ojos en blanco—. Pero creo que puedes hacerlo todavía mejor, ¿no? Él sería aún más retorcido. Tendrías que haber dicho algo así como, “Vaya, cuánto tiempo libre tiene la inútil que luego siempre tiene que suplicar que le amplíen los plazos de entrega” —sugirió, con una imitación espantosa de la voz ronca de fumador compulsivo de mi padre.

Resoplé mientras sacudía la cabeza.

—¿A ti qué te pasa en la cabeza?

Betta me cubrió el hombro con la mano, en un gesto de cariño que me pilló por sorpresa.

—No te pega nada dar rienda suelta a la rabia, Fra. Como no te gusta hacer daño a los demás, cuando te enfadas terminas haciéndote daño a ti mismo.

—Eso no es...

Me interrumpió el estruendoso tono de llamada de mi teléfono. Con un suspiro, me lo saqué del bolsillo, imaginándome toda clase de desgracias y catástrofes que podrían estar a punto de contarme. A juzgar por cómo me estaba yendo el día, no me habría sorprendido en absoluto que me estuviesen buscando los bomberos para informarme de que un incendio había calcinado mi casa. De ser así, seguro que era por culpa de Kimchi. Hubiese jurado, con la mano sobre la Biblia, que ese condenado gato tenía intención de terminar con mi vida más pronto que tarde.

Pero aquella tensión que me había agarrado el cuerpo desapareció al ver el nombre que aparecía en pantalla. Suspiré, cansado, mientras todos los músculos de mi cuerpo se

relajaban.

—Esa cara ya me va gustando más —apuntó Betta con una sonrisilla.

—Ay, cierra el pico. —Puse los ojos en blanco mientras cogía la llamada—. Hola, cariño.

Durante unos instantes, no obtuve respuesta, y me sonreí porque sabía que le había pillado por sorpresa que le saludase así. Tomarle el pelo a este chico se había convertido en uno de mis pasatiempos favoritos.

—¡Qué tal, Fra! Lo siento muchísimo, me acabo de acordar de que a estas horas sigues en el trabajo. —Oír a mi amigo James intentando no morir de vergüenza hizo que de pronto mi día fuese algo menos asqueroso. Había echado de menos hablar con él.

Nos habíamos conocido el verano anterior en el pueblo de mi primo, porque James y su familia habían decidido pasar allí las vacaciones. Tras unas semanas, tuvieron que volver a Estados Unidos, pero James no tardó en decidir que quería regresar a Italia para estudiar Filología Italiana en la universidad. Había aterrizado hacía una semana, el día después de Acción de Gracias.

—No pasa nada. De hecho, justo estaba tomándome un descanso —le aseguré. Al ver a Betta saludar con la mano, se lo hice saber a James—. Hola, de parte de Betta.

Aquello hizo reír a James.

—Así que Rob no exageraba cuando dijo que ibais juntos incluso al baño, ¿eh?

No pude evitar un gruñido de exasperación.

—No exageraba, no, porque directamente mentía. En fin, ¿qué? ¿Cómo va todo?

—¡Genial! Acabo de volver de solicitar mi visado de residencia en la oficina de extranjería. Estaba pensando en pedir sushi para cenar hoy, así que te llamaba por si te apetece venirte.

Vaya pregunta más tonta.

—¡Claro! ¿Necesitas que te lleve a casa? Trabajo bastante cerca de la oficina de extranjería, y saldríamos a las seis.

—Bueno, vale, pero solo si me dejas que invite yo al sushi.

Vaya cielo de chico. Es que no podía ser más adorable.

—Te mando la ubicación ahora. Escríbeme si te vuelves a perder, ¿vale?

Prácticamente oí cómo hacía un puchero.

—Oye, tú, que ya no me pierdo tan fácilmente —se quejó—. Pero te lo perdono porque me vas a llevar en coche a casa. Gracias, Fra. Ahora nos vemos.

Colgué, y al levantar la vista me encontré con la sonrisita inquietante que me estaba dedicando Betta.

—Mandua huevos, amigo, que haya hecho falta que se mude a Milán tu amor de verano para que salgas de trabajar a tu hora.

La miré atónito.

—¿En qué momento ha sido James mi amor de verano? Deja de inventarte cosas.

—Ah, claro, resulta que ahora tengo alucinaciones, ¿no? —Arqueó las cejas.

Decidí limitarme a no hacerle ni caso.

James y yo teníamos una conexión especial, sí, pero lo que sentía por él no tenía nada de romántico. James solo tenía diecinueve años, y era..., bueno, era como ver de nuevo al Fra que fui a esa edad. Cuando lo conocí aquel verano, me costó verlo como algo más que una versión joven de mí mismo. Era tímido, enseguida sentía ansiedad, no tenía ni idea de qué hacer con su vida, le daba pánico decepcionar a su familia. Pero en lo que más se parecía a mí era en que se enamoraba con la misma fiereza ciega con la que yo había querido a Eric.

Durante un tiempo sentí que era mi deber protegerlo, y evitar que sufriese el dolor atroz que yo sentí. Pero el amor de su vida era diferente a Eric.

Me distraje al ver que tenía un nuevo mensaje. Bajo la ubicación de la oficina que le había enviado a James nada más colgar, vi que me había respondido.

menuda semana tan estresante llevo

no sabes las ganas que tengo de que mañana nos quedemos en casa todo el día

y me hagas de todo mientras grito hasta quedarme sin voz <3

Me quedé mirando la pantalla fijamente unos instantes.

Cariño, creo que esos mensajes eran para mi primo

HOSTIAS, PERDÓN

Pero oye, que si quieres que te dé duro, no hay problema

Soy más de que me penetren, pero si es por ti me vuelvo versátil ;)

Uff qué ganas de que me atropelle

un camión en el siguiente semáforo <3 <3 <3

Aquello me provocó un ataque de risa tan brutal que me arqueé hacia delante, sosteniéndome el estómago porque me había empezado a doler. Cuando me tranquilicé un poco y levanté la cabeza, sin embargo, se me pasó de golpe la guasa, porque me encontré con los ojos oscuros de Eric. Me estaba observando, apoyado en el marco de la puerta.

La sonrisa desapareció de mi rostro al instante, y fruncí el ceño con tanta intensidad que me dolieron los músculos de la frente enseguida. Con un gesto ágil, volví a guardar el teléfono en el bolsillo de mis pantalones, y regresé a mi ordenador para seguir trabajando.

Eric

Siempre he sido de los que pillan las indirectas al vuelo. Cuando la madre de Juliette le prohibió jugar conmigo en el recreo durante la Primaria, y Juliette empezó a darme largas, supe que nuestra amistad era cosa del pasado. Cuando salí del armario con mi padre, y él me siseó que debería dejar de decir chorradas, supe que nunca me aceptaría. Cuando mi exnovio me dijo que nuestra relación era “tan bonita que prefería que fuese nuestro secreto”, supe que no estaba preparado para salir del armario, y que casi seguro que no iba a estarlo en un tiempo. Cuando le conté a mi familia que me iba a mudar a Londres solo tras terminar el instituto, no fui tan imbécil como para tener esperanzas de que me fuesen a apoyar.

Francesco era una extraña excepción a aquella norma, por lo que me confundía y me frustraba a partes iguales. Cuando hablé con él por primera vez, y le mostré *la* sonrisa de “hola, me pones”, no me la devolvió. Aunque se pasó toda la noche tirándome la caña, cada vez que yo intentaba ir un paso más allá me desviaba la mirada o cambiaba de tema.

Así que cuando se fue a dormir tras ofrecirme el sofá, supuse que no le interesaba. Por saber, no sabía ni siquiera si era gay. Igual seguía en el armario, o igual ya tenía pareja. Me supo mal al principio, pero terminé por decirme que tampoco era para tanto. A fin de cuentas, había pasado un buen rato charlando con un tío divertido, inteligente e interesante, así que con que fuese el principio de una buena amistad me daba por satisfecho.

Pero luego se empeñó en acompañarme hasta la estación de metro, y el choque entre la atracción que veía reflejado en sus ojos y el resto de su lenguaje corporal casi me deja una contusión. Verlo contenerse de esa forma me resultó muy familiar, porque me recordó a mi ex y su obsesión de llevarlo todo en secreto. Aunque no comprendía qué estaba pensando Francesco, o por qué, decidí hacer caso a mi instinto y dejarle su espacio.

Mientras me alejaba de él no pude evitar sentirme inquieto, como si estuviera dejándome algún cabo suelto. Aunque me estaba cayendo encima el diluvio universal, la lluvia no conseguía arrastrar consigo esa sensación de quedarme a medias.

—Espera. —Fra cerró el paraguas, se acercó a mí y me lo estampó contra el pecho—. Toma, llévate. No hace falta que me lo devuelvas.

Antes de que pudiera decir nada, o mirarlo siquiera, se dio la vuelta y poco le faltó para echar a correr. Pese a que no tenía ni idea de qué acababa de pasar, sí que estaba seguro de una cosa, y era de que mi instinto había patinado.

No sé por qué salí corriendo detrás de él. Supongo que porque lo necesitaba, para al menos entender el enigma que era Francesco.

—¡Fra, espera! ¿Qué haces? —pregunté cuando lo alcancé. Acababa de meterse en un callejón desierto junto a un restaurante chino, que a aquellas horas indecentes de la mañana todavía no había abierto.

—Nada que te importe.

—Vale, a ver, está claro que no nos hemos entendido.

Aunque por fin se detuvo, Fra no me miró a los ojos.

—Lo siento. Olvídame, ¿vale?

—No, no vale. No quiero olvidarme de ti.

—¿Por qué?

Al fin, Fra me miró. Le temblaban los labios, pero no hacía falta ser un lince para ver

que, otra vez, estaba conteniéndose para no decir cómo se sentía en realidad. Durante unos segundos que se me hicieron eternos, lo único que oíamos era el repiqueteo de la lluvia contra los adoquines de la acera, que de cuando en cuando silenciaba el rugido de un coche al bajar por la calle principal. Del pelo húmedo de Fra caían gotitas de lluvia, que resbalaban por su piel de porcelana lentamente.

¿Que por qué? En una situación así de surrealista, solo había una explicación para lo tranquilo que yo seguía.

—Porque me has gustado —respondí—. Y creo que igual yo a ti también, pero por Dios, dímelo si no es así para que pueda dejar de hacer el ridículo.

Fra contuvo el aliento, tragando saliva.

—A mí también me has gustado —musitó, para el cuello de su camisa.

Abrió la boca pero la cerró casi de inmediato, con lo que me di cuenta de que había algo más que quería decir. Esta vez me limité a esperar a que se sintiese listo para decirme lo que fuera que estuviese pensando.

Mereció la pena esperar.

—Me gustaría besarte —susurró—. Si... Si te parece bien.

Noté una punzada de ternura en el corazón, cosa que nunca antes me había pasado. Y, antes de darme cuenta, lo estaba besando.



Pronto me di cuenta de que Francesco tenía el poder de acelerarme el corazón cada vez que me besaba; pero la magia que sentía cuando estaba con él era mucho más que eso. Me fascinaban cada mirada y gesto suyos, pero a lo que no podía resistirme era a su sonrisa.

La sonrisa de Fra siempre me había parecido preciosa. Sonreía con todo el rostro, y cuando lo hacía, le salían hoyuelos. Pero mi parte favorita era cómo le brillaba la mirada. Los ojos color avellana de Fra cambiaban levemente en función de la iluminación, o de las estaciones; a veces parecían verdosos, otros días dorados, en ocasiones marrones..., y yo no me cansaba de buscarlos para descubrir nuevos colores en ellos. Aquella tarde gris de diciembre, seis años después de nuestro primer beso, eran del tono de la hojarasca que alfombraba la acera. Deseé poderme acercar para observarlos mejor, pero el afán de Fra por evitar mirarme durante el día hizo que optase por mantener las distancias. Casi seguro que me odiaba, e incluso aunque no fuese así, ni de coña me podía haber perdonado.

Por eso me pilló desprevenido el tener el privilegio de volver a verlo sonreír, de volver a escuchar su risa, que... Dios mío. Cuando entré en la sala de descansos para caer en la tentación de tomarme el tercer café del día y me lo encontré riéndose a carcajadas, sentí que me derretía por dentro.

Me detuve junto a la puerta, sin querer cortarle el rollo y decidido a disfrutar de aquel momento lo máximo posible. Como era de esperar, en cuanto se tranquilizó lo suficiente para alzar la mirada y me vio, la sonrisa se esfumó. Fra pasó por mi lado para regresar a su escritorio, dejándome inmerso en un debate interno. ¿Y si intentaba hablar con él otra vez? Una parte de mí muy egoísta se moría de ganas. Quería hablar con él, y quería memorizarlo de los pies a la cabeza. Su piel clara, sus labios escarlata, la forma en que el pelo revuelto le caía sobre la frente, el cuerpo tonificado que su camisa no lograba ocultar ni disimular.

Me sonaba haber oído a alguien decir en algún momento que no hay sentimiento más poderoso que la nostalgia, y ¿la verdad? Cuánta razón. Me moría por volver atrás en el tiempo,

aunque fuera solo un momento, a los días que pasamos juntos..., los días en que Fra era mío, y yo era suyo. Pero daba igual cuánto desease aquello, porque también tenía que tener en cuenta los sentimientos de Fra. Todas las señales que me estaba dando gritaban, “DÉJAME EN PAZ”, y yo era de los que sabía captar las indirectas.

Pero una vocecita en mi cabeza repetía, una y otra vez, que con él mi intuición no solía acertar. Después de todo, ya malinterpreté sus señales cuando nos conocimos, así que cabía la posibilidad de que estuviese equivocado también en esta ocasión.

La duda continuó atormentándome hasta que mi buen propósito de mantenerme a una distancia prudencial se fue a la mierda una hora después, cuando el ascensor me dejó en la planta baja y al otro lado de las puertas de cristal vi a Fra hablando con Betta y con un chico que no me sonaba de nada. El chico estaba muy cerca de él, Fra estaba sonriendo de nuevo, y la escena me desató un Armagedón en el estómago.

No ayudaba el hecho de que el chaval tuviese pinta de haber salido de una película musical de Disney con aquel rostro delicado, aquellos grandes ojos azules y unos labios rojos de aspecto suave. Por si fuese poco, llevaba un corte de pelo que le quedaba de escándalo, con los lados más cortos y la parte de arriba algo más larga. Se había peinado las perfectas ondas rubias con gomina. El chaval estaba de infarto, y de inmediato pensé que seguramente fuese modelo. Después de todo, Milán es la capital de la moda, así que era más que plausible.

Me encontré temiendo que fuese un menor de edad que se había fugado de casa e intentaba aprovecharse de la amabilidad de Fra para sus propios fines egoístas. Sí, a lo mejor me estaba pasando un poco, pero pronto me pudo la necesidad de entender mejor la situación. Con paso firme, me dirigí a la salida del edificio, donde estaban charlando.

—¿Qué hay? —dije, interrumpiendo su conversación. No terminé de entender lo que decían, pero habían estado hablando en inglés. El chico tenía acento estadounidense.

Al verme, Fra puso la misma cara de espanto que si hubiera visto un fantasma. Por su parte, Betta me lanzó una mirada asesina.

—Hola, *jefe* —dijo, con evidente desdén—. ¿Qué demonios quieres?

—Betta, para —musitó Fra en voz baja. Luego me miró—. ¿Necesitas algo?

Se había quedado muy quieto, con el cuerpo rígido bajo el anorak. Su expresión se había tornado despiadada, y casi me dolió ver sus labios fruncidos. Negué con la cabeza.

—No, yo... Bueno, solo quería saludar. Me imaginaba que no te apetecería hablar en la oficina.

—Imaginabas bien.

—Genial. —Asentí con la cabeza—. Yo... Me alegro de que vaya todo bien.

Con un resoplido, Betta puso los ojos en blanco.

—Eres un hipócrita de mierda, colega.

—Betta, basta ya. Por favor.

El chico rubio había permanecido en silencio durante toda la conversación, pero tras la última pulla de Betta le tocó el brazo a Fra. Cuando Fra giró la cabeza para mirarlo, el chico preguntó:

—Fra, ¿qué está pasando?

—Nada —dijo Fra. Ladeó la cabeza en mi dirección—. Este es Eric. Mi ex.

A juzgar por lo atónito que se quedó el chico, ya le habían hablado de mí.

—Encantado de conocerte —dije.

El chico carraspeó.

—Perdona, yo me...

—Este es James —le interrumpió Fra. Hubo un silencio tan largo como incómodo—. Y es mi novio.

No lo iba a admitir ni aunque me apuntasen con una pistola, pero en aquel momento sentí que me moría por dentro.

Francesco

El otoño de 2014 fue uno de los momentos más felices de mi vida. Mi día a día, que hasta aquel momento había consistido en un cóctel de vergüenza, decepción y un sinfín de inseguridades, dio un giro repentino para convertirse en algo alegre y esperanzador. No lograba ponerle nombre a aquellos sentimientos, pero me hacían sentirme vivo. Mi yo racional no dejaba de buscar una explicación lógica para lo que me estaba pasando.

—¿Sabías que besarte con alguien hace que tu cerebro libere endorfinas y otras hormonas que ayudan a la gente a desarrollar una conexión emocional?

Eric levantó la mirada de su portátil, y se giró para dirigirme una sonrisa pícaro.

—No, pero fíjate que no me suena que eso venga en el temario de Estructura de Computadores que te entra en el examen.

Decidí ignorar el comentario.

—Es pura química, así que no es culpa mía, ¿no? —insistí—. Quiero decir, que no es raro, ¿o sí? Tras cerrar el portátil y dejarlo sobre la mesita de café, Eric cruzó las piernas sobre el sofá y abrió los brazos. No me había movido tan rápido en mi vida, y dos segundos después estaba en sus brazos mientras nos dábamos un beso lento y maravilloso, que me hizo olvidar de golpe el frío de aquella tarde de septiembre.

—Así que crees que besarme es raro, ¿eh? —susurró contra mis labios.

—No. Lo que me preocupaba era lo de tener ganas de hacerlo todo el tiempo —le corregí, antes de volver a atraerlo hacia mí.

Estaba tan absorto en el beso que apenas oí cómo se abría la puerta principal.

—Joder, venga ya —se quejó Betta en cuanto entró en casa—. Fra, que tienes un dormitorio, tío. El salón es una zona común. ¿Me quieres explicar cómo voy a relajarme con una serie si estáis vosotros dos metiéndoo la lengua hasta la garganta en el sofá?

—Chica, qué sensible eres. A mí me da bastante igual —terció la voz de... ¿Kim?

Eric y yo intercambiamos una mirada fugaz antes de darnos la vuelta. Sentado a la mesa que había detrás del sofá, Kim estaba comiendo un bol de arroz con kimchi con toda la tranquilidad del mundo.

—Tío, ¿cuánto tiempo llevas ahí? —le preguntó Eric.

No pude evitar una risita.

—Tío —susurré. Eric me clavó un dedo en el costado, haciéndome reír.

Betta miró su reloj de pulsera.

—Son las cinco y media —señaló.

Por toda respuesta, Kim la miró con indiferencia.

—¿Y?

Ella se limitó a mirarlo fijamente durante un buen rato.

—¿En serio? No sé, ¿que por eso nuestra casa apesta a ajo todos los días a partir de las seis de la tarde?

—El kimchi, que por cierto es un tipo de repollo, es un antibiótico natural, y nunca caigo enfermo gracias a que lo tomo a menudo. Deberíais darle una oportunidad.

—Vale, pero ¿es imprescindible que lo comas todos los días? —insistió ella.

—¿Me lo dices tú, que comes pasta todos los días?

—Ya, la cosa es que hay distintos tipos de pasta.

—¡Qué coincidencia! ¡También hay distintos tipos de kimchi!

—Ahí no le falta razón —señalé, ganándome una mirada venenosa por parte de Betta. Hora de batirse en retirada—. Pero vaya, que el salón es todo tuyo porque Eric y yo nos vamos a mi habitación.

—Una idea espléndida —suspiró ella—. A las siete y media cenamos, ¿vale?

Me limité a asentir, poniendo rumbo a mi habitación. Eric me siguió en silencio, y en cuanto cerré la puerta tras él me aprisionó contra la madera y, por fin, volvió a besarme. Saboreé el momento mientras me entregaba a sus labios, disfrutando de la dulzura de su boca y del escalofrío de expectación que me produjeron las caricias de su lengua contra la mía. Los besos de Eric me hacían sentir querido y deseado, que era lo más increíble que jamás había experimentado. Por un momento me olvidé de todas mis inseguridades, y cuando el beso se tornó aún más intenso, me permití tocar a Eric. Con cuidado, le rocé el cuello con los dedos, y luego bajé las manos a su pecho, sintiéndolo moverse cada vez más deprisa a medida que se le aceleraba la respiración.

Tenía unas ganas enloquecedoras de sentir su piel bajo mis dedos, pero me aterraba la idea de hacer algo mal.

—Lo siento —susurré, apartándolo lentamente.

—Oye —musitó él, acunándome la barbilla con los dedos para que le mirase a los ojos—. ¿Qué ocurre? He..., ¿he hecho algo con lo que no te sientes cómodo?

Se me cayó el alma a los pies.

—¿¡Qué!? No, yo... No. Eres perfecto.

Eric soltó una risita antes de darme un pico rápido. Entrelazó sus dedos con los míos para tirar de mí en dirección a la cama. Yo me preparé para que volviera a besarme, pero se limitó a sentarse al borde del colchón sin soltarme la mano.

—No te gusta que esté en tu habitación, ¿no? —me preguntó.

Una llamarada me caldeó las mejillas, secándome la boca.

—¿Por qué dices eso? —logré preguntar.

—Es solo que, cuando estoy aquí, pareces muy tenso, y solamente venimos a tu cuarto cuando las circunstancias te obligan.

Me esforcé por tragarme el nudo que se me había formado en la garganta, y decidí que era hora de confesar.

—Vale, eso es cierto. Pero no significa que no me guste que estés aquí..., de hecho, el problema es el contrario.

Se le escapó una carcajada silenciosa, y al ver sus delgados labios curvarse en una sonrisa me entraron unas ganas insoportables de volverlo a besar.

—Justifique su respuesta —me pidió.

—Estar a solas contigo es..., increíble —admití—, pero también me aterra.

Eric abrió la boca, pero la volvió a cerrar de inmediato.

—¿Piensas que voy a hacerte algo sin tu consentimiento? —preguntó al final.

—¡No, por Dios! —exclamé—. Es solo que no... No quiero decepcionarte. —Al ver la confusión en su rostro, me obligué a continuar—. Soy virgen.

Al decirlo, me entraron ganas de enterrarme vivo lo más lejos posible, allí donde da la vuelta el viento, para dejarme morir en silencio y agonía.

Contra todo pronóstico, Eric no pareció sorprenderse.

—A ver, eso ya me lo imaginaba.

Se me calentó la cara de la vergüenza de tal modo que, por un momento, pensé que me iba a

empezar a salir humo por las orejas.

—¿Tan evidente es?

Eric me ofreció una sonrisa de disculpa.

—No. Era una corazonada.

—¡Venga ya! Por lo menos sé sincero.

—Bueno, vale, sí que es bastante obvio.

Me dejé caer de espaldas sobre el colchón, estirando un brazo para coger la almohada y cubrirme la cara con ella.

—Oye. —Eric intentó apartar la almohada, pero yo la aferré con fuerza. Entonces decidió optar por ponerme una mano sobre el pecho, haciéndome gimotear—. Fra, no sé con quién te estás comparando, pero para. La virginidad es un constructo social estúpido. Tu vida sexual no te define, así que ¿qué más da si nunca lo has hecho? Quizás no estabas preparado, quizás no encontraste a la persona adecuada o a lo mejor es que no te apetecía y punto, pero ¿qué hay de malo en cualquiera de esos casos?

Volvió a intentar apartarme la almohada de la cara, y esa vez se lo permití.

—¿Quieres saber con cuánta gente me he acostado yo? —me preguntó.

Miré fijamente al techo un momento.

—No. Sí. No sé. ¿Quiero saberlo?

—Con una persona.

Se me desencajó la mandíbula de la sorpresa.

—Fue con mi ex-novio. Salimos durante unos meses, cuando yo tenía dieciocho años, pero ya está. Ahora tengo veintidós. —Hizo una pausa—. Hubo otra persona, hace un tiempo, pero nunca llegamos hasta el final. ¿A ti te parece que debería retorcerme de la vergüenza por ello?

Negué con la cabeza, y por fin reuní el valor para ser totalmente sincero con él.

—Claro que no, pero yo no... No he hecho *nada*.

—¿Nada?

—Nada de nada, no.

—¿Ni una mamada, ni una paja, ni tocamientos?

—Creo que eres la única persona sobre la Tierra que todavía usa esa palabra. Pero no, nada de eso.

—¿Te has liado con alguien?

Me mordí el labio.

—Me he besado con dos personas, así que dejando eso de lado, tú serías mi primera vez en absolutamente todo. Si..., bueno, si de verdad quisieras, claro.

Eric se inclinó sobre mí para darme cientos de besos en las mejillas y en la boca.

—Un momento. Entonces ¿soy tu primer novio?

—Espera, ¿eres mi *novio*?

Parpadeó un par de veces.

—Joder, esto promete.

Nos miramos a los ojos durante un largo momento para luego romper a reír. Rodeé su cuello con los brazos, buscando sus labios, y me di cuenta de que estaba tan enamorado que era como si flotase.



A partir de aquel momento, no fueron pocas las veces que pensé que mi amor por Eric me mataría. Al principio me daba miedo que mi corazón no fuera capaz de contener toda la felicidad

que sentía a su lado. Cuando me dejó, me aterraba pensar que no podría vivir sin él, y que cualquier día me moriría de un infarto.

Pero sobreviví. Por mucho que me doliera la ruptura, mi vida siguió. Me gradué de la universidad, salí con otras personas, pasé tiempo con mi familia en el sur y no dejé de lado a Betta cuando tuvo a su hija, Dana.

No logré volver a ser el mismo de antes, pero quizá fuese mejor así. Quizá era el resultado natural de madurar. Dejé atrás mis debilidades para convertirme en un adulto, tal y como mis padres siempre habían querido. Me transformé en un ganador, y estaba... Bien. Estaba perfectamente.

—Vale, para que yo me aclare. —Rob se masajeó las sienes, estresado—. ¿Así que le has dicho a Eric que estás saliendo con James?

Me tomé mi tiempo para masticar mi sushi, más que nada con el fin de evitar algo que, a todas luces, era una pregunta retórica. Ya era la tercera vez que Rob lo repetía. Me serví una tercera copa de vino que empecé a beberme de inmediato, agradeciendo el leve embotamiento mental que me produjo. Cuando llevaba media copa, de pronto recordé que después de la cena tenía que volver en coche a casa, y dejé de beber.

—Amor, ¿me pasas la salsa de soja? —le preguntó James a Rob entre rollitos de tempura. Sin quitarme los ojos de encima, Rob le pasó la botellita.

Miré a James, que engullía como si no hubiera comido en dos días.

—¿Pero dónde metes toda esa comida? —Tras decirlo, me di cuenta de que era algo que diría mi madre, lo cual me hizo sentirme fatal.

Él se limitó a devolverme una mirada inocente.

—Desde que aterricé en Italia, consumo mucha energía. —Me vino a la mente el mensaje de antes, y probablemente a James también, porque se le puso la cara de un tono de rojo que solo había visto en los dibujos animados—. Será el jet-lag, claro —masculló, y enseguida se llenó la boca con más sushi.

—Fra, que no me ignores —se quejó mi primo. Llevaba un buen rato sin tocar su comida, lo cual era indicador de que estaba *bastante* molesto. Esta vez, sin duda, era por mi culpa, y en cuanto me di cuenta suspiré por los nervios.

—Sí, se lo he dicho —dije—. Lo siento, y también me he disculpado con James.

—Confirmando que lo ha hecho —me secundó James, bañando un par de rollitos de aguacate en mayonesa. La expresión de Rob se suavizó y yo suspiré, aliviado por haber salido de la zona de peligro máximo. Pero James no había terminado de hablar, al parecer—. Pero de verdad, Rob, no me importa.

Los ojos verdes de Rob saltaron del rostro de James a mí a la velocidad de la luz.

—¿Debería preocuparme toda esta historia? —me susurró.

Tuve que contener una carcajada. Mi primo había llegado a ser famoso en el distrito gay de Milán por ser un casanova sin rastro de vergüenza cuando estábamos en la universidad, pero aquí estaba, enamorado hasta la médula de un chico al que conocía desde hacía menos de seis meses. Sin embargo, yo entendía a la perfección lo especial que era su relación. Era algo para toda la vida..., como lo que tuvimos Eric y yo. Aquello me hizo bajarme el resto de la copa de vino de un trago, tras lo cual le ofrecí una sonrisa a mi primo mientras negaba con la cabeza.

—¿Estás bien? —me preguntó Rob, esta vez en serio.

Se me atascó el nigiri en el esófago, y la agradable sensación de estar flotando que me había dado el vino se me agrió en la boca. Antes de darme cuenta, ya me había servido otra copa. Qué tontería, claro que estaba bien. Me había molestado un poco la presencia de Eric en la

oficina aquella mañana, pero no iba a tener mayor repercusión. Fuera cual fuese la fuerza misteriosa que me pedía a gritos salir corriendo a casa para llorar hasta quedarme dormido con la discografía de Adele de fondo, me negaba a ceder.

—Estoy bien —repliqué, quizá demasiado rápido—. He crecido mucho como persona desde lo que pasó en Londres. Sí, vale, igual no he tenido ninguna relación digna de mención después de Eric, pero tengo un trabajo estable en el que me va de miedo. —Se me escapó otra risita sarcástica—. Aunque también está el hecho de que ahora Eric es mi jefe, así que supongo que hasta en los estudios le ha ido mejor que a mí.

Rob sacudió la cabeza.

—Fra, no tiene sentido que te compares con él.

—Que por cierto, coge el imbécil y me suelta, “Me alegro de que vaya todo bien”. ¿Me explicas a qué ha venido eso? ¿Qué pasa, que esperaba que me echara a sus pies y le suplicase que volviera conmigo?

En algún rincón de mi mente conservaba un último reducto de lucidez, que estaba retorciéndose de vergüenza viendo cómo desvariaba, pero no podía parar. No sabía de dónde salía todo aquello, pero no podía dejar de hablar.

Una mano me tocó el brazo con delicadeza.

—¿Cuántas copas llevas, Fra?

Los ojos azules de James, dulces y honestos, hicieron que la culpa me comiese vivo por dentro.

—Siento haberte metido en este follón —susurré—. Es solo que... No quería que Eric viese que soy un fracasado.

No pude decir nada más, porque se me hizo un nudo en la garganta. Con la visión borrosa, sentí cómo una lágrima silenciosa de dolor me resbalaba por la mejilla.

Si mi padre me viera en ese momento, diría que tendría que darme vergüenza llorar por un hombre que me abandonó y, para más inri, hacerlo delante de otras personas. Pero por suerte mi padre no estaba en el restaurante, y esta no era la primera vez que Rob me veía llorar.

Antes de que me diera cuenta, mi primo había arrastrado su silla hasta mi lado, y en cuanto noté la forma familiar de su mano en mi nuca mi cuerpo se puso en piloto automático. Dejé caer la cabeza sobre su hombro, y toda frustración y decepción que llevaba tiempo acumulando explotó en forma de llanto histérico.

Empecé a sollozar tan fuerte que mi cuerpo no paraba de convulsionar, e intentar calmarme era una batalla perdida. Mis pensamientos se deshicieron en un engrudo borroso, y lo único que no se desdibujó en la neblina mental fueron los ojos oscuros de Eric, mirándome.

Sigo enamorado de ti.

Apreté los puños con tanta fuerza que se me quedaron los nudillos blancos. Llegados a aquel punto, no debería seguir enamorado de él. El amor se nos había acabado hacía mucho tiempo, sin que fuese decisión mía. Y durante años me había convencido de que lo odiaba por ello, pero como me había dicho Betta, yo no era capaz de odiar a nadie que no fuera yo mismo. Igual solo me odiaba por ser incapaz de odiar a Eric. Igual solo odiaba estar atascado en el pasado, sintiéndome tan desgraciado como el día que me dejó.

Eric había sido la luz que iluminaba mi vida, y ahora sin él solo quedaba vacío. Un vacío que había intentado llenar con sexo sin compromiso, con miles de líneas de código de programación y con felicidad ajena que intentaba sentir como mía. Pero no tenía nada que fuera realmente mío. Porque se lo di todo a Eric, y él me dejó sin nada.



Lo primero que se me ocurrió cuando recuperé la consciencia fue que tenía la almohada mojada. La segunda, que no era *mi* almohada. Levanté la cabeza despacio, anticipando el dolor pulsante que iba a empezar a atravesarme la cabeza, pero para mi sorpresa me sentía... Bien. De hecho, me sentía muy ligero, y casi se podría decir que vacío.

El salón de Rob estaba a oscuras, con la única iluminación de las luces de colores que adornaban su árbol de Navidad y el débil brillo azulado de la televisión. Le eché una ojeada a la pantalla, y vi un episodio de Sherlock, la serie de la BBC, con subtítulos y sin sonido. En el otro sofá, al lado de este en el que me acababa de despertar, estaba Rob sentado mientras veía el capítulo. Acurrucado junto a él estaba James, durmiendo como un bebé.

—Mala serie para poner sin sonido —susurré, con cuidado de no despertar a James—. Quiero decir, te estás negando el placer de escuchar la voz de Cumberbatch.

—¡Aleluya, resucitó! —dijo Rob, sin intentar siquiera disimular su tono irónico—. ¿Ya estamos más sobrios?

Solté un gemido, cubriéndome los hombros con la manta con la que Rob y James me habían tapado.

—Mierda —me quejé, notando un escalofrío.

—No sé si es un ‘mierda’ de los de ‘mierda, voy a vomitar’, pero en ese caso, haz el favor de ir al cuarto de baño.

—Me he olvidado del gato —musité, y de inmediato volví a sentir ganas de llorar. Normal que hasta mi gato me odiase, si era un dueño horrible.

Con un suspiro, Rob me pasó su teléfono. En la pantalla aparecía Dana, con una sonrisa de oreja a oreja y un Kimchi con cara de funeral vestido de elfo.

—Le pedí a Betta que se lo quedase por esta noche. Ni de coña te vas a poner al volante, en este estado.

—Gracias —logré decir, con voz rota.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado?

—He tenido un mal día, nada más —murmuré.

—Esto no es solo un mal día, Fra. Llevamos cinco años así, y no puedes pasarte la vida valorándote en función de lo que *tú* crees que Eric pensaría de ti.

Notaba la garganta ronca. ¿Cómo podía costarme tanto respirar?

Rob bajó la mirada a James, y le apartó un rizo dorado de la frente.

—No tenía ni idea de lo profunda que era tu conexión con Eric. Aunque lo vi con mis propios ojos, no lograba entenderlo del todo, pero... Ahora que tengo a James, por fin lo entiendo. No voy a negar lo que tuvisteis como hace Betta, porque no creo que fuese mentira. Creo que Eric te quiso tanto como tú a él, Fra, pero a veces las cosas no funcionan sin que sea culpa de nadie. Así que deja de culparte, y deja de sentir celos de él, porque no eres menos que Eric. Eres un hombre de éxito, a tu manera. Eres muy inteligente, y eres un creído, y también más molesto que un grano en el culo...

—Joder, gracias por ver lo mejor de mí.

—...y eres una persona rica en amor. Yo te quiero, y te necesito.

Noté que el corazón se me desbocaba. No me esperaba nada de aquello, pero vi en el rostro de mi primo que iba totalmente en serio.

—Rob...

Las palabras murieron en mis labios. ¿Qué podía decir que fuese suficiente para responder a sentimientos tan honestos y vulnerables? No era ni la mitad de sincero conmigo mismo de lo que estaba siéndolo él.

Rob me ofreció una sonrisa que me hizo llorar otra vez.

—Eres mi gravedad. Eres lo que me mantiene anclado cada vez que floto a la deriva. ¿Envidias a Eric? ¿En *serio*? A mí me da lástima, porque dejó escapar a un hombre como tú. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano, y me obligué a devolverle la sonrisa.

—Creo que me acaban de dar flashbacks de cuando me gustabas.

Rob no pudo evitar una risita maliciosa.

—Así que por fin lo admites. ¡Lo sabía!

—Voy a negarlo hasta mi último aliento —susurré, cansado—. Creo que Eric también me quería, como has dicho.

Volví a pensar en nuestro primer beso, y en nuestra primera vez. El brillo que le iluminaba los ojos no fue mentira, y para mi sorpresa, sonreí al recordarlo.

—Es impulsivo —continué—. Se enamoró de mí en un arrebato, y me olvidó de la misma forma. Nuestros sentimientos tenían la fuerza de una llama y, al final... Nos redujeron a cenizas.

PRIMER ACTO.— Fin

SEGUNDO ACTO

*Nunca me he sentido tan vivo
como cuando estoy enamorado,
pese a que el resto del mundo
esté muerto para mí.*

Giacomo Leopardi, "Zibaldone di pensieri"

Eric

Aquel viernes por la noche, volví a mi hotel con un humor de perros. Fra había pasado página, como era razonable tras cinco años, y ahora estaba viendo a otro. Lo cual, por supuesto, no tenía nada de malo. No había ninguna razón para que me sintiese celoso cinco años después de terminar lo nuestro.

Porque, además, para ser sinceros... Aquel chaval era adorable; casi tanto como Fra. Hacían una pareja monísima.

Ya en mi habitación, me serví una cerveza de la mini-nevera y abrí las cortinas para bebérmela mientras observaba las luces de Navidad a mis pies desde el balcón. Pero, sorpresa, la ventana estaba cerrada con llave. Frustrado, decidí contárselo a Kim.

He oído que algunos hoteles lo hacen

para evitar que la gente se tire por la ventana

Su respuesta me hizo fruncir el ceño.

ese es el método d prevención del suicidio

más estúpido q he oído en mi vida

Como si cerrar una ventana con llave le fuese a salvar la vida a una persona decidida a morir... Aunque igual sí que ayudaba. Tampoco era ningún experto, pero a lo mejor encontrarse el cerrojo echado podía ser, para algunas personas, una señal para no hacerlo. Eso suponiendo que creyesen en señales, claro.

Me acordé de la vez que hablé de esto con Fra, hacía ya años, cuando vivíamos juntos en Londres. Una noche me confesó que, durante su adolescencia, había tenido ideaciones suicidas.

—Me asustaba demasiado intentarlo —me había explicado—, pero pensaba en ello muy a menudo. Sé que probablemente te acojone oírme decir esto, pero la idea de que todas las cosas que me hacían tanto daño pudiesen desaparecer de golpe era..., en fin, supongo que era reconfortante.

Fra no sabía el terror que sentí al oírle decir aquello. No solo no lo comprendía, sino que tampoco tenía interés en poderlo entender.

Todo lo que tuviera que ver con la muerte me agobiaba. Perdí a mi madre, que durante toda mi vida había sido mi mejor amiga y aliada incondicional, a los dieciocho. El dolor de aquella pérdida me había quebrado a tantos niveles que la simple idea de que alguien pudiese elegir morir sobre seguir viviendo me daba náuseas.

Recordarlo me hizo revolverme en mi asiento, incómodo, mientras aferraba con fuerza la cerveza. Estaba más que dispuesto a aceptar cualquier señal que me animara a seguir adelante. La vida era hermosa, y no existía nada que pudiese robarme las ganas de disfrutarla. Desde la muerte de mi madre me había prometido vivir cada día como si fuese el último, de modo que confiaba ciegamente en lo que el destino me tuviera reservado.

Me marché de París para alejarme de mi padre. Me esforcé por aprender a hablar inglés sin

acento, corté lazos con todas las personas que conocía de Francia salvo mi hermana Amelie y decidí disfrutar de cada día todo lo posible. Dije que sí a viajes improvisados, a clases de idiomas y a talleres de cocina. Tuve todo tipo de trabajos de mierda a tiempo parcial, aprendí a tocar un instrumento y probé varios deportes distintos.

Vivía buscando la emoción de lo inesperado, y me encantaba.

Aquel estilo de vida me llevó hasta Fra, hasta Kim y hasta mi trabajo, y aunque las cosas no siempre me salían como quería, me esforzaba por recordar que todo tenía su lado positivo.

Por eso mismo, ¿qué más me daba que la ventana de mi hotel estuviera cerrada?

Vacíé lo que me quedaba de la cerveza en el retrete y decidí irme a dar una vuelta.

Dos horas después, me dije que salir a tomar el aire había sido la decisión correcta. Había terminado patinando sobre hielo en una de las plazas más hermosas de Europa, la *piazza* Gae Aulenti. Con motivo de las fiestas, el ayuntamiento de la ciudad había montado una pista de hielo iluminada por las tenues luces del árbol de Navidad, los imponentes rascacielos que bordeaban la zona y las brillantes decoraciones navideñas que decoraban la calle que subía hacia la Porta Garibaldi.

Además, había hecho amigas nuevas. A las seis chicas que estaban patinando para celebrar la despedida de soltera de una de ellas les había parecido perfecto “contratarme” como profesor de patinaje sobre hielo a cambio de unas cervezas.

—¡Eres la hostia, tío! —me gritó Kim desde las barreras de la pista. No me había esperado verlo allí, pero me alegró mucho oír su voz. Me abrí paso sobre el hielo como pude, ya que estaba abarrotado de la misma gente que habría estado de botellón cualquier otra noche de viernes en esa misma plaza de Milán.

—Menudas pintas de galán que traes —me reí, maravillado con el conjunto en el que venía enfundado Kim. No había nada de extraño en su gorro de punto rojo, su plumas o la chaqueta de lana que le llegaba hasta las rodillas, pero los pantalones de color granate eran tan ceñidos que no lograba imaginarme cómo se las habría apañado para ponérselos—. ¿Cómo has sabido que estaba por aquí?

Kim gesticuló en dirección hacia el grupo de chicas.

—Te han etiquetado en Facebook.

—Vale, tiene sentido.

—Estás como una cabra, ¿sabes? —se rió Kim.

—Por eso mismo me adoras.

—Perdona, pero te tengo un asco que no te puedo ni ver.

—Me acabas de partir el corazoncito.

Por toda respuesta, Kim chasqueó la lengua.

—Confieso que esperaba que pasases el fin de semana en la cama, lloriqueando como un crío, porque volver a ver a Fra te ha hecho darte cuenta de que romper con él fue la peor decisión de tu vida.

Me aclaré la garganta.

—Bueno, es que a mí lo de lloriquear no me... —comencé a decir.

Enseguida me interrumpió Vanessa, la novia, gritando a pleno pulmón.

—¡OYE! ¿¡Este es el ex-novio por el que sigues perdiendo el culo!?

Los labios de Kim se curvaron en una sonrisita de suficiencia.

—No me habías dicho que era chino, tío —añadió Vanessa entonces, y a Kim se le agrió el gesto de inmediato. Me giré hacia ellas.

—Chicas, creo que Vanessa se ha pasado con..., bueno, con lo que sea que estáis

bebiendo.

Poniendo los ojos en blanco, Kim negó con la cabeza.

—Vamos, que *sí*gues enamorado de Fra.

—Vamos, que piensas que romper con él ha sido la peor decisión de mi vida.

—Ya que lo preguntas, sí. Llevo cinco años intentando explicártelo, pero no te ha salido de las pelotas escucharme. ¿Qué, has entrado en razón tras verle otra vez?

Esta vez fui yo quien puso los ojos en blanco, apoyándome con cuidado sobre las barreras que delimitaban la pista de hielo. Cada vez que exhalaba se formaban nubecillas de vaho blanquecinas, que enseguida se diluían en el frío gélido de la noche.

—Sí, vale, a veces me arrepiento de haberle dejado. Mentiría si dijese que no he pensado en él bastante a menudo. Y odio sentirme así, porque ya sabes cuánto me revienta sentir remordimientos.

Kim apoyó la barbilla en la palma de la mano.

—Sigue, sigue. Tú no te cortes.

—Joder. Sí, sigo enamorado de Fra, ¿vale? Aunque fuera yo el que cortó la relación por lo sano, él ha sido el único de los dos que ha pasado página, así que ahora soy yo el que no sabe qué hacer. Hoy al verlo he pensado, “¡Claro, esto es el destino diciéndonos que nos merecemos una segunda oportunidad!” Pero luego me he enterado de que tiene novio, que por cierto es bastante mono, así que no sé si romper con él fue un error o no. Quizás era lo que necesitaba para encontrar la felicidad, y de todos modos no puedo hacer nada al respecto. Así que ¿y qué si estoy enamorado de él? Voy a estarlo el resto de mi vida, pero esa es la razón por la que debo dejarle marchar.

En algún punto de mi perorata, Kim había entrecerrado los ojos con tanta fuerza que casi parecían dos líneas horizontales.

—¿Por qué pones la misma cara que el emoji *hater*? —pregunté.

—¿Qué pinta dices que tiene este nuevo novio?

Arqueeé las cejas.

—Bueno, ya que Fra y tú seguisteis siendo amigos, supuse que lo conocerías. Tiene acento estadounidense y es rubio, con unos ojos azules de caerte de culo. Sus labios son de color rojo cereza, y la verdad es que está como un tren...

—...ya, vale, sí —me interrumpió Kim—. Hasta luego.

—¿Qué? Espera, ¿te vas?

—Sí, porque vaya gilipollas —me respondió, sin molestarse siquiera en darse la vuelta para mirarme.

—¿¡Pero yo qué he hecho ahora!?

—¡Gilipollas tanto tú como él, Eric! ¡Es que sois tal para cual!

Francesco

Entrar en el piso de Rob era como atravesar un portal a Italia del sur oculto en los suburbios de Milán. Cuando me desperté a las ocho de la mañana, me dieron los buenos días unos inquietantes gnomos de Navidad que acechaban desde el pasillo. La hilera de siniestros hombrecillos de cerámica conducía al salón, donde el árbol de Navidad de Rob sufría para estar a la altura de su *Presepe*. Hecho a mano por Rob, la compleja maqueta representaba con todo lujo de detalles la escena de la Natividad en la ciudad de Belén, con la única pero marcada ausencia del niño Jesús. Hasta el 25 de diciembre, el pesebre quedaría vacante.

Era fácil imaginar a Rob diseñando cada centímetro de aquel Belén, y junto a él, a James divirtiéndose con sus propias aportaciones. Desde luego, Blancanieves y los Siete Enanitos no tenían pinta de haber sido parte de los planos originales.

Con una enorme sonrisa bobalicona en la cara, seguí el fuerte olor a tomate frito hasta la cocina de concepto abierto, donde encontré a mi primo ya levantado y cocinando el *ragù* para el almuerzo.

—Sí que te pareces a tu madre —comenté, incapaz de disimular mi cariño hacia ellos. Aquello le arrancó una sonrisa a Rob.

—Ojalá, pero creo que no llego a tanto. Mamá habría empezado a cocinar la salsa a las seis de la mañana.

Acerqué un taburete a la isla de la cocina, y me senté.

—Bueno, y la abuela se hubiera puesto en pie a las cinco. Debe de ser algún gen de la familia que anda por ahí perdido.

—Quién sabe, a lo mejor —respondió Rob, calentando la cafetera en el fogón. Al verlo, no pude evitar sonreír, porque no necesitaba preguntarle para saber que el café era para mí—. ¿Qué te apetece desayunar? Tengo cruasanes, pero son del supermercado.

—Me sirven. Tampoco soy demasiado exigente —respondí.

—Que lo digas tras haber tenido una cocinera que hacía la comida a diario en tu casa manda huevos —señaló Rob, burlón.

Yo me limité a poner los ojos en blanco.

—Doña Bianchi era el ama de casa, no la cocinera. De todos modos, no recuerdo a mi madre dejarme comer algo que me gustase ni una sola vez, así que...

Aquello ensombreció el rostro de Rob.

—Lo sé —se limitó a comentar, sirviéndome una taza de café y los cruasanes—. A veces me pregunto cómo es posible que la tía Daniela naciese en nuestra familia.

Se me curvaron los labios en una sonrisa de amargura al recordar la conversación por teléfono entre mi abuelo y mi madre que Rob y yo escuchamos a escondidas de pequeños. El abuelo siempre se mostraba tranquilo y cariñoso con todos los nietos, pero aquel día lo oímos gritar por primera vez.

—¿¡Es que no te importa tu hijo lo más mínimo!? No recuerdo haberte criado para que fueras una bruja sin escrúpulos.

Nunca habíamos visto, ni volvimos a ver, al abuelo tan enfadado. Aquel día comprendí que era inútil tener la esperanza de que mis padres llegasen a comprenderme.

Tras espiar la conversación del abuelo con mi madre, Rob me tomó de la mano para sacarme de la casa a rastras. Paseamos hasta la playa sin decir ni una sola palabra, hasta que nos

encontramos a la orilla del mar.

—Nos tienes a nosotros —dijo Rob en aquel momento—. Aunque no sea lo mismo, también eres parte de *nuestra* familia.

El paso del tiempo le dio la razón. Con los años, la relación con mis padres se estancó y marchitó, pero ni Rob, ni los abuelos ni nuestros demás parientes me dejaron de lado.

—De pequeño pensaba que a la abuela le habían cambiado a su hija por otro bebé en el hospital, sin querer —comenté. Aquello pareció animar por fin a Rob, que sonrió.

—Tendría sentido si no fuera porque la abuela dio a luz a todos sus hijos en casa.

No pude evitar gemir.

—Puj, no puedo ni imaginarme lo que fue aquello. —Vi que, por toda respuesta, Rob abría los ojos como platos—. Lo digo totalmente en serio. Estuve con Betta en el paritorio cuando nació Dana, y créeme cuando te digo que los partos son lo más gore que te puedas imaginar.

—Vale, eso sí que suena a algo que diría la tía Daniela. Creo que sí que te pareces un poquito a ella.

Solté una carcajada.

—Iba a decir que al menos no salgo a mi padre, pero ¿a quién quiero engañar? Me dieron por culo tanto ella como él.

Mi primo esbozó una sonrisa malévola.

—Como se te ocurra hacer un chiste guarro al respecto, no te vuelvo a dirigir la palabra —le advertí.

—Buenos días —bostezó James detrás de mí.

Me di la vuelta para sonreírle. Era incapaz de imaginarme la vergüenza ajena que le tenía que haber dado verme llorar como un recién nacido. James estiró los brazos por encima de la cabeza, desperezándose.

—No hay nada mejor que levantarse y encontrarse a tu novio esperándote para desayunar. ¡Ay, Rob, pero si tú también estás despierto!

Enfurrñado, Rob se cruzó de brazos e hizo un mohín.

—Hoy te has levantado chistoso, ¿no?

Vadeando la mesa, James le dio un beso rápido en los labios antes de servirse café en un tazón. Me fijé en que había utilizado una cafetera distinta a la que solía usar Rob, y me llevó un momento darme cuenta de que la de James tenía café americano.

Rob pareció leerme la mente.

—Y así, niños, es como descubrí que la perfección no existe.

Clavándole un dedo en el costado, James se limitó a darle un trago a su café.

—¿Te vas a quedar a comer? —me preguntó.

—Me encantaría, pero tengo que irme. He quedado con mi padre en su hotel, y luego tengo planes con Betta y Dana.

Rob apretó los labios.

—Has quedado con tu padre en su hotel —repitió—. ¿No será por asuntos del trabajo? Es sábado.

Me encogí de hombros.

—No tiene nada de particular. Mi padre siempre trabaja los sábados.

—Bien por él, pero es que es *tu* día libre —insistió Rob. Pese a que le agradecía su preocupación, ya estaba más que acostumbrado a la actitud tiránica de mi padre y su total falta de consideración hacia mi espacio personal y mis límites. Por suerte, mi primo no insistió con el

tema—. Por cierto, ¿has escogido ya el regalo de Navidad de tu madre?

—Todavía no. ¿Por qué?

—Porque puedes usar mi descuento de empleado para comprarle algo que combine con el bolso que le compró el tío Giacomo. No creo que mirase siquiera cuánto costaba, pero a ella le va a dar algo de la emoción.

Tardé unos instantes en conectar los puntos. Rob trabajaba en el departamento de ventas de una marca de lujo, y su descuento de empleado nos venía de perlas cada vez que alguien de la familia necesitaba comprar un regalo especial.

—O sea, que según tú mi padre le va a regalar un bolso carísimo a mi madre por Navidad, ¿no?

—Sí. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque ni de coña ha comprado el bolso para ella, Rob.

James se quedó boquiabierto.

—¿Y no te importa que...?

La pregunta me pilló por sorpresa, porque tampoco es que nunca me hubiera planteado hacer nada al respecto. De pequeño le guardaba rencor a mi padre por sus aventuras, pero se me pasó en cuanto me di cuenta de que mi madre también le ponía los cuernos. Me llevó tiempo entender lo que pasaba. Mis padres tenían un matrimonio abierto, pero en lugar de llamar a las cosas por su nombre y disfrutar de los beneficios de aquella dinámica que tenían, se negaban a reconocer lo que pasaba por el qué dirán.

—Tampoco es que me quede más remedio —admití—. Las cosas son como son.

Mi respuesta pareció satisfacer a James, pero cuando aparté la mirada de él me encontré con que Rob me estaba mirando muy serio.

No fue hasta que estuve calzándome los zapatos en la entrada que dijo:

—No todo en la vida es resignarse, Fra. Sigues pudiendo decidir, y no tienes por qué tragar con todo lo que tu padre te hace pasar.

Pasándome una mano por el pelo, me froté la nuca.

—Deja de preocuparte por mí, ¿vale? Mis padres ya no tienen tanto poder sobre mí como antes.

Rob se mordió la mejilla. Saltaba a la vista que no terminaba de creérselo, y hasta hacía unos pocos años, no le hubieran faltado motivos para desconfiar. Desde que tenía uso de razón había sospechado que tanto mi padre como mi madre me veían como una enorme decepción, en todos los sentidos. Entre las continuas críticas sobre mi cuerpo y mi peso de mi madre y el sinfín de comentarios venenosos de mi padre, llevaba toda mi vida viéndome como una mierda en lo relativo a mi aspecto y mi personalidad.

Pero de aquello hacía mucho tiempo, porque Eric lo había cambiado todo.

Me preguntaba si Eric sabría cuánto me había ayudado a aceptarme a mí mismo durante aquellos años tan difíciles que tuve tras terminar el instituto. Nunca se lo había dicho directamente, porque me daba demasiada vergüenza admitir en voz alta todas mis inseguridades, pero quizás debería haberlo hecho. A lo mejor si hubiese sido más sincero sobre mis sentimientos no se habría cansado de mí.

Mientras salía de casa de Rob para conducir hasta mi piso, me sentí extrañamente vacío. No estaba más triste que de costumbre, ni tampoco me sentía tan desesperado como en el restaurante de sushi. En su lugar, me sentía como si estuviera muy lejos de todo; como si me hubiera quedado atascado en algún lugar sin poder recordar cuál.

Al entrar en mi piso, frío y silencioso, no pude evitar compararlo con el de Rob. Mientras

que su hogar rebosaba vida y era una mezcla perfecta de su personalidad con la de James, mi apartamento parecía la sala de espera del médico.

Miré a mi alrededor, fijándome en las paredes desnudas y la austeridad con que estaba amueblado el espacio. Durante unos instantes agucé el oído, esperando oír a Kimchi sembrando el caos en la cocina o afilándose las uñas en el rincón más inadecuado de la casa, pero luego me acordé de que estaba en casa de Betta. Seguramente Dana estuviese jugando con él, leyéndole algún cuento o dándole premios. Era culpa mía que mi gato no estuviera en casa. ¿Cómo podía haberme olvidado de él?

Tras ducharme, me puse unos vaqueros y un jersey horroroso que Betta había comprado el año anterior en un mercadillo de Navidad a petición de Dana, que quería que fuésemos los tres a juego.

Mi empresa no exigía a los desarrolladores que nos vistiésemos de etiqueta, ni mucho menos, pero aun así yo iba al trabajo en camisa y chaqueta casi todos los días. Me había acostumbrado a pasar tanto tiempo en el trabajo que se me hacía raro ponerme cualquier otro tipo de ropa. Por un instante me pregunté quién era el hombre cuyo reflejo mostraba el espejo. Me chocó verme más..., más joven.

El sonido del timbre me sacó de mi ensimismamiento. Al acercarme a la puerta, eché un vistazo furtivo por la mirilla para decidir si abría o no. Lo último que me apetecía en aquel momento era tener que soportar a un vendedor ambulante de Thermomix, o aguantar que me insistieran en que debía acoger a Jesús en mi hogar porque venía a salvarme de la mano de los Testigos de Jehová.

Pero en su lugar me encontré el rostro de porcelana de Kim, que me devolvía la mirada desde el otro lado de la puerta. Casi me da un ataque al corazón.

—Qué tal —saludé, abriendo la puerta. Una ojeada me bastó para comprobar que no venía acompañado de Eric. Aunque, en realidad, ¿qué sentido hubiera tenido que Eric viniera a hacerme una visita?

—Siento no haberte avisado de que venía —dijo Kim, mirándome fijamente. Era evidente que no lo sentía lo más mínimo. A continuación bajó la mirada, analizando mi aspecto de la cabeza a los pies—. Ese jersey es feo de potar.

Me encogí, invitándole a pasar.

—¿Quieres algo de beber? —pregunté—. Me disculpo por adelantado, pero me voy a tener que ir enseguida.

—No, gracias. Seré breve. —Tomó asiento en el sofá como si le perteneciera, cruzando las piernas y apoyando la barbilla en la palma de la mano. Me senté a su lado y esperé a que dijese lo que fuera.

Entre nosotros se hizo el silencio más absoluto, y me encontré deseando tener algo interesante que mirar, o sobre lo que charlar, con tal de evitar aquel momento tan incómodo. Había empezado a arrepentirme de llevar por lo menos dos meses sin quitarle el polvo al mueble de la televisión cuando Kim decidió, por fin, decir algo.

—¿Por qué le has mentado?

Noté que se me secaba la boca al instante. Como de costumbre, Kim entraba a matar.

—¿Se lo has contado?

—Odio esa manía de contestar una pregunta con otra —bufó Kim.

Ladeé la cabeza, cruzándome de brazos.

—Pues para tenerle tanta tirria, tú lo haces todo el tiempo. En fin. —Me tomé un momento para respirar hondo—. Quiero que Eric desaparezca de mi vida.

—Ya, claro, y una mierda.

Me puse en pie de un salto, resistiendo la tentación de echarlo de mi casa.

—¿Has venido para llamarme mentiroso?

—¡Por Dios, Fra, es que ni que Eric fuese un monstruo! —gritó Kim. No estaba acostumbrado a verlo tan alterado, y di un paso atrás—. Es imbécil perdido —continuó, recuperando su acritud habitual—. Ya sé que no tienes ganas de oír esto, ¿vale? No me has preguntado por él ni una sola vez durante estos cinco años, en parte porque Betta le echó la culpa de todo e intentó convencerte de que Eric jugó contigo porque es un cabrón sin sentimientos. Pues lo siento por ella, pero no fue eso lo que pasó.

Me tuve que esforzar para oír lo que decía Kim, porque de pronto el latido de mi corazón se había vuelto ensordecedor.

—No, Eric no es perfecto. Comete errores, como todo el mundo, y en mi opinión dejarte fue uno de los peores. Pero tiene un buen corazón, y siempre le has importado más que nada. Tiene un cerebro de guisante, así que pensó que romper contigo era lo mejor, pero no por eso se merece que le mientas o que le trates como si fuera el demonio.

—¿Se lo has contado? —repetí en un susurro ronco. No logré mirarle a los ojos.

—De momento, no —replicó Kim—, pero ganas no me faltan.

Me dejé caer de nuevo en el sillón, enterrando el rostro en las manos.

—Por favor, no se lo digas —supliqué—. Aún no estoy preparado para hablar con él cara a cara.

—Pensé que querías respuestas, Fra. El único que puede dártelas es él.

Me ardía el estómago como si me hubiera tragado carbón al rojo vivo, y me estaba costando lo indecible contener las lágrimas.

—No sé qué quiero, Kim.

Él se frotó los ojos.

—Vale. De momento no diré nada. Pero por favor, Fra, no le apartes de ti.

Alcé la cabeza para, por fin, mirar a Kim a los ojos. Por primera vez en seis años vi todo el cariño que sentía hacia su mejor amigo.

—En el fondo —continuó—, Eric es una persona muy melancólica. Cree que está siguiendo el camino que la vida le va marcando, pero a veces no puedo evitar pensar que en realidad lo que hace es huir de sí mismo.

Yo había tenido la misma impresión cada vez que le preguntaba a Eric sobre Francia, o sobre su familia.

—Siempre está inquieto —añadió Kim—, menos cuando está a tu lado. Mientras que tú... —Me puso una mano en el hombro—. Brillas con luz propia cuando estás cuidando de otras personas, y guardar rencor no es tu estilo.

No pude evitar sonreír.

—Esta no es la primera vez que me lo dices.

Me había dicho más o menos lo mismo el día que la bola de pelo con patas y muy mala leche llegó a mi vida.

—Madre mía, por fin alguien que me escucha cuando hablo. Por cierto, hablando del gato, ¿dónde lo has metido?

—Kimchi se ha quedado a pasar la noche con Betta.

—Vale, pero ni se te ocurra regalarlo. Que me costó un ojo de la cara.

Me reí por lo bajo.

—No tenía pensado deshacerme de él. Eso sí, no sé si a lo mejor te timaron, porque ¿no

se supone que los Fold escoceses son súper mimosos? A Kimchi le encanta maquinarse nuevas formas de hacerme la vida imposible.

—Los animales reaccionan a nuestros estados de ánimo. Haz el esfuerzo de ser un poco más feliz, a ver qué pasa.

Aquello me hizo apartar la mirada una vez más.

—Ya, claro, es muy fácil decirlo —musité.

Eric

Si el mundo fuese perfecto, todos los padres querrían y criarían a sus hijos e hijas en entornos seguros, e intentarían alimentar sus sueños y potenciar sus talentos.

Pero el mundo real es una mierda, así que hay muchas familias disfuncionales por ahí sueltas. Algo que no parece que la gente entienda es que la capacidad biológica de procrear no garantiza tener la más mínima idea sobre crianza responsable.

Una de las cosas que teníamos en común Fra y yo eran las relaciones tóxicas con nuestros padres. El de Fra era un hombre de negocios que había hecho de su trabajo su única razón de vivir. Por su parte, mi padre era un fotógrafo que, llegado a cierto punto de su vida, se olvidó de lo que significaba tener un sueño.

A pesar de sus numerosas diferencias en cuanto a sus historias de vida, sus profesiones y sus creencias religiosas, ambos hombres compartían la incapacidad absoluta de querer a sus hijos.

En cuanto empezamos a salir, me di cuenta de cuánto pesaba la influencia de los padres de Fra sobre su vida. No merece la pena dedicarle ni un solo minuto al sinsentido con el que le machacaba su madre en relación a su cuerpo, pero ¿su padre? Tenía el poder de destrozar a Fra con una sola palabra. Aquel capullo egocéntrico era capaz de ahogar a Fra en sus propias inseguridades, y hacerlo dudar de todas sus decisiones, en un instante.

Ahora, que hablar de mi padre ya eran palabras mayores. ¿Cómo explicarlo con un mínimo de delicadeza? Era un maltratador de mierda. No lograba imaginarme qué vio mi madre en él cuando se enamoró, porque hasta donde yo recuerdo, siempre había sido un gilipollas desagradable cuyo pasatiempo favorito era burlarse de las ambiciones ajenas y arruinar cualquier momento feliz con sus comentarios hirientes y sus insultos disfrazados de bromas.

Le encantaba destrozar y hacer de menos todo aquello que no tuviera que ver con él mismo, inclusive su esposa y sus hijos. Cuando era pequeño, no me daba cuenta del tipo de hombre que era. Se trataba de papá, así que yo creía a pies juntillas todo lo que dijera. Papá siempre tenía razón. Papá siempre tenía la última palabra. Papá nos tenía que castigar si hacíamos algo mal, para que aprendiésemos. Nuestro mundo funcionaba así, por doloroso que pudiese llegar a ser. Pero a medida que me hice mayor, cada vez me hacía más daño vivir según sus normas.

Jamás olvidaré el día que me peleé con mi hermana mayor, Amelie, por un juguete de madera que mamá había tallado con sus propias manos. Yo me puse a llorar, y mi padre me dio una bofetada porque, según dijo, los niños nunca lloran. Después le quitó el juguete a mi hermana, y lo hizo pedazos tirándolo contra el suelo.

Me miró cuando los trozos del juguete dejaron de rodar a nuestros pies, señalando los restos de madera.

—Has sido tú quien me ha obligado a hacer esto. ¿Ya estás contento? Parece que se te da bien arruinarlo todo.

Ese recuerdo aún me dolía de mil maneras, y recordaba aquel día tan claramente como si fuese ayer. Mi hermana Amelie lloraba desconsolada, abrazando los trozos rotos de su preciado juguete. Al ver aquella escena, mamá le pidió a papá que fuera con ella un momento para hablar en la cocina. Parecía enfadada y triste. Era la primera vez que veía aquellas emociones en el rostro de mi madre, y me di cuenta de que papá tenía razón. Había sido culpa mía. Había arruinado algo importante. Había echado a perder algo muy valioso y bonito, porque no había

sido suficiente. Si me hubiera comportado como un hombre, siendo fuerte en lugar de lloriquear, nada de aquello habría pasado.

Tardé tiempo en poder ponerle nombre a aquel sentimiento. Era vergüenza.

Nunca había dejado de sentirme así. Desde aquel día, vivía con el constante peso de la culpa. Lejos de ser solo un pensamiento recurrente, la sentía por todo mi cuerpo. Me hacía querer taparme la cara con las manos, esconderme y rezar para que las cosas fueran distintas, solo para luego recordar que no había manera de enmendar mis errores. Daba igual cuántas veces me disculpase, porque no había perdón para mí. Por mucho que desease reescribir el pasado, no estaba en mi mano.

Papá se avergonzaba de mí por no tener el talento para la fotografía que él hubiera deseado; por no tener suficiente “hombría”; porque la mayoría de mis amistades fueran mujeres y, sobre todo, por mis “afectos contra natura”, como le gustaba llamarlos. Pasé años intentando justificar su crueldad y su continuo rechazo, asumiendo que se debían a su conversión al catolicismo, pero terminé por aceptar que no tenía nada que ver. No hay muchas religiones que acepten la homosexualidad, pero mi madre, que continuó siendo musulmana toda su vida, me aceptaba y me quería tal y como era. Solía decirme que la Fe debe ser una fuente de amor, jamás de odio.

Cuando mamá enfermó, me di cuenta de hasta qué punto nos había protegido del veneno de mi padre. Cuando me quedaba a solas con él, me repetía una y otra vez que la enfermedad de mamá era un castigo por mis pecados, y que era culpa mía que cada día estuviese más débil. No tendría que haber creído una sola palabra de lo que decía. Sabía que no debía hacerle ni caso; Amelie y mamá me lo repetían sin parar. Pero era en vano, porque las palabras de mi padre se habían clavado en lo más profundo de mi corazón, donde habitaban todos los recuerdos dolorosos.

Al morir mi madre, aquella vergüenza regresó con fuerza, diciéndome una y otra vez aquello que de pequeño me había destrozado por dentro.

Parece que se te da bien arruinarlo todo.



De vez en cuando, y sobre todo cuando era más joven, me asaltaban sin previo aviso recuerdos de mi vida antes de marcharme a Londres. Solía despertarme con un cóctel de sensaciones desagradables en el estómago, y cada vez que me pasaba, lo primero que hacía era salir de la cama a trompicones para marcharme del apartamento, en busca de cualquier cosa con la que distraerme.

Hasta una mañana de otoño, hacía ya seis años, en la que nada más despertarme me di cuenta de que había algo sobre mi cintura. Al abrir los ojos, todo cobró sentido, porque ni estaba en Londres, ni estaba en mi propio apartamento. Me encontraba en Italia, y en mis brazos dormía el chico más alucinante que había conocido en mi vida. Tenía el rostro oculto contra mi cuello, y me había pasado el brazo por el torso. Dejé caer la cabeza de nuevo sobre la almohada, notando que me relajaba por completo y liberaba una tensión de la que ni siquiera había sido consciente.

De sus labios escapó un suave gemido, y noté que me abrazaba con más fuerza. Con un bostezo de campeonato, Fra abrió los ojos despacio y me ofreció la sonrisa más hermosa de toda Europa. Fue como ver el amanecer.

—Ciao —musitó, frotando la nariz contra mi cuello.

Me aclaré la garganta y alcé la mirada al techo, intentando que no se me subiesen los arrumacos a la cabeza. O que se me bajasen a otra parte, más bien.

—¿Has dormido bien?

—Mmmh. —Ese sonido no me ayudó, precisamente—. Hacía mucho tiempo que no dormía del tirón.

—Bueno, lo de anoche fue bastante agotador, así que... —insinué.

Fra puso los ojos en blanco. Hubo un no sé qué en aquel gesto que me hizo tener ganas de encontrar otras cien formas de fastidiarle para que volviese a hacerlo.

—Oye, ¿te apetece que comamos fuera de casa? —sugerí.

—Tú lo que quieres es pedir un cappuccino de postre, para joder.

Mierda, ¿en qué momento había llegado a conocerme tanto?

—Eres consciente de que, para los que no somos italianos, eso es una chorrada, ¿verdad? —le piqué.

—Sí, estoy seguro de que al resto del mundo le parece que tiene mucho sentido pedir el desayuno justo después de terminar de comer. Pero bueno —continuó—. Hoy tengo que ir a ver a mi padre, y voy a estar de tan mala leche cuando terminemos que será un placer despilfarrar parte de su dinero invitando a comer a un novio mío que no puede ni ver.

No pude evitar soltar una risilla.

—¿Solo usas su tarjeta de crédito para tocarle las pelotas?

Una sonrisa tironeó de las comisuras de sus labios.

—Sí, sobre todo para pagar en bares gays o en el sex shop. ¿Demasiado infantil?

—Uy, y tanto. No pares —respondí, para a continuación darle un largo beso en los labios. De pronto me di cuenta de algo—. Oye, un momento. ¿Así que no me puede ni ver?

Por toda respuesta, Fra se encogió de hombros.

—A ver, no sabe quién eres tú en concreto. Pero es homófobo y racista, así que...

—...así que supongo que el sabor de la tarta nupcial no va a ser un problema a corto ni medio plazo, ¿no?

Esto hizo que Fra pusiese los ojos en blanco por segunda vez en la conversación. Vaya, sí que me había despertado con energía.

—Ni a corto, ni a medio, ni a largo plazo —replicó, desconcertándome—. Quiero que sea de crema de almendras con pepitas de chocolate.

Me quedé sin palabras.

—Joder. ¿Te importa recordarme cómo conseguiste engañarme para que pensase que eras tímido?

Fra cogió mis vaqueros, que estaban hechos un ovillo al pie de la cama, y me los lanzó.

—Vístete.

—Seguro que sacas esta actitud autoritaria de tu padre. La verdad es que me pone.

—Qué asco. No vuelvas a juntar a mi padre con la expresión “me pone” en la misma frase nunca más.

—Estás volviendo a hacerlo, y sigue siendo increíblemente erótico. Para.

—¡Para tú!

—¿Qué tal si paráis los dos? Estoy intentando concentrarme —aulló la voz de Rob desde el baño que había junto a la habitación de Fra.

—¿Siempre han sido así de delgadas las paredes? —preguntó Fra, sin buscar en realidad una respuesta.

—Evidentemente —chilló Rob.

Aquello me bendijo con la tercera ronda de ojos en blanco de la mañana. Empecé a reírme con tanta fuerza que me tuve que sujetar el estómago. Sentía algo abrasador en el pecho,

que me desbordaba de ganas de saltar, echar a correr y gritar a los cuatro vientos lo perfecto que era mi novio.

La ansiedad asfixiante y el bucle de recuerdos amenazantes de mi pasado habían desaparecido al fin, desterrados de nuevo al rincón más oscuro de mi subconsciente. Y sabía que, mientras tuviese a Fra a mi lado, sería capaz de mantenerlos a raya.

Francesco

Durante mis años de adolescente, mi familia solía decirme que tenía que creer más en mí mismo. Pero lo que no entendían era que yo no veía en mí mismo nada en lo que mereciera la pena creer. Me sentía como basura, y dentro de mí solo albergaba la sombra de muchas expectativas fallidas y una autoestima de cartón piedra. Sí, seguía yendo al instituto y conseguía mantener muy buenas notas, pero no estaba *presente*.

Solo me sentía vivo en mi habitación, rodeado de libros, películas y música.

Si ni siquiera mis propios padres encontraban nada bueno en mí, quizás fuese porque no lo había.

Fue cuando Eric se enamoró de mí que logré empezar a ver las cosas de otro modo, aunque no lograba comprender si se había dado un golpe en la cabeza. No tenía sentido que quisiera estar con un huracán de inseguridades como yo.

A él le gustaba decir que era cosa del destino.

Yo pensaba que fue cuestión de suerte.

A mi padre le parecía una deshonra.

Siendo justos, a mi padre le parecía una deshonra la mayoría de mis intereses. Por ejemplo, cuando Rob aprendió a tocar la guitarra el verano que cumplimos dieciséis y yo quise apuntarme a las mismas clases que él, papá me echó la bronca porque la guitarra era un instrumento “gilipollesco”. Las únicas clases de música que estaba dispuesto a pagarle a su hijo eran bien de piano, bien de violín; en esencia, los dos instrumentos que pensaba que le harían quedar bien cuando yo tocara en alguna de sus tediosas cenas.

Elegí el piano por la sencilla razón de que le iba a salir mucho más caro, con lo que le obligaba a malgastar mucho más dinero. Además, el profesor privado que me encontró resultó valer hasta el último céntimo.

Me pillé por Riccardo desde el primer día. Además de estar estudiando Ingeniería Informática en la universidad, había sido un niño prodigio del piano, y para mí era todo un sueño hecho realidad. Atesoraba cada palabra que salía de su boca como oro en paño. De hecho, empecé a programar con el objetivo de impresionar a Riccardo, y ni que decir tiene que me mataba a estudiar piano. Él se dio cuenta enseguida de que me gustaba. La verdad es que, echando la vista atrás, yo disimulaba fatal mis sentimientos.

Antes de que pudiese siquiera pensar en confesarle mis sentimientos, Riccardo me rechazó con amabilidad. Me dijo que tenía un novio con el que iba a irse a vivir en breve, y la verdad es que tampoco me sorprendió enterarme. Nunca me había engañado con esperanzas de que mi amor pudiera ser correspondido, y pese a que me rompió el corazón que me rechazase, oírlo hablar de su novio hizo que me sintiese muy feliz por él. Me alegraba muchísimo saber que ahí fuera, lejos de mi asfixiante hogar, Riccardo iba a vivir la vida con la que yo siempre había soñado.

Él me dejó desahogarme mientras yo me trababa explicando toda la ansiedad que sentía por mil razones diferentes, y yo le rogué que me besara. De todos los momentos que mi madre podía haber elegido para entrar sin llamar a la puerta, decidió elegir el peor de todos.

Aquella misma tarde, mis padres despidieron a Riccardo y perdieron el poco respeto que hubieran podido tenerme hasta entonces.

No tardé en darme cuenta de que no me querían lo suficiente para aceptarme, pero tampoco

me odiaban tanto como para echarme de casa; en parte, quizás, porque habría supuesto la ruina de sus reputaciones. Por una parte, mi padre estaba más irritado que otra cosa conmigo. No soportaba que mi sexualidad fuese un potencial inconveniente para él y sus negocios, por razones que ni siquiera lograba imaginar en mi mente. Por su lado, mi madre..., pasada la decepción inicial, decidió que no quería que fuese problema suyo. Dejó correr el tema con una simple condición; podía hacer lo que me diese la gana, siempre y cuando me asegurara de que no se enterase nadie. Aunque también dejó de quejarse de que Betta viniera a casa, así que decidí contarlo como una victoria.

Un poco más tarde, cuando llegó el momento de pasar a la universidad, la gota que colmó el vaso para mi padre fue que me negara a estudiar Administración y Dirección de Empresas. Ahí fue cuando nuestra relación murió definitivamente.

Cuando empecé la universidad, estuvimos un año y medio sin dirigirnos la palabra. Fue entonces cuando comencé a permitirme salir de mí mismo. Me ayudó mucho que Rob se mudase a Milán para estudiar Lenguas Extranjeras en la misma universidad en la que Betta y yo íbamos a cursar Ingeniería Informática. Pero lo mejor fue poder, por fin, dedicar mi tiempo a algo que me interesaba de verdad.

En uno de los primeros exámenes del grado nos pidieron programar un Tetris. El juego en sí mismo era fácil de desarrollar, hasta el punto en que se considera un paso muy básico dentro del aprendizaje de código de cualquier programador. Sin embargo, terminar aquel examen me hizo tan feliz que me dejó al borde de las lágrimas, porque había creado algo con mis propias manos. Aquel juego simplón y trillado existía porque así lo había querido yo. La idea de ser capaz de crear algo desde cero me ayudó a darme cuenta, poco a poco, de que tenía algo que ofrecerle al mundo.

He llegado hasta aquí.

He llegado hasta aquí, y acabo de crear algo con mis propias manos.

Era algo insignificante, pero para mí significó muchísimo. Quizás, pensé, yo pudiera ser como ese juego. Pese a que había empezado siendo poco o nada, quizás me pudiera convertir en algo mejor a partir de ese momento.

Al terminar mi primer año de universidad, decidí que había llegado el momento de irme de casa de mis padres.

Por aquel entonces, lo único que me quedaba de mi padre era una de sus tarjetas de crédito que, para mi sorpresa, no había bloqueado. Hasta cierto punto, deseé que lo hubiera hecho, porque eso me habría dado luz verde para dar nuestro vínculo por perdido para siempre. Odiaba aquel dinero con todo mi corazón, así que me dediqué a gastármelo en cosas que fueran a joderle muchísimo cuando viera los recibos del banco a final de mes.

Ni siquiera le comenté que pensaba comprarme un piso. Utilicé el fondo para mis estudios para pagar la entrada, y pedí una hipoteca al banco. Aunque estuviera a mi nombre, necesitaba un aval, así que me tocó tragarme el orgullo para pedirle a mi madre que me avalase el préstamo. Una semana después de hablar con ella, la secretaria de mi padre me llamó para decirme que todos los documentos que necesitaba para formalizar la hipoteca estaban firmados por mi padre, y listos para que los recogiese.

Unos meses después, al poco de conocer a Eric, mi padre quiso que nos viéramos. Me imaginé que tendría ganas de restregarme en la cara que, pasara lo que pasase, seguía necesitándole.

Al entrar en el edificio de lujo donde estaba por aquel entonces su despacho, que más tarde reubicó en uno de sus hoteles, empecé a notar un agujero negro en el estómago que amenazaba

con tragarme entero. Me froté las palmas de las manos contra los muslos, intentando limpiarme el sudor, y me miré en el espejo que había en el ascensor. Tomé aire por la nariz, aguantando la respiración unos segundos antes de exhalar por la boca, y me aparté un mechón de pelo rebelde de la frente antes de frotarme los ojos. Llevaba la camisa perfectamente bien planchada, los vaqueros eran nuevos y los zapatos estaban limpios. Por lo general, mi padre no intentaba usurparle a mi madre el hobby de criticar mi aspecto en detalle, pero de todos modos no quise darle una excusa para empezar a imitarla en eso.

No me va a pasar nada malo. Con apenas veinte años ya tengo mi propio piso, las mejores notas de mi promoción, amigos leales y un novio increíble.

Sonreí al pensarlo, sin darme cuenta. Yo le gustaba a Eric tal y como era, por ser yo mismo, y cada vez que me miraba me sentía la persona más deseada del planeta. Nadie, ni siquiera mi padre, me podía arrebatar aquello.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor en el piso del despacho de mi padre, de inmediato me envolvió el olor fresco de la lavanda. Entrecerré los ojos, deslumbrado por la luz que entraba a través del ventanal y parecía prenderle fuego a las butacas rojas que había en un rincón de la sala. Siemndo una tranquila mañana de domingo, aquel lugar podría haberme parecido cálido y acogedor si no fuese porque sabía a quién había venido a ver.

—¡Ay, Francesco, cuánto me alegro de verte! —La secretaria de mi padre, Dora, me ofreció una sonrisa genuina desde el otro lado de su escritorio.

Conocía a aquella mujer desde hacía tanto tiempo que era prácticamente una más de la familia. No sabía cuántas veces me había recogido del colegio, o me había chivado qué decirle a quién durante las fiestas y veladas de mis padres. Desde luego, la conocía mejor que a mi propia madre, y huelga decir que ella a mí también. Llevaba ocupándose de gestionar mi vida desde antes de que yo aprendiera a caminar, porque mi padre la había contratado en parte para eso. Era ella quien escogía en qué colegio matricularme y qué profesores particulares contratar, quien reservaba mis vuelos, quien decidía a cuánto ascendía mi paga mensual en función de mis notas. De hecho, tenía la sensación de que cuando contrató a Riccardo para enseñarme piano ya sabía, y desde hacía tiempo, que me atraían los hombres. Me daba la sensación de que lo había escogido a él para que yo tuviera a alguien con quien hablar del tema..., así que me sentí como el culo cuando mi padre amenazó con despedirla por ello. Tragué saliva, y me esforcé por dejar la mente en blanco. No era el momento de pensar en eso.

—Dora, estás espectacular —la saludé, con una sonrisa—. ¿Cómo puede ser que cada vez que te veo parezcas unos años más joven?

—Ay, cielo, la clave se llama Botox —respondió Dora con una risita, cubriéndose la boca con la mano mientras negaba con la cabeza. La melena rubia, que se había cortado al estilo *carrè*, se mecía con aquel gesto, y me fijé en los pendientes de cristal que llevaba.

No tenía ni idea de cómo reaccionar a aquel comentario.

—¿Tienes alguna pista sobre qué es lo que quiere esta vez? —pregunté, prefiriendo cambiar de tema.

—Hubo una reunión del equipo directivo la semana pasada, y necesitamos que firmes unos documentos.

Llevaba siendo parte de la junta directiva de la empresa desde los dieciocho por decisión de mi padre, pero no era más que a título nominal; no tenía ni voz, ni voto. Había intentado desmarcarme de su negocio dimitiendo docenas de veces, pero mi padre nunca me lo permitía. Tenerme como parte del negocio le permitía demostrar que le daba igual qué quisiera yo, porque al final, el que tenía la sartén por el mango era él.

—¿Y no me los podía enviar por e-mail sin más, como hacemos siempre? —me quejé, con la voz quebrada.

—No —rugió la voz de mi padre al otro lado de la puerta—. Entra.

La mirada de lástima que me lanzó Dora me hizo sentir como si volviera a tener dieciséis años. Me aclaré la garganta antes de entrar en su despacho. Mi padre estaba sentado tras su escritorio, con la chaqueta desabrochada y una pierna cruzada sobre la otra. Cuando era pequeño, la gente me decía a menudo que mi padre y yo nos parecíamos tanto que resultaba inquietante. Por mucho que me jodiese, tenía que darles la razón. El hombre que me observaba como un león ante una gacela herida tenía los mismos ojos, pómulos y labios que yo. Al menos podía estar seguro de que, por muchas veces que mi madre le hubiera puesto los cuernos, yo era hijo biológico de ambos.

Me fijé en que ahora tenía canas, y más arrugas en la frente que la última vez.

—Siéntate —me ordenó, alzando la barbilla.

Me acerqué a su escritorio, y tomé asiento frente a él. Como siempre, su oficina parecía sacada de una revista de decoración. Su personalidad rígida, precisa y obsesa del control saltaba a la vista con cada uno de los archivadores en la estantería que había detrás de él, y con la ausencia de todo aquello que no fuese estrictamente necesario. No tenía ni un bolígrafo fuera de su sitio. No había ni un cuadro decorando las paredes, ni una foto adornando la estantería. Me revolví en el asiento, sin saber qué hacer con las manos. Por un instante tuve la tentación de mordirme las uñas, un hábito que me había costado una barbaridad dejar durante la adolescencia, pero finalmente opté por extender los brazos y posar las manos sobre los muslos.

Papá abrió un cajón y sacó un dossier. Tras ojear su contenido, me lo entregó. Leí en diagonal lo que decían los documentos, porque jamás firmaba algo cuyo contenido desconociera, y cuando terminé firmé todas las páginas con el bolígrafo que había sobre el escritorio.

Cuando hube terminado, mi padre carraspeó.

—Bueno, el domingo me encontré con el doctor Morabito en el club de golf. Me comentó que es uno de tus profesores.

—Sí que lo es —mascullé, dándome cuenta de pronto de que aquellas eran las primeras palabras que le había dicho en más de un año.

—Parecía muy satisfecho con tu rendimiento. Dijo que eres el mejor de tu promoción, así que espero que continúe siendo así.

—¿Perdona? —No sabía qué otra cosa decir.

En parte porque agradar a mi padre había sido la última de mis prioridades cuando elegí continuar estudiando, y me reventaba que él diera por hecho que tenía algún tipo de autoridad al respecto. Pero también porque una parte de mí, sin duda la más rematadamente idiota, se alegraba de que mi padre por fin considerase mi carrera profesional algo merecedor de su atención.

—Parece que el grado que escogiste tiene buenas salidas. No lo dejes a medias.

Tuve que apartar la mirada de él.

—No tenía pensado hacerlo —respondí.

—Bien —comentó él. Estaba a punto de suspirar de alivio, levantarme e irme a mi casa cuando continuó hablando—. Por cierto, hay algo que deberías saber.

Hizo una pausa que me generó un nudo de ansiedad en el estómago.

—Esa tarjeta que insistes en utilizar para reírte de mí está asociada a la cuenta en la que se ingresa tu sueldo como miembro de la junta directiva. Por mucho que el dinero sea tuyo, voy a supervisar en qué lo gastas hasta que madures lo suficiente como para adoptar un papel de mayor

peso en esta empresa. La próxima vez que vea un pago a cualquiera de esas tiendas chabacanas, como... —Desbloqueó su teléfono—. Como PlatanoMelón o Joy Sensual Sex Toys..., te llamaré por teléfono durante una de las reuniones de la junta para que le expliques a nuestros colegas, en detalle, cómo se utiliza cada uno de los productos que te has dedicado a comprar con el dinero de la empresa.

Me ardía tanto la cara que por un momento pensé que iba a estallar. Apenas pude oír, por encima del pitido que tenía en los oídos, mis propias palabras.

—Preferiría que no —susurré.

—Maravilloso —respondió mi padre—. El apartamento, en cambio, fue una buena inversión por la que te felicito. Ya puedes irte.

Salí del despacho de mi padre sin mediar palabra. Ya en el recibidor, me dejé caer sobre una de las butacas y me di un momento para procesar la que había sido una de las conversaciones más humillantes de mi vida. Pese a que no me lo esperaba, Dora se acercó con una taza de té.

—No dejes que te afecte mucho. —Después, me guiñó un ojo—. Por cierto, tienes buen gusto. PlatanoMelón tiene productos muy buenos.

Me planteé seriamente tirarme desde el puente más cercano.

Eric

Estar en Milán siendo un hombre adulto con un salario más que respetable, y todos los gastos de alojamiento cubiertos por la empresa, era una experiencia muy distinta a la del estudiante pobre como las ratas que apenas podía permitirse ir al supermercado una vez a la semana.

Por aquel entonces, salir de fiesta una noche me habría costado varios días de alimentarme a base de congelados para ceñirme al presupuesto. Ahora, sin embargo, estaba disfrutando de un desayuno italiano a las diez y media de la mañana en la cafetería de lujo que tenía el hotel junto al recibidor.

Me tomé mi tiempo para disfrutar mi *espresso*, y mi cruasán de crema, mientras leía las noticias al ritmo de la lluvia que repiqueteaba contra la acera en la calle. Aquel hotel ofrecía una amplia variedad de periódicos en diferentes idiomas, para mi sorpresa.

Pese a que la lluvia no me disgustaba, hubiese preferido ver la ciudad cubierta de nieve. De haber sido así, me habría bajado en metro hasta la Plaza del Duomo para contemplar la magia que desprendía la espectacular catedral blanca de Milán. Después de hacer unas cuantas fotos del Palacio Real, hubiese almorzado un estofado calentito en el centro comercial más antiguo y famoso de toda Italia, la Galleria Vittorio Emanuele, con sus muros de mármol y bóvedas de cristal. Me habría encantado ver el paisaje que Fra me describió aquella vez que me dijo, «Quizás pienses que no hay ningún lugar del mundo en el que puedes ver palmeras cubiertas de nieve, pero te equivocas. Existe, y es Milán.»

Había soñado con ver aquello con él algún día.

Me acordé con tanta intensidad de Fra en aquel momento que, por un momento, estuve seguro de que había oído su voz. Sacudí la cabeza, diciéndome que aquello eran chorradas, pero me pareció volver a oírlo.

Aparté el periódico y me recosté en el asiento para poder ver mejor el recibidor del hotel, que conectaba con la cafetería mediante una puerta abierta, y lo vi pasar con Dora, la secretaria de su padre. Mi nivel de italiano era bastante rudimentario, pero a lo largo de los años había aprendido lo suficiente para enterarme más o menos de algunas partes de aquella conversación.

—No ha ido tan mal, ¿no? —se rió, dándole una palmada en el hombro.

Me dolió el corazón al ver que Fra ponía los ojos en blanco. Conocía aquel gesto que le estaba dirigiendo a Dora, y que significaba que estaba a partes iguales enfadado y divertido. Antes, cuando estábamos juntos, aquel gesto era señal de que para terminar la discusión me bastaba con un abrazo y un beso en el cuello.

Aunque claro, dudaba que Dora lo supiese y, si por algún motivo era así, que pudiera hacer uso de ese dato.

—La próxima vez que mi padre convoque una reunión para la que ha decidido contar conmigo sin decírmelo, por Dios, avísame antes de que me presente con un jersey navideño espantoso —bufó Fra.

La mujer arrugó la nariz.

—Hijo, si hubiese llegado a imaginar que eras capaz de venir a ver a tu padre con eso puesto, créeme que te lo habría advertido con un mes de antelación.

Con un suspiro, Fra le dio un beso en la mejilla y se despidió deseándole una feliz Navidad. Al girar sobre los talones para marcharse, hicimos contacto visual, y yo fui incapaz de

apartar la mirada. De hecho, en su lugar le sonreí. Aquello hizo que el gesto de Fra se tornara sombrío. Al ver que apretaba los labios, me resigné a verlo marcharse, pero para mi sorpresa se acercó a la cafetería.

Señalé una de las sillas vacías, a modo de invitación. Aunque reacio, Fra se sentó a la mesa conmigo.

—Qué tal —dije.

—Buenas. ¿Te estás alojando aquí? —preguntó él.

Yo asentí, encogiéndose levemente de hombros.

—¿Así que es uno de los hoteles de tu empresa? El mundo es un pañuelo.

—Pues sí —respondió con una leve sonrisa.

El camarero se acercó a la mesa para saludar con entusiasmo a Fra, hablándole en italiano. Con una sonrisa que me hizo temblar las rodillas, Fra le comentó algo que intuí que era gracioso, pero no alcancé a comprender. A modo de respuesta, el camarero se acercó a la barra a paso ligero para traerle a Fra un vaso de zumo de naranja, y cuando Fra se metió la mano en el bolsillo para pagar, probablemente, el hombre comenzó a sacudir la cabeza con frenesí mientras recitaba un “no” detrás de otro.

Tuve que contener la risa ante aquella escena tan italiana, ante la que mi instinto británico adoptivo me tentaba a decir, «Coge el maldito dinero y déjanos en paz».

Aquello se alargó hasta que Fra le dio las gracias al camarero, y este pudo volver a la barra satisfecho con su victoria.

—¿Es amigo tuyo? —pregunté, observando cómo el hombre les servía dos cafés a la joven pareja sentada en la barra.

Antes de responder, Fra le dio un sorbo a su zumo de naranja.

—Podría decirse así —contestó—. Si mi padre supiera que en esta cafetería no me cobran ni un céntimo, se pillaría un rebote monumental.

—¿Y eso?

—Uy, pues porque a *él* sí que le cobran.

Aquello me hizo reír. Cuando volví a mirarlo, Fra me estaba observando. Hoy sus ojos parecían casi dorados, aunque en torno a las pupilas me fijé en que había un halo de color avellana.

—Siento mucho lo de ayer —dijo.

—¿Qué es lo que sientes, exactamente?

Siendo sincero, no me parecía que Fra tuviera razón alguna para pedirme perdón.

—Betta no fue precisamente amable contigo..., y yo tampoco. Así que lo siento.

Negué con la cabeza.

—No pasa nada. No debería haberme acercado a vosotros como si nada. Eso sí, espero no haber causado demasiados problemas.

Aquello pareció confundir a Fra.

—¿A qué te refieres?

Ladeé la cabeza.

—Con... James. Se llamaba así, ¿verdad? —pregunté, fingiendo descaradamente que no estaba seguro de cómo se llamaba el chico que me había arrebatado toda esperanza de recuperar a Fra—. Es decir, me refiero a que darte de bruces con el ex de tu pareja no es la mejor forma de arrancar la noche del viernes.

Fra palideció.

—Qué va, no te preocupes. No hubo ningún problema —se apresuró a decir, con tanto

énfasis que no me lo creí.

—Pero sí que le hablaste de mí —continué, recordando la breve conversación en la entrada del edificio del día anterior.

—¿Cómo iba a no hacerlo? —respondió de inmediato, sin pensarlo dos veces. Aquello me enterneció bastante más de lo que debería.

Reuní todo el valor que pude.

—Me alegro de que hayamos vuelto a vernos. Sé que va a sonar muy egoísta, pero me alegro de que el día que lo dejamos no haya terminado siendo la última vez que nos dirigimos la palabra.

Mordiéndose el interior de la mejilla, Fra se pasó una mano por el pelo.

—Imagino que te refieres al día que me dejaste.

Ouch.

—Sí —confirmé.

Fra se aclaró la garganta mientras observaba su vaso. Deslizó despacio un dedo sobre el borde.

—¿Fue porque habías conocido a otro? —preguntó.

La pregunta me hizo sentir como si me hubieran dado una patada en el estómago.

—No. Jamás —repliqué—. ¿De verdad crees que te hubiera puesto los cuernos?

Él sacudió la cabeza, sin dejar de mirar fijamente el cristal.

—Bueno, no —admitió—, pero a medida que pasaron los meses, no pude evitar preguntarme si llegué a conocerte de verdad o, por el contrario, era solo fachada.

—Fra... —Cuando quise darme cuenta, había cubierto su mano con la mía. Esto hizo que por fin Francesco volviese a mirarme, y yo me perdí en su mirada. No lograba decir una sola palabra, ni pensar, ni respirar, ahora que todo lo que siempre había deseado estaba frente a mí—. Te quería muchísimo —susurré, y tuve que morderme la lengua para no decirlo en presente. A Fra le temblaron levemente los labios, y Dios, no sé qué ser sobrenatural intervino para evitar que le comiese la boca—. ¿Te acuerdas de aquel día que fuiste a visitar a tu padre, igual que hoy? Estabas tan alterado que no me respondías ningún mensaje, así que me pasé por tu casa. Las mejillas de Fra se tiñeron de rosa, y él se mordió el labio inferior con suavidad.

—Ay, sí, qué vergüenza. Meses dejándome el alma para parecer normal delante de ti, y vas y me encuentras hecho un mar de lágrimas en pleno ataque de nervios.

—Vale, y ¿recuerdas lo que te dije en aquel momento?

Noté que contenía la respiración.

—Que daba igual lo que dijera mi padre, porque absolutamente todos mis logros hasta el momento me pertenecían solo a mí y no me los iba a poder quitar. Dijiste, “Sé que ahora mismo no lo ves así, pero por favor, créeme”. —Fra apartó la mirada—. Y tenías razón en que no lo veía así, ¿sabes?

Le apreté la mano.

—Claro que lo sé —susurré—. Me preguntaste qué motivos tenías para creerme, y yo te respondí que...

—Porque te habías enamorado de mí, y solo de mí.

Así que se acordaba, se acordaba palabra por palabra. Noté un nudo en el pecho, que me dolía con algo a medio camino entre la ternura y el arrepentimiento. De pronto los recuerdos de todo lo que nos había conducido a la ruptura empezaron a tornarse borrosos, y logré que me importase lo más mínimo de quién hubiera sido la culpa, o lo enormes e imposibles de superar que me parecieran en su momento los motivos.

Porque Fra había vuelto a mi vida, y lo recordaba todo. Así que sentí que podía lograr que lo nuestro funcionase, si me daba la oportunidad. Podíamos llegar a ser algo con lo que la enorme mayoría de la gente solo puede soñar, y compartir un amor tan intenso, fuerte y arrollador como aquellos sobre los que se escriben baladas y poemas.

—El problema fue que no bastó con enamorarte, ¿no? —suspiró Fra, sacándome del confort de mis pensamientos—. Según me dijiste, no eras el hombre adecuado para mí. No íbamos a funcionar, porque llevábamos ritmos demasiado diferentes.

Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero me obligué a contener el llanto.

—Lo siento mucho —murmuré, mientras Fra apartaba la mano.

—Creo que tenías razón, así que no te preocupes —continuó—. Vivías demasiado deprisa para mí, y no podía seguirte el ritmo.

—No fue culpa tuya, Fra, y nunca quise que te sintieses culpable. Pero estaba aterrorizado.

—¿De qué?

Oh, amor.

No te haces una idea de lo terroríficos que eran los monstruos que aún pueblan mis pesadillas.

Tenía miedo de mirarme al espejo un día cualquiera y encontrarme con el reflejo de mi padre. De no ver tus necesidades, aunque dormías en mi cama. Tenía miedo de descubrir que, en el fondo, no era la persona de la que te enamoraste.

Me lo diste todo sin pedirme jamás nada a cambio, y yo me aproveché de ti. Pero sabía, en lo más profundo de mi corazón, que no podía durar sin que yo lo estropease.

Porque tú no lo sabías, pero se me da bien arruinarlo todo.

—¿Eric?

Mi nombre sonaba precioso cuando era Fra quien lo pronunciaba. Hacía cinco años desde la última vez que le había oído decirlo en voz alta.

Deseé poder explicárselo. Deseé ser lo suficientemente fuerte como para dejarle ver los rincones más oscuros y retorcidos de mi alma.

—No pasa nada —dijo al final Fra, con los ojos apagados por la tristeza—. No me tienes que contar nada que no te sientas cómodo compartiendo. Es agua pasada.

Le devolví una sonrisa que no me llegó a los ojos.

—Tu novio es un hombre con suerte.

Francesco

Eric era impulsivo. Vivía cada día como si fuera el último, y adoraba lo inesperado. Para alguien como yo, criado a base de rutinas previsibles y agendas organizadas por todo el mundo salvo yo mismo, aquella forma suya de entender la vida era tan nueva como emocionante. Por ejemplo, si tenía que estar a una hora en un lugar determinado, para mí era preferible evitar hacer paradas por el camino a fin de no llegar tarde. Pero cada vez que Eric me tendía la mano e insistía en que nos daba tiempo, yo le creía. En tan solo unos pocos meses, descubrí que muchísimas cosas que me habían parecido imposibles estaban a mi alcance; solo tenía que intentarlo.

Me enamoré de él demasiado rápido, y hasta las trancas.

Tras toda una vida sufriendo por mis inseguridades, había encontrado a alguien que me correspondía..., y no sé por qué pensé que sería así para siempre. Eric nunca hablaba del futuro, y hasta donde yo sabía, ni siquiera creía que nada en esta vida fuese a durar mucho tiempo. No desde la muerte de su madre. Pero me encariñé tanto con él que, por un tiempo, fue lo único en lo que podía pensar. Me cegó el amor por él hasta tal punto que no vi en qué momento dejó de sentir lo mismo por mí.

E incluso ahora, cinco años después, a veces me preguntaba en qué me había equivocado. Qué era lo que no supe hacer bien.

Otras veces, intentaba refugiarme en mi orgullo diciéndome que quien se había equivocado era él. *Jugó con mis sentimientos, y cuando se aburrió de mí me tiró a la basura.*

Pero lo más probable era que la verdad se encontrase en un punto intermedio.

Tal y como había dicho Rob, Eric me quiso de verdad. Y tal y como había dicho Kim, me dejó porque pensó que era lo correcto.

—Cuando le pregunté por qué había roto conmigo, dijo que por miedo. No sé qué pensar de eso, Kim. Nunca vi al Eric real porque estaba cegado por mis sentimientos, pero ahora desearía haberme esforzado más.

Lo dije con tanta franqueza como pude, siendo consciente de que con Kim podía ser totalmente sincero.

Kimchi me fulminó con la mirada. No le hacía falta hablar para echarme en cara la decepción que supuso que lo abandonase el día anterior como consecuencia de una crisis nerviosa. Por suerte, Betta tenía una copia de la llave de mi casa, y había ido de inmediato a por él cuando Rob le explicó la situación por teléfono.

Por un momento pensé que Kimchi sería mucho más feliz con Betta y su hija. En aquel momento, tirado sobre la alfombra del salón de Betta, parecía el dueño de la casa. Había espacio de sobra en aquel piso que en su momento fue nuestro piso de estudiantes, y Dana lo adoraba. Era consciente de que lo mejor para mi gato hubiera sido dejar que se lo quedaran Betta y Dana, pero era demasiado egoísta como para hacer algo así.

Me incliné para coger una serpiente de juguete que Kimchi había robado de la cesta de juguetes de Dana, lo devolví a su lugar y le rasqué la cabecita naranja a Kimchi. Para mi sorpresa, no se apartó con un bufido, lo cual me hizo sonreír.

—Ya sé lo que estás pensando. ¿Qué importan tus tonterías de persona adulta? ¿Cómo puede ser más importante ese tío que yo? Lo entiendo, y siento haberte fallado. Pero seguro que me perdonas en cuanto esta noche te ponga de cenar tu latita de pescado preferida, ¿eh?

Por toda respuesta, Kimchi frotó la cabeza contra la palma de mi mano con un sonoro maullido. Me arrodillé sobre la mullida alfombra, y él me puso una pata sobre la rodilla. Se me escapó una leve risita.

—Mi relación contigo es, de lejos, la mejor que he tenido en toda mi vida. No tiene misterio. Me odias hasta la hora de cenar, y luego me amas hasta que te vuelve a entrar el hambre. Ojalá las personas fuesen tan fáciles de entender como tú.

—Tío, ¿ya has hecho las paces con Kimchi?

Dana entró a la carrera en el salón, descalza y en pijama. Cuando se detuvo a mi lado, empezó a cambiar su peso de una pierna a otra, con el pelo castaño claro derramado sobre los hombros. Tenía rasgos amables e inocentes, y se parecía mucho a su madre en todo salvo en los ojos. Esos los había heredado de su padre.

Sospeché que seguía demasiado emocionada por su actuación de la tarde como para conciliar el sueño. Había interpretado a un ángel maravilloso en el teatrillo de Navidad de su escuela infantil.

Cogiendo a Dana en brazos, me dirigí hacia su habitación.

—Yep, volvemos a ser amigos del alma.

—¡Oye, que yo no quiero dormir todavía! —se quejó.

Tras dejarla con cuidado en la cama, la tapé con el edredón.

—Nada de eso, señorita. Ya te has pasado de tu hora de dormir.

—Pero ¿y si los muñecos chiquititos de mi cabeza me hacen ver una pesadilla? —gimoteó, haciendo un puchero. Tardé unos instantes en darme cuenta de que se refería a la película de Disney sobre las emociones que habíamos puesto durante la cena.

—Te voy a contar un secreto —dije, estirándome hacia la silla que tenía junto a la cama para alcanzar su conejito de peluche preferido—. Si abrazas con fuerza a don Luna y piensas en lo bien que te lo has pasado hoy, las pesadillas te dejarán en paz.

Abrazada a su peluche, Dana sonrió por fin.

—Vale —resolvió—, pero ahora es la señora Luna.

Desvié la mirada hacia el peluche que, en efecto, ahora llevaba un enorme lazo rojo en la oreja.

—¿Ah, sí?

—Claro —insistió Dana, con la expresión más seria que le había visto poner nunca. Luego se inclinó para susurrarme algo más—. No está bien que la llames don Luna, porque ya no es un chico, así que cuidadito.

Me puse una nota mental para decirle luego a Betta lo orgulloso que estaba de la forma de ver el mundo tan abierta e inclusiva que le estaba enseñando a Dana.

—Tienes toda la razón. Lo siento mucho, señora Luna. Buenas noches a las dos.

—Buenas noches, tío.

Le di a Dana su beso de buenas noches, comprobé que su luz de noche estuviese bien enchufada y, cuando me di la vuelta, me encontré con que Betta estaba recostada contra el marco de la puerta. Regresamos al salón en silencio, y ella esperó a haber cerrado la puerta para hablar.

—No la puedo dejar sola ni cinco minutos. Gracias por llevarla a su cama otra vez.

—¿Por qué me das las gracias? La que me cuidó al gato anoche fuiste tú.

Betta entró en la cocina, sirvió dos vasitos de amaro y me tendió uno. Luego entró de nuevo en el salón, y se dejó caer en el sofá. Suspiró al ver las muñecas tiradas junto al sillón, que se nos habían pasado mientras recogíamos, pero no se levantó para ponerlas en su lugar. Parecía

agotada, así que me ocupé yo en su lugar.

De un salto, Kimchi se subió al sofá para acurrucarse en su regazo. Qué asqueroso, conmigo nunca se había mostrado así de cariñoso.

Me senté al lado de ambos, y le di un sorbito a mi amaro.

—¿Bueno, qué? —dijo Betta—. ¿Te apetece hablar de ello?

Dejé caer la cabeza hacia atrás.

—La verdad es que no.

Betta resopló.

—Vale, no tienes por qué contarme nada que no quieras compartir. Además, estoy segura de que tu gato da consejos mucho mejores que yo. Para nada me refiero a que te haya oído llorarle a Kimchi mientras estaba en el baño, ¿eh?

—Te odio.

—Como si fuese mi culpa que las paredes sean de papel.

—Ya, debería haberme dado cuenta del problema de insonorización cuando compré el piso. Pero ¿cómo iba a saberlo? Era joven, e inexperto.

—Tú y todos, Fra. —Con una sonrisa, se terminó su amaro de un trago.

Decidí que por fin era el momento de preguntarle algo que llevaba un tiempo pensando.

—Bueno, y ¿qué vas a hacer por Navidad? ¿Te vas a Tirol del Sur con tus padres?

Betta negó con la cabeza.

—Ni de coña. ¿Te acuerdas del año pasado? Aquellas “vacaciones” me dejaron hecha polvo. —Señaló con la barbilla una serie de fotografías familiares colgadas en la pared, que incluían, en efecto, aquel viaje infernal—. Tuve que tomarme unas segundas vacaciones para recuperarme. Este año nos quedaremos por aquí.

Ajá, justo lo que me había imaginado.

Era mi oportunidad para preguntarle si podía pasar las Navidades con ella.

Mi familia me había invitado a celebrar las fiestas en el sur, como todos los años, pero esta vez también iba a ir James. A todo el mundo, y en especial a mis abuelos, les hacía muchísima ilusión volver a verlo, y conocía a mi familia lo suficiente para saber que le iban a hacer un sinfín de preguntas incómodas a Rob al respecto.

Pero no era tan ingenuo como para pensar que me libraría del interrogatorio navideño anual gracias a la presencia de James. Y este año me apetecía aún menos de lo habitual que me preguntasen cuándo iba a llevar a alguien a casa yo también.

No necesitaba ese tipo de presión en mi vida. Ya sabía que mi prima Claudia se había casado ese año, que Rob había conocido a James, que no sé qué primo iba a tener un hijo y que no sé qué otra prima estaba prometida. Ya sabía, sin que me lo recordasen, que yo era el único que se estaba quedando atrás.

Prefería, con mucho, pasar la Navidad con Betta y Dana, que por otra parte también consideraba parte de mi familia. Sin embargo, no me dio tiempo a preguntar.

—Pablo ha dicho que este año viene, ¿te lo puedes creer?

Me quedé boquiabierto, notando cómo se me revolvía el estómago por momentos ante la noticia. Pero me esforcé por disimular, ofreciéndole una sonrisa a mi amiga.

—¡Me alegro mucho, Betta! A Dana le va a encantar.

Ella se rió, asintiendo.

—Pablo planea darle una gran sorpresa en Nochebuena. Papá Noel va a llamar a la puerta, llevando un saco enorme colgado al hombro, y cuando Dana le pregunte qué es lo que hay dentro, Pablo va a salir de un salto gritando, “¡Es papá, princesa!”.

Me limité a parpadear.

—Vale, ¿y quién se supone que va a hacer de Papá Noel?

—Y yo qué sé. Seguramente sea un fracaso espantoso, aunque Pablo es una caja de sorpresas. Será entretenido ver qué termina ocurriendo.

Esbocé una sonrisa socarrona.

—Eso dijiste la noche que te dejó preñada, amiga.

Betta me pellizcó el brazo con tanta fuerza que supe de inmediato que iba a amanecer el día siguiente con un moratón.

—A lo que voy —añadió—. Creo que esta vez le dejaré dormir en casa.

Sentí un nudo en la garganta por la decepción, y ni siquiera fui capaz de disimular esta vez. Lo bueno fue que Betta no pareció darse cuenta.

Pero me di cuenta al final de que no se daba cuenta porque, en aquel momento, estaba pensando en otra persona. Alguien que siempre importaría más que yo en aquella casa, alguien que siempre tendría reservado un lugar privilegiado en su álbum de fotos familiar.

—Es que claro, vamos a ver —continuó Betta—, los precios de los hoteles aquí en Milán se disparan en estas fechas, y a Dana le encanta quedarse despierta hasta tarde con él aprendiendo villancicos en español. ¿Sabes eso que Pablo dice siempre acerca de que los villancicos italianos son demasiado dramáticos, mientras que los que cantan en España son más bien cómicos? Parece que Dana está de acuerdo.

Suspiré con pesadez.

—Mira, ya sabes que me encanta que nos riamos de él, pero en el fondo Pablo es un buen tío. No creo que sea mala idea que le des una oportunidad.

—Eh... No lo sé. Quiero decir, sí, vale, nos lo pasamos genial juntos en Ibiza, pero no íbamos en serio. La siguiente vez que lo vi fue cuando Dana ya había nacido, y de pronto ya no era mi rollo de verano, sino el padre de mi hija. No tuvimos la oportunidad de ser pareja entre medias, y aunque lo intentásemos ahora, nadie nos asegura que no fuese a salir como el culo. Con el agravante de que también le haríamos daño a Dana.

Apoyé la mano en su nuca para darle un suave masaje.

—No te estoy diciendo que te cases con él ni nada, pero sois familia. Aunque viváis cada uno en un país, tenéis una familia mucho más unida y real que, por ejemplo, yo mismo. Solo digo que, en el hipotético caso de que ambos sintieseis algo por el otro... Sé que encontraríais la manera de que funcione.

Betta se apoyó en mi mano.

—Eres muy dulce, Fra. Gracias por decir eso. ¿Qué hay de ti? ¿Qué vas a hacer esta Navidad?

Aparté la mirada, clavándola en el puntito rojo de la televisión.

—Iré al sur con Rob, como todos los años.

—Cuidad de James. El pobre parece algo tímido... ¿Le habéis dicho ya que va a haber casi cincuenta personas en la cena de Nochebuena?

—El verano pasado estuvo en una boda que superaba los doscientos invitados, así que sobrevivirá. Además, es amigo del hermano pequeño de Rob y de nuestra prima Jennifer, y no creo que ninguno de los dos se separe de él más que para ir al baño.

—Oye, pues no suena nada mal.

Tuve que hacer de tripas corazón para asentir.

Eric

El lunes, Fra me dirigió la palabra varias veces. No solo cuando la situación lo requería; me dio los buenos días, participó mucho más en la reunión matutina sobre el proyecto e hizo muy buenas sugerencias respecto al plan de desarrollo de la app que le habíamos encargado a su equipo. Tal y como me había anticipado el supervisor, Emilio, Fra era el mejor desarrollador de interfaces de administrador que tenían, mientras que Betta era insuperable con las interfaces del usuario. Formaban un equipo increíble.

La forma de programar de Fra decía mucho de su personalidad. Escribía códigos precisos, elegantes y limpios, tecleando con la misma naturalidad con la que tocaba el piano. Sus manos seguían siendo tan bonitas como las recordaba.

Y a mí me ponía a cien.

Ejecuta un git-pull antes de meterte a editar el código
He cambiado un par de cosas

Fra sonaba exigente hasta cuando escribía mensajes por el chat privado del trabajo. Cosa que no tendría que ponerme tanto, pero madre mía. Menos mal que me habían asignado un despacho individual separado del área de concepto abierto en la que trabajaban los desarrolladores y supervisores. Si lo hubiese tenido enfrente, no habría podido disimular cuánto me gustaba mirarlo durante más de cinco minutos.

¿Cómo demonios eres tan productivo desde las 9:30 de la mañana?

Esta app no se va a programar sola, ¿sabes?

Relájate, tenemos un plazo bastante amplio.

Me importa más la calidad de tu trabajo que la cantidad.

¿Te has molestado en echarle un ojo a mi código?

Pues claro que lo había hecho, y no tenía un solo fallo. Pero no quería terminar nuestra conversación tan rápido.

Aún no. Sigo sin decidir qué playlist escuchar hoy.

Cuando vi que no respondía, escribí otro mensaje.

He encontrado una llamada

“Canciones de taberna que poner de fondo mientras follas”,

y estoy intentando decidir quién necesita más ir a terapia.

Si quien hizo la lista, o yo que la estoy escuchando.

Nada, sin respuesta. Sacudí la cabeza y cambié de pestaña para empezar a trabajar, pero al levantar la mirada me encontré con que Fra estaba apoyado en el marco de la puerta. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y me estaba asesinando con la mirada.

—¿Me puedes explicar por qué coño tienes un puesto de responsabilidad?

Me recliné en el asiento.

—La verdad es que, una vez doy con la playlist adecuada, soy un fuera de serie.

—Venga ya. ¿Cómo que “Canciones de taberna que poner de fondo mientras follas”? ¿En serio?

—Es que no iba a poner esa. No te recomiendo que la escuches en el trabajo. Bueno, ni tampoco mientras te tiras a nadie.

La cara de Fra no tuvo precio.

—La madre que te parió.

¿Sería este el día en que el universo me iba a bendecir, por fin, con la cara de exasperación de Fra?

—A ver, también pensé en poner una llamada “Metedla, chicos, metedla”, pero no me ha terminado de motivar.

Y sucedió la magia; Fra puso los ojos en blanco, suspirando con irritación, y no pude evitar sonreír. De pronto el despacho parecía más luminoso.

Hubo un momento de silencio, que lejos de ser incómodo, me hizo sentir a gusto. Pensé que era una rutina a la que no me importaría acostumbrarme. Un chiste con doble sentido por aquí, otro por allá, y el simple placer de *estar* en su compañía. Nos miramos a los ojos, y aunque Fra pronto apartó la mirada, no se marchó.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunté. En realidad lo que quería decir era, *Por favor, no te marches.*

—No —musitó, en voz baja—. Solo quería pedirte que no me distraigas con esas cosas. Arqueé las cejas.

—¿Así que te distraigo?

—Sí —replicó. Luego sacudió la cabeza—. No. Ay, da igual.

—Fra —le llamé, antes de que se marchara—. Estás haciendo muy buen trabajo.

Se dio la vuelta para mirarme, y se limitó a asentir.

—Lo sé.

Una vez se hubo marchado, me limité a mirar fijamente la pantalla durante unos instantes. Estaba tan ensimismado que me di un susto de muerte al oír la voz de Betta, que estaba de pie en el mismo lugar que había ocupado Fra hacía unos instantes.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Elisabetta —suspiré, cansado—. Claro, pasa. Deja la puerta abierta, por favor.

Betta entró en el despacho y se sentó frente a mi escritorio en silencio.

—¿Tienes alguna consulta relacionada con el proyecto? —le pregunté.

—En cierto modo. —Comenzó a enroscarse largos mechones pelirrojos en torno a los dedos—. Le miras demasiado.

—¿Perdón?

—No creo que nadie más que yo se haya dado cuenta, pero para Fra es muy incómodo.

Como de costumbre, tenía una expresión seria.

—¿Te lo ha dicho él mismo?

Ella resopló.

—No, pero conozco a Fra. Por mucho que intente actuar con normalidad cuando estás cerca, no es nada fácil para él.

—Aprecio que te preocupes por él —respondí, diplomático—, pero Fra está gestionando la situación sin problema. De hecho, es tan productivo que asusta.

—Mira, en eso estamos de acuerdo. ¿A ti te parece algo sano? —contraatacó—. El trabajo es su vía de escape cuando no quiere pensar en algo. Tú no lo conociste cuando iba al instituto, pero yo sí. Se mataba a estudiar con tal de tener algo de paz, y no quiero que vuelva a caer en eso. No quiero que tenga que apagar el cerebro, y ponerse en piloto automático, para sobrellevar el día. Fra necesita un lugar seguro, que hasta ahora ha sido esta oficina. No hagas que quiera salir corriendo del único refugio que tiene.

Con un gemido, me cubrí la frente con la mano. Cómo no. Mi egoísmo atacaba de nuevo, y estaba haciéndole daño a Fra porque me apetecía tenerlo cerca.

—¿Qué crees que debería hacer? —le pregunté.

Betta se mordió el labio inferior, asintiendo despacio.

—No le agobies. Dale tiempo para acostumbrarse a tu presencia.

—Vale, suena razonable.

—Ah, y no te quedes mirándolo fijamente.

—¿Tan obvio es?

Esto hizo que Betta entrecerrase los ojos.

—Sí, o por lo menos a mí me lo parece. —Me señaló con el dedo—. ¿Te contó Kim lo que pasó cuando dejaste a Fra?

Negué con la cabeza, y ella inspiró hondo.

—Se quedó destrozado. Estuvo días sin comer ni salir de la cama, pensando que habíais terminado por algo que él había hecho mal. Así que me hice una notita mental para, si volvía a verte, decirte que no te mereces a Fra.

Carecía de sentido discutirle algo que era una verdad como un templo.

—Mira, Eric. —Bajando la voz, Betta se inclinó hacia delante, apoyándose en mi escritorio—. Le costó muchísimo superar lo vuestro, y aunque ahora no está ni de lejos tan mal, nunca ha llegado a estar del todo bien. Ahora que has vuelto, tienes el poder de romperle el corazón otra vez, y lo único que te pido es que, por favor, no lo hagas.

Se me secó la boca.

No solo lo había arruinado todo en su día, sino que podía volverlo a hacer.

Me di cuenta de que no me merecía a Fra, al igual que él no se merecía el daño que yo le hacía a los demás.

Así que reuní fuerzas que realmente no tenía para susurrar, en voz baja:

—Lo entiendo. Me mantendré alejado.

Francesco

No sé por qué seguía buscándolo.

Tener a Eric en la oficina era un engorro, porque cada vez que lo veía me arrollaban los recuerdos, pero la sensación era tan abrumadora como adictiva.

Aunque me hubiera gustado culpar a Eric de estarme distrayendo, en el fondo sabía que habría sido mentira. El hecho de que tuviera la cabeza en las nubes no era culpa de Eric, sino mía.

Lo buscaba con la mirada por las mañanas, durante las reuniones de equipo, para recrearme en su cuerpazo mientras repasaba la orden del día. Me daba la vuelta cada vez que oía su voz, y sacaba excusas de donde no las había para escribirle o ir a su despacho. Para ver su rostro. Para volver a estar en la misma habitación que él, respirando el mismo aire. Desde que me lo encontré el sábado en la cafetería, me moría por volver a sentir su mano sobre la mía.

Una parte de mí era muy consciente de que aquello solo podía acabar mal, por lo que me dije una y otra vez que cualquier sentimiento que pudiera albergar era fruto de la nostalgia. Traté de distanciarme de mis emociones concentrándome en el trabajo, y a veces me centraba tanto en programar que se me olvidaba tomarme el descanso para comer hasta que Betta me arrastraba a la cafetería. Pero la mayor parte del tiempo tenía pocas ganas de comer. Lo hacía porque sabía, a nivel racional, que tenía que hacerlo, pero no porque tuviese hambre.

Me daba la sensación de que algo en mí llevaba tiempo sin ir bien, y ahora que Eric había reaparecido y sacudido mi mundo hasta los cimientos, estaba empezando a aflorar. Quizás, me dije, fuese la falta de sexo. Ni siquiera me acordaba de la última vez que me había acostado con alguien, porque lo de echar un polvo de una noche me aburría. Irme al bar, tirarle los tejos a alguien, conseguir llevármelo a la cama..., requería demasiado esfuerzo. Además, ni siquiera tenía la certeza de que fuese a merecer la pena. Al final, no dejaba de consistir en que un extraño me utilizase, y yo a él de vuelta, para olvidar el mundo durante un ratito.

A veces estaba bien, y a veces era un desastre. Pero ni siquiera las veces que más placer había sentido merecían la pena. Nada podía igualar el roce de los dedos de Eric cuando me tocó la mano en la cafetería. Hasta el contacto físico más inocente hacía que mi cuerpo ardiese de puro deseo.

Lo echaba muchísimo de menos. ¿Cómo de jodido tenía que estar para echar de menos a alguien a quien tenía delante de las narices?

Kim tenía razón: Eric no se merecía que le mintiese. Pensé que debería dejarme de tonterías, contarle la verdad y quitarme ese peso de encima.

«Sigo enamorado de ti. Sigo echándote de menos. Todo lo que me dijiste cuando rompiste conmigo es cierto, ¿vale? Llevábamos ritmos diferentes, y a lo mejor no éramos lo que el otro necesitaba. Pero ¿me dejas que te siga queriendo de todos modos? ¿Puedo darte el capricho de pensar en ti con cariño? Estoy cansado de luchar contra mi propio corazón. Estoy cansado de decirme que te he olvidado, o que no te quiero en mi vida.»

Decidí preguntarle a Eric si podíamos hablar cuando saliésemos del trabajo, y me pasé toda la tarde preparándome mentalmente.

Por supuesto, mis planes se fueron a la mierda. Nuestro supervisor, Emilio, nos propuso salir a tomar el aperitivo todos juntos al distrito Navigli, donde los canales de la ciudad conectan el lago Maggiore y el lago Como con el río Po y el Ticino. En teoría solo íbamos a ser los seis

miembros del equipo, pero acabamos siendo el doble.

El distrito Navigli no solo es tan hermoso como Venecia, sino que además tiene una vida nocturna increíble gracias a la cantidad de pubs, bares y discotecas que hay por la zona de los canales. Dadas las fechas, las calles ya estaban decoradas con luces de Navidad, que habían atado a farolas y edificios para suspenderlas sobre los canales como si fuesen un cielo estrellado. A nuestros pies, el agua parecía brillar con luz propia, como si hubiese un tesoro perdido en el lecho del río. Era fácil imaginar que se trataba de llamas que ardían bajo la superficie con la fuerza de varios soles.

Las calles estaban a rebosar de gente. Muchas de las personas que nos rodeaban parecían haber salido de trabajar hacía nada, igual que nosotros, mientras que otras tantas venían cargadas de bolsas del mercadillo navideño que había en el barrio.

En cuanto dio comienzo el tedioso debate para escoger un bar, me dije que ni de coña pensaba pronunciarme al respecto. Pero conseguí dejarme en evidencia delante de Emilio cuando comentó que conocía un local con muy buen ambiente, bajando por la callejuela que nos quedaba a la derecha, y yo interrumpí para preguntarle si se refería al bar gay de la esquina.

—Qué va —se limitó a responder Emilio—, yo hablo de ese que siempre está a rebosar de estadounidenses borrachos como cubas.

Aunque todo el mundo se rió, y pareció olvidarse del tema, me anoté mentalmente la imperiosa necesidad de aprender a cerrar el pico.

Al final, nos rendimos con el bar lleno de estadounidenses borrachos, descartamos un pub a rebosar de irlandeses ebrios y, evidentemente, ni nos planteamos el bar gay. Nos decantamos por una taberna remodelada con ambiente agradable, y decoración de estilo rústico, que de algún modo consiguió juntar mesas para que nos sentásemos los doce.

Con el aperitivo se incluían la primera bebida y buffet libre de aperitivos para picotear. Mis compañeros llenaron cuatro platos soperos con patatas fritas, aceitunas, sándwiches, croquetas, albóndigas y diferentes variedades de *bruschetta*, y los colocaron en el centro de nuestra mesa para que todo el mundo pudiese tomar lo que le apeteciese. Yo decidí comerme un sándwich, porque no quería beber con el estómago vacío, y comencé a darle sorbos a mi Spritz mientras intentaba concentrarme en las conversaciones que me rodeaban. Por su parte, Betta se terminó un plato entero ella sola. Nos describió con todo lujo de detalles el sabor de cada cosa, en un verdadero ejercicio de creatividad.

Era evidente que a Betta le encantaba comer, y a mí me fascinaba observar la naturalidad con la que lo decía. Por maravilloso que pudiera ser ese tema de conversación, a mí siempre me había costado muchísimo.

De pequeño, había muchos platos que me apetecía probar pero tenía prohibido comer. A veces los probaba cuando iba al sur a visitar a mi familia, que decidía ignorar las instrucciones de mi madre al respecto y me alimentaba como si fuese uno más, pero me salía caro. En cuanto volvía a casa, mi madre me obligaba a compensar el descontrol poniéndome a dieta, así que al final terminé por ver la comida como una mera necesidad.

Más allá del sushi o de las pocas veces que probaba comida casera, la comida seguía sin saberme a nada.

—¿Estás bien?

La voz de Eric me sacó de mi ensimismamiento. Había ocupado el asiento a mi izquierda, e imaginé que la chica que antes tenía sentada al lado habría salido a fumar. Eric me habló con tanta suavidad que me costó oír lo que decía por las carcajadas y parloteo que nos rodeaban.

—Sí —mentí, consciente de que estaba mostrándome más vulnerable de lo que debería

—. Me estaba acordando del estofado que solías cocinar.

Eric se lo pensó un momento.

—Estofado... Espera, ¿te refieres al *khoresh karafs*?

Me limité a asentir.

—Ojalá hubieras podido probar el que hacía mi madre —comentó—. El que hago yo sabe muy parecido, pero le falta algo y no sé qué es. A mi hermana, en cambio, le sale perfecto.

—¿Sigues teniendo relación con ella?

—Por suerte, sí. Desde que se independizó, hemos podido hablar mucho más. Ha tenido un hijo con su pareja.

No pude evitar sonreír.

—Así que ahora eres tío.

Eric se rió.

—No solo tío, soy fan incondicional. Quiero decir, ¿sabías que mi sobrino es el niño más listo del mundo?

—Ajá —me reí.

—Oye, que es en serio. Mira.

Eric desbloqueó el teléfono para abrir la galería. Pese a que sabía que lo educado hubiera sido esperar a que encontrase lo que quería enseñarme, no pude evitar cotillear de reojo para ver qué tipo de fotos tenía en el carrete. Me fijé en que tenía algunas fotos con grupos de gente, así como de paisajes y ciudades, pero no vi nada que sugiriese que tenía novio. Cosa que, a decir verdad, no debería haberme complacido tanto como lo hizo.

No me dio tiempo a rumiar aquella sensación, porque Eric me mostró la foto de un niño de unos dos o tres años con un teléfono de juguete contra la oreja.

—Mira, aquí estaba jugando a recibir llamadas del trabajo.

—¿Te imitaba a ti?

—Sí, es que ese día me tocaba teletrabajo. Lo mejor es que se puso a hablar inglés inventado, y alguna que otra cosa casi tenía sentido. Pero espera, que falta lo mejor.

Me enseñó un vídeo del mismo niño, que estaba tocando lo que parecía una mandolina mientras cantaba el himno de Francia. Como cabía esperar, no tenía técnica alguna y el instrumento chillaba notas incoherentes, pero la actitud era de sobresaliente.

—Muy patriota, sí señor —bromeé.

—Tiene madera de músico —alardeó Eric, orgulloso.

—Estamos en 2020 —repliqué—. No te sorprendas si decide invertir su talento en convertirse en influencer, y os lleváis un chasco.

—Nada que elija hacer va a decepcionarme.

La certeza con la que dijo aquello me impresionó. Así era como se suponía que debía comportarse una familia, ¿no?

—A menos que le haga daño a los demás —añadió Eric—, pero en ese sentido, es responsabilidad de su familia enseñarle qué está bien y qué no. Confío en Amelie y Jacques, en ese sentido. Son muy buenos padres.

Me alegraba saber que continuaba teniendo buena relación con su hermana, pero no me atreví a preguntarle por su padre.

—Oye, no me has dicho cómo se llama tu sobrino.

—¿Ah, no? Gabriel.

—Muy francés. *Ooh là là*.

Aquello le hizo reír.

—Habrías dicho lo mismo con cualquier otro nombre.

—Seguramente tengas razón —sonreí—. Debe de ser por esa pronunciación de nativo.

—Debe de ser porque tu francés da pena.

Me crucé de brazos.

—No tanto como hace cinco años.

Eric me miró fijamente durante unos instantes, y luego rompimos a reír.

—Por fin —murmuró.

—¿Por fin, qué?

—No es nada. —Hizo una pausa—. Bueno, a decir verdad, estaba preocupado por ti. ¿De verdad te apetece estar aquí?

Observé mi vaso vacío, y luego miré a mis compañeros. Se lo estaban pasando como nunca, y mi presencia allí era superflua.

—Preferiría irme a casa —confesé.

—Es perfectamente válido. ¿No quieres ser el primero en irse, imagino?

Cómo me conocía aquel hombre. Asentí de nuevo.

—Bueno, ¿y si yo me marchó antes que tú? —Se me congeló el corazón en el pecho, pero Eric continuó hablando antes de que pudiese decir nada—. Podemos dar un paseo juntos. Solo un ratito, y solo si quieres.

Dejé escapar una risita de alivio.

—Gracias, Eric, y sí. Sí que me apetece.

Eric

—¿Pero y ese del que hablas ahora quién era? Que tienes más novios que bragas en el cajón —bromeó Betta, aprovechando que una compañera llamada Camilla había hecho una pausa en su recital de alabanzas a su nueva pareja para darle un trago a su cerveza—. Es broma, cielo. Pero me encantaría saber por qué a algunas os llueven los hombres, y yo sin embargo soy incapaz de encontrar pareja.

—A lo mejor la cosa mejora si empiezas a dejarte caer por sitios en los que haya tíos heterosexuales, ¿no? —intervine, ganándome una mirada asesina por parte de Betta. Los demás se limitaron a reírse, y yo aproveché el momento para ponerme en pie e irme enfundando el abrigo—. Bueno, gente, ha sido un placer.

—Espera, ¿ya te vas? —inquirió Emilio.

—Vaya que sí. Estoy que no me tengo en pie. Buenas noches, caballeros. Ha sido un honor tocar con ustedes esta noche.

A mi lado, Fra ya se había abrochado los botones del chaquetón.

—Bueno, pues si me permitís, aprovecho para irme yo también. —Se agachó para darle un abrazo rápido a Betta—. Dale a Dana un beso de buenas noches de mi parte cuando llegues a casa, ¿vale?

—Cuenta con ello, cielo.

Mientras Fra se despedía del resto de sus compañeros, salí del local para tomar un poco el aire mientras le esperaba. Hundiendo las manos en los bolsillos, saboreé en los labios el frío propio de una noche de diciembre, e intenté concentrarme en los villancicos que estaban poniendo en un restaurante cercano. Aunque pronto me rendí, porque apenas oía la música por encima de los latidos desbocados de mi corazón.

—¿Cómo se te ocurre despedirte citando un momento tan siniestro? —La sonrisa de Fra hubiese derretido cualquier iceberg. Me alegró mucho ver que tenía mejor cara, porque en el local me había dado la sensación de que estaba muy distante.

Me vino a la mente la advertencia de Betta. Deseé con todas mis fuerzas que Fra no tuviera que volverse a sentir así nunca más y, sobre todo, deseé poder ayudar como pudiera. Quizás no pudiese hacer mucho, pero...

—Menos quejas, porque estuve tentado de citar “El Señor de los Anillos” en su lugar. Pero me dio cosa porque tampoco conozco tanto a tus compañeros. ¿Tú crees que hubiese quedado raro? —pregunté.

—Ni idea, pero tengo clarísimo que en realidad querías recitar el discurso de despedida de Bilbo Bolsón.

—Uy, ya te digo. Lástima que no haya podido ser, pero lo importante es que tú sí que has captado la referencia.

—Solo porque “Titanic” es la película favorita de Rob. Sí, me parece una cursilada por su parte, y sí, tienes prohibidísimo mencionar delante de él que te lo he contado.

Asentí con cierta guasa, y comenzamos a bajar el canal dando un paseo. La música cada vez sonaba más distante, y el dulce murmullo del agua que fluía a mi izquierda me ayudó a sentirme más tranquilo. Mientras tanto, Fra caminaba a mi lado en un silencio que no me resultaba incómodo, sino acogedor.

En un momento determinado, suspiró, formando una nubecilla de vaho que pronto se

deshilachó bajo el cielo estrellado. Hubiese dado lo que fuera por saber qué era lo que tenía en mente en aquellos momentos.

—Necesito contarte algo —comenzó a decir—, pero ahora que te tengo aquí... No sé si voy a ser capaz.

—¿Y eso? —le pregunté, extrañado.

—Porque me das una envidia que me muero.

—¿¡Qué!? —grazné. La voz se me quebró en un gallo humillante, y rompimos a reír al unísono. Tuve que agradecerle al universo el hecho de que no hubiese nadie más en la calle en aquel momento.

Con otro suspiro, Fra se frotó la nuca.

—No te lo tomes mal, ¿vale? Eres mi jefe, y el equipo te adora. Pero... Supongo que a una parte de mí le jode ver lo bien que te van las cosas, porque demuestra que hiciste lo correcto al romper conmigo.

Oír aquello me revolvió el estómago..

—No lo veo de ese modo —comencé—. En mi opinión, lo único que pasó fue que nuestras vidas tomaron rumbos muy distintos. De verdad que, en todo este tiempo, no ha habido ni una sola vez que haya pensado, “Joder, qué alivio haberle dejado, porque si no jamás habría podido hacer esto o aquello”. Ya te lo dije el otro día, pero te lo repetiré las veces que haga falta. Si rompí contigo, no fue porque no fueses suficiente para mí, ni porque la relación me estuviera asfixiando. Fue porque pensé que..., bueno, que las cosas no iban a funcionar.

Deteniéndose para alzar la mirada al cielo, Fra se quedó callado unos instantes.

—Bueno, entonces quizá tenga complejo de inferioridad en lo que a ti se refiere. Pero no es tu culpa. Quien tiene un problema soy yo.

Apoyé los brazos en el pasamanos de piedra para asomarme al canal, y le hice un gesto con la mano a Fra para que se acercase. Pese a que soplaba una brisa gélida sobre las aguas que le hizo entrecerrar los ojos por el frío, hizo lo que le pedía.

—Aunque entiendo que te puedas sentir así, ese complejo de inferioridad no tiene ninguna base de realidad. Lo sabes, ¿no?

—Manda huevos que lo digas siendo mi jefe —resopló Fra, arqueando una ceja.

—Lo digo sabiendo que eres mucho mejor desarrollador que yo. Me ascendieron porque se me da bien hacer presupuestos, además de porque me defiende bastante bien como ingeniero de software. Pero tú tienes tus propios puntos fuertes, y no son mejores ni peores que los míos.

—Te ha quedado muy bonito el discurso motivacional, pero no te lo compro. Por ejemplo, a ti se te da mucho mejor hablar con la gente que a mí.

Negué con la cabeza.

—Eso tampoco es verdad. Puede que a primera vista lo parezca, porque se me da bien entablar amistades superficiales, pero caerle bien a mucha gente no es sinónimo de tener un círculo cercano que me quiera de verdad. Contigo pasa lo contrario; quizás no tengas tantas amistades, pero las relaciones que tienes en tu vida son genuinas. Además —añadí, viendo que no me respondía—, hablando de relaciones... En eso te va mucho mejor que a mí. Tu novio parece un chico encantador, mientras que yo desde lo nuestro no he vuelto a tener pareja estable.

Fra empalideció, y apartó la mirada.

—Bueno, respecto a eso... —musitó, sin llegar a terminar la frase. ¿Quizás las cosas con James no iban bien?

—¿Os habéis peleado? —pregunté—. ¿Ha sido por mi culpa? Joder. Imagino que para él debe de ser muy frustrante saber que trabajas con tu ex. Lo siento mucho, Fra. Igual os ayuda

que me mantenga a cierta distancia.

—No quiero que te alejes de mí.

Aquello era lo último que me había esperado oír. Francesco estaba muy cerca de mí en aquel momento, y me encontré hipnotizado por aquellos preciosos ojos suyos. Distraído, me di cuenta de que tenía la nariz roja por el frío. Ojalá yo también hubiera tenido la nariz entumecida, porque su colonia tenía un toque sensual que me estaba volviendo loco. Me costó Dios y ayuda no echarme encima de él.

—No te odio, Eric —continuó—. Créeme, lo intenté. Pero no funcionó.

Me esforcé por ignorar el aluvión de pensamientos indecentes que me arrolló al darme cuenta de que, en concreto, Fra olía a especias y sándalo.

—Vale, solo por asegurarme de que lo he entendido bien. ¿Quieres decir que tú y yo podemos...? Bueno, ¿podemos ser amigos? —pregunté con cautela.

No quería pasarme de la raya. Estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa que él quisiera ofrecerme. Una amistad ya era mucho más de lo que me hubiese atrevido a desear en mis más locos sueños.

La cara que puso Fra al oír aquello me resultó imposible de descifrar. Se parecía a la que ponía Kim justo antes de decirme que era imbécil.

—Sí, si quieres —respondió al final—. Por lo menos hasta que vuelvas a casa.

Me aparté del pasamanos, y le tendí la mano derecha.

—¿Trato hecho? —pregunté.

Fra se quitó el guante para estrecharme la mano. Me alegré al comprobar que sus mejillas habían recuperado algo de color, y que tenía mucho mejor aspecto.

—Trato hecho —confirmó él.

Su piel seguía teniendo la misma textura, mucho más suave al tacto que la mía, y su piel continuaba rebosando calidez. No me apretó la mano ni mucho ni muy poco, y el tiempo pareció desdibujarse mientras yo me perdía en sus ojos de color avellana. Fue el apretón de manos más largo del mundo, dado que yo fui incapaz de desasirme y, por algún motivo, él tampoco me soltó.

De pronto éramos tan solo dos personas tomadas de la mano junto al canal, en un gesto tan dulce y respetuoso como cauto. Noté que me recorría un escalofrío al pensarlo.

Comencé a acariciarle la piel con el pulgar, con cuidado, y me encontré con una textura rugosa que pronto reconocí como un araño.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté, con la voz ronca.

—Ah, eso. Ha sido mi gato. ¿No viste cómo me dejó la cara el otro día?

—Bueno, es que ahora que lo dices... No sabía que tuvieras mascota.

—Kim me lo trajo cuando empecé a vivir solo, después de que naciese la hija de Betta. Así que lo llamé Kimchi, por supuesto.

Eso me hizo reír.

—Madre mía, es verdad. ¿Cuánto repollo asiático nos hizo comer Kim ese año?

—Demasiado. Aún sigo con empacho.

Era lo más cercano a Francesco que me había sentido desde que rompimos.

—¿Quieres comer algo? —le pregunté—. Apenas has probado el buffet del pub, y yo me muero de hambre. Tengo un amigo que ha puesto un local por aquí cerca. ¿Te apetece?

Fra arrugó la nariz.

—Llevas viviendo en Londres toda tu vida, pero resulta que tienes un amigo que no solo vive en Milán, sino que ha puesto su propio negocio en este mismo barrio. Puro Eric. —Se

encogió de hombros—. Bueno, vale. No sé si pediré algo de comer, pero no me importa hacerte compañía.

—Genial.

Me di cuenta de que Fra tenía la mirada clavada en nuestras manos, que seguían entrelazadas. Muy a mi pesar, me aparté, y él desvió la mirada. Yo tampoco sabía dónde meterme en aquel momento.

Dejamos el canal a la izquierda para meternos por una callejuela que desembocaba en el corazón del barrio. A diferencia de las calles principales, que seguían a rebosar de gente, aquella zona estaba casi desierta. Las tiendas habían cerrado ya, mientras que a través de las ventanas de los pisos superiores de los edificios brillaba la luz de diferentes lámparas. Completaban la decoración diversos adornos de Navidad, tanto en la calle como dentro de las casas. Me di cuenta de que mucha gente había arrimado sus árboles de Navidad a las ventanas, a fin de que cualquiera que pasase por al lado pudiera verlos.

En apenas unos minutos llegamos a nuestro destino. Se trataba de una pequeña *piazza* redonda flanqueada por casas antiguas y una iglesia en cuyos escalones se habían sentado a comer varios turistas.

Me fijé en que el bar de la *piazza* estaba abierto, al igual que la *gelateria* que, según Fra, hacía caja durante el invierno vendiendo crêpes y tortitas. Sin embargo, el lugar que buscaba era bien diferente, ya que se trataba de la caravana de mi colega Amir.

—¿En serio? —resopló Fra—. ¿Un kebab?

—Oye, un poquito de respeto, que no es un kebab cualquiera. Se trata del kebab de Amir, y es el mejor que puedas imaginar. Además, los kebabs nunca son una mala opción. ¿Te ha entrado hambre después de que te cierren el bar? Un kebab. ¿Te apetece algo rápido, que te dé energía suficiente para aguantar todo el día? Un kebab. ¿Estás más pobre que una rata calva? Un kebab.

—Vale, sí, lo pillo —replicó él, condecorándose con sus ojos en blanco.

Por supuesto, Amir me reconoció de inmediato. Cuando vivíamos en Londres, él y yo habíamos trabajado en el mismo tugurio de mala muerte, y durante dos meses fuimos compañeros de piso en la planta dos del edificio del restaurante. Llamarlo piso es todo un halago, a decir verdad, porque en realidad era un almacén venido a más que alguien había tenido los huevazos de alquilar como “estudio” por quinientas libras mensuales.

Cuando venía a Italia por lo que fuese, me aseguraba de llamarle por teléfono para ver qué tal, pero por lo general era imposible cuadrar agendas para irnos a tomar algo.

Amir nos atendió de inmediato, y me sorprendió que Fra también pidiese un kebab. Cuando le dijo a Amir que no se pasase con la carne, y que nada de salsa, mi amigo me miró espantado. Tras el *shock* inicial, Amir se resignó, advirtiéndole que solo se lo iba a dejar pasar esta vez porque venía conmigo.

Quedé con Amir en tomar algo y ponernos al día esa misma semana, tras lo cual nos dejó solos a Fra y a mí en una de las tres mesas de plástico que había frente a su puesto. No sin antes, claro, servirnos dos botellas de cerveza.

Se me hacía tan extraño ver a Fra en lugar en el que desentonaba tanto, sentado en una silla de plástico viejo con su abrigo de diseño y su bufanda de seda. Pero me aliviaba ver lo perfectamente cómodo que parecía sentirse.

—Bueno, y ¿qué has estado haciendo durante estos cinco años? —me preguntó Fra, quitándose con cuidado los guantes para empezar su kebab.

—Tendrás que especificar más, porque cinco años son muchos.

—Diez palabras como máximo —exigió, con una sonrisa socarrona.

Tan exigente como siempre. Me encantaba.

—Estudiar, trabajar, viajar por el mundo. Bueno, y tener citas surrealistas.

—Han sido once palabras, en total, pero buen intento.

—¿Siempre has sido así de repelente?

—Uy, desde luego. Dicen las malas lenguas que a ti te ponía muchísimo.

De hecho, seguía poniéndome muchísimo. Pero no era el momento de decírselo.

En lo que yo pensaba en algo adecuado que responder, Fra desvió la mirada para fijarse en los ocupantes de las demás mesas. Una vez hubo comprobado que no, nadie nos estaba haciendo el más mínimo caso, se inclinó hacia adelante.

—Yo también he tenido citas surrealistas, a decir verdad.

Tomé un buen trago de cerveza.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, con Paolo, que era capaz de eructar todo el alfabeto.

—Oye, nunca se sabe cuándo te va a venir bien algo así, ¿no?

Casi me ahogo con el kebab con la mirada asesina que me clavó Fra.

—Supera eso —me retó.

—Bueno, la peor que recuerdo fue mi primera y única cita con Tiger Mask.

—¿Con quién?

—Era un tío que decidió aparecer en el dormitorio vestido con pantalones de cuero, una máscara de tigre y una capa.

A Fra se le desencajó la mandíbula de la impresión.

—¿Y te lo tiraste!?

—¡Por dios, no! Me inventé una excusa penosa para salir corriendo. Luego me enteré de que Tiger Mask es un personaje de no sé qué manga con más años que la tos, y Dios mío, me sigo ahogando de la risa cada vez que me acuerdo.

Sacudiendo la cabeza, Fra se echó a reír.

—Jesús. ¿A quién se le ocurre sacar su chalado interior de esa forma en una primera cita?

—Bueno, en su defensa, es que es ahí cuando deberías sacar tu chalado interior. Si resulta que a la otra persona le parece bien, genial. Si resulta que no, cada uno por su lado y sin rencores. Ahora, tengo que decir que *nuestra* primera cita es la excepción que confirma esa regla porque fue perfecta.

—¿Te refieres a cuando nos conocimos, o a nuestra primera cita de verdad al día siguiente?

—La primera cita, que fue cuando me hiciste un tour por tu barrio y me llevaste al restaurante ese que hay cerca del Teatro La Scala. Menudo atraco, veinte euros por una pizza.

Aquello hizo sonreír a Fra.

—Madre mía, es verdad. Estaba dispuesto a lo que fuera con tal de causar una buena impresión.

—Lo habías planeado al detalle, y recuerdo que me pregunté qué demonios veía en mí un niño rico como tú.

—Bueno, de hecho mi madre pensaba que lo único que te gustaba de mí era mi dinero, así que...

—Me gustaba absolutamente todo de ti, con o sin dinero. —Hice una breve pausa—. Nunca te podré agradecer lo suficiente que me ayudases con los pagos de la universidad mientras buscaba trabajo aquel año.

Fra negó con la cabeza.

—No te preocupes, no fue nada.

—Cuando te devolví el dinero unos meses después, dejándote aquel mensaje, tengo que admitir que una parte de mí deseaba que me llamasen. Pero supongo que todo seguía demasiado reciente, y...

Me callé al ver que Fra tenía la misma cara que si hubiese visto un fantasma. Dejó la botella de cerveza sobre la mesa.

—¿Qué acabas de decir?

—Que todo seguía demasiado reciente.

—No, antes de eso.

—¿Que deseaba que me llamasen?

—No. —Fra sacudió la cabeza—. En ningún momento me llegó ese dinero, pero es que tampoco recibí ningún mensaje.

Me sentí como si me acabasen de echar un cubo de agua helada por encima.

—Pero... Habías cambiado de número de teléfono, y como no quería hablar con Rob, decidí ponerme en contacto con tus padres. Tu madre me dio un número de cuenta para que hiciese la transferencia, y yo le pedí que te diese un mensaje de mi parte.

Fra apoyó los codos sobre la mesa para enterrar la cara entre sus manos.

—Será hija de puta —susurró.

Le acaricié el brazo con la mano.

—Yo... Lo siento muchísimo, Fra. Siento que hayas pensado todo este tiempo que nunca saldé mi deuda contigo.

—El dinero es lo de menos. —Hablaba en voz tan baja que me costaba oír lo que decía—. Eric, yo... Pensé que habías decidido olvidarme. Que no querías volver a saber nada de mí.

Aquello hizo que se me formara un nudo en la garganta.

—Yo pensé lo mismo —susurré—. Lo mismo.

Francesco

Cuando entré a pisotones en el salón de mis padres al día siguiente, me encontré a mi madre hablando por teléfono para organizar no sé qué gala benéfica. El olor dulzón de la colonia que usaba para andar por casa, que se suponía que era a rosas, me revolvió el estómago, trayéndome un sinfín de recuerdos desagradables de mi época adolescente.

Por lo general habría esperado a que mi madre terminase su llamada antes de decir nada, pero en aquel momento no me podía importar menos lo que estuviese hablando.

—¿¡Por qué no me dijiste que Eric había hablado contigo!? —vociferé en cuanto me vio y me saludó con la mano.

Mi madre estaba todavía más delgada que cuando la vi por última vez durante el día de mi cumpleaños. Me fijé en que sus labios rojos parecían más carnosos, y tenía los pómulos más marcados. Llevaba el pelo negro recogido en un moño perfecto, que a todas luces era obra de un profesional de la peluquería.

Hizo un gesto con el pulgar y el dedo meñique para indicarme que estaba ocupada al teléfono, y al ver aquellas largas uñas de gel no pude evitar que me recordasen a las brujas malvadas de los cuentos. Al final, el abuelo no se había equivocado cuando perdió los papeles con ella al teléfono hacía años.

—Te he hecho una pregunta —insistí, por lo que ella puso los ojos en blanco y le dijo a quienquiera que estuviera hablando con ella que le devolvería la llamada.

—Francesco, ¿estás mal de la cabeza? —preguntó tras colgar, algo nerviosa. Dejó el teléfono inalámbrico sobre la estación de carga en una mesita auxiliar que debía de ser nueva. Había redecorado la casa otra vez, y esta vez había escogido una distribución tan simple como moderna y una paleta de colores neutros.

—Hace cinco años, Eric te llamó por teléfono porque quería devolverme el dinero que le había prestado —insistí—. Me dejó un mensaje, así que ¿por qué no me lo dijiste?

Mi madre entrecerró los ojos, mirándome como si no tuviese ni idea de qué decía.

—¿Eric? —musitó, apoyando la barbilla sobre la mano. De pronto se le iluminó el rostro —. ¡Ah, ya! Ese novio persa tuyo. El que te arrastró a Londres para que vivieras con él en un antro de mala muerte. —Mientras hablaba, puso cara de asco.

Decidí ignorar la pulla, prefiriendo centrarme en lo que había venido a discutir.

—¿Por qué no me lo contaste?

Con los brazos en jarras, mi madre me lanzó una mirada furiosa.

—Uno, ni siquiera recuerdo que te dejase ningún mensaje, así que no creo que fuese nada importante. Dos, ¡habíais roto! Se aprovechó de ti para que le pagases la universidad, y en cuanto dejaste de ser útil, te dejó. ¿Por qué iba a querer que alguien así volviese a la vida de mi hijo?

Noté que me encorvaba hacia delante, y apreté los puños.

—¿Así que te pareció mejor decidir por tu cuenta que no iba a hablar con él?

Poniendo cara de exasperación, mi madre se dio la vuelta para sentarse en el sofá, cruzando una pierna sobre la otra con despreocupación.

—Te lo estás tomando muy a pecho, Francesco. ¡Todo eso es agua pasada! Ven, siéntate para que nos tomemos un café.

No me moví lo más mínimo.

—Ni de coña nos vamos a tomar un café.

Ella parpadeó, incrédula.

—Ay, por favor. ¡Pero si ni siquiera iba en serio contigo!

—¡No sabes nada sobre nosotros!

—¡Sé lo suficiente! —gritó mi madre, pillándome desprevenido. Nunca antes le había importado lo suficiente lo que me pasase como para enfadarse. Se acercó a mí, y por un momento me pregunté si iba a darme una bofetada..., lo cual me resultó raro, porque mis padres jamás me habían puesto la mano encima—. ¿Crees que no sé que cuando estuviste en Londres te ingresaron en el hospital por el agotamiento que te supuso tener dos trabajos?

Tomé aire con brusquedad. ¿Cómo se había enterado de aquello?

—Perdiste la cabeza por ese chico —continuó mi madre—. Dejaste la universidad y te mudaste a Londres para ponerte a trabajar, ¿y por qué? Porque tenías que pagarle los estudios, el alquiler y ¡sabe Dios qué más!

Se me subió la sangre a la cabeza tan rápido que me empezó a entrar migraña.

—Eric *nunca* me pidió un solo céntimo. Le presté dinero porque quise, y me lo devolvió.

—Por supuesto que piensas que fue idea tuya. Pero no, Francesco, no fue así. Te devolvió el dinero solo para poderte extorsionar de nuevo más adelante, cuando te frases de él y de su supuesta honradez.

—No le conoces, y no tienes ningún derecho a asumir algo así sobre él.

Mi madre sacudió la cabeza y resopló.

—Quizás no lo conozca a él, pero a ti sí. Siempre has sido un niño sensible, que enseguida le cogía demasiado cariño a los demás o a los animales. Toda tu preocupación era complacer a los demás, así que era solo cuestión de tiempo que alguien se diese cuenta y empezara a aprovecharse de ello. Como esa supuesta “amiga” que lleva pegada a ti como una lapa desde el instituto. Le ofreciste una habitación en tu casa, te hizo echarle una mano con los estudios y te manipuló para que le dejaras el piso a ella. Porque claro, ¡pobrecita, embarazada a los veintiuno! ¡Qué suerte que estuvieses tú ahí para cuidar de ella! Llegas a ser hetero, y habría encontrado la forma de que esa cría fuese hija tuya.

No daba crédito a lo que estaba oyendo. Había tanta bilis y tantas mentiras en sus palabras que me daban ganas de vomitar.

—Así que eso es lo que piensas de mí —concluí—. Que soy estúpido.

—Yo no diría estúpido. Más bien crédulo.

Se me formó un nudo en la garganta, que hizo que me temblase la voz.

—Los únicos que llevan toda mi vida manipulándome sois papá y tú.

Esto hizo que mi madre volviera a resoplar.

—Claro, supongo que es normal que pienses eso. ¿Sabes por qué? Porque tus abuelos te lo han metido en la cabeza. Seguro que Roberto te recuerda cada día lo crueles que hemos sido contigo, y cada vez que necesita ayuda va a lloriquearte.

—Rob no tiene nada que ver con esto.

—Tiene mucho que ver, Francesco, igual que su madre y mis padres. Llevan años hablando de mí como si fuese un monstruo por preocuparme por la salud de mi hijo, y no darle de comer salchichas todos los días.

Aunque era capaz de distinguir todos los sinsentidos de su discurso, una parte de mí se preguntó si de verdad pensaba lo que estaba diciendo. ¿Creía que lo hacía por mi bien? ¿Era, quizás, su manera retorcida de quererme?

—Si eso es lo que de verdad piensas —repliqué—, ¿por qué nunca me llevasteis con vosotros? ¿Por qué preferíais que me quedase con la abuela por Navidad, y durante el verano,

todos los años?

Ella puso los ojos en blanco.

—Tu padre y yo somos gente con muchas responsabilidades, Francesco. Nuestros horarios rara vez coinciden, así que decidimos que sería mejor para ti tener más estabilidad durante los períodos de vacaciones, igual que los demás niños. —Aquella explicación hizo que me sintiese como una mierda—. Eras un niño tan ansioso que no puedo imaginar cómo te habría afectado viajar. Claro, que si hubiese imaginado la terrible influencia que iban a ser tus abuelos, habría preferido enviarte a campamentos de verano.

—Ya basta —musité. Estaba cansado, y confundido, y solo quería irme a casa.

Mi madre suspiró, y se acercó para acariciarme la cara. Aunque su mano era suave, la sensación fue tan extraña como desaparegada.

—Lo único que hemos intentado tu padre y yo todo este tiempo ha sido protegerte. ¿Acaso te hemos maltratado en algún momento? ¿O te hemos negado dinero o caprichos? ¿Ha habido alguna ocasión en que te hayamos dicho que no a algo que querías, siempre y cuando no pensásemos que iba a ser malo para ti?

—Claro que no —me obligué a decir, con los labios cuarteados.

—Perfecto. —Mi madre apartó la mano—. Aléjate de ese hombre si se le ocurre tratar de ponerse en contacto contigo otra vez. Y espero que jamás se te vuelva a ocurrir tratarme como acabas de hacerlo, Francesco, porque no te voy a consentir que me faltes al respeto así de nuevo.

Tragué saliva y permanecí en silencio, con los ojos clavados en el suelo. Mi madre continuó fulminando con la mirada, hasta que comprendí qué estaba esperando que dijese para dejarme marchar.

—Lo siento, mamá.



Una hora más tarde, me encontraba frente al bloque de pisos en el que vivía Rob sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí. Me di cuenta de que era bastante probable que estuviera en estado de shock, y al mirar el teléfono me sorprendió ver que ya era hora de cenar. No podía molestar a Rob y James a esas horas. Debería irme a casa. Podía encender el ordenador y ponerme a escribir ideas de código para la app. Una vez más, mi trabajo acudía a mi rescate. Aunque lo que mi madre había dicho sobre mis amigos fuera mentira, sus palabras habían despertado una sensación que llevaba doliéndome muchos años: la sensación de que yo no era realmente parte de sus vidas. De que no era parte de la vida de *nadie*.

Daba igual lo cariñosos y dulces que fuesen el abuelo y mi familia cuando iba de visita al sur; no era más que un invitado. Nunca sería como un hermano para Rob, ni tampoco una figura paterna para Dana.

Daba igual cuánto intentase encajar, porque nunca lo conseguiría.

Empezó a costarme cada vez más respirar. Mientras trataba de reprimir las lágrimas, me asusté al notar que me ardía la garganta con un dolor lacerante que me recorría todo el pecho.

Volví a mi coche con aire de derrota, y me dejé caer en el asiento del conductor. Notaba en la cabeza un dolor pulsante que susurraba que daba igual cuánto gritase para pedir ayuda, porque no tenía a quién llamar ni adónde ir.

Mi madre había dicho que yo siempre intentaba complacer a los demás, y tenía razón. Quería que me viesen, que me dieran las gracias. Quería que me apreciaran por ser como era. Quería que me quisieran.

Quizás no tengas tantas amistades, pero las relaciones que tienes en tu vida son genuinas.

Fue el recuerdo de las palabras de Eric lo que consiguió arrancarme la primera lágrima. Se me cerró el estómago, y en cuanto mi cuerpo comenzó a temblar por los espasmos crucé el punto de no retorno. Dejé caer la cabeza contra el volante, y me abracé el abdomen mientras lloraba con la amargura que me desbordaba el corazón hasta quedarme hecho una cáscara vacía de mí mismo.

Me dolía. Me dolía tanto. Nunca antes me había planteado que pudieran dolerme así heridas que ni siquiera eran físicas, pero el dolor parecía agujerearme el pecho y extender sus tentáculos hasta el último rincón de mi cuerpo con cada latido de mi corazón. ¿Me creería alguien si dijera que sentía dolor? ¿O pensarían que solo quería llamar la atención? Ya no era un crío. Sabía que mi debilidad solo era una molestia para los demás.

Yo no quería ser *así*. Necesitaba ponerme las pilas y estar preparado en caso de que alguien me necesitase. Si lo intentaba con más ganas, si me volvía más fuerte, si conseguía ser de mayor ayuda..., quizás entonces le viese algún sentido a la vida. Quizás entonces pudiera encontrar a alguien que me quisiera, aunque fuese como mero espectador de su felicidad.

Eric

En teoría, Fra estaba perfectamente.

Solo que a mí no me engañaba.

Le pasaba algo.

Tras la noche pasada, había dejado de sonreír. Para ser exactos, no era que no sonriese, sino que cuando lo hacía era de forma artificial. A menudo venía a la oficina con los ojos algo hinchados, como si no hubiese podido dormir, y no me creí ni por un instante su penosa excusa respecto a una supuesta alergia al polen.

Me daba cuenta de que Fra estaba fingiendo que no le pasaba nada. Se le daba tan bien que ni siquiera Betta parecía darse cuenta de que algo no iba bien. Quizás fuese porque esta vez no intentaba distanciarse de los demás. Sí, estaba concentrado al máximo en su trabajo, pero no se le olvidaba ir a comer, hacía los descansos correspondientes con el resto del equipo y actuaba como si todo fuese bien. Quizás eso fue lo que me hizo sospechar. Bajo mi punto de vista, era como si intentase ocultar algo del mundo. Solo se permitía aparentar el cansancio que en el fondo sentía cuando estaba solo.

¿Y si estaba volviendo a forzarse hasta el límite, como cuando vivíamos juntos en Londres? ¿Se estaba quizás acercando a su punto de no retorno, como hizo cuando terminaron por tener que hospitalizarlo por agotamiento?

Hacía cinco años, terminó hecho polvo por mi culpa. Cuando le pedí que se fuese a vivir conmigo, tuvo que adaptarse a mi caos de vida, y como no quería decepcionarme Fra se obligó a vivir a un ritmo que no era para él. Intentó compaginar dos trabajos, para lo cual tuvo que sacrificar sus estudios, y no fue hasta que lo ingresaron en el hospital que me di cuenta. En aquel momento, se me cayó el mundo encima. ¿Cómo no había visto la presión a la que se estaba sometiendo? Una vez más, al igual que cuando era niño, me había cubierto los ojos y las orejas mientras me apoyaba en la persona a la que más quería para protegerme de la sensación de culpabilidad.

Al igual que mi madre, Fra intentó protegerme por todos los medios para que pudiera vivir la vida que quisiera. Y yo, al igual que con mi madre, me aproveché de él, y no fue hasta que se desplomó en mis brazos que me di cuenta del dolor que estaba sintiendo.

¿Por qué se me daba tan bien arruinarlo todo?

Fra había dejado su país y a sus amigos para estar conmigo. Cuando me enteré de que también había abandonado los estudios y todos sus sueños para seguir a mi lado, decidí que era mi obligación ponerle punto y final a la relación. En su momento, había ignorado el sufrimiento de mi madre, y cuando enfermó la vi debilitarse más y más cada día hasta que murió. No estaba dispuesto a ignorar del mismo modo el dolor de Fra. No iba a permitirme hacerle lo mismo que mi padre le había hecho a mi madre. De ninguna manera iba a consentir que se me escapase su vida entre los dedos.

En aquel momento tuve que hacer lo que estuvo en mi mano para alejar de mí a Fra y no arruinarle la vida. Pero ahora ¿qué podía hacer? ¿Era todo culpa mía una vez más, tal y como había dicho Betta?

Pasé unos días observando la situación desde la distancia, porque me aterraba la idea de hacer algo mal. Sin embargo, al darme cuenta de que no había mejoría alguna, decidí que tenía que hablar con él.

No me apetecía pedirle que viniese a mi despacho porque no quería convertirlo en la comidilla del equipo, así que esperé hasta la fiesta de Navidad de la empresa del jueves.

El evento se celebraba en un centro de conferencias no muy lejos de la oficina. La de por sí sofisticada avenida estaba engalanada con decoraciones navideñas, velas, centros de mesa preciosos y, cómo no, un enorme árbol de navidad.

Tras ver un vídeo en el que nuestro CEO resumía el presupuesto del año, así como un discurso del director del departamento italiano, por fin nos pudimos lanzar a por el buffet, que quedó inaugurado con las bebidas y los aperitivos. Elisabetta dejó a Fra solo para abalanzarse sobre la comida, así que aproveché para acercarme a él con mi mejor sonrisa y dos copas de prosecco.

—Para ser una comida de empresa, no está tan mal —comenté. De fondo empezó a sonar la recopilación navideña de Michael Bublé. Aunque Fra me devolvió la sonrisa mientras tomaba la copa que le tendí, no se reflejó en su mirada.

—¿Quién te ha tocado en el amigo invisible? —pregunté.

Él hizo un gesto con la cabeza en dirección al resto de compañeros.

—Lucía, del departamento de Contabilidad. Le he regalado un fular.

—¿Y le ha gustado?

Fra suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Se llama amigo *invisible* por algo. No puedo ir a preguntarle si le gusta como si tal cosa.

Yo abrí mucho los ojos, y sonreí.

—Huy que no. Vamos a averiguarlo.

Fra retrocedió un paso, y me señaló con el dedo.

—Sea lo que sea eso que estás pensando, la respuesta es no.

—¿Por qué? —me quejé.

—Porque tus habilidades de conversación están al nivel de las de un crío de doce años, Eric.

Aquello me hizo resoplar.

—¡Nada de eso!

Por toda respuesta, Fra se cruzó de brazos.

—Te vas a tragar tus palabras —musité, y lo arrastré en dirección al buffet. Lucia estaba de pie, sirviéndose unos aperitivos, y en cuanto me llegó el delicioso olor de los *crostini* recién horneados me gruñó el estómago. Recé para que no hubiese sido tan sonoro como yo pensaba—. Déjame a mí.

Saludé a Lucia con un comentario sobre la comida, llenándome mientras tanto el plato de *crostini al pesto* y brochetas caprese. Andaba sobre la veintena, no lucía ninguna alianza en el dedo anular y llevaba un llavero de un anime antiguo colgado del bolso. Tenía más claro que el agua lo que iba a decirle.

—Bueno, Lucia, y ¿quién es tu personaje favorito de Dragon Ball? —pregunté.

Casi se me cae el plato por el codazo que me dio Fra.

—Eres todavía peor que los críos de doce años —siseó. Luego se dirigió a Lucia—. Por favor, ignóralo. Parece ser que nuestro jefe se ha empeñado en demostrar que todos los desarrolladores somos unos frikazos.

Me giré para mirarlo con toda la seriedad que pude.

—No hay nada de friki en Dragon Ball. Es cultura popular. La mayoría de niños quieren ser como Goku, ¿sabías? Porque, al final, siempre es el guerrero más fuerte.

—Bueno, razón no te falta —comentó Lucia, dejando boquiabierto a Fra.

—Pero a las chicas les gusta más Vegeta —continuó—. No hay como un chico malo con un corazón de oro para ganárselas.

Eso hizo resoplar a Fra.

—Quizás hace dos generaciones. Pero a las chicas de ahora les gustan los chicos buenos, como Gohan.

Estaba a punto de rebatírselo señalando que son los gays a quienes les gusta Gohan cuando Lucia intervino.

—Os equivocáis los dos. —Fra y yo nos dimos la vuelta para mirarla, y ella alzó su copa con una sonrisa—. Trunks. A las mujeres nos gusta Trunks.

Hubo unos instantes de silencio, durante los que Fra y yo cruzamos una mirada.

—Vale, sí que es el tío que más bueno está de toda la serie —admití, haciendo que Lucia se echase a reír. Charlamos un rato con ella mientras nos tomábamos el aperitivo, y descubrí que sí le había gustado su regalo del amigo invisible, y que en sus ratos libres hacía *cosplay*.

Cuando Lucia se fue a por *lasagna*, Fra me ofreció una de sus sonrisas genuinas.

—Eres de lo que no hay.

Le devolví la sonrisa.

—¿Qué puedo decir? Mi secreto es seguir siempre mi instinto. Dicen las malas lenguas que a ti te ponía muchísimo.

Bajando la mirada al suelo, Fra sonrió con timidez.

—Algo así he oído yo también, sí.

Aproveché los breves instantes en que la música se detuvo durante el cambio de playlist para darle voz a mis preocupaciones.

—Llevas desde el otro día bastante tristón —dije en voz baja—. ¿Ha sido por algo que dije? ¿O es por el trabajo? Si lo necesitas, tómate unos días libres. Vamos fenomenal de tiempo con el proyecto.

Fra sacudió la cabeza.

—Estoy bien —mintió—. A veces... Bueno, supongo que hay momentos en los que me siento un poco desbordado, pero se me termina pasando.

—Me voy a fiar de tu palabra esta vez —respondí—. Pero quiero que sepas que no tiene nada de malo tener emociones intensas. No pasa nada por sentirse desbordado, o por necesitar un respiro. Y bueno, no tienes por qué, pero si en cualquier momento te hace falta hablar..., puedes contar conmigo. Sé que igual no soy tu persona favorita, pero se me da bien escuchar. Además, tienes suficientes trapos sucios sobre mí como para que no te haga falta preocuparte por si me voy de la lengua.

Fra me miró con cara de gatito callejero. Le temblaban los párpados, y de pronto me entró la necesidad de abrazarlo y susurrarle palabras de consuelo al oído hasta que su ansiedad desapareciera.

—Gracias, Eric —susurró.

De repente le vibró el teléfono, y me fijé en que le había escrito Betta. Al parecer, la *lasagna* del buffet estaba increíble, y quería que Fra fuese a comerse un trozo con ella.

—Bueno, te dejo con tu amiga —dije—. Que tampoco soy su persona favorita.

—¡Eric!

Ya había comenzado a alejarme, y desde luego no me esperaba oírlo llamarme. Me di la vuelta, y su sonrisa tímida hizo que me explotasen fuegos artificiales en el pecho.

—Feliz Hanukkah.

Busqué un calendario a mi alrededor, que evidentemente no encontré, y al final me conformé con mirar qué día era en el teléfono.

—Gracias —respondí—. Aunque ya sabes que no soy...

—Lo sé —me interrumpió—, pero tu madre sí. Porque su padre era judío, y de hecho tus abuelos tenían un matrimonio interreligioso...

La frase quedó en el aire, como si Fra temiese haber dicho algo ofensivo.

Tiene razón. ¿Cuándo le he contado yo eso? Pero lo que más me impresiona es que se acuerde. A lo tonto, Fra recuerda todo lo que le he confiado.

Abrí la boca para respirar hondo. No quería llorar delante de todo mi equipo en la cena de empresa. Sonreí ampliamente a Francesco, luchando contra las ganas de lanzarme sobre él para besarlo hasta que nos dieran las campanadas de Año Nuevo.

Pero no hice nada semejante. En su lugar, asumí de una vez por todas lo que llevaba tiempo sospechando: que nunca iba a querer a nadie como lo quería a él.

Francesco

El sábado por la mañana me fui de compras con Betta y Dana. Aunque Dana no quería decirle a Betta qué le había pedido a Papá Noel, me encargué de sonsacárselo en cuanto pasamos por delante de la tienda de juguetes más grande del centro comercial.

Dana se pegó a James como un chicle en cuanto llegaron él y Rob. A James se le daba fenomenal entretener a Dana; algo que igual era una consecuencia natural de haber tenido una hermana pequeña. Se lo pasaban bomba juntos, y era fascinante ver que se llevaban de maravilla pese a no comprender una sola palabra que dijera el otro.

—Vale, es una casa de muñecas, ¿verdad? —me preguntó Betta cuando nos sentamos a tomar un chocolate caliente. Mientras Rob nos traía una taza para cada uno, le eché un vistazo a Dana y James, que estaban en el área de juegos cerca de la zona de restauración.

Asentí.

—Sí, exacto.

—Dime al menos que es una de las pequeñas —suplicó.

—Más quisieras —respondí, soplando sobre mi taza de chocolate—. No, quiere esa monstruosidad que viene con ascensor y piscina.

Rob soltó una risita. En su defensa, la cara de desesperación de Betta era bastante cómica en aquellos momentos.

—Bueno, tampoco engañan a nadie. Se llama Casa de Ensueño por algo —dijo mi primo una vez recuperó la compostura.

Tras asesinarlo con la mirada, Betta suspiró.

—Pues me temo que este año se va a llevar una decepción. No puedo comprar un juguete de trescientos euros.

—Pero ella no sabe cuánto cuesta la casa, o lo que eso significa —señaló Rob—. La pobre niña va a pensar que Papá Noel la ha puesto en su lista negra.

Negué con la cabeza.

—No, en realidad Dana sí que es consciente de que es carísima. Me ha dicho que no se lo quiere decir a su mamá por el precio, y que por eso prefiere pedírselo a Papá Noel por Navidad.

Al oír esto, Betta hizo un puchero.

—Ay, pero qué cosita. Ahora ya no puedo fallarle, ¿no os parece?

¿Sería inadecuado ofrecerle que fuésemos a medias con el regalo?

Antes de que pudiera decir nada, Rob intervino.

—Ya que Pablo va a venir por Navidad, ¿y si le propones comprar la casa a medias entre los dos?

A Betta se le iluminó la cara.

—¡Claro! —exclamó—. Esperadme aquí, que voy a llamarle.

Teléfono en mano, Betta se dirigió a un rincón mucho más tranquilo, que estaba cerca de los aseos y mucho menos lleno de gente que la zona de restauración.

—¿Has visto esa sonrisa? —comentó Rob cuando Betta estuvo lo suficientemente lejos como para oírle—. Está enamorada hasta las trancas.

Asentí.

—Tal y como dije hace mil años, ¿no? Creo que me debes cincuenta pavos.

—Quieto, vaquero —respondió Rob—. Aflojaré la pasta cuando lo hagan oficial.

Me tuve que reír.

—Me vas a tener que hacer ese Bizum en dos semanas, como máximo.

—¿Nos apostamos algo?

Negué con la cabeza.

—Por Dios, Rob, pero si se te da como el culo apostar.

—¿Y si apostase por Eric y tú?

Aquello hizo que me envarase de inmediato.

—¿Qué acabas de decir?

—Me ha dicho un pajarito que últimamente os lleváis muy bien.

Busqué a Betta con la mirada, y la señalé con un dedo mientras me devanaba los sesos en busca de la mejor forma de preguntarlo. Sin embargo, Rob se me adelantó.

—No, no me lo ha contado ella. ¡Si ni siquiera debe de haberse dado cuenta!

—Kim —adiviné.

—Para ser justos —puntualizó Rob—, Kim se lo contó a James, y luego James me lo contó a mí. Desde que ha empezado a ir a la academia de Kim para aprender italiano, se han hecho inseparables. Unidos por el chisme, supongo.

Aquello me dejó bastante confuso.

—¿Pero el curso no empieza en enero?

—Sí, pero Kim le ha permitido empezar antes para que pueda acostumbrarse a cómo van a ser las clases.

—Vale. —Me masajee las sienes—. Me alegro mucho por James, pero ¿se puede saber quién le ha ido con el cuento a Kim?

Por toda respuesta, Rob entrecerró los ojos y ladeó la cabeza, mirándome como si no se pudiera creer que de verdad le estuviese haciendo aquella pregunta.

—Eric —deduje, poniendo los ojos en blanco—. Vaya tela. Y ¿qué le ha contado sobre mí hasta ahora?

—Me parece bastante absurdo que me lo preguntes cuando os veis todos los días.

—Ya, pero es que apenas hablamos de nada que no tenga que ver con el trabajo.

—¿Tierra llamando a Fra? —Rob me cubrió el hombro con la mano—. Pedazo de melón, Eric sigue pensando que tienes novio. Según le ha dicho a Kim, está intentando mantener las distancias en señal de respeto hacia vuestra “relación”.

Me limité a mirar a mi primo a los ojos unos instantes, notando que me perdía en una espiral de pensamientos que ni siquiera alcanzaba a comprender.

—Oye, Rob, ¿crees que Eric se enamoró de *mí*, o más bien de la *idea* que se había hecho de mí?

Tras unos instantes de estupefacción, Rob se puso serio.

—Conozco esa cara —señaló—. ¿Qué te ha dicho tu padre esta vez?

Tragué saliva, clavando la mirada en el suelo.

—Hoy ha sido mi madre la que ha hecho los honores.

Mordiéndose el labio Rob apretó los puños con tanta fuerza que se le quedaron los nudillos blancos.

—De verdad que no puedo comprender cómo hay madres capaces de ser tan crueles con su único hijo —siseó.

—No pasa nada —musité, en voz baja.

—¡Sí, sí que pasa, Fra!

Al oír el grito, varias mesas se giraron para mirarnos durante unos instantes. Rob exhaló,

y me apoyó una mano en el brazo.

—Mírame —susurró con voz grave—. ¿Confías en mí?

—Sabes que sí —respondí, devolviéndole la mirada.

—El amor de Eric era real. —Hizo un gesto para abarcar a Betta y el área de juegos, donde James y Dana seguían la mar de entretenidos con su juego—. Igual que lo es el nuestro, Fra.

Me pregunté si Rob era consciente de cuánto me había aliviado oír aquello.

—Siento ser un llorón—murmuré—. Sé que no debería creerme lo que me dicen mi padre y ella.

—¿Llorón? —La voz de Rob sonó mucho más cálida, y adoptó un tono tan afectuoso como preocupado—. Vamos a ver, no tiene nada de malo llorar cuando lo necesitas, pero es que tú no eres un constante mar de lágrimas. De hecho, eres de las personas más fuertes que conozco. Llevas aguantando a tus padres veintiséis años, y tener que lidiar con la forma en que te tratan le dejaría marca a cualquiera.

—¡Ya está! —exclamó Betta, regresando a nuestra mesa. Pareció percatarse de inmediato de la tensión que había entre los dos—. Uy, qué caras de palo. ¿Qué ha pasado?

—Nada —respondí rápidamente—. ¿Entonces qué, vas a comprar una mansión de Barbie o no?

—Sí —confirmó Betta—. Voy a pedirla por internet, para que me la entreguen en la oficina, y Pablo se va a encargar de meterla bajo el árbol el día de Navidad.

Parpadeé, confuso.

—¿Pero tú has visto el tamaño de esa caja? ¿Cómo se supone que vas a llevarla a tu casa desde la oficina? ¿Alquilando un remolque, o qué?

—Mucho más sencillo, y desde luego más barato —replicó ella, con una sonrisa que no auguraba nada bueno—. Vosotros dos me vais a echar una mano.

Aquello hizo que Rob y yo intercambiásemos una mirada alarmada. Pero también resignada, porque sabíamos perfectamente que daba igual lo que dijéramos; no teníamos opción de decir que no.

Eric

El sábado por la tarde, Kim insistió en ir al mercadillo navideño del barrio. Ni Kim, que yo supiese, ni yo celebrábamos la Navidad, pero me gustaba el ambiente festivo que desprendían las ciudades europeas durante aquellas fechas. Los puestos tenían forma de cabañas de madera y estaban decorados con nieve artificial, luces de colores y muérdago. De fondo se oían villancicos, aunque no vi por ninguna parte los altavoces, y había una fila de niños esperando para hacerse una foto con Papá Noel junto al árbol de Navidad que coronaba la plaza.

Por su parte, a Kim le importaba un pimiento el espíritu festivo; él había ido allí a probar la comida. Cuando llegamos al área de comestibles del mercadillo, nos fijamos en que había un puesto por cada región italiana, todos ellos con productos típicos de sus pueblos a la venta. Asimismo había varios puestos internacionales, si bien a Kim pareció decepcionarle que faltasen Corea del Sur, Francia y Reino Unido.

Mientras me daba una vuelta para curiosear los puestecitos, no pude evitar que me viniesen a la mente recuerdos de cuando Fra y yo vivimos un tiempo juntos en Londres, en 2014. Aquel año pasamos la Navidad solos el uno con el otro, sin nadie más para hacernos compañía, y cuando fuimos a pasear al mercadillo navideño del barrio Fra me compró como regalo un vinilo de Aretha Franklin.

Años después, aquella tarde bailando al son de “Through the Storm” con él en nuestro diminuto piso de alquiler continuaba siendo uno de mis recuerdos favoritos. Al principio me había costado convencerle, porque insistía en que él no bailaba ni bajo pena de muerte, pero en cuanto logré que se animara se mostró increíblemente feliz.

Ojalá hubiésemos podido seguir siendo felices juntos.

Tratando de escapar del ahora amargo sabor de aquellos recuerdos, me giré hacia Kim, que estaba mirando su teléfono con cara de concentración. No escribió nada, sino que se limitó a mirar fijamente la pantalla durante un rato.

—Necesito encontrar un puesto que venda carteles de neón —respondió él, ignorando mi confusión por completo.

—¿Eh? ¿Cómo que carteles? ¿Y cómo que de neón?

—Uno de mis alumnos está en este mismo mercadillo. Acaba de enviar una foto por el grupo de WhatsApp de la clase.

Mi cara debió de reflejar la sensación de que me estaba perdiendo algo que, en realidad, era una constante en mi amistad con Kim.

—Espera, ¿tienes un grupo de WhatsApp con tus estudiantes?

—Solo con los del nivel cero, que es al que le doy clase —respondió. Lo cual, una vez más, no explicaba qué bicho le había picado al ver la foto en cuestión—. Mueve el culo, que necesito encontrar este puesto.

Se puso en pie de un salto, y comenzó a alejarse sin mediar palabra. Típico de Kim. Solo Dios sabía qué se le había pasado por la cabeza, así que me limité a correr tras él como el pobre pringado que era.

—¿Así que quieres comprarte un cartel, entonces? —le pregunté al alcanzarlo.

—No me sirve cualquier mierda —replicó él, distraído, observando nuestros alrededores en busca de algún punto de referencia—. Quiero un cartel de neón rosa con forma de flamenco.

—¿Igual te refieres a los que venden ahí? —sugerí, señalando un puesto de madera a

unos metros de nosotros que había sido engullido por un ejército de ancianas.

Aquello hizo sonreír a Kim.

—De hecho, sí.

Nos acercamos a la tiendecita, y a Kim le faltó tiempo para ponerse a examinar los carteles uno por uno. Tras unos minutos en silencio, me dio un toque en el brazo.

—Oye, te debes de estar aburriendo como una ostra. ¿Prefieres esperar fuera?

—La verdad es que no me importaría echarle un vistazo al resto de puestos —dije, aunque la verdad era que no me podía dar más igual la zona de decoración del hogar.

Al apartarme del puestecito y echar un vistazo a la marabunta de gente que me rodeaba, el destino me dio una patada en el estómago. Frente a un puestecito cercano vi al novio de Fra, charlando con la mujer del puesto de cojines y almohadas con una sonrisa capaz de iluminar todo Milán. Pese al parloteo de la multitud, alcancé a oírle decir que quería escoger algo que les gustase tanto a su novio como a él, y que si le daba un segundo iba a llamarle por teléfono para que viniera al puestecito.

Era curioso, pero saber que les iba a las mil maravillas me hizo muy feliz a la vez que me puso de muy mala hostia. Como tampoco tenía mucho más que hacer, opté por seguir torturándome un ratito más, y me quedé mirando al chico mientras me decía que, en cuanto Fra llegase al puestecito, se me iba a hacer añicos el corazón. Pero no solo no me importaba, sino que de hecho pensé que me lo tenía bien merecido. Después de haber abandonado a Fra, y haberle hecho tanto daño, lo mínimo era asegurarse de que había logrado volver a ser feliz al lado de otra persona mejor que yo.

Así que, cuando vi a Rob acercarse a James, esperé a que apareciese también Fra. Cuando vi que Rob le pasaba un brazo por los hombros a James, me frustré un poco por la falta de respeto que era tomarse esas confianzas con la pareja de su primo. Y cuando vi que le daba un pico en los labios a James antes de empezar a hablar en voz baja sobre las opciones de cojines ante ellos, como un par de recién casados, me quedé de piedra.

—Hala, ya he terminado. —Aunque Kim estaba de pie a mi lado, fue como si me hablase desde algún lugar muy lejano. Distraído, me fijé en la caja que había dentro de la bolsa de papel que colgaba de su mano. Al final había encontrado el condenado flamenco de neón rosa.

Como seguía sin ser capaz de formular un solo pensamiento coherente, me limité a señalar con el pulgar a James y Rob mientras miraba a Kim. Sin embargo, su rostro permaneció tan inexpresivo como siempre.

Abrí la boca para luego cerrarla, mareado por la velocidad a la que daban vueltas mis pensamientos en aquel momento.

—Kim, necesito una segunda opinión. —Como se limitó a mirarme fijamente, decidí preguntar—. ¿Qué es más probable? ¿Que el chaval se la esté pegando a Fra con su primo, o que me hayan mentido descaradamente?

Kim dejó caer los hombros, y por un momento temí que el cartel de neón terminase estampado contra el suelo.

—Madre mía, Eric, eres imbécil perdido.

—Espera. ¿Tú lo *sabías*?

Dándose la vuelta, Kim comenzó a alejarse a paso ligero.

—Ah, no, ni de coña. Me niego a repetir esta conversación de mierda.

Miré una última vez a Rob y James antes de correr en pos de mi amigo.

—¿Por eso me has traído a este puesto? Cómo has sabido que...

—Me hicieron prometer que no te diría nada. —El rostro de porcelana de Kim,

perfectamente afeitado, era inescrutable—. Y no lo he hecho.

—¿A quién se lo prometiste? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Kim se limitó a mirarme fijamente—. Pero ¿por qué me ha mentado? No lo entiendo.

—No pienses mal de él —sugirió Kim—. Yo tampoco termino de comprender de qué va todo esto, pero supongo que tendrá sus motivos.

—Jamás pensaría mal de Fra.

Lo cual era totalmente cierto. De pronto todo parecía tener mucho más sentido. Su forma de apartar la mirada en cuanto yo mencionaba a James, lo que se suponía que tenía que contarme...

Me das una envidia que me muero.

Quizá tenga complejo de inferioridad en lo que a ti se refiere.

—Joder, es que encima me tiene en un pedestal —musité—, y mientras tanto lo único que he hecho ha sido fallarle una y otra vez. No me merezco a este hombre.

—Creo que tenéis que hablar —concluyó Kim—, y dejaros de tanta gilipollez.

Se me secó la boca, porque no podía negar más tiempo que Kim tenía razón. Todo sería mucho más sencillo si hablaba con Fra, y le contaba la verdad.

Abandonarlo sin darle ninguna explicación le había hecho muchísimo daño, y le había destrozado una autoestima que ya venía muy maltratada de casa.

Por eso, era hora de ser sincero. Aun si con ello perdía a Fra para siempre.

Francesco

Desahogarme con Rob me alivió un poco. Seguía hecho un manojo de nervios, como me solía pasar durante semanas cada vez que hablaba con mis padres, pero por lo menos volvía a poder dormir varias horas seguidas por la noche. Pero aún me costaba mucho estar solo, sobre todo cuando volvía a casa.

Gracias a Dios, tenía a Kimchi. Darle de comer, jugar con él y ofrecerle premios cuando me dejaba cortar las uñas eran pequeños momentos que me mantenían cuerdo, y me daban fuerzas para volver a casa al final del día. Seguía saliendo de trabajar espantosamente tarde, pero al contrario de lo que mi equipo pensaba, no lo hacía a propósito. Lo que pasaba era que me resultaba más fácil concentrarme cuando todos los demás se marchaban. Una vez solo quedaban para hacerme compañía el silencio, y el dulce repiqueteo de la lluvia contra los cristales, me invadía una sensación de paz que me permitía al fin zambullirme en mi código para arreglar bugs y pasarle pruebas. Trabajar hasta tan tarde solía dejarme exhausto, pero me tranquilizaba.

Esa fue la razón por la que al levantar la mirada de mi portátil aquella tarde, un día entre semana como cualquier otro en pleno diciembre, no me sorprendió ver que el reloj marcaba ya las nueve de la noche. Apagué el ordenador, me recosté en la silla y cerré los ojos para concederme un minuto de descanso, intentando ignorar el hecho de que tenía que volver a casa en coche tras un turno de doce horas.

—Oye.

Me sobresaltó oír la voz de Eric, que me resultaba ya tan familiar como la mía. Aunque había hablado bajito, se me aceleró el corazón.

—¿Por qué sigues aquí? —le pregunté, dándole la vuelta.

Quizás el hombre de pie frente a mí no fuese más que una alucinación inducida por el cansancio. Aquel Eric llevaba los dos primeros botones de la camisa desabrochados y se había arremangado hasta los codos. A juzgar por el estado semisalvaje de su tupida melena negra, se había estado pasando los dedos por el pelo, como solía hacer cada vez que se concentraba en algo.

—Tenía que evaluar una nueva propuesta. En seis meses o así te asignarán, casi seguro, al proyecto. Como ya verás cuando te toque, es bastante interesante, así que he acabado perdiendo la noción del tiempo mientras lo revisaba —respondió, ofreciéndome una sonrisa deslumbrante.

Aquella simple frase me hizo preguntarme si me divertía programar. Me hacía sentir más tranquilo, y se me daba bien, pero... ¿Tanto como divertirme? No sabía si le dedicaba tanto tiempo porque me gustaba o porque me ayudaba a huir de mis problemas. Al planteármelo, y no hallar respuesta, sentí una profunda admiración por lo claro que parecía tenerlo él.

Eric se aclaró la garganta.

—Oye, seguro que ya lo sabes, pero las horas extra tiene que aprobarlas tu jefe de proyecto para que te las paguen a fin de mes.

Noté que se me subía toda la sangre a las mejillas, haciendo que me ardiese la cara.

—En efecto, ya lo sé.

No me apetecía tener aquella conversación con él, así que me puse en pie para enfundarme el abrigo. Pese a estar en semipenumbra, podía ver perfectamente el rostro de Eric. Estudié el surco entre sus cejas, sus intensos ojos negros, aquellos finos labios que estaba frunciendo en una

mueca y la sombra de una barba de dos días que matizaba su mandíbula.

La mirada de Eric me abrasaba por dentro, y parecía leer todos los rincones de mi alma mientras desnudaba mis sentimientos más íntimos. Notar sus ojos fijos en mí de aquel modo despertaba en mi interior sensaciones que llevaban años dormidas, hasta el punto de desatar fuegos artificiales dentro de mí. Sabía que debería pedirle que no me mirase de aquella forma, pero era incapaz.

Jesús bendito. Aquella mirada entraba de lleno en la categoría de acoso sexual en el lugar de trabajo, pero estaba disfrutándola tanto...

Al igual que la primera vez que lo vi, hacía seis años, me estaba haciendo sentir... Deseado. Y la sensación me volvía loco.

—Mañana puedes entrar después de la hora de comer, o fichar e irte antes si te viene mejor —me dijo—. Ya se lo comentaré yo a tu supervisor, pero deberías descansar.

Me rugió la sangre en las venas mientras se me desbocaba el corazón, y me abrumó la intensidad de mis propias emociones. Después de varios días sin sentir nada, de pronto había recuperado la capacidad de sentir a todo color.

—No me digas lo que tengo que hacer —musité.

Eric dio otro paso más hacia mí, con una expresión vulnerable pero demasiado intensa para soportarlo. Bajé la mirada a sus labios.

—No tiene sentido que le regales tu tiempo a la empresa. Si no te dan permiso para quedarte tanto tiempo extra, ni siquiera te lo van a pagar.

Rindiéndome al deseo que me ardía por dentro, me acerqué aún más; tanto que notaba su aliento contra mi piel. Busqué su mirada de nuevo.

—Eso es decisión mía, en todo caso. A ti ni te viene, ni te va.

Cuando jugábamos a nuestros pequeños tira y afloja de poder, yo siempre acababa ganando. Así que lo que me esperaba era que Eric diera un paso atrás, apartase la mirada o hiciera alguna broma para relajar la tensión repentina.

Pero en vez de eso se inclinó, acercándose peligrosamente a mi boca.

—Ahí es donde te equivocas —susurró—. Como tu jefe, tengo la última palabra.

No sabría decir qué fue lo que sentí en aquel momento, pero antes de darme cuenta de lo que estaba pasando tiré de él hacia mí para besarlo.

En menos de un segundo, olvidé qué era lo que habíamos estado discutiendo. Me rendí a él en cuanto nuestros labios se rozaron, y enseguida Eric intensificó el beso. Su boca continuaba siendo, tal y como la recordaba, mi hogar. Noté el inevitable subidón de adrenalina en el estómago, tan dulce y placentero como frustrante. ¿Cómo podía ser un momento tan perfecto, y aun así no ser suficiente? ¿Por qué su boca me resultaba tan deliciosa y adictiva? Devoré sus labios con ganas, hambriento de algo que había olvidado durante cinco largos años y ahora entendía como una necesidad.

Lo más sorprendente de la situación fue que Eric me correspondió el beso como si yo fuese lo único que necesitaba para vivir. Y era mutuo, porque yo había estado marchitándome hasta que él me insufló nueva vida al cubrir mi boca con la suya, y con cada roce de nuestros labios el mundo a nuestro alrededor se fundió un poco más en la negrura hasta que lo único que quedó en el universo, lo único que me importó que existiese, fuimos él y yo.

Eric me recostó sobre mi escritorio mientras yo me arrepentía de haberme puesto el abrigo hacía unos minutos. Todo mi cuerpo parecía arder como una hoguera, de modo que terminé por rendirme al calor del deseo que sentía. Me dejé llevar por Eric, enterrando los dedos en su pelo, y recorrí su piel con los dedos mientras le besaba aquella mandíbula perfecta en lo

que sin duda contaba como la situación más erótica que había presenciado jamás aquella oficina.

¿Por qué habíamos roto nuestra relación?

No lograba recordar las razones. Lo único de lo que me acordaba era el placer de notar el cuerpo de Eric contra el mío, de sentir cómo me recorría el cuerpo un calor abrasador cada vez que hacíamos el amor. Y de pronto no había pasado el tiempo, porque todo volvía a ser como hacía cinco años, cuando lo único que me importaba en el mundo era despertarme entre sus brazos.

—Por favor, dime que quieres hacerlo sobre tu mesa —me susurró contra los labios cuando nos separamos para tomar aire.

Me permití sonreír con picardía, halagado al comprobar que él estaba teniendo sensaciones tan fuertes e intensas como yo.

—No —respondí, mordiéndole el labio inferior con suavidad—. Quiero hacerlo sobre la *tuya*.

Eric se limitó a sonreír antes de que sus labios encontrasen los míos de nuevo.

—Y pensar que soy *yo* el que está al mando.

—Cállate la boca y bésame.

Al oír aquello, Eric posó la mirada en mí de nuevo, y por fin, por *fin*, hizo exactamente lo que le pedí.

Eric

Las cosas no habían salido como yo había planeado.

Se suponía que íbamos a hablar las cosas, no a hacerlo sobre mi mesa. Menos aún a volver juntos a su apartamento para un segundo asalto.

Pero aquí estaba, a la mañana siguiente, despertándome en la cama de Fra con él entre mis brazos. Se había acurrucado contra mí, con la cabeza apoyada en un punto entre mi pecho y mi hombro por el que debía de pasar algún nervio a juzgar por lo entumecido que sentía el brazo. Aquello era todo un regalo para la vista.

Dormido, Fra parecía más joven. Al relajarse, sus rasgos delataban que tras todas las defensas que levantaba para mantener a la gente a una distancia prudencial aún le quedaba inocencia. Sonreí sin darme cuenta mientras estudiaba los tres diminutos lunares que tenía en el brazo y que, tal y como recordaba, formaban un triángulo isósceles perfecto. Me moría por besarlos, así que lo hice. Fra debía de estar realmente cansado, porque no se despertó ni siquiera cuando retiré el brazo de debajo de su cabeza.

Salí de la cama, me vestí en silencio y me acerqué al termostato para encender el aire acondicionado, a fin de asegurarme de que la habitación tuviera una temperatura más cálida cuando Fra se despertara. Llamé a la oficina para inventarme una excusa sobre por qué iba a llegar tarde, y le dije a Emilio que le había dado a Fra media jornada libre porque se había quedado unas horas extra el día anterior. A Emilio no pareció sorprenderle, porque me dijo que se lo dejase a él y que iba a darle el día entero libre.

Al entrar en el salón, el gato me recibió con un sonoro maullido. Había conocido a Kimchi la noche anterior, e incluso le había hecho unos pocos mimos mientras Fra le preparaba la cena, pero en aquel momento no había sido mi mayor prioridad. Me tomé mi tiempo para hacerle carantoñas, ganándome un ronroneo adorable.

Pero, dejando de lado a Kimchi, el apartamento de Fra parecía muy... vacío. Si bien conociéndolo era fácil entender que hubiese elegido decoración minimalista, no era eso lo que le daba aspecto desangelado. Cuando vivíamos juntos, solía dejar libros o partituras por todos lados, y siempre tenía su vaso favorito sobre la mesa junto a una botella de agua, que prefería beber a temperatura ambiente. Pero en este piso no había nada que me recordase a él. Ni siquiera un teclado o una guitarra, una foto o un cuadro en la pared. Mientras acariciaba a Kimchi, me pregunté si Fra *vivía* en aquel espacio.

No parecía que fuese a despertarse en breve, pero no quería irme sin decir adiós, así que decidí hacer el desayuno mientras esperaba. Recé para que a Fra no le importase que trastear en su cocina mientras hacía crêpes con Nutella y un poco de helado de vainilla que encontré en el congelador. También hice café.

Cuando llevaba un rato cocinando, oí un golpe sordo que venía del dormitorio. Me acerqué para echar un vistazo y me encontré a Fra sentado al borde del colchón, sosteniéndose la cabeza entre las manos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté desde el marco de la puerta. Estaba pálido como una sábana. Como un relámpago, Kimchi entró en la habitación y se subió de un salto a la cama, haciéndose una rosquilla junto a Fra.

—Tengo la tensión por los suelos —explicó Fra—. Así que al ponerme de pie, me he mareado y... Bueno, me he caído.

—Espera aquí —exigí.

Hice una breve incursión a la cocina, y volví al dormitorio con un plato de crêpes y una taza de café. Dejé el *espresso* sobre la mesilla antes de tenderle la comida.

—¿Me has hecho el desayuno? —dijo con extrañeza, haciéndome un gesto para que me sentase a su lado.

Cuando tomé asiento, Kimchi se subió a mi regazo. Lo acuné entre mis brazos, y le rasqué el cuello con cuidado. Al levantar la mirada, me encontré con que Fra me estaba mirando con un gesto extraño que no supe descifrar.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada. Es solo que Kimchi nunca ha hecho eso conmigo.

No pude evitar soltar una risita.

—Anda ya. ¿Estás celoso?

—Cierra el pico —resopló él. Ladeó la cabeza—. Madre mía, tengo que llamar a la oficina. Voy a llegar tan tarde que va a ser hasta cómico.

—De hecho, no, porque no vas a ir a ninguna parte —señalé—. He llamado a Emilio a primera hora, y le he dicho que te había dado unas horas libres porque anoche te quedaste hasta tarde. Me ha dicho que te puedes tomar todo el día, porque sueles hacer horas extra sin remunerar. Aunque suena un poco turbio en términos legales, al parecer ni siquiera te las descuentan de las vacaciones.

Él frunció el ceño.

—Es que es turbio en términos legales, pero... Bienvenido a Italia.

Asentí.

—Ya, me imaginaba que los tiros irían por ahí.

—¿Y tú? —inquirió Fra.

Detestaba pensar que, en cuanto me marchase de su apartamento, fuera lo que fuese lo que había pasado corría el riesgo de acabarse. La noche anterior habíamos hecho el amor como si llevásemos toda una vida esperando, pero la sensación de urgencia, la desesperación y las prisas no lograron borrar la sensación de que todo era, por fin, como debía ser.

Había cosas que mi mente había olvidado, pero mi cuerpo todavía recordaba con anhelo, como la calidez de la piel de Fra, la textura de su pelo o el sabor de sus labios. Todas aquellas sensaciones tan familiares me habían inundado los sentidos, recorriendo todo mi cuerpo, y no podía imaginar alejarme de ellas. Es que no podía.

—Voy a tener que irme en breve —confirmé—. Tengo que volver al hotel para cambiarme. No me apetece demasiado, pero creo que sería un poco sospechoso que de repente faltemos los dos al trabajo.

Fra resopló.

—No creo que nadie, salvo quizás Betta, vaya a pensar que hemos... —Se detuvo con brusquedad, y me dio la sensación de que había estado a punto de decir *follado* pero no había podido. Algo que yo entendía perfectamente, porque para mí tampoco había sido sexo sin más —...pasado la noche juntos.

—Antes de que me vaya, creo que deberíamos hablar las cosas —señalé. Fra asintió, y yo hice un gesto refiriéndome a ambos—. ¿Qué es *esto*?

Fra se mordisqueó el labio inferior.

—¿De verdad tenemos que etiquetarlo?

—Bueno, depende. ¿Tú quieres que le pongamos nombre a esto?

—No lo sé. ¿Y tú?

—Sí —respondí, dejando a Fra boquiabierto—. Necesito saber si deseas esto tanto como yo, y si podemos... Si podemos darnos otra oportunidad.

En lugar de responder de inmediato, Fra tomó aire despacio, con los ojos cargados de dolor e incertidumbre.

—Sí —musitó—, sí que deseo esto tanto como tú. Pero no sé si podemos darnos otra oportunidad.

—¿Por qué? —quise saber, acercándome más a él.

—¿Me puedes prometer que no volverás a cansarte de mí?

—Fra, nunca me “cansé” de ti.

—Bueno, o lo que fuese —insistió—. ¿Me puedes prometer que no volverá a pasar? ¿Que no me dejarás hecho un mar de lágrimas porque llevamos ritmos demasiado diferentes?

No fue así.

Esa no fue la razón por la que te dejé. No del todo.

Sigo teniendo los mismos miedos que hace cinco años. ¿Y si vuelvo a arruinarlo todo?

—No puedo predecir el futuro —dije, con voz quebrada—, pero te quiero. Te he querido cada día de mi vida desde el momento en que te conocí, y te quiero más a cada momento. ¿Significa algo?

Una pequeña lágrima le cayó a Fra por la mejilla.

—Para mí lo significa todo —susurró, y aquello me rompió el corazón en mil pedazos—. Te voy a querer toda mi vida..., pero una relación no se construye solo con amor. No sé qué hice mal la última vez, así que no puedo cambiarlo. Es cuestión de tiempo que nos vuelva a pasar lo mismo.

Le cogí de la mano, apretándosela con fuerza.

—No tienes que cambiar nada, Fra. Escucha, yo...

Dile la verdad.

Toda la verdad.

Se impuso el silencio durante unos instantes.

—No voy a poder soportar otra ruptura —musitó Fra al final—. Nos... Las cosas están bien como están entre tú y yo. Prefiero no arruinarlo antes de tiempo.

Otra vez. Había vuelto a fracasar.

—Vale —dije, con la mirada clavada en el suelo. Seguía siendo un cobarde—. Entonces imagino que aquí acaba todo. Lo de anoche... ¿Qué fue? ¿Era una despedida?

Acunando mi rostro entre sus manos, Fra me hizo mirarlo. Antes de que pudiera reaccionar, me estaba besando en los labios, y sentí que me derretía por dentro.

—Quédate —susurró, antes de que volviera a besarlo—. Solo un ratito más.

Ahora que sabía que aquel sueño hecho realidad era algo temporal, no me hubiera perdido un solo segundo por nada del mundo.

Francesco

Pasar el día entero con Eric me hizo viajar en el tiempo cinco años atrás, a las pocas semanas que pasamos viviendo juntos en Londres. No fueron tiempos fáciles. Los dos trabajábamos y estudiábamos, así que no era mucho el tiempo que podíamos pasar juntos, pero quizás por eso mismo nos parecía todavía más valioso. Por la tarde hablábamos sobre programación, veíamos anime o tocábamos el viejo teclado con el que nos habíamos encontrado en uno de esos grupos de Facebook donde la gente te regala cosas siempre y cuando vayas tú a por ellas. Y, por la noche, nos quedábamos dormidos en brazos del otro. Aunque nuestro dormitorio había dejado mucho que desear, no recuerdo haber pasado frío ni una sola noche en nuestra cama.

No comprendía cómo mi apartamento, que tenía una calefacción que le daba mil vueltas a la del piso de Londres, me resultaba tan gélido en comparación. Pero durante el día que pasó conmigo, Eric le dio color a mi mundo gris. Excluyendo el tiempo que pasamos en la cama, no hicimos demasiado. Hicimos pasta para comer, algo que yo no solía prepararme cuando estaba a solas; vimos telebasura; y jugamos un rato con Kimchi. Al despertarme de la siesta que me había echado en el sofá, con la cabeza apoyada sobre el hombro de Eric para ser exactos, me sorprendió ver a Kimchi enroscado junto a mí. Mientras observaba su cuerpecito dormido, me acordé del consejo de Kim.

Haz el esfuerzo de ser un poco más feliz, a ver qué pasa.

Me sentía feliz. Me sentía tan, tan feliz que apenas lograba creerme que todo aquello estuviera pasando de verdad. Eric había vuelto a mi vida, y me quería. Si bien sabía que aquello solo duraría hasta que terminase su viaje de negocios, decidí que no me importaba. Solo quería permitirme disfrutar de mis sentimientos mientras pudiera, y la felicidad que él me hacía sentir ardía con la fuerza de una hoguera.

Cuando llegó el momento de que Eric se marchase al trabajo, me despedí de él con un largo beso. No era mi intención entretenerlo, o por lo menos no mucho, pero no pude evitar cubrir su cuerpo con el mío para suplicarle en silencio que se quedara conmigo el resto del día. Solo dejé que se fuera después de haberme prometido que nos veríamos en la oficina al día siguiente, y que me llamaría por teléfono en cuanto llegase al hotel.

Por supuesto, Eric cumplió su palabra, y aquella llamada resultó ser una de las experiencias más sensuales de toda mi vida.

Aunque me había aterrorizado la posibilidad de que desnudarme en presencia de Eric después de cinco años fuera incómodo, en realidad fue al contrario. Dejar que Eric disfrutase de mi cuerpo mientras yo me recreaba en el suyo era un acto tan familiar como íntimo, y se me encendieron las mejillas al recordar todo lo que habíamos hecho en las últimas horas. Me di cuenta de que me hacía increíblemente feliz que, tras dejar que otros tantos hombres me besaran, me penetrasen y durmieran en mi cama, estar con Eric me siguiera haciendo sentir como en casa.

Fue solo después de darnos las buenas noches, tras diez minutos mirando fijamente su nombre de contacto en la pantalla de mi teléfono con una sonrisa tonta...

...que me di cuenta de que el día se había acabado sin que le contase la verdad sobre James y yo.

Eric

El ambiente reinante en la oficina la semana previa a la Navidad era eléctrico. Había equipos que llevaban bastante retraso con proyectos que debían quedar cerrados antes de final de año, pero el de Fra no era uno de ellos. Iban tan bien de tiempo, de hecho, que Fra terminó echando una mano en otros proyectos. Aquello lo mantenía tan ocupado que no tuvimos tiempo para volver a vernos a solas después de aquella noche, pero por suerte encontramos la manera de que no se nos hiciese tan duro.

Además de escribirnos durante el día, por las tardes nos llamábamos por teléfono para charlar sobre cómo nos había ido la jornada. Por lo general, las anécdotas y quejas de Fra giraban en torno al horror de código, bajo su punto de vista, que había escrito el equipo al que estaba ayudando a cerrar un proyecto. Si bien él insistía en que solo era su humilde opinión, me divertía comprobar lo exasperante que le resultaba morderse la lengua para no exigir que le dejaran programarlo desde cero. La mayoría de las noches nos quedábamos dormidos en llamada.

Pese a que podría haberme pasado por su casa al salir del trabajo, y con gusto lo hubiera hecho, me sabía mal la idea de hacerlo, porque Fra acababa agotado todos los días debido a la carga de trabajo que tenía que gestionar. No solo eso, sino que me había dicho que tenía algo que contarme antes de que volviera a ocurrir algo físico entre nosotros. Yo supuse que querría confesar que, en realidad, no estaba saliendo con James, y por eso no me extrañó que a Fra le hiciera sentir incómodo la idea de tener una conversación así por teléfono.

El viernes, un repartidor le dejó a Betta un envío que venía en una caja gigante. No me hubiera extrañado que dentro hubiese un cadáver, porque además parecía pesar una tonelada. Durante la pausa del almuerzo, le oí contarle a Fra que Rob iba a pasarse por la oficina aquella tarde para ayudarles a cargar con aquella monstruosidad hasta el piso de Betta. Si bien a aquellas alturas me moría de curiosidad por saber qué era aquel paquete misterioso, la última vez que vi a Rob fue antes de marcharme de Italia hacía cinco años. Considerando que nuestra última conversación había consistido en amenazas violentas si se me ocurría volver a ponerle un solo dedo encima a su primo, decidí no meter las narices en el asunto del envío.

Cuando quedaba solo un rato para que terminase mi turno, decidí aprovechar para pasarme por el departamento de Contabilidad y firmar unos documentos que tenía pendientes. Me llevó algo más de tiempo de lo que me esperaba, y para cuando terminé el papeleo me habían dado las seis y cuarto. Regresé a mi despacho para recoger mis cosas a toda prisa y marcharme a mi casa cuanto antes.

Lo último que me esperaba a aquellas horas era encontrarme, esperando al ascensor en el pasillo, al novio de Rob.

Joder, qué corte.

—Hola —saludé, y el pobre crío se sobresaltó tanto que casi se cae de culo.

—Ay..., qué tal —dijo, con una sonrisa tímida y educada.

—¿Has venido a ver a Francesco? —le pregunté. Quizás era parte de la cuadrilla de Betta, y venía a ayudar con el enorme paquete. Me fijé en que le habían dado una chapita de visitante en la entrada.

Hubo un momento de silencio, durante el cual James se mordió el labio mientras apartaba la mirada. Mentir acerca de cuál era su relación con Fra no debía de ser fácil.

—Sí —respondió al final—. Me he bajado en la planta que no es, y este ascensor está

tardando una eternidad. Que oye, sé que podría haber bajado por las escaleras, pero a estas alturas llevo tanto rato esperando que ahora es algo personal, ¿sabes?

Se me escapó la risa.

—Tiene sentido. Yo tengo que bajar a recepción, así que si no te molesta, puedo esperar contigo.

El chico me observó con aquellos preciosos ojos azules.

—Eres francés, ¿verdad? —me preguntó, curioso.

—Sí —confirmé.

James se quedó en silencio unos instantes, con cara de concentración.

—La primera vez que hablé con Fra, tenía un acento británico perfecto muy parecido al tuyo. A veces pienso que estoy corrompiendo su buen inglés —bromeó.

Una parte de mí se preguntó si estaba intentando ponerme celoso a propósito o si, por el contrario, era yo el que estaba dándole demasiadas vueltas al asunto.

—Suele pasar. —Me encogí de hombros—. Cuando aprendes un segundo idioma, terminas por hablar como lo hace la gente que te rodea.

—Así que por eso no tienes acento francés, ¿no? Bueno, también puede ser que lo tuvieras pero que lo hayas perdido a propósito.

Chico listo.

—Eres rápido, ¿eh? Sí, me maté a estudiar para perder mi acento.

Parpadeó un par de veces, confuso, como si le costase entenderlo.

—¿Por qué?

Parecía tener un interés tan genuino que no tuve corazón para mentirle.

—Porque tengo muy malos recuerdos de cuando vivía en París, así que quiero alejarme todo lo posible de mi tierra natal. Conocer a la gente equivocada no tiene por qué definir el lugar donde te ha pasado, pero a la vez... Pensar en ese período de mi vida me agobia muchísimo. Así que, cuando me mudé a Reino Unido, decidí que no quería llevarme conmigo nada que me recordase a Francia. Supongo que te sonará estúpido.

—En absoluto —respondió, para mi sorpresa—. Yo también tengo un lugar que fue muy importante para mí en su momento, pero que ahora prefiero olvidar.

—¿Cuál?

La sonrisa que me devolvió James estaba teñida de una amargura que alguien tan joven no debería conocer siquiera.

—Internet.

Según lo dijo, llegó el ascensor.

Dentro estaban Fra, Rob y Betta, y tuve que hacer un esfuerzo para no poner los ojos en blanco. Por un momento me planteé dar el ascensor por perdido y bajar por las escaleras, pero a decir verdad, no tenía ganas de patearme cinco pisos. Así que me juré pasar los treinta segundos que nos separaban de la recepción con los ojos clavados en la pantalla del teléfono.

Y lo habría logrado si el ascensor no se hubiese quedado parado antes de bajar hasta el primer piso.

Alcé la mirada, y en ese momento Betta resopló.

—Joder. Por favor, decidme que alguno de vosotros le ha dado al botón de parada sin querer o algo así.

Cuando nadie respondió y empezamos a mirarnos unos a otros en silencio, nos resignamos a la triste verdad: nos habíamos quedado atrapados.

De inmediato, Fra apretó el botón de llamada de emergencia. Desde recepción nos

aseguraron que pronto llegaría alguien para sacarnos de allí..., en una media hora, más o menos.

—De putísima madre —maldije entre dientes.

—Siento que tenga que compartir oxígeno con un puñado de proletarios, Su Alteza Real —respondió Rob. Me sorprendió comprobar que parecía menos cabreado y listo para descuartizarme de lo que me había esperado.

—¡Rob! —James le pellizcó el brazo.

—Lamento que la mayor ilusión de mi vida no sea quedarme encerrado en un ascensor raquíutico con dos personas que me odian —contraataqué, mirando primero a Rob, luego a Betta y por último aquella caja enorme—. ¿Seguro que no ha sido ese trasto lo que nos ha dejado aquí atrapados?

El rostro de Betta se sonrojó tanto que se volvió del mismo color que su melena.

—Chicos, sujetadme, porque si no el ascensor se va a convertir en el escenario de un crimen pasional.

—¡Basta ya, los tres! —bufó Fra. Se dio la vuelta para mirarme—. Eric, no era así como quería contártelo, pero... Te he mentido, y lo siento. No estoy saliendo con James, sino que de hecho es el novio de Rob.

Me quedé estupefacto.

—Fra... —musitó James, en voz muy baja—. ¿Estás seguro?

—Estamos aquí encerrados, y no es momento de tirarnos los trastos a la cabeza por una tontería semejante. Siento haberos puesto en una posición tan difícil a ambos.

Cuando Fra me miró a los ojos, le sostuve la mirada.

—No pasa nada —le aseguré—. Me alegro de que hayas decidido ser sincero, pero yo también tengo algo que confesar. Ya lo sabía.

Fue el turno de Fra de quedarse con cara de tonto.

—¿Perdón?

Hice un gesto hacia Rob y James, que se habían tomado de la mano.

—Los vi juntos hace unos días.

Fra le lanzó una mirada venenosa a su primo, que por lo menos tuvo la decencia de parecer arrepentido.

—Lo siento, Fra. Consecuencias de tener una vida social.

—Además —continué—, no te habrías acostado conmigo si de verdad hubieses tenido pareja.

—¿¡QUE HAS HECHO QUÉ!?! —vociferaron Betta y Rob al unísono.

—¿No se lo habías contado? —le pregunté a Fra, sintiéndome a partes iguales sorprendido y asquerosamente culpable. Con lo seguro que había estado de que se lo había contado todo a sus amigos.

—Ni falta que hace, ahora que ya te has ocupado tú —replicó Fra, poniendo los ojos en blanco mientras apoyaba la cabeza contra la pared.

—¿Pero cómo ha pasado algo así? —insistió Rob.

—¿¡Y cuándo!?! —añadió Betta—. De dónde habéis sacado el tiempo, si os pasáis el día en la ofic... ¡Tócate los cojones! ¿¡En serio, Fra!?

—Chicos, sus vidas sexuales no son asunto vuestro —señaló James.

—Tienes razón —respondió Betta—, pero esto es un conflicto de intereses como una catedral. Si llega a oídos de Recursos Humanos, podrían despedirles.

—Tampoco te pases —resoplé—. Aunque sí que podrían sacarnos del proyecto, lo cual sería una lástima.

Cansado, Fra se frotó las sienes.

—Bueno, pues ya que a todos nos queda clarísimo que habría consecuencias si se entera alguien, ¿qué tal si nos comprometemos a no volver hablar de esto nunca más?

—Por mí, bien —dijo Betta.

—Claro, sin problema —la secundó Rob.

Se hizo un silencio de lo más incómodo en el ascensor durante unos minutos. Al final, James se dio la vuelta para encararse con Fra.

—¡No me puedo creer que me pusieras los cuernos de mentira!

Se me escapó una risita. Apenas conocía al chico, pero ya me caía muy bien. No pareció hacerle tanta gracia a Fra, sin embargo, porque me lanzó una mirada asesina.

—Pero en serio, chicos, ¿cómo lo habéis hecho? —insistió Rob—. Quiero decir, por lo general la gente no va a trabajar equipada para algo así.

—¿No habíamos acordado no volver a hablar de ello? —masculló Fra, apretando los dientes.

—Además, ¿a ti qué te importa? —le preguntó James a su novio.

Eso hizo que Betta se echase a reír con ganas.

—Seguro que se muere de envidia porque él nunca lo ha hecho en el trabajo. Lo cierto, James, es que tu novio era un pendón en sus tiempos mozos, hasta el punto de tener una lista de la que tachaba todos los sitios raros en los que se había tirado a alguien.

Con el ceño fruncido, Rob apretó los labios.

—Oh, ¿así que te parece muy gracioso reírte de eso? Podría contarles cosas sobre ti que les harían vomitar al instante.

Me acerqué más a Fra.

—Llevamos aquí dentro diez minutos —le susurré al oído—. ¿No es un poco pronto para empezar a airear los trapos sucios?

Aquello hizo sonreír a Fra, que probablemente no se dio cuenta de que se había inclinado para apoyar la cabeza en mi hombro.

—Has empezado tú —me susurró con guasa.

—Ya, también es verdad.

Antes de que me diese cuenta, había entrelazado los dedos con los de él. Como estaban muy ocupados discutiendo, Rob y Betta no parecieron darse cuenta, pero durante un fugaz instante hice contacto visual con James.

Enseguida redirigió su atención a Betta y Rob, que seguían enzarzados.

—¿No tenías tanta mierda que sacar sobre mí, Rob? ¡Pues venga, dilo! ¿O ya no eres tan valiente? No tienes cojones a decirlo, porque sabes que te destrozaré.

—Lo resumiré en una sola palabra, Betta: *Ibiza* —replicó Rob.

Aquello hizo que las mejillas de Betta volviesen a teñirse de escarlata.

—¿¡Serás cabrón!? Lo que pasa en Ibiza se queda en Ibiza, ¿¡recuerdas!?

—Lo dice la que volvió de allí preñada de un extraño —contraatacó Rob.

Antes de que pudiese haber derramamiento de sangre, y además uno violento, el departamento de Seguridad llegó para sacarnos del ascensor. Dudo que fuese capaz de disimular mi decepción cuando Fra se apartó de mi hombro y me soltó la mano.

—Oye —murmuré, recuperando su atención, cuando por fin pudimos volver a dejar que corriese el aire entre los cinco—. ¿Vas a ir a casa de Betta?

—En efecto. Tengo la leve sospecha de que me van a preguntar lo que ha pasado entre nosotros. Me arriesgaría a decir, incluso, que Rob va a hacer de poli bueno, y que me voy a

querer morir de vergüenza.

Le sonreí con ganas.

—Si sobrevives a esos dos, llámame antes de irte a la cama, ¿vale?

—Claro —respondió, mirándome de una forma tan intensa que se me contrajo el estómago de golpe.

Cuando Fra apartó la mirada, me dije que por lo menos nadie más había visto cómo me mordisqueaba la mejilla por dentro de la frustración. Sin embargo, cuando alcé la vista, me encontré con que los ojos azules de James se habían posado en mí otra vez.

Liberados al fin del ascensor, pude despedirme de ellos y de su monstruosa caja. Me encaminé hacia la salida principal del edificio sin mirar atrás, tratando de no echar a correr aunque ganas no me faltasen. Aunque Rob era la última persona de la que me habría esperado que intentase hablar conmigo, me siguió hasta la parada del autobús.

—Eric, espera.

Pese a que el tiempo no perdonaba a nadie, en el caso de Rob los últimos cinco años lo habían dejado incluso más atractivo. Fueron varios los transeúntes que se dieron la vuelta para mirarlo fijamente, y no me hubiera extrañado que se acercasen a pedirle un autógrafo pensando que era alguien famoso.

—¿Por qué estás brillando? —pregunté.

—¿Qué?

—Hablo de tu cara. ¿Te has maquillado?

Aquello pareció confundir a Rob.

—Eh... No, amanezco así todos los días.

—Ah. —Me chocaba pensar que pudiese existir tanta belleza en la vida real—. Bueno, ¿querías decirme algo, o...?

—Pues sí —me interrumpió, y no pude evitar entrecerrar los ojos al oír lo siguiente que dijo—. La última vez que te vi, ni siquiera nos dirigíamos la palabra, así que... Creo que me pasé un poco contigo.

—Ah, ¿entonces ya no me quieres sacar los ojos con cucharillas de postre?

—Oye, que yo jamás he dicho que fuera a hacer algo así —se ofendió—. Estaba enfadado..., no, estaba *furioso*, por lo que le hiciste pasar a Fra al romper con él. Sigue sin hacerme gracia, pero ahora soy capaz de verlo desde otra perspectiva. Pocas cosas son blancas o negras, cuando se trata del amor.

Me llevó un momento darme cuenta de qué quería decir.

—Espera, ¿te estás disculpando?

—Más o menos —respondió él—. Pero una cosa sí que te advierto. Si vuelves a hacerle daño a Fra, Eric, entonces sí que no te lo perdonaré jamás.

—No tenía pensado hacerlo.

Pero cuando Fra me preguntó..., no pude prometérselo.

En aquel momento deseé más que nunca que mi madre hubiera seguido con vida. Me habría dejado expresar todas mis dudas y preocupaciones, y a decir verdad, me hubiera sido de gran ayuda oír a alguien asegurarme que todo iba a salir bien.

Francesco

—¿Cómo ha ido el interrogatorio? —me preguntó Eric por teléfono esa noche.

Me tiré en el sofá, dándole un susto de muerte a Kimchi. Sujetando el teléfono entre la mejilla y el hombro, cogí en brazos a mi pobre gato, que seguía medio dormido, para acariciarlo con suavidad.

—Querían saber si hemos... Si hemos vuelto. Bueno, menos Rob, que tenía más interés en otros temas.

—Ya, me imagino cuáles. —Eric suspiró—. ¿Y qué les has dicho?

—Que no estamos juntos, pero que estamos... ¿Liados, hasta cierto punto? Es decir, como pasamos la noche juntos...

—Y la mañana del día siguiente —añadió él.

—Sí, bueno, también.

Aquellas llamadas me confundían. ¿Por qué demonios hablábamos por teléfono a diario? Suponía que, al principio, había sido mi forma de evitar que me diese mono de ver a Eric mientras me armaba de valor para contarle la verdad. Pero ¿ahora?

—Te prometo que no volveré a mentirte —dije tras unos instantes.

Aunque Eric no estaba enfadado por el engaño, yo sí que me sentía muy frustrado conmigo mismo. Según mis amigos, se me daba fatal odiar a los demás, pero en mi opinión se me daba todavía peor mentir. No solo porque me costase mucho, sino sobre todo porque detestaba la sensación de culpabilidad que me producía. Fue una de las razones por las que le prometí a Eric no volver a mentirle. No era solo un compromiso con él, sino también conmigo mismo.

Hubo unos momentos de silencio al otro lado de la línea. Luego Eric cambió de tema completamente.

—¿Alguna vez has pensado en mí mientras lo hacías con otro tío?

—¿¡Perdona!?

Me estaba costando creerme que sí, acababa de oír lo que acababa de oír.

—Como has dicho que no volverías a mentirme, tengo que aprovechar —bromeó.

—Elijo no responder a esa pregunta.

—Vamos, que sí que lo has pensado.

—Te odio profundamente.

—Qué poco has tardado en recaer en la mentira, ¿no?

—Voy a colgar —amenacé, aunque evidentemente no lo hice.

Nos quedamos otra vez en silencio unos instantes.

—¿Fra?

—Quiero verte —confesé, conteniendo la respiración.

—Vaya, esta es la primera verdad que has dicho desde que prometiste no volver a mentirme —respondió Eric, con una dulzura que me llegó al corazón—. Ya que estamos liados, según dicen las malas lenguas, me gustaría llevarte a alguna parte.

—¿Adónde? —pregunté, mordiéndome el interior de la mejilla.

—No lo sé. ¿Qué te parece si salimos un rato a disfrutar de la ciudad?

—¿Y si nos ve alguien del trabajo?

—Mmm —musitó él—. Bueno, en esta ciudad viven un millón de personas. Ya sería

mala pata que nos cruzásemos con alguna de las diez que están en el proyecto, ¿no?

—Claro, porque como solemos tener tan buena suerte... —ironicé—. ¿De verdad quieres arriesgarte?

—¿Con tal de tener una cita contigo? Por supuesto.

El corazón se me aceleró al oír aquello, que en realidad tampoco era para tanto. Me recordé que ya había hecho con Eric todo lo que una pareja suele hacer, de modo que no nos quedaba nada nuevo por descubrir. Pero aquello no parecía importarle a mis sentimientos.

—¿Quieres que te organice una sorpresa, como cuando tuvimos nuestra primera cita? —le pregunté.

—¿Así que quieres volver a intentar impresionarme? —bromeó Eric.

Oh, desde luego. Pero de una forma muy especial.

—Nos vemos en la estación central en veinte minutos. Sal por la entrada de Piazza Duca D'Aosta.

Pude sentir la sonrisa de Eric al otro lado de la línea.

—¿Quieres que lleve algo en concreto?

—No —respondí—. Déjamelo a mí.

Eric

Pese a que el diluvio que había caído sobre las cinco y media de la tarde había dejado tras de sí un aire cargado de humedad y frío, el cielo volvía a estar despejado. Aún no se veían las estrellas, pero la luna ya resplandecía en lo alto del firmamento.

La entrada este de la estación central de Milán era una obra de arte que se alzaba, orgullosa, en su rincón de la plaza. Estaba hecha de mármol blanco, que relucía bajo las luces de colores de las pantallas de anuncios que informaban acerca de los horarios de los trenes. Al pasar por el parque que había frente a la estación, tomé aire y me permití saborear el olor de los árboles y la tierra húmeda. Se me llenaron los pulmones del olor a petricor de la brisa nocturna, y me sentí refrescado. Cuando volví a abrir los ojos, me fijé en las guirnaldas luminosas que recorrían las fachadas de los edificios colindantes; tanto de los antiguos que llevaban allí siglos como de aquellos de nueva construcción.

Decidí esperar a Fra apoyado contra una farola, desde la que me entretuve un rato observando a la gente que pasaba. Había quien se encontraba con amigos y familiares a la salida de la estación, y quien echaba a correr para llegar antes de perder el tren. No faltaba quien paseaba tranquilamente mientras charlaba, por supuesto.

Tras un rato, al ver que Fra todavía no había llegado, traté de llamarle por teléfono. Como no respondió, tuve una corazonada que me llevó a entrar en la estación.

Lo que me encontré dentro disipó todo rastro de preocupación que pudiera haber sentido. Junto a las escaleras mecánicas se había reunido una pequeña multitud que en aquel momento se mecía al son del piano público que alguien estaba tocando al abrigo del árbol de Navidad. No necesité más que unas pocas notas de la dulce melodía de *Nuvole Bianche*, compuesta por Ludovico Einaudi para adivinar por qué no había encontrado a Fra en la plaza.

La música de Francesco parecía danzar en aquel ambiente tan festivo propio del último viernes antes de Navidad, dejando tras de sí una estela de felicidad y amor. Sentí que la música me envolvía como un abrazo, dejándome una calidez especial en el corazón con ello, y sentí un escalofrío. Francesco tocaba como si hubiera nacido para ello; como si su principal objetivo en la vida fuese transmitirle al mundo tanta paz y tranquilidad como fuera posible. Mientras tocaba, dejó de ser un desarrollador de software o un miembro de la junta directiva de la empresa de su padre. No era más que un chico de veintiséis años, vestido con una beisbolera y vaqueros oscuros, divirtiéndose mientras le regalaba su música al mundo.

Pedí paso a un grupito de chicas, en voz baja para que no se me oyera en los vídeos que estaban grabando con sus teléfonos del momento, y me recosté contra uno de los pasamanos de las escaleras mecánicas. Tal y como había supuesto, al alzar la mirada Fra me vio de inmediato, y me ofreció una sonrisa radiante que hizo que mereciera la pena cada segundo que había pasado esperándolo a la intemperie.

En lugar de interrumpir su recital, Fra continuó tocando aquella pieza. Todavía flotaban sus últimas notas en el aire cuando comenzaron los aplausos; su público se deshizo en halagos, vitoreándole y agradeciéndole aquel concierto improvisado mientras se acercaban a despedirse de él con unas palmadas en el hombro o un apretón de manos. Sin apartarme de las escaleras, observé con cariño aquel momento.

En cuanto tuvo la oportunidad, Fra se acercó a mí, pero no le di tiempo a decir nada antes de inclinarme y darle un beso en los labios, disfrutando de la suavidad de su boca mientras

saboreaba su cercanía. Hacía casi una semana que no lo besaba, lo cual era totalmente inaceptable.

Tuvimos que separarnos tras un rato para tomar aire, pero la mirada de Fra se quedó enredada en mis labios. Noté que se le habían sonrojado las mejillas.

—¿Así que esta era la sorpresa? —pregunté—. Porque me ha encantado.

Fra se rió con ganas. Sus ojos relucían bajo los colores de las luces de Navidad enroscadas en torno al árbol.

—Siento haberte hecho esperar, Eric. Cuando me senté a tocar, iba a ser solo un momento, pero he perdido la noción del tiempo sin querer.

—Nada, nada, no te preocupes. ¿Qué es lo que tenías pensado para hoy?

—Quiero enseñarte Milán a la luz de la luna..., empezando por aquí. —Hizo un gesto para abarcar el árbol de Navidad—. ¿Ves todos estos post-it y cartas que cuelgan de las ramas? Son los deseos de las personas que pasan por aquí. En caso de que quieras pedir uno, tienes que colgarlo del árbol para que se pueda hacer realidad.

Tomándome de la mano, Fra tiró de mí con suavidad para que nos acercásemos más al árbol de los deseos. Tiró de una de las ramas más bajas para voltear un papelito con los dedos y leer lo que contenía.

—‘Este año quiero encontrar trabajo’ —leyó—. A ver este... ‘Quiero que mi papá se ponga bien’. Ah, y no podía faltar el clásico ‘Paz en el mundo’.

—Pues mira tú por dónde, creo que sí que voy a escribir uno yo también —decidí, apretándole la mano.

—Ya me lo imaginaba. —Con una sonrisa, Fra se sacó un pequeño taco de post-it de colores y un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta.

Aquello me dejó boquiabierto.

—Anda. Pues sí que has pensado en todo, ¿eh?

—Uy, y esto no es más que el aperitivo. ¡Venga! —me animó, sonriente.

Apoyado en el piano, escribí mi deseo de Navidad en un post-it. Fra intentó cotillear lo que había pedido, pero escondí el mensaje entre las palmas de mis manos para que no pudiese leerlo.

—Tiene que ser secreto —le recordé—. Si no, no se cumple.

Al oír eso, Fra hizo un puchero que casi me provoca un desmayo.

—¡Pero qué dices de secreto, si lo estás dejando en una estación de transporte público! Venga, Eric...

—Que no. ¡Es un secreto entre la gente que lo lea y yo!

—Hasta donde yo sé, soy gente y sé leer, así que... —insistió él.

—Lo eres, así que cuando quieras puedes volver a la estación y echarle un vistazo. Pero esta noche está prohibido.

—¿Por qué? —protestó Fra.

No pude resistirme a darle otro beso. Fue un suave pico en los labios, rápido y discreto, que hizo que se me acelerase el corazón.

—Porque no debes contar un sueño si quieres que se haga realidad —susurré.

A juzgar por su silencio, había logrado convencer a Fra. Enganché mi papelito a una rama del árbol con cuidado, y luego salimos de la estación.

—Genial, ¿ahora adónde vamos? —pregunté. Estaba impaciente por descubrir qué me había preparado para nuestra cita.

—La siguiente parada está un poco lejos —respondió, mirando su teléfono.

—¿Esperamos al tranvía, entonces? —pregunté. Fra se limitó a negar con la cabeza—. ¿O vamos a ir en metro?

—Qué va —respondió, justo cuando su teléfono anunció con un pitido una nueva notificación—. Sígueme.

Fra y yo cruzamos la calle para dirigirnos al parque que había frente a la estación. Apoyadas en la verja nos esperaban dos bicis de alquiler, cuyo logotipo reconocí. Eran de una empresa local.

—Espero que estés en forma —comentó Fra, desbloqueando el candado de las bicicletas con el código de la aplicación—, porque vamos a pedalear bastante.

No pude evitar echarme a reír.

—No sé por qué, pero me cuesta imaginarte montando en bici por Milán.

Aquello hizo que Fra arquease una ceja.

—Siento decepcionarte, pero en realidad me muevo mucho en bicicleta. Milán está construida en llano, así que no exige mucho esfuerzo, y es la mejor forma de evitar tanto los atascos como a la gente.

—Me encanta —respondí, subiéndome a la bicicleta—. Vale, ¿adónde vamos? ¿A la plaza del *Duomo*?

—No —contestó Fra, con una sonrisa perversa—. Ya lo verás.

Fue él quien echó a pedalear primero. Dejamos atrás la estación de mármol para subir por la calle principal, iluminada por farolas y luces de Navidad, y pusimos rumbo al florido distrito de Porta Nuova. Allí cruzamos las vías del tranvía de Milán, y el fresco olor a lluvia y a hierba mojada nos acompañó en nuestro trayecto hasta Porta Venezia.

Había sospechado que la siguiente parada iba a ser el distrito comercial milanés, que era el más famoso del mundo, pero Francesco volvió, una vez más, a sorprenderme. Me llevó a un vecindario mucho más discreto que la galería Vittorio Emanuele II, que era un derroche de zonas de hierba bien cuidada y elegantes edificios de estilo Liberty. Me llamó la atención lo tranquila que era la zona, así como el hecho de que muchos de los edificios parecían ser viviendas. Pese a la penumbra, observé que las entradas a aquellas majestuosas casas contaban con refinados patios, jardines diseñados con gusto exquisito, escaleras de caracol majestuosas que conducían a las entradas principales e incluso atrios que techaban varios de los recibidores. Había una magia única en el aire, y me quedé tan embelesado observando aquel lugar de cuento que apenas me di cuenta de que Fra se bajaba de la bicicleta.

Después de que me hiciese un gesto discreto, lo imité. Mientras estiraba un poco las piernas para evitar calambres, Fra se acercó a una escultura de mármol que parecía brotar del murete que nos separaba de uno de los elegantes edificios.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—En el distrito del silencio —respondió Fra, con voz tranquila—. Se trata de un barrio muy conocido por su arquitectura, pero también porque es sorprendentemente tranquilo para estar en el corazón de Milán.

—¿Por eso hay una oreja enorme pegada a la pared? —aventuré, con la mirada fija en la escultura de mármol verdoso que representaba, sin lugar a dudas y con todo lujo de detalles, una oreja humana.

—Se llama la *oreggia* —me explicó Fra—. Es un portero automático, y hace años funcionaba perfectamente. Cuenta la leyenda que, si le susurras un deseo a la *oreggia*, se hará realidad. Es una pena que ya hayas pedido tu deseo del día, ¿eh?

—¿Quién ha dicho que solo pueda pedir uno?

—La avaricia rompe el saco —sonrió él, burlón—. Ahora, sígueme, que tenemos que llegar a la siguiente parada del tour.

—Ay —gemí, sentándome de nuevo en el sillín—. ¿Me vas a tener montando en bici hasta que salga el sol?

—Puede que sí, puede que no, y lo más seguro es que quién sabe.

—Bueno, bueno, alguien se ha levantado misterioso, ¿eh?

Francesco

El tour en bicicleta que le había organizado a Eric terminó resultando bastante más cansado de lo que me había esperado. Tras visitar el distrito silencioso regresamos al centro de la ciudad, y atravesamos la plaza del Duomo para hacer una parada en la *piazza* Mercanti.

Aquella plazoleta medieval había logrado conservar su belleza antigua. Gracias a que no estaba ni de lejos tan abarrotada como las otras plazas que había cerca, mucho más famosas, siempre que pasaba por la *piazza* Mercanti me sentía como si hubiera viajado atrás en el tiempo. Rodeado de aquellos edificios de ladrillo rojo y piedra, así como de estatuas espectaculares que adornaban los palacetes colindantes, era como estar en otro tiempo.

Eric y yo nos compramos unas hamburguesas para cenar sentados junto a la Piedra de los Fracasos, que era el lugar donde, hacía siglos, los estafadores y los mercaderes en bancarrota debían sentarse desnudos para que los viandantes se rieran de ellos antes de ser sometidos a juicio. A Eric le entró tal ataque de risa con aquella anécdota que me alegré de habérsela contado, aunque cuando era pequeño siempre me había puesto más bien triste pensarlo.

Una vez terminamos de comer, continuamos con el recorrido dirigiéndonos al norte para ir a ver las luces de Navidad proyectadas sobre el castillo Sforza. Docenas de colores revoloteaban como luciérnagas sobre las murallas del siglo catorce, danzando al ritmo de villancicos típicos de la región con el murmullo del agua que brotaba de las fuentes como acompañamiento.

Pese a que vivía en Milán, rara vez visitaba los enclaves turísticos o les prestaba mucha atención. Sin embargo, en aquel momento estaba enamorado de ellos. Adoraba el frío aire de aquella noche de diciembre; me encantaba sentir en el rostro la brisa que parecía desgranar la melodía de los villancicos nota por nota; me maravillaban las agujetas que notaba ya en las piernas mientras el corazón me latía con fuerza. Pero, por encima de todas las cosas, me hacía increíblemente feliz estar disfrutando de aquello con Eric.

En aquel momento, las palabras crueles de mi madre y las expectativas inalcanzables de mi padre no eran más que un mal recuerdo. Por primera vez en mi vida, me sentía yo mismo... Me sentía real.

Distraído, tomé a Eric de la mano mientras observaba el castillo. Como si pudiera leer mis pensamientos y adivinar qué necesitaba, Eric me envolvió con los brazos para besarme el cuello. Tuve que contener un gemido.

—Gracias —me susurró—. Por compartir esto conmigo.

Apoyé la cabeza sobre su hombro, cerré los ojos y tomé aire. La piel de Eric olía tal y como recordaba, a sándalo con notas cítricas. Sus manos eran algo ásperas, como lo habían sido en su momento también, y él continuaba siendo muy cálido. No solo en términos físicos; Eric tenía un corazón amable y generoso, que me hacía querer dárselo todo sin pedir nada a cambio.

—Aún no hemos terminado —susurré, a modo de respuesta—. ¿Te apetece un último paseo en bici?

La sonrisa de Eric se ensanchó todavía más antes de que me diera un beso tierno. Daba igual cuántas veces saborease sus labios, porque seguía siendo una experiencia del todo abrumadora. Tenía el corazón a punto de estallar por la felicidad.

Eric me siguió hasta nuestras bicicletas, confiando en mí ciegamente una vez más. Su fe ciega me hacía sentir valorado y querido de una forma adictiva.

Cuando volvimos a pasar por delante de la Porta Garibaldi, tuve la sensación de que Eric

se esperaba que subiésemos a mi apartamento. Quizás fue por eso que, cuando me detuve y dejé la bicicleta en la acera frente a un rascacielos de setenta plantas, me miró como si me hubiera vuelto completamente loco.

Asentí mientras señalaba el edificio.

—Sí, vamos a entrar ahí.

Con una expresión confundida que me hizo muchísima gracia, Eric miró a su alrededor antes de entrar conmigo en el edificio.

El recepcionista nos dio la bienvenida antes de preguntar cómo nos llamábamos. En cuanto le confirmé mi nombre, me dio un juego de llaves y nos llevó hasta el ascensor al final del hall. Una vez estuvimos dentro, con las puertas cerradas, Eric se giró para mirarme.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Te voy a llevar al piso de una amiga. Vive en Los Ángeles, y casi nunca tiene tiempo de volver a Italia, así que tengo su permiso para pasarme por aquí cuando quiera.

Aquello hizo que Eric entrecerrase los ojos.

—Claro, imagino que traes a todas tus citas aquí.

—Solo a las que de verdad quiero impresionar —respondí con una sonrisa. Él hizo un mohín que me produjo un ataque de risa—. En realidad, eres el primero al que traigo aquí. Por lo general vengo cuando tengo días libres. Finjo que estoy fuera de la ciudad, porque así evito que me saturen el teléfono a llamadas, y me quedo aquí solo leyendo o poniéndome al día con Netflix.

—¿Y Kimchi? —me preguntó Eric.

—Se queda con Betta o Rob, y si ninguno de los dos puede lo llevo a un hotel para mascotas. Ojalá pudiera traérmelo aquí, pero no me quiero arriesgar a tener que pagar cientos de miles de euros porque el gato ha roto una reliquia familiar antiquísima.

Cuando llegamos a nuestra planta, Eric se quedó fascinado con el largo pasillo de mármol mientras yo abría la puerta del apartamento. La entrada daba a un vestidor en el que dejamos los abrigos, nos quitamos los zapatos y nos pusimos zapatillas de andar por casa. Enseguida encendí las luces, que iluminaron un salón tan grande como todo mi piso o incluso un poco más. Tal y como había pedido, la chimenea estaba preparada, así que solo tuvimos que prender los leños. Saqué de la nevera una botella de vino, y le dije a Eric que se pusiera cómodo mientras me duchaba. Cuando dijo que prefería ducharse conmigo, porque como se sentase y se bebiera un vaso de vino tras nuestro tour en bici ni de coña iba a aguantar despierto más de cinco minutos, no pude decirle que no.

Como es evidente, no era obligatorio que tuviéramos sexo. Sí, había tenido la esperanza de que ocurriese algo entre nosotros y me moría de ganas, pero si Eric no estaba de humor no pasaba nada. Pero me llevé una agradable sorpresa al descubrir que Eric me deseaba tanto como yo a él, o incluso más. En cuanto nos metimos en la ducha pareció decidido a hacer que me dejase ir por completo. Me besó con dulzura pero, poco a poco, sus labios se volvieron más insistentes. Sentí que estaba a punto de estallar con cada caricia de Eric, con cada gemido y cada roce que anticipaban lo que iba a ocurrir a continuación. Sentí que me volvía loco cuando su cuerpo cubrió el mío, destrozando las inseguridades que me habían limitado hasta aquel momento, y no tardé mucho en abandonarme a sus manos ciegamente hasta el punto de suplicarle que me diera lo que necesitaba y me hiciese ver las estrellas.

De haber tenido oídos, aquella ducha se hubiera muerto de vergüenza ajena con la retahíla de obscenidades que dije durante esos cuarenta minutos.

Con Eric me sentía libre de decir y hacer lo que quisiera, porque a cambio estaba listo

para oír y recibir lo que él quisiera darme. Ponerme en sus manos me resultaba a la vez nuevo y perfectamente conocido, increíble y cómodo, poderoso e íntimo.

Tras un orgasmo increíble, Eric y yo nos envolvimos en batas de estar por casa y nos sentamos en el sofá, frente a la chimenea, para tomarnos una copa de vino. Tras solo unos minutos, Eric se quedó dormido con el rostro enterrado en mi pecho, y yo enterré los dedos en su grueso pelo negro mientras lo abrazaba con fuerza. La calidez del fuego, el dulce aroma de su champú y el peso protector del cuerpo de Eric contra el mío me ayudaron a, por fin, desconectar mi mente exhausta y dormirme sin soñar.

Fue la repentina ausencia de su cuerpo lo que me despertó unas horas después. Lo único que se oía en la habitación era el fuego que crepitaba quedamente tras el protector, consumiendo poco a poco lo que quedaba de los troncos. Me envolví en la manta con la que me debía de haber tapado Eric mientras dormía, y me levanté para buscarlo.

No tardé mucho en darme cuenta de que las luces de la terraza estaban encendidas y, cuando salí fuera tiritando de frío, me encontré con que Eric estaba relajándose en el *jacuzzi*. Gracias a una celosía cubierta de plantas trepadoras y enredaderas, estaba a salvo de vecinos cotillas.

—Buenos días —saludó Eric al verme. Fruncí el ceño.

—Son las tres de la mañana.

—Detalles sin importancia —sonrió él—. Por cierto, me gusta el *look* de fajita.

Al ver que no respondía, me hizo un gesto con la mano para que me acercase. Yo hice lo que me pedía, por supuesto, y cuando Eric abrió los brazos me incliné para darle un largo beso.

—Qué gruñón te pones cuando te acabas de levantar —susurró—. Entra, anda.

Dejando caer al suelo mi preciada manta y la bata, me dio la sensación de que me iba a congelar en ese preciso instante. Por suerte, el agua tenía la temperatura ideal. Me recliné en el *jacuzzi*, observando cómo se disipaba el vapor, y noté que mi mal humor se iba desvaneciendo del mismo modo.

—Oye, ¿qué clase de deuda tiene esta amiga contigo para dejarte venir a su piso cuando te dé la gana? —me preguntó Eric—. ¿Es que encubriste un asesinato por ella?

Aquello me hizo reír, y le salpiqué de agua.

—Trabajar en Milán consiste, sobre todo, en tener buenos contactos. Cuando era pequeño, mis padres me arrastraban a un sinfín de eventos, charlas y galas, y lo mismo le ocurría a esta amiga. Se llama Mónica, por cierto, y creo que nuestras madres querían ver cómo nos dábamos el ‘sí, quiero’ cuando fuésemos mayores.

—Ups.

—Además, Mónica y su madre son las arquitectas que han diseñado este edificio. No es que fuéramos muy amigos, pero como durante la inauguración le presenté a la que hoy día es su esposa...

—Ah, que además fue un doble ups.

Puse los ojos en blanco.

—La cuestión. Esta es su manera de agradecerse.

—Es una historia muy bonita —comentó Eric—, pero me sigue gustando más la teoría del asesinato.

—Si es que no se puede discutir contigo —dije, y aunque quería sonar molesto me salió un tono de voz suave y cariñoso.

¿Qué demonios me pasaba en la cabeza? Por mi mente no dejaban de desfilar recuerdos de los meses que pasé con Eric hacía cinco años, sin que pareciera importar lo agridulces que se

habían tornado con el paso del tiempo. Durante mucho tiempo me esforcé por ignorarlos, pero ahora me alegraba de corazón seguir recordándolo todo. Quería revivir en mi cabeza cada momento que había pasado a su lado, y conectar aquello con lo que estábamos construyendo juntos en el presente.

¿Sería Eric capaz de ver lo abrumadores que eran mis sentimientos por él? Debido a que temía delatarme a mí mismo, me aclaré la garganta mientras hacía un gesto en dirección a la celosía.

—¿Te has fijado en las vistas que hay desde el ventanal del salón? —pregunté—. A la izquierda están los nuevos rascacielos de la zona de Porta Garibaldi, como el bosque vertical Bosco Verticale. Por otro lado, cuando el cielo está despejado, si miras en esa dirección se ve el Duomo.

Me di la vuelta, encontrándome con el rostro de Eric a pocos centímetros del mío. Me estaba mirando de una forma tan intensa como el otro día en la oficina, justo antes de que lo besase, y se me encogió el estómago.

—Milán es una ciudad única. Es como si París y Tokio tuvieran una hija. —Eric me apartó un mechón de pelo de la frente, y con los dedos trazó un recorrido desde mi sien hasta mi mejilla—. Y tú eres como Milán. Te pasas la mayor parte del tiempo yendo con prisa, eres caótico y nunca dejas de cambiar, pero tampoco dejas de ser interesante ni cariñoso. —Me pasó el brazo alrededor de la cintura, reduciéndome a un charquito de emociones—. Tienes muchas cosas que me dejan sin aliento, y no tengo ni idea de cómo consigues cambiar tanto, día tras día, mientras continuas siéndote fiel a ti mismo.

—Eric...

Sus ojos tenían un matiz oscuro, y frunció el ceño antes de seguir hablando.

—Cuando me marché de Francia con dieciocho años, mi padre me dijo que no me molestase en volver jamás, porque estaba muerto para él. Me advirtió que nunca tendría un lugar en el mundo al que llamar hogar.

Sabía desde hacía tiempo que la relación de Eric con su padre no tenía arreglo, pero nunca me había hablado demasiado de él. ¿Qué clase de hombre le diría algo así a su hijo, y encima poco tiempo después del funeral de su madre? Incapaz de encontrar las palabras adecuadas, acaricié el rostro de Eric, que se derritió y me dio un beso en la palma de la mano.

—Pensaba que mi padre tenía razón —susurró—, hasta que te conocí. Desde ese día, has sido el único lugar al que quiero volver. Eres mi hogar, Fra.

El nudo que sentía en la garganta se me extendió al pecho con unos pocos latidos. ¿Por qué me dolía tanto oírle decir aquello? ¿Cómo podía mi amor por Eric ser tan puro e inmenso, pero a la vez tan abrumador?

—Quédate conmigo, entonces —susurré, sin poder contener las lágrimas.

A Eric también le temblaron los párpados, pero apretó los labios.

—Tengo que volver a Londres en seis días.

Aquello fue suficiente para que mi mundo se viniera abajo.

—¿Por qué? —pregunté, luchando por calmar mi respiración—. El proyecto...

—El proyecto ya está en una fase en la que Emilio os podrá dar cualquier apoyo que necesitéis para terminarlo.

—Pero el equipo te necesita —musité—. Yo te necesito.

—Creo que más bien es al contrario —susurró Eric, mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla—. Quería ser tu lugar seguro más que nada en el mundo..., pero una vez más has sido tú el que se ha convertido en el mío.

—¿Y qué tiene eso de malo? —insistí, sacudiendo la cabeza.

—Que no puedo prometerte que no vaya a arruinarlo todo otra vez —admitió Eric—. Lo siento, Fra. Te bajaría la luna si pudiera..., pero ni siquiera soy capaz de darte mi palabra, y tú no te mereces algo así.

Eric

Es frecuente oír eso de que los polos opuestos se atraen, pero de ser así, Fra y yo éramos la excepción que confirmaba la regla. Desde el principio fueron las cosas que teníamos en común lo que nos unió, porque a pesar de todas nuestras diferencias teníamos corazones muy similares. Cuando nos enamoramos no éramos más que unos críos, y no fuimos conscientes de lo heridos, rotos y solos que habíamos estado los dos antes de encontrarnos.

Al abandonar París, lo hice decidido a vivir una vida plena e intensa que honrase todo aquello que mi madre ya no podría hacer. No pensaba que fuese a poder compartir mi vida con nadie hasta la noche en que mis ojos encontraron los de Francesco. Tenía una mirada cálida, una sonrisa acogedora y una presencia tranquilizadora. A lo largo de los escasos meses que pasamos juntos, Fra me sanó despacio con cada palabra, cada beso y cada roce de su piel contra la mía. Me quiso sin dudarlo y sin temerlo, y quiso estar conmigo pese a todos mis problemas y dificultades. Deseó estar a mi lado desde el principio.

Gracias a la crianza de sus padres, que brilló por su ausencia, Fra creció hambriento de afecto. Cuando lo conocí, recibir amor era lo que más deseaba en el mundo. Quería sentirse en paz, y quería encontrar una familia..., porque nunca había tenido algo así. No tardé en darme cuenta de que pensaba que podría encontrar todo eso conmigo. Pero se equivocaba.

Aquel Francesco de veintiún años, que se esforzaba por encontrar la diferencia entre la preocupación genuina y la luz de gas pero a menudo era incapaz de verla, se convenció de que no tenía ninguna opción que no fuese yo. Con toda seguridad, tuvo que ver con sus inseguridades. Me preguntaba con frecuencia qué era lo que veía en mí que me hacía tan especial a sus ojos, porque no me merecía la veneración ciega con la que él me adoraba.

Cuando le pedí a Fra que viniese conmigo a Londres fui egoísta, porque me había vuelto adicto a su cariño. Le quería infinito, pero a diferencia de su amor desinteresado el mío era egoísta. Me faltaba la madurez necesaria para comprender lo valiosa y frágil que era la gema que tenía delante de mí. Por eso, cuando Fra accedió a mudarse a Londres, me entregó un poder sobre él que yo tomé sin ser consciente del impacto que podía llegar a tener aquello.

En aquel momento, sabía que estaba pagando un alquiler en Milán. Sabía que estaba en segundo año de su grado. Sabía que le resultaba difícil estar con gente. Sabía que estaba acostumbrado a un tren de vida lujoso y cómodo que no tenía nada que ver con la vida que yo llevaba. Pese a que sabía todo aquello, me aproveché del amor que sentía por mí cuando le pedí que se fuera a Londres conmigo por el simple placer de tenerlo allí conmigo. Fra me permitió tomar el control de su vida, y se entregó por completo a mí. Me dejó pedirle prestado dinero, alternó dos trabajos, abandonó sus estudios..., para que yo pudiera vivir mi sueño.

La situación me resultaba demasiado familiar.

Conocía a otra persona que había hecho exactamente lo mismo hacía varios años; a una mujer joven que abandonó su país de origen para seguir los pasos de su marido, que quería convertirse en fotógrafo en las calles de París. De pequeño, crecí conviviendo con una relación en la que no había equilibrio ni simetría. Mi padre hacía que todo girase en torno a él, y mi madre se lo permitía porque le quería hasta el infinito. Pero poco a poco eso comenzó a debilitar su salud, y día tras día perdía un poquito más de ganas de seguir luchando. ¿Y si aquel terminaba siendo, también, el destino de Fra?

Durante meses, evité hacerme aquella pregunta, porque estaba cegado por mis propios

deseos y necesidades. Pero entonces llegó el día en que el hospital me llamó porque Fra se había desmayado en el trabajo. Fue entonces que me di cuenta al fin de lo que estaba haciendo; de que Fra me quería a su lado, pero yo no me merecía tenerlo en mi vida. De hecho, probablemente fuese la última persona de la Tierra que se merecía estar con él.

Solo en la penumbra de nuestro piso, aquella noche comencé a entender por qué el padre de Fra rechazaba nuestra relación. Desde una perspectiva externa, era fácil pensar que le estaba utilizando.

Mi primera reacción ante aquel pensamiento fue la negación. Quería a Fra con todo mi corazón, y jamás lo hubiera utilizado. Dicha negación dio paso a la ira; hacia mi padre y hacia la familia de Fra, porque al final seguíamos siendo críos que estaban solos por culpa de sus fracasos como padres. Al final, fue una mezcla de todas estas sensaciones tan desagradables lo que me llevó a llamar por teléfono a la empresa de su padre. Mi llamada fue transferida de la recepción de uno de los hoteles a Dora, la secretaria del padre de Fra. Le expliqué que necesitaba hablar con el padre de Fra porque se había puesto muy enfermo, y ella me dio el número personal de Giacomo.

Cuando hablé con él, me di cuenta de inmediato de que tenía una voz parecida a la de su hijo, pero algo más ronca debido a que llevaba años fumando. Si bien me había hecho a la idea de que me trataría como si fuese basura, e incluso había fantaseado con que lo hiciera porque así tendría una excusa para culparlo de lo que había sufrido Fra durante su vida..., no lo hizo. Me escuchó mientras le explicaba qué le había ocurrido a su hijo, me preguntó qué habían dicho los médicos y concluyó que, en caso de que hubiera que pagar más para que le hiciesen chequeos adicionales, se ocuparía él mismo. Y aquello fue tan diferente de lo que había imaginado, tan distinto de mi experiencia con mi propio padre, que rompí a llorar pese a que todavía no habíamos colgado.

Le dije que lo sentía muchísimo, porque era todo culpa mía, y que desearía poder hacer que las cosas se arreglasen. Y en aquel momento podría haberme exigido que rompiese con Fra, pero en su lugar volvió a sorprenderme.

Estuvo contándome algunas anécdotas de cuando Fra era pequeño, como la carta que le escribió un año por el Día del Padre. Me habló del perro que tuvieron durante la infancia de Fra, y del sistema solar que hicieron los dos juntos para la clase de Ciencias en el que cualquier parecido con las proporciones reales era pura coincidencia. Terminé por no saber qué pensar, porque había estado muy seguro de que no habían tenido ninguna relación más allá de lo superficial.

—Francesco es un chico muy sensible —señaló Giacomo—, y necesita sentirse validado continuamente. Haría lo que fuese para sentirse valorado, pero eso tiene un recorrido muy corto. Lo que de verdad le conviene es la estabilidad. Necesita metas realistas, y necesita sentirse empoderado y apoyado para alcanzarlas. Yo le he fallado en eso múltiples veces, por motivos que ahora mismo no creo que sea pertinente compartir contigo. Adonde quiero llegar con todo esto es a que mi hijo ha elegido estar contigo, y yo acepto y respeto que seas el hombre al que quiere. Pero ¿puedes ser también la persona que él necesita?

Cerré los ojos y me permití llorar.

—¿Qué piensas tú al respecto? —le pregunté. Al ver que Giacomo permanecía en silencio me asaltó un pensamiento intrusivo—. Sabes lo de mi familia, ¿no?

—Sí —confirmó Giacomo.

—¿Cómo lo has...? ¿Has pedido a alguien que me investigue, o algo así?

—Lo siento.

—Entonces ya conoces la respuesta —sollocé, siendo muy consciente de repente de que mi relación con Fra estaba a punto de morir. No solo eso; era yo quien iba a herirla de muerte. Tanto lo quería que se lo debía.

—Eso depende de ti —respondió Giacomo—. Francesco parece ser feliz a tu lado, pese a todo. Nunca antes lo había visto tan alegre.

Me imaginé que estaría mirando fotografías nuestras, y aunque la mera idea de que pudiese haber contratado a alguien para espiarnos me resultaba perturbadora, no pude enfadarme con él.

—*Parece feliz* —murmuré, derrotado—. Ese es el problema, ¿no?

Francesco

Echando la vista atrás al día que Eric rompió conmigo, hacía ya cinco largos años, lo que más me dolió fue que decidiera que lo nuestro no iba a funcionar sin preguntarme.

Saltaba a la vista que no había sido una decisión fácil. Cuando me dijo que teníamos que hablar, tenía los ojos algo hinchados tras no haber podido dormir en toda la noche. Verlo así me produjo un pico de ansiedad. En el fondo, oculta bajo cientos de amistades superficiales en parte enraizadas en su aparente autoestima robusta y su gran intuición, Eric estaba terriblemente solo. Por ese motivo, compartir piso con él alimentó día tras día la idea de que yo podría contribuir a paliar esa soledad. Me necesitaba, y yo quería estar ahí para que se apoyara en mí. Claro que era difícil; echaba de menos a Rob y a Betta, y añoraba la universidad. Pero salir de mi zona de confort por él fue un cambio que estaba más que dispuesto a hacer.

Me sentí enormemente culpable cuando me fallaron las fuerzas. Había querido ser el punto de apoyo de Eric, no un lastre. Por eso, cuando lo miré a la cara aquella fatídica mañana, me sentí como un fracaso absoluto.

Eric me pidió que me sentara en el sofá, y tomó asiento a mi lado. Me sostuvo la mano, apretándola con fuerza, y fue incapaz de mirarme a los ojos.

—Tenemos que dejarlo.

No supe cómo reaccionar. Lo único que podía pensar en bucle era, *no, no, no*. Me pregunté qué había hecho mal. ¿Acaso Eric se había dado cuenta al fin del desastre que era? ¿Se había cansado de mí y de mi tristeza crónica? ¿Cómo podía haber arruinado mi única oportunidad de estar con alguien que había tenido el valor de enamorarse de mí?

Pero si era por eso, si era porque se había cansado de mí, ¿por qué lloraba? No lograba entenderlo. Estiré el brazo para aferrarme a su camiseta.

—¿Por qué? —logré preguntarle, pese a que sentía que me ahogaba—. No tienes por qué hacer esto.

—Es lo correcto. —Eric me apartó despacio. Le temblaba el labio, y yo sabía que no podía hacer nada para arreglarlo. Tan cerca de mí, pero tan lejos.

—Seguro que es por mi culpa —afirmé, confuso—. Dime qué es lo que he hecho mal. Haré lo que sea para arreglar las cosas, yo...

—No, Fra. Esto no es por algo que podamos arreglar. Somos demasiado distintos, y llevamos ritmos muy diferentes. No puedes quedarte aquí conmigo.

—¿¡Qué se supone que significa eso!?

—Dime, ¿qué piensas hacer aquí, Fra? —inquirió Eric, yendo a dar donde más me dolía. Me dieron ganas de enterrar el rostro en las manos, llorar hasta quedarme seco y dejar de pensar un rato—. Has dejado la universidad, pero ¿ahora qué?

—Quiero estar contigo —gemí.

—¿Qué hay de tus sueños? ¿Qué pasa con tu futuro?

—¿Acaso no puedes ser tú mi futuro? —insistí, desesperado—. No echo de menos la universidad, y aunque lo hiciera, puedo vivir sin ella.

—¡Pero es que no puedes vivir para mí, Fra!

—¿Por qué no? —sollocé, temblando por los hipidos—. ¿Y si no tengo sueños? ¿Y si mi único deseo en el mundo es estar contigo? ¿Es que eso no te vale?

—¡Claro que no vale! —gritó Eric—. Una vida vivida a la sombra de otra persona no es

vida. No pienso hacerte eso.

La forma en que Eric lo hizo sonar como si me estuviera haciendo un favor al romperme el corazón fue tan humillante que supe que ya no podía caer más bajo.

—Así que se acabó —susurré—. Ya no me quieres en tu vida.

Eric se secó los ojos con el dorso de la mano.

—Así, no.

Aquel día hice las maletas en silencio y dejé para siempre nuestra habitación.

No recuerdo haber llamado a Rob, pero es evidente que lo hice, porque cuando aterricé en Milán me estaba esperando en la zona de llegadas.

El rechazo y yo ya éramos amigos íntimos. No recordaba un momento de mi vida en el que no hubiese sido terriblemente consciente de que no era suficiente para mis padres, para mis compañeros o para mis profesores. Pero el dolor de que en esta ocasión viniese de Eric, a quien quería con todo mi corazón, era insoportable. Durante días pensé que aquel nivel de sufrimiento me iba a matar. Me pregunté si Eric se entristecería, o se sentiría culpable, si me moría de un ataque al corazón. Pero, contra todo pronóstico, al final salí adelante. Lloré como un recién nacido, engullí cantidades industriales de helado, empecé poco a poco a salir de casa para cenar con Rob o ver telenovelas basura con Kim. La herida sanó poco a poco, hasta convertirse en una profunda cicatriz que atravesaba de lado a lado mi corazón.

Cuando Betta llamó a mi puerta deshecha en lágrimas una noche, y me confesó que estaba embarazada, decidí que tenía que pasar página. Mi amiga me necesitaba, así que durante meses me centré en ella y en su bebé.

El pediatra de Dana fue el primer hombre con el que salí después de Eric. Todo empezó con un chiste en la sala de espera de su clínica. Mencioné que Dana no era hija mía, pese a lo que todo el mundo asumía al vernos a Betta y a mí con la niña.

Leonardo era un buen hombre. Tenía quince años más que yo, así que tenía treinta y pico por aquel entonces, y era justo lo que yo necesitaba tras una ruptura tan desastrosa. Fue muy paciente conmigo, y no me presionó para intimar en el dormitorio de inmediato. En vez de eso, me animó a volver a la universidad y retomar mi vida donde la había dejado. Me dio la estabilidad que tanto necesitaba, y aunque lo nuestro no funcionó, quedamos como amigos.

Fui yo quien rompió con él. Desde el principio supe que Leonardo buscaba algo serio, pero yo no estaba preparado para oírle decir que se estaba enamorando de mí. Y, desde luego, no me esperaba romper a llorar pensando en Eric cuando lo hizo.

Después de él tuve un par de relaciones tóxicas, de las que por suerte salí antes de que las cosas se pusieran demasiado feas. A medida que recuperaba la confianza en mí mismo, y empezaba a lograr una meta tras otra en la universidad, comencé a distanciarme de la idea de tener una relación sentimental. Con disfrutar del sexo me bastaba, y de todos modos la ansiedad no me permitía ir más allá. Terminé por alcanzar un punto de equilibrio en el que estaba a gusto con mi rutina, y salirme de ella me agobiaba.

Así que, en general, hubiese dicho que estaba bien.

Durante cinco años estuve bien. Pero luego Eric volvió a mi vida, y lo puso todo patas arriba otra vez.

Cuando empezamos a vernos de nuevo, darme cuenta de que seguía enamorado de él me hizo dudar de mi propio progreso. Fue como volver en el tiempo a hacía cinco años, cuando me estaba asfixiando por el dolor de mi corazón roto y no era capaz de seguir adelante yo solo. Pero interactuar con él en el trabajo, o quedar para tomar un café, me hizo darme cuenta poco a poco de que ahora era capaz de ver a Eric de otra forma.

Me di cuenta de que Eric era amable, pero estaba muy solo.

Era un ermitaño, hasta cierto punto, y yo le quería muchísimo.

No era más que un hombre que intentaba esconderse de sus miedos, que se equivocaba y que tomaba decisiones cuanto menos cuestionables.

No puedes pasarte la vida valorándote en función de lo que tú crees que Eric pensaría de ti.

Rob tenía razón. Durante mucho tiempo, Eric había sido mi vara de medir para todos los demás hombres con los que me planteaba empezar algo, pero ahora me daba cuenta de que él tampoco tenía todas las respuestas. Cinco años después de la ruptura, yo seguía teniendo los mismos problemas de ansiedad, sensación de vacío, miedo al rechazo y complejo de inferioridad ante mis amigos y mi familia. Pero estaba bien, por mucho que mi idea de “estar bien” fuese muy diferente a los estándares de otras personas.

Aquello era lo que yo tenía para ofrecerle a Eric. Estábamos algo rotos y algo magullados, arrastrábamos problemas y todavía nos estábamos lamiendo las heridas. Pero no teníamos por qué hacerlo solos.

Sin embargo, Eric no parecía pensar lo mismo, después de todo.

No le había pedido que me prometiese no volver a abandonarme porque quisiera poner a prueba sus sentimientos. No quería que me bajase la luna, ni nada por el estilo. Solo necesitaba que aceptase mis sentimientos y entendiera que iba en serio respecto a lo nuestro. Pero tras tanto tiempo, después de intentar todo lo que se me había ocurrido y demostrar todo lo que pude demostrar, seguía sin ser suficiente para él.

A sus ojos, no merecía la pena darme una oportunidad.

Eric

Fra había cambiado.

Sin darme yo cuenta, se había convertido en un hombre de fiar, adorable y terco del que no podía sentirme más orgulloso.

Comprendía perfectamente que necesitase oírme prometerle que las cosas no iban a acabar igual si nos dábamos otra oportunidad.

—No te entiendo. ¿A qué coño esperas? —Kim fue tan directo como siempre—. Te vuelves mañana a Londres, Eric. ¿En serio vas a dejar las cosas así?

—Joder, Kim, para mí tampoco es fácil —repliqué, cogiendo otro trozo de pizza. A cinco minutos de la escuela de Kim había una pizzería napolitana de las tradicionales, con una decoración rústica y familiar como las de los hogares del sur de Italia.

Habíamos decidido comer juntos allí, sentados a una de las mesas de madera. Las fotografías familiares que colgaban de las paredes y la cocina de concepto abierto al otro lado de la barra, que permitía ver cómo trabajaba el *pizzaiolo*, cada centímetro de aquel lugar era especial. No pude evitar pensar que me encantaría llevar un día a Francesco allí.

—Me asombra lo estúpidos que sois todos —señaló Kim—. Si yo fuera él, ya te habría mandado a tomar por culo.

Suspiré antes de darle un trago a mi cerveza.

—Merecido, en mi opinión —respondí—. A Fra le estaba yendo bien sin mí, y no quiero volver a arruinarle la vida.

Aquello me valió una mirada gélida de Kim.

—Considerando lo cabreado que estoy ahora mismo por el hecho de que sigas tomando estas decisiones tú solo, sin consultar a Fra..., no logro imaginar cuánto le debe de estar jodiendo a él.

—Vale, ¿y entonces qué hago? —le pregunté a mi amigo, cansado y confuso. Quería hacer lo correcto, y sobre todo, quería dejar de hacerle daño a Fra.

Kim se cruzó de brazos.

—¿Por qué no empiezas por ser un poquito más sincero contigo mismo? Eric, ¿de qué sigues huyendo?

Se me atascó la pizza en el esófago. Tuve que esforzarme por apartar los malos recuerdos para lograr seguir respirando.

—No es el destino lo que os mantiene separados, sino el hecho de que eres imbécil —añadió Kim, frunciendo el ceño—. Tenéis elección. ¿De verdad que no lo ves, siendo tú quien me lo enseñó a mí?

Me retumbaba el pulso en los oídos, y notaba la boca seca. No quería tener esta conversación. De hecho, no quería volver a oír hablar de todo esto.

Y a Kim, que era perfectamente consciente de lo incómodo que me sentía, se la sudaba muchísimo.

—Mira, Fra ha cambiado muchísimo durante estos cinco años, y tú también. El problema es que estás obsesionado con pensar que seguís siendo los mismos y, sobre todo, que vais a cometer los mismos errores.

—Cierra el pico —protesté.

—Te debo la vida, ¿sabes?

Durante un instante pensé que le había oído mal.

—¿Qué?

—Cuando te conocí, estaba haciendo un viaje por Europa que se suponía que iba a poner punto y final a mi libertad. Nada más volver a Seúl, habría tenido que empezar a trabajar en la empresa familiar. Me habría tenido que casar con quien mi familia quisiera, habría tenido que ser productivo y amable, habría tenido que evitar causar problemas.

Kim me contó todo aquello como si estuviera hablando del tiempo que iba a hacer la semana que viene, haciendo pausas solo para darle otro mordisco a su porción de pizza. Me fascinaba que pudiera hablar abiertamente sobre algo así.

—Debo admitir que ya me había hecho a la idea, porque nunca pensé que tuviera otras opciones. Pedí que me dejaran viajar por Europa primero para tener un último recuerdo de cuando era una persona, y no un simple apéndice de mi familia. —Hubo una pausa mientras Kim le daba un trago a su cerveza—. Así que cuando te conocí, pero sobre todo cuando me contaste que te fuiste de casa tras la muerte de tu madre, debo decir que me impresionó. Tu padre era un mierdas manipulador y egoísta, pero fuiste lo suficientemente fuerte y valiente como para salir de su casa. Después de oírte contar aquello..., bueno, ni de coña pensaba volver a mi casa.

—Kim... —La voz me sonó más ronca de lo que pretendía—. Lo que hice no tuvo nada de valiente. Huí como un perro asustado.

—Nada nuevo bajo el sol —respondió—. Siento decirte que no me tragué ni por un segundo la gilipollez esa de que ibas persiguiendo a tu destino, Eric, pero tampoco fue algo que te restase mérito bajo mi punto de vista. Aunque nunca hayas querido admitirlo, estabas luchando contra tu destino, no siguiéndolo. Es algo que siempre he admirado.

Aquello me hizo resoplar mientras alzaba la mirada al techo de madera.

—Se me da bien aferrarme a aquello que necesito. Crecí aprovechando cualquier oportunidad que me diera mi madre de evitar a mi padre.

—¿Me puedes explicar qué tiene eso de malo?

—Pues que no es así como debería ser una relación sana. No puedo utilizar a Fra para sentirme mejor sin darle nada a cambio.

Kim puso los ojos en blanco.

—¡Pues no lo hagas!

—¿Cómo sé que no me voy a acomodar otra vez, y a hacerlo sin darme cuenta?

—¿¡Hablando con él de cómo te sientes, quizá!?! —se exasperó Kim—. Por favor, deja de subestimar a Fra. Su mayor fortaleza es la empatía, así que si le intentas explicar todo esto, te entenderá. Pero como sigas alejándote sin explicarle por qué... Va a seguir pensando que el problema es él, cuando la culpa es tuya porque insistes en ser un cobarde y decidir tú solito que las cosas no van a funcionar.

No había mucho que argumentar al respecto.

—Ya, pero no sé cómo explicarle todo esto —me rendí—. En el fondo, no creo que me merezca otra oportunidad. Ojalá alguien me dijese cuál es la decisión correcta.

Aquello hizo que Kim se apiadase de mí, al parecer, porque dejó de presionarme.

—Colega, te lo estoy diciendo yo, pero pasas de hacerme caso. Lo que igual te vendría bien es preguntarte si tu relación con Fra merece la pena.

Lo que me acababa de decir Kim tenía sentido, y si lo pensaba bien, tenía unas ganas infinitas de darnos otra oportunidad. Pero si fracasaba, si demostraba que era todo lo que mi padre siempre había dicho, ¿qué consecuencias tendría para Fra?

Volví a pensar en mi madre, lo cual hizo que se me formase un nudo en el pecho. Sentí

que se me entumecían las yemas de los dedos, y que se me enfriaban los pies dentro de las suaves botas de cuero.

De pronto vi pasar ante mis ojos otra vez el peor día de mi vida, que fue el día del funeral de mi madre. Aquel día, delante de todas las personas que habían venido a darnos el pésame, mi padre me dijo algo que nunca me saqué de la mente.

«Tu madre se avergonzaba de ti. Por lo menos ahora no tendrá que soportar la humillación de tenerte como hijo.»

Amelie me había aconsejado que no le hiciese ni caso. Me había dado la mano, y había permanecido a mi lado durante todo el servicio. Por otro lado, mi madre también me hubiera dicho que hiciera oídos sordos.

—¿Qué bicho te ha picado? —me preguntó Kim—. Te has puesto pálido.

—No es nada —respondí, con voz distante.

—Vámonos ya de aquí, entonces. Creo que tienes un sitio al que ir.

Francesco

Aquel veintitrés de diciembre me quedé en la oficina todavía más tiempo de lo normal. Debería haber estado en casa, haciendo la maleta para volver con Rob al pueblo, pero era incapaz de despegarme del ordenador.

Necesitaba despejarme, y mi trabajo era lo único que me funcionaba para evitar volver a caer en una profunda apatía.

Se marchaba. Eric se marchaba. Le había pedido que se quedase, pero había optado por abandonarme de todos modos. Me sentía muy confuso. ¿Cómo podía quererme, desearme y necesitarme..., pero a la vez no querer estar conmigo?

Pese a que no habíamos llegado a formalizar lo nuestro, y por tanto no lo habíamos dejado como tal, me sentía tan hecho polvo como si hubiera roto conmigo.

En su momento, Eric me explicó que me dejó porque estaba asustado, pero no había sido capaz de explicarme por qué. ¿Quizás porque mi salud mental era frágil? ¿Se había cansado de aguantar mis cambios de humor, o era más bien que yo le daba miedo? ¿Pensaba acaso que yo podría ser capaz de hacerle daño?

La situación me estaba abrumando, pero era culpa mía. Fui yo quien le pidió que me prometiese no volver a abandonarme, y en opinión de Betta y Rob, hice lo correcto.

Después de todo, si Eric no estaba dispuesto a poner todo su empeño en nuestro futuro, no tenía sentido intentarlo siquiera. ¿No?

Me quedé mirando al vacío, distraído, hasta que fijé la mirada en la puerta del despacho de Eric, al fondo de la sala. Lo único que me quedaba, otra vez, eran recuerdos.

—Fra, ¿qué haces aquí?

Oír la voz de Eric fue como despertarse de una pesadilla con el pitido de la alarma del despertador. ¿Me había vuelto totalmente loco, quizás? No había ni un solo motivo por el que Eric pudiese haber tenido que quedarse en la oficina hasta las diez de la noche. Menos aún considerando que era su último día en Italia; cuando se despidió del equipo por la tarde, supuse que no volvería a verlo más. Como mucho, en algún otro viaje de negocios que lo trajera de vuelta a Milán.

—Qué... ¿Qué estás haciendo *tú* aquí? —Pese a que se lo pregunté con toda la normalidad de la que fui capaz, mi voz pareció resonar en la amplia sala de concepto abierto a un volumen atronador.

—Yo... —Parecía estar luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Me ha traído Kim. No tengo ni idea de cómo ha sabido que seguías en la oficina.

Me recosté en la silla y me froté los ojos.

—James —suspiré—. Hace un rato me preguntó qué estaba haciendo.

Acercándose, Eric arrastró una silla del puesto de Betta para sentarse a mi lado.

—¿Por qué te has quedado hasta tan tarde? —me preguntó, dejándose caer sobre la silla.

—Quería meterle un par de actualizaciones a la app del equipo B. Se les había pasado depurar un *bug* tremendo, y no quería que los demás se dieran cuenta —respondí, evitando hacer contacto visual—. Por cierto, ahora que lo mencionas, no he acabado.

Eric me tendió la mano, y por un momento no comprendí qué quería. Vacilé antes de acariciar sus dedos con los míos, pero en cuanto lo hice, un simple roce fue suficiente para darme escalofríos. Con una sonrisa dulce, Eric me tomó de la mano,

—Quería el ratón, pero esto me gusta mucho más —respondió, logrando que me sonrojase. Intenté soltarme por puro instinto, pero no me lo permitió—. Es hora de volver a casa. Nadie va a acordarse de esta aplicación hasta que pase el Año Nuevo. Nadie va a meterse corriendo el día después de Navidad para reportar un fallo si no funciona a la perfección, porque si lo hacen no se lo perdonaré jamás a Inglaterra.

Me reí con disimulo.

—En realidad, no estoy aquí por eso —confesé.

—Lo sé.

—Yo... No estoy listo para dejarte marchar. —Me sorprendió ser capaz de hablar sin tapujos, pero supuse que se debía al agotamiento—. Estoy enfadado, frustrado y triste ahora mismo, porque no me puedo creer que hayamos vuelto a romper después de todo. Y sí, ya sé que fui yo el que dijo que no habíamos vuelto, pero seamos sinceros. Quizás no fuera una relación formal, pero tampoco fueron solo unos cuantos polvos.

Recostándose en su asiento, Eric se pasó la mano por el pelo.

—Para mí ha sido..., es, mucho más que eso.

—¿Y de verdad tiene que acabar así?

—No tiene por qué.

Me dije que era imposible que acabase de oír eso. Quise pedirle explicaciones, pero Eric fue más rápido que yo.

—¿Podemos aplazar mi fecha de caducidad en tu vida?

La sonrisa que había comenzado a tirarme de los labios murió en el acto. Con un poco de suerte, Eric no lo habría visto debido a la poca luz que había.

—Necesito algo más de tiempo, aunque solo sean unos días —continuó—. Hay una cosa que necesito que sepas, y te juro que cuando llegue ese momento te lo contaré todo. Pero primero necesito reflexionar. Quiero estar preparado para las consecuencias que pueda haber.

Arrugué en un puño la tela de mi camisa a la altura de mi corazón. Había algo que no me cuadraba. Se me secó la boca, y comencé a notar un dolor punzante en el pecho. ¿Qué podía estar frenando tanto a Eric?

—Jesús —gemí, sobrepasado por la ansiedad mientras mi mente se desbocaba para ponerse en lo peor—, ¿estás enfermo? ¿Es eso?

Aquello le hizo abrir los ojos de par en par.

—No, Fra, yo...

En aquel momento, me estaba sintiendo tan asustado que ni siquiera lo oí negarlo.

—Por favor, deja que esté a tu lado, sea lo que sea y dure lo que dure. A mí no me pasará nada, por muy duro que se haga, y... Si te dejo solo en esto, sé que me arrepentiré el resto de mi vida. Así que no me echas de tu vida, por favor, Eric, puedo...

Logré volver al presente cuando Eric me acunó la cara con las manos.

—Tranquilo, Fra. Antes de nada, no estoy enfermo. De hecho, estoy fuerte como un toro, ¿vale?

Suspiré.

—Bien. Ahora —continuó—, *guau*. Es que *guau*. Ha sido la declaración de amor más bonita que he oído en mi vida.

Noté que se me incendiaban las mejillas.

—¿Tantos hombres se te declaran?

—No —farfulló Eric entre risas, y me dio un beso en los labios—. Ni siquiera en mil vidas llegaría a merecerte, Fra. ¿Estás seguro de que me quieres a mí, de todas las personas que

hay en el mundo?

—Bastante seguro, la verdad.

Apoyó su frente contra la mía.

—No lo digas tan rápido. A lo mejor cambias de idea más adelante.

—¡Ja! Dudo que hubieras dicho lo mismo si conocieras a algunos de los tíos con los que salí después de ti.

Eric me envolvió con los brazos y me atrajo hacia sí. Me refugié en la curva de su cuello, frotándole la clavícula con la nariz.

—Quienquiera que te enseñase eso que hiciste con la lengua el otro día no pudo ser tan malo —me susurró.

No pude evitar reírme. En brazos de Eric me sentía en paz.

—A veces —admití—, de hecho bastantes veces, me quedo atascado pensando en qué puede ir mal en mi vida. No puedo dormir, ni descansar, pero intento aguantar porque sé que tarde o temprano se me pasará. Pero contigo me siento mucho mejor.

Aquello hizo que Eric me abrazase con más fuerza.

—Ay, cariño...

—Te voy a echar muchísimo de menos —susurré.

—Prometo que no te haré esperar demasiado —respondió Eric—. ¿Vas a pasar la Navidad con tus abuelos?

—Sí. De hecho, nos vamos mañana por la mañana —asentí.

Hubo una pausa. Eric me pasó una mano por el pelo para masajearme con suavidad el cuero cabelludo.

—¿Y cuándo vuelves?

—El dos de enero. Cae en sábado.

—Vale. Pues prometo que vendré a verte en cuanto regreses a Milán, ¿vale?

Cerré los ojos para disfrutar de la sensación de su mano contra mi rostro, dejando que me envolviese el olor de su loción de afeitar.

—Hasta entonces, tú y yo... ¿Qué somos?

Eric se inclinó para darme un beso justo debajo de la oreja derecha.

—Lo que tú quieras que seamos, amor.

Aquello era demasiado bueno para ser verdad.

—Quiero que seamos... Esto que estamos haciendo ahora mismo, sea lo que sea.

—¿Con *sexting* incluido?

—Obligatorio, de hecho.

—Gracias a Dios —sonrió Eric, ganándose un codazo mientras me aguantaba la risa—. Bromas aparte, Fra, llámame si te sientes solo cuando estés en el sur, ¿vale? Por Dios, es que puedes hasta venirte conmigo a Londres si te apetece, y quedarte hasta que tengas que volver al trabajo.

—¿No se suponía que ibas a pasar estos días reflexionando?

—Puedo hacerlo aunque estés conmigo. De hecho, tenerte a mi lado me ayuda mucho más de lo que crees.

—Además, eso te ahorraría el viaje a Milán para hablar las cosas el dos de enero.

Eso pareció sorprender a Eric.

—Te juro que no lo decía por eso.

No pude contenerme más. Me reí, y tiré con suavidad de él para darle un beso.

—Me lo pensaré.



Aquella noche, me lo pensé. No solo lo de Londres, sino todo lo relacionado con aquel frágil “nosotros”.

Por un lado, pensé que debería darle espacio a Eric para que pudiese decidir qué quería contarme. Sin embargo, a la vez detestaba la idea de alejarme de él.

Por otro lado, pensé en mi familia, las celebraciones, las cenas hasta entrada la madrugada, las preguntas incómodas y la actuación digna de un Óscar que iba a necesitar para sobrevivir a todo ello, y el mero hecho de imaginarme aquel panorama hizo que me sintiera exhausto. Echaba de menos a mis abuelos, y echaba de menos notar la brisa marina en el rostro mientras paseaba por la playa. Pero echaba de menos todavía más estar en brazos de Eric, donde podía bajar la guardia y olvidarme de mis miedos al calor de su abrazo.

Atormentado por una ansiedad cada vez mayor, me pasé la noche dando vueltas en la cama sin lograr dormirme. Logré conciliar el sueño por fin a las cuatro de la madrugada, pero menos de cinco horas después, cuando Rob y James llamaron a la puerta de mi casa para recogerme, me encontraron haciendo la maleta a toda prisa.

—Me da que a alguien se le han pegado las sábanas —comentó Rob.

—O eso, o no ha dormido bien —añadió James, acunando a Kimchi entre sus brazos—. ¿Ayer por la noche saliste tarde del trabajo?

—Ya veo por dónde van los tiros —resoplé—. Kim y tú sois lo peor.

Aquello pareció confundir a Rob.

—¿Me he perdido algo? —James se encogió de hombros, y tuve la certeza de que se lo iba a contar todo luego. Satisfecho pese a la falta de explicaciones, Rob me miró de nuevo—. ¿Te puedo ayudar con algo?

—Sí —respondí—. ¿Podrías sacar mi pasaporte del primer cajón que hay bajo la estantería?

Mi primo se quedó boquiabierto.

—¿Es otro de vuestros chistes milaneses sobre que todo lo que queda al sur de Roma cuenta como parte de África, o...?

—No voy a ir al pueblo con vosotros.

Cuando lo anuncié, James esbozó una gran sonrisa. Por su lado, Rob puso los brazos en jarras.

—¿Perdón? —inquirió.

—Que no voy a ir al pueblo con vosotros —repetí, sosteniéndole la mirada.

—Es Navidad. ¡No puedes saltártelo! La abuela lleva tres días cocinando para la cena de Nochebuena, Fra.

Con un suspiro, puse los ojos en blanco.

—Ay, por favor. No creo que vaya a haber desperdicio alimentario por mi culpa, con otros sesenta invitados para remediarlo.

Rob entrecerró los ojos, y sacudió la cabeza.

—Vale, pero si no vienes con nosotros, ¿adónde vas a ir?

—Me voy a Londres.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—En dos horas, más o menos.

Aquello pareció disparar el asombro que estaba sintiendo mi primo, que no debía andar muy lejos de que le diese un infarto.

—No me puedo creer que te vayas a saltar la cena de Navidad por echar un polvo.

—Toma, el pasaporte. —Cuando me giré, James me tendió mi documentación—. En caso de que quieras sorprenderle, tengo su dirección.

Le sonreí.

—Cariño, ser amigo de Kim te está enseñando muy malos hábitos.

Los preciosos ojos azules de James se clavaron en los míos, rebosantes de tanta honestidad que de repente me sentí muy vulnerable.

—Según me dijo Kim, a Eric y a ti se os da bien arreglarle la vida a los demás, pero con las vuestras sois un desastre. Algo con lo que, sin ánimo de ofender, estoy de acuerdo.

Dejé caer el brazo.

—¿Podéis llevar a Kimchi...?

—Con Betta, ¿no? Claro —me interrumpió Rob—. Yo me encargo.

—Gracias, Rob.

—Oye. —Mi primo me puso una mano en el hombro—. Si esto es lo que quieres, si te hace feliz, cuenta con mi apoyo. Estoy de tu parte, ¿vale?

Fui incapaz de responder a aquello, así que me limité a asentir con la cabeza. Luego me giré para mirar a James de nuevo.

—¿Me pasas su dirección, por favor?

Dándole unos cuantos toques a la pantalla de su teléfono, James copió y pegó la dirección de Eric en nuestro chat.

—Fra, diviértete mucho, ¿vale? —dijo—. Feliz Navidad.

SEGUNDO ACTO.— Fin

TERCER ACTO

*Amor, que se apodera pronto de un corazón, hizo que éste se prendara de aquel hermoso cuerpo
que me fue arrebatado de un modo que aún hoy me atormenta*

Dante Alighieri, Divina Comedia

Eric

Se me hizo raro volver a mi apartamento en Dalston, en la zona este de Londres, tras pasar varias semanas en Italia.

Aunque el piso seguía tal y como lo había dejado, solo que un poco más polvoriento que cuando me fui, no lograba que me resultase tan cálido y acogedor como antes. Había algo que echaba en falta, aunque al principio no supe decir qué era mientras dejaba mis cosas en el único dormitorio de la casa antes de ir a darme una ducha.

Cuando salí del cuarto de baño, me dejé caer en el sofá del salón, y de pronto me di cuenta de que lo que más deseaba en aquel momento era arrojarme con una manta y leer un libro mientras Fra apoyaba la cabeza en mi hombro. Aquella imagen idílica incluía a Kimchi echándose una siesta a nuestro lado, y un par de tazas de té sobre la mesita.

Era todo lo que quería en la vida, y ya sabía que Fra deseaba lo mismo.

Lo único que se interponía entre nosotros y ese futuro perfecto era yo mismo.

Una vez más, Kim había acertado de pleno cuando señaló que seguía tomando yo solo todas las decisiones sin contar con Fra. Echando la vista atrás al momento de la ruptura, me daba cuenta de que mi mayor error hacía cinco años fue anunciarle a Fra el resultado de mi decisión, en vez de hablar mis preocupaciones con él para buscar juntos la forma de afrontarlas.

Había actuado de forma paternalista y egoísta, como buen hijo de mi padre, hasta el final. Ahora, cinco años después, había estado a punto de volver a equivocarme.

Me acerqué a Fra en cuanto lo vi, porque lo único que existía en aquel momento era el deseo incontrolable de tenerlo de nuevo en mi vida. Perseveré hasta que me abrió su corazón de nuevo, y cuando lo hizo devoré su amor por mí como un animal hambriento.

Pero cuando quiso sondear mi compromiso con nuestra relación, dejé que el miedo tomase las riendas una vez más. Sin explicarle siquiera mis acciones, ni mucho menos escuchar su opinión, volví a tomar todas las decisiones en nombre de ambos.

Estaba harto de tropezar con la misma piedra una y otra vez, así que esta vez le dejaría la última palabra al respecto a Francesco. Solo necesitaba encontrar la forma de explicárselo todo, desde el principio y sin tapujos.

Ensayé en mi mente diferentes formas de empezar la conversación, pero no me estaba convenciendo ninguna. Rebusqué en los cajones hasta encontrar un cuaderno, y empecé a tomar nota de las ideas que se me iban ocurriendo sobre el papel.

Tú y yo

Papá

Tras varios intentos, escribí

La muerte de mi madre

y me quedé mirando fijamente la tinta mientras se secaba sobre el papel. No sabía a qué estaba esperando, a decir verdad. Una parte de mí deseaba que las palabras cobrasen vida para recoger todo lo que llevaba muchos años callándome. Me asaltó una oleada de recuerdos de mi madre: su sonrisa cuando se ponía un hiyab elegante, el sabor de sus estofados, las lágrimas que lloraba tras cada discusión con mi padre. La falta de calidez de su cuerpo sin vida cuando la encontré.

Llorase cuanto llorase mientras la acunaba entre mis brazos, mi madre no volvió a despertarse. Después de ser mi punto de apoyo, mi norte y mi rumbo, mi mejor amiga..., me

dejó para siempre sin que yo tuviese una oportunidad para darle las gracias o pedirle perdón.

Tu me manques tellement, maman.

Mamá, te echo muchísimo de menos.

¿Era normal que siguiese atrapado en el duelo tras diez años? Nunca logré superar la muerte de mi madre. Aunque no pensase en ello todo el tiempo como durante los primeros meses, a veces sentía un dolor tan desgarrador como el día que murió. Muchas noches soñaba con ella. Detalles como su olor, que era una mezcla muy específica de suavizante para la ropa y limón, acudían a mí para desvanecerse en cuanto me despertaba. Y en sueños lograba decirle todo lo que siempre había deseado que supiera..., pero ella no me respondía.

Aquella vez no fue distinta. Cuando me desperté con el ruido del timbre, no logré recordar qué había estado soñando, pero continuaba sintiendo algo desagradable en el estómago. Me froté la cara, dándome cuenta de que tenía las pestañas húmedas, y me levanté de un salto cuando volvieron a llamar al timbre.

Me di un par de palmadas en las mejillas antes de arrastrarme hasta la puerta. Casi me explota el corazón al ver a Fra al otro lado.

Abrí la puerta tan deprisa que casi me doy con ella en la cara, y en una fracción de segundo Fra volvía a estar en mis brazos. Me aferré a él con desesperación, con ansia, y a juzgar por lo que dijo a continuación, casi lo asfixio.

—Eric, ¿estás bien?

Deshice mi abrazo para acariciarle el rostro con los pulgares, fijándome en cada detalle de sus facciones.

—Mi vida, me alegro tantísimo de verte —respondí, evitando la pregunta. Me seguía costando creer que de verdad estuviese delante de mí—. ¿Cómo has llegado hasta mi casa?

—Kim —admitió, clavando la mirada en el suelo. Conociéndolo, seguramente se estuviera arrepintiendo de haberse dejado caer sin avisar antes, porque seguro que me había molestado. Así que agarré el asa de su maleta para luego dejarle pasar.

Fra cerró la puerta tras de sí y se quedó muy quieto, como si no estuviera muy seguro de qué hacer a continuación. Yo le ayudé a quitarse el abrigo sin mediar palabra. Sus ojos habían cobrado un matiz oscuro, con trazas de verde en el anillo exterior de los iris, y sentí que me faltaba el aire.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó al final—. Pareces...

Dejado la frase en el aire, Fra me miró con una mezcla de incertidumbre y deseo, y antes de que mi cerebro pudiese formular un solo pensamiento coherente le cogí la cintura para sujetar su cuerpo contra la puerta. Hubiera sido mejor decisión preguntar por qué había decidido venir, cuánto tiempo quería quedarse o si tenía algún problema familiar que quisiera contarme. Pero no lo hice.

—Ayúdame —susurré en lugar de apartarme, y antes de que pudiese responder cubrí su boca con la mía para besarlo con desesperación.

Los labios de Fra acariciaron los míos, y me devolvió el beso con tanta ternura que me sentí tan eufórico como si acabase de consumir alguna droga cuando nos separamos para tomar aire.

—Estoy aquí —susurró—. ¿Qué necesitas?

—¿Qué puedes ofrecerme?

Fra me devolvió la mirada con cara de haber escuchado la pregunta más estúpida de la historia, y tras encogerse de hombros, me abrió los brazos.

—Todo.

Aquello fue todo lo que me hizo falta saber. Volví a atrapar a Fra contra la puerta y devoré su boca, tomando de él todo lo que pude a cambio de lo poco que quedaba dentro de mí que no fuera estrés, miedo o dolor. No sé cómo lo hizo, pero en cuanto mis manos y mis labios rozaron su cuerpo, disolvió hasta la última gota de vergüenza, culpa, humillación y remordimiento que hervía en mi sangre.

Apenas logramos llegar hasta el dormitorio. Todo mi ser estaba hecho un revoltijo de sensaciones, y me dolía el corazón tras haberse roto en mil pedazos mientras mi mente se ahogaba en la oscuridad de la pérdida, así que me aferré a Fra y dejé que me trajera de nuevo a la vida una y otra vez con cada roce, con cada gemido. Una vez más, me salvó de mí mismo, y ató su corazón al mío de la forma más altruista.

El cuerpo de Fra me resultaba tan familiar, acogedor y perfecto que era como si estuviese hecho para mí, y yo para él. Supe que incluso el más leve temblor de muslos, incluso el suspiro más sensual, incluso la forma de tirarme del pelo mientras el corazón se le aceleraba al sentir mis labios contra su garganta..., me pertenecían.

Francesco me pertenecía tanto como yo a él, pero no me quedaba nada que ofrecer salvo un amor irracional, increíble e indómito. Me sentí completamente inútil al darme cuenta de que lo único que podía hacer por él en aquel momento era darle mi calor; pero si aquello era lo único que podía ofrecerle, quería al menos hacerlo bien. Así que le hice derretirse entre mis brazos, lo llevé al cielo y le susurré palabras dulces al oído que ni siquiera sé si oyó.

Estaba enamorado de él, y quería que lo supiera.

Estaba enamorado de él hasta tal punto que, al intentar explicarlo con palabras, me resultó imposible. Así que al final decidí callarme y limitarme a darle un beso lento mientras yacía junto a mí en la cama, en un silencio íntimo.

—¿Qué te ocurría? —me preguntó Fra, un rato después.

Se había incorporado apoyándose sobre los codos, y me miraba con una mezcla de preocupación y ternura. Alcé la mano, distraído, para apartarle un mechón de pelo de la frente.

—Estaba teniendo que pelearme con mis propios pensamientos.

Acurrucándose con la barbilla contra mi hombro, Fra asintió.

—Me resulta familiar. ¿Te sientes mejor?

Envolví su cuello con los brazos para que se inclinase, y poder darle un beso.

—Pues claro. Ahora estás aquí, conmigo.

Aquel romántico momento se vio interrumpido por un gruñido sordo, que hizo que a Fra se le encendieran las mejillas de la vergüenza.

—¿Tienes hambre? —le pregunté, aunque su estómago lo había dejado bastante claro con aquel rugido.

—Un poquito.

Salí de la cama, y me puse unos pantalones de chándal y una sudadera.

—Espera, te prepararé algo de comer. Mientras tanto, estás en tu casa, ¿vale? Eso de ahí es el baño —expliqué, gesticulando en dirección a la puerta que había frente a la cama. Abrí el armario para sacar un juego de toallas de ducha y ofrecérselo.

—¿Puedo ponerme algo tuyo? —me preguntó Fra, y la pregunta me llegó al corazón.

—Seguro que has traído ropa de sobra en el equipaje —bromeé, sonriendo.

Fra arqueó las cejas.

—Qué va, solo la he traído para meter todos los *souvenirs*.

Como de costumbre, era imposible dejarlo sin argumentos.

—Mi armario es todo tuyo —respondí, dándole otro beso en los labios.

Le di la espalda para ir a la cocina, y cuando abrí la nevera me di cuenta de que no tenía nada de comida en casa. Tendría que haber ido al supermercado en vez de echarme una siesta.

Decidí pedir comida a domicilio, y me entretuve un rato haciendo la compra *online* para los próximos días. Tras hacer el pedido, me di la vuelta para sentarme en el salón, y fue entonces cuando me fijé en el cuaderno en el que había tratado de escribir mi lista.

Lo guardé en el cajón de la mesita, pero no fui capaz de cerrarlo porque me quedé mirándolo fijamente. ¿Por qué estaba tratando de esconderlo? ¿Qué sentido tenía, si mi plan era contárselo todo a Fra? Me obligué a sacarlo del cajón y dejarlo de nuevo sobre la mesita. Si me preguntaba, se lo contaría.

Francesco

El apartamento de Eric era precioso. Aunque no me había dado tiempo aún de fijarme demasiado, lo poco que había visto parecía diseñado a medida para un profesional joven y ambicioso: la entrada, el dormitorio, el cuarto de baño. Los muebles eran a la vez modernos y funcionales, el parquet estaba en perfecto estado y, gracias a los ventanales, había luz natural todo el día. Solo le encontré una pega; el cuarto de baño daba al interior del edificio, por lo que carecía de ventanas.

La personalidad magnética de Eric impregnaba todo su hogar. Tenía la ropa bien doblada y organizada dentro del armario. Había colocado sus tomos del manga de Dragon Ball junto a la ventana. Sobre el cabecero de la cama había cinco marcos de foto colgados de la pared, y cada uno de ellos mostraba una tira cómica francesa diferente. Era cien por cien su estilo desenfadado, sarcástico y brillante.

Tras echar un vistazo rápido dentro de su armario, me decanté por un jersey de color azul pastel y unos pantalones de chándal grises. Debido a que teníamos anchos de cintura distintos, y él tenía las piernas más largas que yo, mi única opción era la ropa de deporte con un cordón en la cintura. Cualquier otro tipo de pantalón habría terminado hecho un guiñapo a mis pies en dos minutos, por lo que no tenía demasiadas opciones en lo que a su ropa se refería.

Me tomé mi tiempo para relajarme en la ducha, porque me notaba exhausto tras pasar la noche sin dormir, coger un vuelo de casi tres horas y acostarme con Eric. El agua caliente me caía sobre los músculos doloridos sin piedad, deshaciendo poco a poco la tensión y los últimos retazos de adrenalina. Cuando terminé de ducharme, tenía tanto sueño que no estaba seguro de poder llegar hasta el salón. Pero al final vencieron mis ganas de ver a Eric, así que me puse su ropa antes de reunirme con él.

Había puesto YouTube en la televisión, y me estaba esperando sentado en el sofá. Cuando me vio entrar en el salón, me miró de arriba a abajo.

—Madre mía, creo que ese conjunto es lo menos erótico que he visto en mi vida —se rió. Ignoré el comentario mientras me acurrucaba entre sus brazos, subiendo los pies al sofá.

—Me da igual. Después de esa bienvenida, he decidido hacer voto de castidad un tiempo. Voy a necesitar veinticuatro horas de reposo.

Bajo mi mejilla, el pecho de Eric tembló mientras se reía.

—¿Tanto crees que vas a aguantar? No te lo crees ni tú.

Le clavé un dedo en el costado, y Eric reaccionó agarrándome de la muñeca y llevándome el brazo a la espalda para inmovilizarme. En cuanto lo logré, se inclinó para darme un beso, y se me fundió el cerebro al sentir un placer tan profundo como exquisito que no se parecía en nada al deseo sexual pero no por ello era menos intenso.

Cuando sonó el timbre de la puerta, pegué un brinco por el sobresalto.

—Lo siento, creo que eso es la cena. —Eric se levantó del sofá para ir a abrir la puerta.

Dejé caer la cabeza sobre un cojín, y no pude evitar sonreír con ganas al ver que regresaba con una caja de sushi en mano.

—Vaya, un hombre que me conoce bien —comenté, dejando que me metiese en la boca un nigiri de salmón.

—Levanta, vamos —me ordenó, dándome una suave palmada en el muslo—. No puedes comer tumbado en el sofá.

—Pues los antiguos romanos lo hacían.

Eric se limitó a hacer una mueca.

—Ya, y también vomitaban sobre la mesa.

Puse los ojos en blanco mientras me erguía. Cuando me senté erguido, Eric me recompensó con otro nigiri.

—Vaya, es raro que estés tan perezoso —comentó.

—Sígueme el rollo, que esta tarde me has dejado agotado.

Aunque no dijo nada, Eric esbozó una sonrisa atontada que dejó muy claro lo satisfecho consigo mismo que eso le había hecho sentir.

Mastiqué mi sushi despacio.

—Si mi abuela se entera de que estoy comiendo sushi en Nochebuena, me saca del testamento.

—¿Seguro que no te vas a arrepentir de no pasar la Navidad con tu familia?

Tuve que contenerme para no volver a poner los ojos en blanco.

—Escúchame. Ahora mismo mi familia está tragándose una misa ridículamente larga en algún rincón del sur de Italia, y cuando por fin salgan de la iglesia será para ir a una procesión que dura algo más de tres siglos para llevar a la estatua del niño Jesús a ver el mar. Prefiero quedarme aquí y esperar en la cola para entrar al Gucci de Bond Street el veintiséis de diciembre, de verdad.

Aquello hizo reír a Eric, que sacudió la cabeza.

—Me alegro mucho de que estés aquí —susurró—. ¿Quieres quedarte hasta el final de las vacaciones?

—¿Quieres que me quede? —pregunté, conteniendo la respiración.

—Sí —respondió él de inmediato—. Sí, sí, y mil veces sí.

Me reí, tirando de él para darle un beso.

—Ya estamos con las referencias, ¿eh?

Eric

Por lo general no me gustaba traer gente a casa. A veces invitaba a amigos o compañeros de trabajo a cenar, pero hasta ahí. Me gustaba tener un espacio privado, solo para mí, y cuando tenía algún lío de una noche prefería reservar una habitación de hotel a que un extraño invadiese mi hogar.

Francesco fue una excepción inesperada a mi rutina. Quizá fuera porque habíamos vivido juntos antes, pero era reconfortante tenerlo tan cerca. Pasadas solo unas horas, me había acostumbrado tanto a su presencia que casi me dio un infarto al despertarme el día de Navidad y encontrarme su lado de la cama vacío.

Antes de que empezase a entrar en pánico, oí el sonido del teclado que tenía en el salón. Estaba configurado para sonar como un piano, con el volumen tan bajo que apenas se oía nada desde el dormitorio.

Seguí la melodía de la obra maestra de Leonard Cohen, “Hallelujah”, y terminé sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la banqueta del teclado y los ojos cerrados, disfrutando de aquella música tan dulce. Fra continuó tocando, sin inmutarse ante mi presencia.

Solo me permití decir algo, en voz tan baja como pude, cuando se apagó el eco de la última nota.

—Es la canción más íntima que conozco.

Como Fra no respondía, me puse de rodillas para envolver su cintura con los brazos.

—Cariño, ¿qué pasa?

Fra sacudió la cabeza, aferrándose a mi brazo con dedos temblorosos.

—Es nuestro teclado —musitó—. No pensé que lo hubieras conservado, mucho menos que volvería a tocarlo.

—Ven aquí —dije, y tiré de él para atraerlo hacia mí, arrastrándolo de la banqueta al suelo conmigo.

—Pero qué... ¿¡A ti qué te pasa!? —se quejó, aunque me había asegurado de que no se cayera al suelo y se hiciese daño.

—Lo guardé todo —respondí, enterrando el rostro en la curva de su cuello—. Tus libros, tus regalos y tus fotografías.

Por un momento, Fra se quedó sin palabras.

—¿Mis fotografías?

—Sí, las que nos sacamos juntos.

Me miró con recelo.

—¿Todas?

Me llevó un largo momento entender a qué se refería.

—¡Ah! Te refieres a *esas* fotos.

—Sí. ¿Qué has hecho con *esas* fotos, Eric?

—Nada —me apresuré a decir—. Quiero decir, sí, claro que todavía las tengo. Pero están muy bien escondidas.

Las puntas de las orejas de Fra se tiñeron de un tono escarlata que no había visto nunca en la vida real.

—¿¡Y qué haces quedándotelas, pedazo de cretino!?

—Es que me gusta mirarlas. De vez en cuando, ¿vale? Tampoco me paso los días

obsesionado con ellas.

Con un gemido, Fra enterró el rostro entre las manos.

—¿Tienes idea del acojone que da oír eso?

Suspiré.

—Bueno, a ver, ahora que lo he dicho en voz alta sí que ha sonado un poco raro. —Fra me asesinó con la mirada—. Pero no creo que las recuerdes muy bien, porque no eran tan explícitas. Quiero decir, hay cuentas de Instagram con fotografías mucho más... Provocadoras.

Muy bien, pues enseñámelas.

—¿En serio?

—Sí. Ahora —me exigió.

Me siguió hasta el otro lado de la habitación, donde se erguían unas estanterías, y esperó mientras yo abría el armarito a ras del suelo y empezaba a sacar cosas que había ido guardando a lo largo de los años. Libros de la universidad, manuales y documentos que escribí cuando empecé a trabajar como desarrollador y dos álbumes de fotos. El primero era un regalo que me envió Amelie hacía un año, por mi cumpleaños, y contenía una selección de fotografías de nuestra infancia que había escogido con cuidado para excluir todas aquellas en las que saliera mi padre. Tomé el segundo entre las manos para tendérselo a Fra.

Lo abrió sobre la alfombra. Entre la portada y la primera página había un sobre con la tarjeta de memoria en la que estaban almacenados todos los originales, junto con algunas instantáneas Polaroid. No habíamos estado juntos durante demasiado tiempo, pero sí que habíamos llegado a celebrar la Navidad, san Valentín y mi cumpleaños. Fra miró las fotografías con una expresión tan hermosa como nostálgica, comentando lo horroroso que salía su pelo en todas y recordando detalles de los días que nos las hicimos. Si de verdad se había enfadado al oír que había conservado las fotografías, a aquellas alturas todo rastro de ira se había evaporado.

Aquel álbum era algo de lo que me sentía especialmente orgulloso, en términos artísticos. Había elegido mis fotografías favoritas de él, algunas de los dos juntos, y las había editado antes de imprimirlas.

Pese a que tenía que admitir que, en efecto, había unas cuantas que no eran aptas para todos los públicos, lo que más me gustaba del conjunto era que cada fotografía mostraba una faceta diferente de la personalidad de Fra. Tenía primeros planos radiantes de su sonrisa, de sus manos sobre el teclado, de su cara de concentración mientras leía. La que más me gustaba con diferencia era una de nosotros dos en la cama, que había sacado desde la mesilla con un temporizador a distancia el segundo antes de besar a Francesco. En la imagen, Fra se había erguido sobre el codo mientras aferraba las sábanas, con la otra mano enterrada en mi pelo mientras yo me inclinaba para rozar sus labios con los míos.

—Lo siento mucho —me disculpé—. Aunque tenía tu consentimiento para sacar estas fotos en su momento, no lo tenía para quedármelas después de la ruptura. —Me permití admirar las elegantes manos de Fra unos instantes—. Puedes quedarte el álbum, o si quieres, puedo tirarlo a la basura.

Él sacudió la cabeza.

—No pasa nada, de verdad. Son preciosas. Es solo que no... No tenía ni idea de que es así como me ves.

—Claro que es así como te veo —susurré.

Fra volvió a la página donde había pegado mi fotografía favorita.

—¿Podrías sacarme una copia de esta? —me preguntó, y me quedé sin aliento. Solo pude asentir con la cabeza—. De verdad, Eric, tienes talento para esto.

Me mordí el labio inferior, y tomé a Fra de la mano.

—Mi padre solía decir que mis fotografías eran una mierda. Que le decepcionaba ver que no había sacado ni un poquito de su talento con la cámara.

—Pero... ¿Tan bien se le daba a él? —preguntó Fra.

—No —respondí, intentando racionalizar mis recuerdos tanto como fuera posible—. Cuando mamá y él se mudaron a París, tenía bastante renombre. Montó un par de exposiciones, e incluso ganó un premio. Pero luego, unos años después de nacer Amelie y yo, su estilo... Cambió. Creo que el hecho de tener que mantener a una familia de cuatro hizo que la fotografía dejase de ser su pasión, y se convirtiera en un trabajo como cualquier otro. Solía frustrarse al recordar su época de éxito.

—Lo cual es muy triste, pero no justifica cómo te trató.

—No —coincidí. Miré a Fra, dándome cuenta de que era el momento. El de contárselo todo—. A veces me cuesta mucho distinguir sus mentiras de la verdad. Mamá nos defendía de él cuando aún vivía, pero tras morir... —Tuve que detenerme para tomar aire. Fra me miró sin decir nada, dándome tiempo para reorganizar mis ideas—. Amelie era una hermana increíble, pero el año que mamá murió, se fue a la universidad y empezó a construir su propia vida. Durante meses, hasta que me gradué del instituto, en casa solo estábamos mi padre y yo, y solía decirme cosas horribles.

Pasándome los brazos por detrás del cuello, Fra me abrazó con fuerza. Yo me aferré a su cuerpo y enterré el rostro en su cuello, dándole un suave beso en la garganta. Una vez más, toda traza de la vergüenza que hasta hacía unos instantes me había revuelto el estómago desapareció poco a poco, dando paso a algo suave y reconfortante.

—Sé lo que se siente —confesó—. Mis padres nunca me han insultado a la cara, pero lo único que han hecho desde que tengo uso de razón ha sido recordarme que no estoy a su altura.

—Lo sé —suspiré—. Me calaste enseguida, ¿eh?

Se rió con suavidad.

—Al principio no me di cuenta, pero sí que nos parecemos bastante.

—No sabes cuánto. ¿Sabes? Mi padre nunca me quiso, pero tampoco trató de hacerlo. Creo que el tuyo lo intentó, fracasó estrepitosamente y se acabó rindiendo.

Fra se envaró en mis brazos.

—¿Se puede saber por qué estamos hablando de mi padre?

—Lo siento, solo era un ejemplo —me disculpé—. Me refería a que no tengo ni un solo recuerdo feliz con mi padre, pero tú sí que tienes varios con el tuyo. Supongo que son diferentes en algunos aspectos.

Deshaciendo el abrazo poco a poco, Fra me miró con los ojos de color avellana inundados de confusión.

—¿Qué recuerdos felices son esos que dices que tengo?

Me sentía algo confuso.

—A ver, pues... Por ejemplo, el sistema solar que construisteis los dos juntos. O la carta que le escribiste por el día del padre, o las tardes que pasabais jugando juntos con el perro.

De pronto se quedó pálido como una sábana, con los labios totalmente secos.

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

Oh, no. Mierda, mierda, mierda.

Francesco

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

Eric se mordió el labio inferior, y la culpabilidad que se reflejó en su rostro hizo que me hirviera la sangre en las venas.

—Escucha, Fra, yo...

—¿Con quién has hablado? —quise saber, con voz temblorosa—. Ni siquiera Rob sabe esas cosas. ¿Fue Dora? ¿Cuándo habéis hablado?

Eric sacudió la cabeza.

—No, no fue la secretaria de tu padre. Aunque sí que cruzamos unas pocas frases antes de...

—¿Antes de *qué*?

—Antes de que me pasase con tu padre.

Me dolía el estómago. Me dolía tantísimo que me abracé el torso por instinto.

—¿Cuándo? —pregunté, aunque ya sospechaba cuál iba a ser la respuesta. Apenas pude oír mi propia voz por encima del rugido atronador de los latidos de mi corazón.

Noté que Eric no fue capaz de mirarme a los ojos.

—Hace cinco años, cuando te ingresaron en el hospital.

Con los ojos anegados de lágrimas, traté de tomar tanto aire como pude. Fue inútil intentar aguantar el tipo, porque enseguida noté las mejillas húmedas.

—Cuando rompiste conmigo, entonces.

Eric dejó caer la cabeza sobre las palmas de sus manos.

—No es lo que crees, Fra.

—Después de hablar con él, no tardaste ni veinticuatro horas en romper conmigo.

—No me pidió que te dejase. Solo charlamos, y me hizo pensar.

—¿Pensar qué? ¿Que no era capaz de seguirte el ritmo? ¿Que no te merecía, igual que no lo merecía a él como padre?

Eric sacudió la cabeza.

—No —musitó—. Le preocupaba que yo pudiera no ser lo que necesitabas, y yo..., yo pensé que tenía razón.

—Esto es surrealista —susurré entre lágrimas—. ¿Cómo pudiste creer a mi padre antes que a mí? ¿¿Cómo pudiste debatir sobre nuestro futuro juntos con él sin ni siquiera decírmelo!?

Casi de inmediato, Eric apartó la mirada.

—Lo siento mucho.

—¡Me importa una mierda que lo sientas! —chillé—. Si te creíste lo que te dijo, si aún lo crees, ¿te digo por dónde te puedes meter las disculpas!?

—Fra, por favor, cálmate.

—¿¿Qué más me estás ocultando, eh!? —exigí, fuera de control—. ¿¿Eres *amigo* de mi madre también!? Después de todo, dijiste que le devolviste a ella el dinero.

Nunca había visto a Eric encogerse tanto como en aquel momento. Por lo general, verlo tan destrozado me hubiese hecho añicos el corazón, pero en aquel momento estaba tan furioso que me dio igual.

—Cuando rompimos —comenzó a explicar—, tu padre me llamó unas pocas veces para preguntarme qué tal lo llevaba. Iba a organizarme con él para enviarte el dinero, pero el día que

llamé para hacer la transferencia fue tu madre la que me contestó. No sé por qué, ¿vale? Se negó a permitirme hablar con él, y aquella fue la última vez que supe algo de cualquiera de ellos.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Me puse en pie para salir del salón hecho una fiera, dirigiéndome a la habitación de Eric, y allí me quité su ropa a tirones para ponerme la mía. Guardé en la maleta las cuatro cosas que había sacado, y reservé el primer vuelo a Milán que encontré.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó Eric desde el umbral de la puerta.

—Ahorrarte las molestias de romper conmigo por tercera vez.

Oír aquello hizo que Eric me cogiese la muñeca.

—Por favor, no hagas esto.

—Ay, esa frase me resulta familiar. ¿Quizá recuerdas que te *supliqué* que no me dejases? Porque, por si lo has olvidado, te ofreciste a llevarme al aeropuerto.

—Estás cabreado, y lo entiendo, ¿vale? Tienes todo el derecho del mundo, pero no puedes tirarlo todo por la borda por un arrebató.

Si antes había estado enfadado, en aquel momento me quedé lívido.

—¿¡Perdona!?! ¡Fuiste tú el que mandó nuestra relación a la mierda porque ay, qué mal, tu papá no te quería!

Eso último debió de hacerle mucho daño, porque Eric dejó de intentar calmarme.

—¡Te he estado diciendo —vociferó—, hasta hace diez putos minutos, que mi padre me maltrató toda mi vida! ¡Sí, eso me ha jodido la cabeza, muchas gracias por recordármelo! ¿¡De verdad te crees que tienes algún tipo de superioridad moral!?! ¡Estás celoso de *mi* relación con *tú* padre, cuando he hablado con él tres veces en toda mi vida!

Me solté de su agarre de un tirón, cogí mis cosas y me marché dando un portazo.

Eric

Después de que Fra se marchase, me pasé horas sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pata de la cama, pensando en todo lo que había ido mal.

Cuando al final oscureció al otro lado de la ventana, me obligué a coger el teléfono para ver qué hora era, e hice la llamada que llevaba temiendo todo el día.

Kim tardó la vida en coger el teléfono, y cuando por fin lo hizo, oí gritos y una pelea de fondo.

—Perdona, que no había oído la llamada. —Su voz sonó tan monocorde como siempre.

Hice una breve pausa.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí, aunque... —Kim bajó la voz—. Mis vecinos no pueden decir lo mismo. Gloria se acaba de enterar de que Armando ha estado engañándola con una prostituta durante dos años, y se le está yendo la pinza. Las mejores Navidades de la historia.

—Vaya, eso sí que es un problemón —susurré, cansado.

—Bueno, al grano. ¿Por qué me has llamado? Espero que lo que sea que quieres contarme sea más interesante que ver a Gloria tirarle platos de porcelana a Armando, porque si no, voy a colgar. Quiero ver cómo acaba la historia antes de que algún aguafiestas llame a la policía.

Me habría encantado seguirle el juego a Kim, pero no se me ocurría nada. Nada que no fuese el hecho de que acababa de perder al amor de mi vida *otra* vez.

—La has cagado, ¿no? —dedujo mi amigo.

Me froté los ojos, reuniendo las pocas fuerzas que me quedaban.

—Dime una cosa.

—Dispara, a ver —suspiró Kim.

—¿Tan malos son mis daddy issues?

Hubo un momento de silencio.

—Dame un momento —me pidió, y oí que se metía en una habitación hasta la que llegaba mucho menos ruido—. A ver, sí, pero es comprensible.

—Según Fra, fue por culpa de eso que lo arruiné todo hace cinco años.

Casi podía ver a Kim asintiendo.

—Tiene toda la razón.

—Además, se enfadó porque hablé de nosotros con su padre.

—Hasta donde yo sé, lo de su padre es un tema muy delicado para él.

—La cosa es que yo le respondí que él tampoco se libra de los daddy issues, así que me ha dado la patada.

—Maravilloso. Así que los *dos* la habéis cagado a lo grande.

Estiré el brazo para coger el jersey que me había cogido prestado Fra la noche anterior, y que ahora yacía sobre la cama.

—¿Por qué coño es todo tan difícil? —gemí—. ¿Por qué fracasamos una y otra vez, si nos queremos tanto?

Mi amigo se quedó muy callado, tanto que por un momento me pregunté si se habría cortado la llamada.

—Porque no eres una princesita Disney —dijo al cabo del tiempo—. Tanto Fra como tú

tenéis problemas, y joder, colega, tenéis para dar y regalar. Pero a ti te da miedo reconocerlo, y tu orgullo ni siquiera te permite admitir que estás acojonado.

Llevándome el jersey al pecho, dejé caer la cabeza sobre las rodillas.

—Mira, siempre tienes la opción de rendirte —sentenció Kim—. No todas las historias de amor terminan con un “felices para siempre”. Quiero decir, ¿tú estás oyendo a Gloria y a Armando? Puedes rendirte con Fra, porque la vida sigue. Los dos saldréis adelante. Ahora bien; si quieres que tu novio de cuento de hadas se quede a tu lado para siempre, mueve el puto culo y lucha por él. Uno de los dos va a tener que tragarse el orgullo para arrastrarse como un gusano, y creo que los dos sabemos que esta vez te toca a ti.

Kim tenía razón. Fra seguía teniendo mi corazón en sus manos. Esta vez casi lo habíamos logrado, y ni de coña me iba a rendir tan fácilmente con él.

—Voy a reservar el primer vuelo a Milán que haya —le dije—. Si me manda a la mierda en firme, y sin remedio, ¿me dejarías pasar la noche en tu casa?

—Pues claro —respondió—. Con un poco de suerte, llegarás a tiempo para ver cómo Gloria tira por la ventana todas las cosas de Armando. Igual te consuela ver que tu ruptura podría haber sido mucho peor-

Francesco

Cuando me desperté, estaba muy mareado.

No había hecho más que dormir desde que volví a Milán, pero no me sentía descansado en absoluto.

Es difícil de explicar. Me picaban los ojos, tenía los labios secos y me pesaba todo el cuerpo. Descubrí que era físicamente incapaz de salir de la cama, porque no tenía energía suficiente para mantenerme en pie.

Cuando logré levantar la cabeza de la almohada me dieron ganas de devolver, pero no vomité nada pese a la tos y el sabor ácido que me subía por la garganta. Se me aceleró el pulso, y cada vez me costaba más respirar.

Comprendí que mi cuerpo se estaba apagando, y me empezó a doler ferozmente la cabeza. Mi mente comenzó a deshacerse en un mar de oscura soledad, y con la poca energía que me quedaba comprendí que estaba asustado. Muy, muy asustado.

Pero no logré hacer nada al respecto. Quería llorar, pero no pude derramar una sola lágrima al darme cuenta de que, en el fondo, no merecía la pena. Yo no merecía la pena.

Noté que me invadía la sensación de no ser suficiente, una vez más. No era tan distinta de lo que me había acostumbrado a sentir. Había pensado que esta vez sería capaz de gestionarla, como lo había hecho en el pasado, pero no pude. No podía más.

Estaba cayendo en picado al abismo.

¿Así que voy a morirme?

Solo, claro, porque siempre lo he estado.

Lo siento mucho.

Ojalá fuese menos patético.

Eric

Fra no estaba en su casa.

Fra no estaba en ninguna parte.

Al principio pensé que me estaba evitando, pero cuando Kim intentó llamarle por teléfono también saltó el contestador. El veintiséis, después de comer, Kim y yo fuimos a casa de Betta para suplicarle que nos prestase su copia de la llave del apartamento en el que vivía Fra. Se negó a darnos la llave, pero dejó a su hija con Pablo, su padre, y vino con nosotros a casa de Fra.

Estaba vacía.

Llamamos a Rob y yo recé desesperadamente para que nos dijera que Fra estaba con él. Pero ni Rob ni James sabían nada, y en cuanto les explicamos la situación reservaron el primer vuelo de regreso a Milán. Mientras los esperábamos, Kim y yo pasamos el día en casa de Betta, poniéndonos en contacto con cualquier amistad o pariente de Fra con quien pudiese haber hablado y vigilando las noticias por si aparecía algún accidente en el que pudiera haberse visto involucrado.

Nada cambió cuando llegaron Rob y James. A medida que pasaban las horas sin obtener respuestas, pero tampoco pistas, por mi mente comenzaron a desfilar posibilidades a cual más oscura que la anterior. Porque, por mucho que nadie lo dijera en voz alta, había una acusación silenciosa en el aire.

Esto es culpa mía.

Se me da demasiado bien arruinarlo todo.

—¿Estás bien?

Noté que alguien me tocaba el hombro con cuidado, y por un momento pensé que era Fra. Sin embargo, al levantar la cabeza a toda prisa me encontré con que James me devolvió la mirada, con los ojos azules llenos de preocupación. Me tendió una taza de té con cuidado.

—Para ti. —Se inclinó hacia la mesita de la sala de estar para hacerse con su propia taza—. Pablo sugirió echarle un chorrito de whisky, pero algo me dice que no es así como hacéis las cosas en Inglaterra, ¿no?

Me quedé mirando el té unos instantes.

—Soy francés.

Eso hizo que James arquease las cejas.

—Uy. Vale, pues toma el mío entonces —sugirió, ofreciéndome su taza.

Le di un sorbo, y el sabor punzante del alcohol mezclado con la suavidad del té me dejó una sensación de calidez en el pecho. Una parte de mí se sentía culpable, porque debería estar en la cocina con Betta, Kim y Rob, pero no tenía fuerzas para moverme.

—Estoy acojonado —confesé, en respuesta a la primera pregunta de James. No conocía tanto al chico todavía, pero sentía que podía confiar en él.

—Yo también —suspiró, tomando asiento a mi lado en el sofá—. Pero seguro que hay una explicación para esto. Quizás haya perdido el teléfono. O quizás no haya querido irse a casa directamente, sino a otro sitio para aclararse las ideas. La verdad es que no me extrañaría nada, viniendo de él.

Me quedé boquiabierto. ¿Cómo podía haberseme pasado por alto?

—No. De hecho tendría todo el sentido. —Dejó la taza sobre la mesita para entrar corriendo en la cocina, donde Kim, Betta y Rob estaban deliberando si había llegado el momento

de llamar a la policía—. Rob, creo que Fra puede estar en el piso de su amiga Monica. ¿La conoces? ¿Puedes ponerte en contacto con ella?

—Monica... No, no la conozco, pero mi tía sí.



Dos horas después estábamos en el lujoso edificio de apartamentos en Porta Garibaldi, donde me había traído Fra al final de la cita más romántica de mi vida.

Cuando abrimos la puerta del apartamento, que estaba a oscuras, se me olvidó cómo respirar. A mi alrededor, la presencia de mis amigos se desvaneció por completo, y de pronto volvía a tener dieciocho años mientras entraba en casa de mis padres. Había vivido esta escena antes; me había perseguido en mis pesadillas mil veces.

Sabía lo que pasaba a continuación.

Grité el nombre de Fra mientras lo buscaba por toda la casa. Con cada habitación que dejaba atrás notaba cómo aumentaba el miedo que me pesaba en el estómago, y lo que veía comenzó a superponerse con mis recuerdos cada vez más. Cuando llegué al dormitorio, el instinto me llevó a repetir los mismos movimientos, diez años después.

Clavé la mirada en la mesilla, y luego me fijé en las sábanas. Había algo distinto, pero no fue suficiente para tranquilizarme.

—¿Fra? —aullé, y en cuanto lo vi tendido en la cama lo atraje hacia mí—. Amor, mi vida, ¿puedes oírme?

Intenté zarandearlo con suavidad, pero al ver que no respondía se me vino encima el mundo en un caos de dolor y horror. Aquello no podía estar ocurriendo de nuevo. No le podía estar pasando a él.

No recuerdo oír entrar a los demás.

No recuerdo oírles llamar a una ambulancia.

Recuerdo chillar, sollozar entre hipidos, sostenerlo entre mis brazos mientras la desesperación y un dolor visceral me desgarraban.

—Eric —dijo alguien mientras me ahogaba entre hipidos y lágrimas—. ¡Eric!

Cuando me puso la mano en la barbilla para obligarme a mirarlo, vi que se trataba de Rob. Hice un esfuerzo por enfocar la mirada en él, regresando al presente, y dejé que me tomase de la mano y me colocase los dedos sobre la muñeca de Fra.

—Sigue vivo, Eric.

El mundo se detuvo cuando me di cuenta de que su pulso, aunque muy débil, estaba ahí. Su piel estaba cálida al tacto. Fra tenía un latido regular, y desprendía su calor habitual. ¿Por qué no me había dado cuenta?

—La ambulancia está de camino, ¿vale? —continuó Rob—. Todo va a ir bien, y le van a ayudar a salir de esta.

Desvié la mirada de nuevo a Fra, y le acaricié el rostro con delicadeza. Pese a la palidez y lo secos que tenía los labios, el sudor le perlaba la frente.

Volví a tenderlo sobre la cama, con cuidado para acomodarle la cabeza sobre la almohada, y solo entonces vi que en la cama, junto a él, estaba el post-it que había escrito y colgado en el árbol de Navidad de la estación sin permitir que lo leyese. Reconocí mi propia caligrafía.

Quiero que el amor de mi vida sea feliz.

Me dejé caer de rodillas junto a la cama, sosteniendo la mano de Fra.

Alguien, que más tarde reconocí como Betta, me cubrió los hombros con una manta

mientras yo lloraba hasta quedarme sin voz sobre las sábanas.

Nada más llegar la UVI, los paramédicos le hicieron un examen rápido a Fra antes de sacarlo de allí. Rob se quedó con él mientras Kim me llevaba al salón, donde me dio un vaso de agua.

Cuando logré bebérmelo entero, seguimos a la ambulancia hasta el hospital, donde esperamos lo que me pareció una eternidad a que los médicos nos dijeran algo sobre cuál era el estado de salud de Fra.

Nadie me dirigió la palabra.

No estaba seguro de si estaban intentando dejarme espacio, si me guardaban rencor por lo ocurrido o si temían que me hubiera vuelto loco.

Solo lograba pensar en dos cosas, que se repetían una y otra vez en un bucle sin fin de angustia y derrotismo.

Fra ha intentado quitarse la vida.

Todo ha sido por mi culpa.

—Está deshidratado —anunció Rob cuando salió de la habitación que le habían dado a Fra, donde había estado hablando con el médico—. Le van a poner suero, y si todo va bien le darán el alta mañana.

—Los cojones. Sí, hombre —se indignó Kim, que tuvo el valor de decir en voz alta lo que todos pensábamos.

Dejándose caer junto a James en una silla, Rob tomó de la mano a su novio.

—Han descartado que fuese un intento de suicidio. Más bien parece que no ha comido ni bebido nada en casi dos días.

—Pero ¿cómo coño es eso siquiera posible? —inquirió Beta.

—Mañana —prosiguió Rob—, en cuanto esté consciente, le van a pasar con un psiquiatra. Quieren comprobar si se trata de un trastorno de la conducta alimentaria.

Enterré el rostro en las manos, sin saber bien qué pensar ni qué hacer. Kim sugirió que nos fuéramos a casa, pero yo necesitaba permanecer tan cerca de Fra como pudiera y le dije que ya llamaría a un taxi. Al pasar las horas, James, Beta y Kim terminaron yéndose uno por uno. Solo nos quedamos Rob y yo toda la noche, esperando a que su primo despertarse. No hablamos demasiado, y me alegré por ello, porque no habría sabido qué decir.

¿Siento haberle vuelto a joder la vida a tu primo?

Desde luego, no me parecía el mejor tema de conversación en aquel momento.

Cuando Fra se despertó, la enfermera permitió a Rob pasar a la habitación pese a que estábamos fuera del horario de visitas. Yo ni siquiera pregunté si podía colarme también. Uno, porque ante la ley Fra y yo éramos dos perfectos desconocidos, y dos, porque no tenía el valor necesario para hablar con él. Me limité a observar las manecillas del reloj que había en la sala de espera mientras esperaba que volviese Rob.

Pasé largos minutos en completo silencio, y como me pesaban cada vez más los párpados decidí cerrar los ojos un segundo nada más. Estaba a punto de dormirme cuando noté que alguien me ponía una mano en el hombro.

—Hijo, ¿qué haces aquí?

Era la primera vez que veía en persona al padre de Fra, pero supe que era él de inmediato. Francesco se le parecía muchísimo.

—¿Qué? —pregunté, adormilado y confuso.

—No te van a permitir entrar a verlo fuera del horario de visitas. Sigue estable, así que vete a casa y descansa.

—¿Usted ha podido entrar?

Giacomo tomó asiento a mi lado, y sacudió la cabeza.

—Roberto no me lo ha permitido, y la verdad es que no puedo decir que esté en desacuerdo con su postura.

—Ha sido todo por mi culpa —admití, igual que la primera vez que hablamos por teléfono hacía cinco años. No sabía por qué, de todas las personas del mundo, aquel hombre era con quien sentía la necesidad de responsabilizarme de mis errores.

—No lo ha sido —replicó él—. Ni lo fue en su momento, ni lo ha sido ahora. Los problemas que tiene Francesco son culpa de su madre y mía.

—Pero yo...

—Sé por qué piensas eso de ti mismo. Sé lo que pasó con tu madre, y lo que piensa de ti tu padre. —Suspiró, y pareció envejecer cien años de golpe—. Pero la familia no siempre tiene razón. Tu padre se equivocó contigo, y yo me equivoqué con Francesco.

Volvió a ponerse de pie, y me dio una palmadita en el brazo.

—Ve a casa, duerme un poco y vuelve mañana. Tienes todo el derecho del mundo a verle —me dijo—. Déjale el pasillo a quien tiene la culpa de verdad.

Mientras observaba a aquel hombre tan elegante, tan parecido a mi Fra, irse con el rabo entre las piernas, me dieron ganas de llorar y gritar de nuevo. Pero por motivos muy diferentes esta vez.

Tu padre se equivocó contigo.

Llevaba diez años queriendo oír aquello de un padre.

Francesco

Era noche cerrada cuando recuperé la consciencia. Al principio, me costó mucho comprender que estaba en el hospital, porque tampoco recordaba muy bien qué había hecho desde que aterricé en Italia. Recordaba haber desembarcado en Milán, y haber ido en coche hasta la estación central antes de poner rumbo al apartamento de Monica. Recordaba haber encontrado la nota de Eric en el árbol de Navidad, y la sensación de culpabilidad al llevármela conmigo como un ladrón. También recordaba llorar hasta quedarme dormido, empapando de lágrimas la almohada.

Fue la necesidad de saber por qué había acabado en el hospital lo que me hizo llamar a una enfermera. Cuando pregunté si podía ver a alguien, dejaron pasar a Rob. Mi primo logró mantener la compostura en presencia del médico y la enfermera, pero en cuanto se marcharon me abrazó con tanta fuerza que me empezó a dar vueltas todo.

Tenía un aspecto terrible. Su pelo era un desastre, tenía unas ojeras que llegaban casi hasta el suelo y no parecía capaz de dejar de fruncir el ceño.

Me explicó que Eric había venido a Milán para buscarme, y me contó cómo, al encontrarme, pensaron que había intentado cometer suicidio.

Comencé a tiritar al darme cuenta de que, si había estado en tan mala condición como me habían explicado, de no haber llegado mis amigos podría haber muerto. No había sido mi intención. Pero lo que aquello me hizo ver fue que no podía fiarme de mí mismo para mantenerme con vida.

Al día siguiente, hablé con un psiquiatra.

Me pidió que le contase qué había pasado, e investigó mi relación con la comida. No traté de mentir o disimular, sino que le conté toda la verdad. Empezando por mis ideaciones suicidas durante la adolescencia, le expliqué que desde siempre había tendido a no comer cuando tenía picos de ansiedad, y durante los momentos de mayor estrés podía pasar días, o semanas, sin comer apenas. Le expliqué mis problemas para dormir, así como la vez que me ingresaron por extenuación hacía cinco años.

Pero *esto* era muy distinto.

Después de discutir con Eric, regresé a Milán en unas condiciones de salud mental lamentables. Me sentía desesperado y muy agobiado, así que ni me molesté en cuidar de mí mismo porque no sentía que me lo mereciese. Lo único que me apetecía era dormir, apagar un rato mi cerebro y dejar de existir hasta que pudiera volver a sentirme mejor. Me esforcé por dejarle claro al psiquiatra que no había intentado deshidratarme a propósito. Lo que había pasado era que me había sentido muy vacío, y no me había dado cuenta.

Tras una larga conversación, llegamos a la conclusión de que no tenía un trastorno de la conducta alimentaria. Mis problemas no tenían que ver con la comida, sino conmigo mismo. La razón por la que no bebí nada, pese a notar sed fisiológica, fue la creencia inconsciente de que no me lo merecía.

Antes de marcharse, el psiquiatra me comunicó el diagnóstico tentativo. Tras años de fingir y mirar hacia otro lado cuando me sentía mal, tras tanto tiempo oscilando entre el dolor y la sensación de vacío, por fin pude ponerle un nombre: trastorno depresivo persistente. En aquel momento cumplía los criterios clínicos de una depresión ansiosa.

Cobrar conciencia de lo que me pasaba fue... Raro. Una parte de mí se resistía a

aceptarlo. Después de todo, si dejábamos de lado el incidente que me había traído al hospital, llevaba una vida normal. Tenía amigos, trabajaba a tiempo completo y era un miembro funcional de la sociedad.

Pero luego me acordé de la preocupación que había reflejado el rostro de Rob cuando recuperé la consciencia, y me invadió una culpa tan intensa que me di cuenta de repente de que hacía tiempo que había tocado fondo.

El psiquiatra vio conmigo mi disponibilidad semanal para poder empezar a venir a terapia, y me indicó una dieta específicamente diseñada para personas con problemas de ansiedad y depresión como yo. También me prescribió un antidepresivo, y aunque había tenido la esperanza de que no tuvieran que medicarme, de pronto todo me pareció veinte veces más real.

Demasiado real, de hecho. Si se enteraban, Rob y Betta no se separarían de mí ni para ir al baño, y no quería que se preocupasen todavía más. Después de todo, ahora que tenía un diagnóstico y una lista de cosas que hacer para poder sentirme mejor, no había necesidad de montar revuelo. No quería cargarlos con el peso de mis errores.

—Solo ha sido un episodio puntual —le aseguré a Rob cuando el psiquiatra dio por terminada nuestra sesión—, derivado del estrés. Pero no va a volver a pasar.

Por la cara que puso Rob, me quedaba claro que no se creía ni una palabra, pero no hizo comentarios al respecto.

—Ya veo. Bueno, y ¿qué vas a hacer ahora?

—Me van a dar el alta esta tarde, así que... Como aún tengo unos días antes de que acaben las vacaciones, me quedaré en casa descansando.

Rob me miró con tanta intensidad que casi salgo ardiendo.

—Que te vas a quedar en casa —repitió—, ¿tú solo?

Aquella palabra me dejó sin aliento, porque me impactó muchísimo sin que me lo esperase. Llevaba años viviendo solo, y no tenía nada de raro que fuera a seguirlo haciendo. No entendía por qué de repente me costaba respirar.

—Por cierto, ya que hoy no querías visitas, los niños te han hecho una tarjeta para que te mejores —dijo Rob, cambiando de tema. Se agachó para hurgar en su mochila.

—¿Qué niños?

Rob me tendió una hoja de papel tamaño A4 enrollada, y atada con un lazo.

—No estoy seguro de cómo ha acabado pareciendo un diploma, pero bueno. Toma, échale un vistazo.

Deshice el lazo, y al desenrollar el papel vi que Dana nos había dibujado a ella y a mí de la mano. Encima del dibujo había escrito, con letras de colores:

ponete ~~vi~~ bien pronto, tío

Alrededor de las dos figuras había más mensajes escritos a mano. Había uno en español, que debía de ser de Pablo y decía, “¡Te echamos de menos! Mejórate pronto”. Debajo, con la letra de James, ponía “Sin ti estaría perdido”. Al otro lado del dibujo había unos gurripatos en coreano, señalados por una flecha. Seguí el trazo y me encontré con que James había aclarado que eran insultos en coreano. En la esquina inferior izquierda había una mancha redondeada de color beis, sobre la cual habían dibujado un monigote con bigote y un sombrero de copa. De acuerdo con lo que había escrito Pablo al lado, era “El hombre del cafelito, capuccino sobre papel, de Betta”. Completaba el dibujo una mancha de color verde con la forma de la patita de Kimchi, que parecía ser témpera. Debajo había otra flecha que decía, “Ups, esto fue sin querer”.

No pude evitar sonreír mientras rozaba el papel con las manos. Lo miré con tanta intensidad que se me inundaron los ojos de lágrimas, y todo se volvió borroso en cuanto

comencé a llorar.

—Oye, mírame. —Rob me puso una mano en el hombro, así que me obligué a levantar la vista—. No estás solo en todo esto, ¿vale?

Cegado por las lágrimas, me aferré con manos temblorosas a su jersey. Poniendo una mano en mi espalda, Rob me atrajo hacia sí. Aunque me estaba desmoronando, no me soltó ni aflojó el abrazo.

—Rob —susurré con voz ronca—, no... No estoy bien.

Me acarició la espalda con delicadeza, pero su cuerpo en aquel momento era la roca inamovible que impedía que me arrastrase la marea.

—No tienes por qué estarlo —respondió—. Siente lo que necesites sentir, que va a ser válido. Estoy aquí, contigo, para ayudarte a avanzar paso a paso.

Cerré los ojos y, al son del latir del corazón de mi primo, decidí arriesgarme a sincerarme para dejar que supiese hasta qué punto necesitaba su apoyo.

Eric

Como Fra no quiso visitas mientras estaba ingresado, me pasé el día entero en la sala de espera. Cuando Rob salió de su habitación, me explicó que habían acordado que Fra se quedase con James y con él un tiempo.

Me alegraba saber que Fra no iba a tener que estar solo durante el que prometía ser el peor momento de su vida. Lo que no sabía era si querría que yo formase parte.

—Ha preguntado por ti —comentó Rob, como si me hubiera leído la mente.

—¿Le has dicho que estoy aquí? —pregunté, con el corazón en la garganta.

Pero Rob negó con la cabeza.

—No estaba seguro de si podía contárselo o no. Sois... Complicados —añadió, en lo que definitivamente era el eufemismo del siglo—. Escucha, Fra no te culpa por lo que ha pasado. Ni él, ni nadie.

—Igual deberíais.

—No. —Pese a la dureza con la que lo dijo, la palabra me transmitió una calidez que no supe explicar—. Eric, las parejas se pelean, y a veces la gente dice cosas de las que más tarde se arrepiente, ¿vale? Nos pasa a todos. Pero lo que importa es lo que hacemos, más que lo que decimos, y lo que tú hiciste fue remover cielo y tierra para encontrarlo. Si no hubieras estado aquí, no...

A Rob se le quebró la voz, y se cubrió el rostro con las manos. Él también debía de haberse pasado las últimas horas al límite.

Francesco

Durante las primeras semanas, la medicación me dio mucho sueño. Tras recibir el alta pasé unos días sintiendo que vivía en una burbuja. Fue muy raro, porque pese a que con el paso de los días me empecé a sentir *bien* porque cada vez notaba menos opresión en el pecho y más calma dentro de mi cabeza, era muy consciente de que mi ansiedad no había desaparecido. Solo estaba en pausa.

Por suerte, tuve a Rob y James a mi lado para cuidarme. Betta, Dana y Pablo se pasaban a verme casi todos los días, y me trajeron a Kimchi.

—Te ha echado de menos —señaló Dana, observando cómo el gato se me acercaba para frotar la cabeza contra mi pierna.

—Igual que yo a él —respondí con sinceridad.

Pese a todo, Kimchi era mi gato y yo su humano. Me prometí ser más responsable a partir de entonces.

Aquel tiempo con mis amigos y mi ahijada me hizo sentir mucho mejor. Como no había podido celebrar la Navidad, me la trajeron a casa. Abrimos regalos, jugamos a juegos de mesa y vimos no sé qué película curre todos juntos. Cuando Dana se quedó dormida en mis brazos después de comer, mientras estábamos sentados en el sofá viendo la película, me sentí en paz. Las luces de colores del árbol de Navidad brillaban a un ritmo festivo, y yo cerré los ojos para poder prestar más atención a los diferentes sonidos que me rodeaban. Rob y James estaban lavando los platos en la cocina mientras hablaban en voz baja, mientras que Pablo se había tendido en el otro sofá y farfullaba en sueños entre ronquidos. Era muy curioso ver cuánto se parecía Dana a él; no tanto físicamente, porque Pablo era como un armario ropero y daba un poco de miedo si nunca habías hablado con él, como en cuanto a su personalidad. Eran dos rayitos de sol.

Abrí los ojos al notar cómo alguien nos tapaba a Dana y a mí con una manta.

—Perdona. ¿Te he despertado? —me preguntó Betta.

Me limité a sacudir la cabeza, en silencio.

—Ven aquí —dije, levantando la manta, y ella se acurrucó a mi lado.

—Lo siento muchísimo —me susurró mi mejor amiga.

—No tienes que disculparte por nada —respondí, dándole un beso en la coronilla.

—Por favor, Fra, no vuelvas a dudar de lo mucho que nos importas.

—Te lo prometo —le dije, con una sonrisa que ojalá disimulara el mar de lágrimas que me anegaba los ojos—. Por cierto, ¿qué pasa con él?

Hice un gesto con la cabeza en dirección a Pablo. Pese a que Betta puso los ojos en blanco, su voz estaba cargada de cariño.

—No es más que Pablo.

—Durante bastante tiempo, le tuve envidia —confesé tras un rato—. Me daba miedo que intentase quitarme a mis chicas.

Betta me acarició la mejilla.

—¿Se puede saber qué os pasa a los hombres, que estáis obsesionados con marcar vuestro territorio?

Fruncí el ceño.

—¿Perdón?

—Que no eres el único, so lerdo. Pablo también se muere de envidia.
Me quedé boquiabierto.

—¿Y eso?

Por toda respuesta, Betta miró a Dana y luego volvió a mirarme.

—Venga ya. ¡Pero si el padre es él!

—Ya, pero el que le ha estado cambiando los pañales has sido tú.

—¿A quién en su sano juicio le da envidia no haberle limpiado el culo a un bebé?

—El año pasado, Dana te hizo una tarjeta por el día del padre.

Touché.

—Vale, en eso tienes razón.

—¡Pero no te alegres tanto! ¿Ves a lo que me refería? Marcando el territorio.

Me reí con disimulo.

—Vale, ahora en serio. Ya que no admitirá cómo se siente delante de mí aunque le vaya la vida en ello...

—Sois un par de machirulos, así que no lo hará, no.

—Puedes decirle que no tengo intención de quitarle el puesto —continué—. Solo pido a cambio que no me reemplacéis a mí.

Al oír aquello, Betta apoyó la cabeza en mi hombro.

—Nadie podría sustituirte jamás, Fra.



Pese a que me encantaba estar rodeado de mis amigos y parientes, aún me agotaba pasar tanto tiempo con gente. Después de que Betta me lo propusiera, decidí pedir una baja por enfermedad del trabajo. Se me hizo muy raro no ponerme una alarma para el día siguiente. Aquella era la primera vez, desde que comencé a trabajar, que iba a quedarme en casa sin que fuese porque libraba.

Seguía en la cama, revolviéndome por los nervios de no saber si me iba a perder algún proyecto nuevo que empezasen sin mí, cuando oí que llamaban a la puerta.

Por un momento pensé, o más bien deseé, que iba a ser Eric. En su lugar, fue James quien me preguntó si podía pasar. Se subió a mi cama con el manual de italiano, y me pidió ayuda con la tonelada de deberes que le había puesto Kim.

Me di cuenta de cuánto había necesitado una distracción así. Ayudar a James me hizo sentirme útil y, por un momento, fue como si todo hubiera vuelto a la normalidad. Salvo por un detalle, claro.

—Pues resulta que Eric tenía razón —comentó James de repente, y oír su nombre hizo que se me acelerase el corazón—. Me dijo que te sentirías mucho mejor si te pedía que me ayudaras.

—¿Cuándo has hablado con él? —le pregunté.

—Hablamos todos los días —dijo James, sonriendo con timidez—. Está muy preocupado por ti.

Me llevé una mano al pecho y cerré los ojos. La muerte siempre había sido un tema muy incómodo para Eric, así que no podía imaginarme cómo debió de sentirse al pensar que había tratado de quitarme la vida. Sobre todo después de nuestra discusión.

—¿Dónde está?

—En casa de Kim. No ha vuelto a Londres. Me da la impresión de que quiere hacer las paces contigo antes de despedirse.

Sentí que me ahogaba en mi propia ansiedad. No quería despedirme de él nunca más. Quería disculparme, darle el abrazo más largo del mundo y pedirle que nos diéramos una última oportunidad. Pero las cosas habían cambiado mucho. Hasta hacía unos días, había estado preparado para reconstruir nuestra vida juntos, pero ahora... ¿Cómo iba a pedirle que se quedara a mi lado ahora que tenía claro qué era lo que me pasaba?

—Fra, quiero contarte una cosa —me dijo James. Me fijé en que aferraba con fuerza las sábanas—. Llevo un año yendo a terapia. Cuando a veces me meto en mi habitación y me paso una hora encerrado sin salir, no es por nada raro, sino que estoy en videollamada con mi psicóloga.

Me perdí en aquellos ojos suyos tan hermosos, y tardé en darme cuenta de que me estaba devolviendo la mirada. La honestidad de James me dejó sin aliento, una vez más.

—No estoy preparado para contarte qué fue lo que me pasó. Solo lo saben Rob y Jenn, y me sigue costando muchísimo hablar de ello. —Se mordió el labio inferior, en un hábito nervioso que yo había dado por hecho que había perdido, y luego suspiró—. Te lo digo porque, cuando me enamoré de Rob, pensé que nuestra relación curaría todas mis heridas por arte de magia, pero no fue así. No me malinterpretes. Rob es increíble, me quiere con locura y cada día me siento más y más feliz de haberme mudado aquí para estar a su lado. Pero no es el remedio a todos mis males. Solo es el hombre que quiere compartir su vida conmigo, tal y como soy. A pesar de todo lo que nos ha pasado, a pesar de todo lo que sabe sobre mí, eligió quererme. Y yo elegí dejar que me quisiera, aunque no me sentía digno de su amor.

—James, yo... —Fuera lo que fuese lo que iba a decir a continuación, murió en mis labios.

—Se te da muy bien cuidar a los demás —añadió él—, pero Fra, a veces se te olvida que tú también te mereces ser feliz.

Respiré hondo antes de responder.

—Te agradezco que digas algo tan dulce, James, pero...

—Sea lo que sea lo que vas a decir, no. Por una vez, deberías aplicarte tus propios consejos —insistió James—. Ya sé que te aterra la idea de intentar ser feliz, pero no hagas algo de lo que te vas a arrepentir toda la vida solo por no enfrentarte a tu miedo.

Eric

La mañana del cuatro de enero, a Kim le faltó echarme a patadas de su casa antes de irse a trabajar. Traté de calmar la intranquilidad que me invadía dando un paseo con Milán, pero no podía dejar de pensar en que aquel era el primer día que Francesco iba a pasar solo en casa. Por una parte, Rob volvía al trabajo, y por la otra, James empezaba en la escuela de idiomas ese mismo día.

No pude evitar agobiarme pensando en si se sentiría nervioso.

¿Cómo estaba Fra?

Necesitaba verlo cara a cara. Quería pedirle perdón, y decirle lo que no supe cómo expresar la última vez. Pero ¿y si no quería ni verme? ¿Y si seguía enfadado? Según Rob, Fra no me guardaba rencor por lo que había pasado, pero eso no quitaba que le hubiese hecho muchísimo daño. Tanto como para que se olvidase de cuidar de sí mismo hasta un límite peligroso.

Atormentado por la culpa, me encontré delante de la puerta de Rob. Llamé al timbre, y me pasé los treinta segundos que le llevó a Fra abrir la puerta sumido en el círculo más profundo del infierno.

Eché un vistazo por la mirilla antes de abrir la puerta, algo que supe porque era una manía que compartíamos, y por unos instantes pensé que iba a fingir que no estaba en casa. Pero cuando abrió la puerta, solo me hizo falta ver su rostro para olvidar todos mis miedos y preocupaciones.

Me lancé a los brazos de Fra tan rápido como pude, y por fin, *por fin*, volví a darle un abrazo. Noté la calidez de su piel, cómo su pecho subía y bajaba con cada respiración y, sobre todo, lo lleno de vida que estaba.

—Lo siento, te he echado de menos, te quiero —le susurré al oído.

Fra me abrazó con más fuerza todavía.

—Yo también. Las tres cosas.

Deshice mi abrazo para poder mirar a Fra a la cara, y acuné su rostro entre mis manos mientras le acariciaba la suave piel de las mejillas con los pulgares. Me di cuenta de que estaba muy pálido.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—Tengo náuseas —respondió, apartándose con amabilidad. Tomó aire y lo dejó escapar poco a poco, con una mano sobre el estómago—. Joder. Perdona —se excusó, y salió corriendo en dirección al baño.

Pese a que seguramente hubiera sido mejor idea darle un poco de privacidad, me sentí incapaz de dejarlo solo. Seguí sus pasos y, cuando las arcadas pararon, le ofrecí una toalla antes de sentarme en el suelo junto a él. Arrodillado sobre las baldosas del baño, Fra se cubrió la boca con la toalla mientras se secaba los ojos con el dorso de la mano.

—Creo que nadie ha reaccionado peor que tú al simple hecho de verme la cara. Al final voy a echar de menos que te sangre la nariz —bromeé.

—No es culpa tuya —respondió Fra, que al parecer se lo había tomado al pie de la letra—. Llevo hecho un manojo de nervios todo el día, desde que James se ha ido a la academia, y además el smoothie que me tengo que tomar después del desayuno me da un asco tremendo.

Seguía muy pálido. Tenía los labios blancos y agrietados, pero sus ojos de color avellana, pese a seguir algo hinchados y brillantes por el vómito, eran casi completamente verdes aquel día. Parecían resplandecer con la intensidad de lo que Fra estaba sintiendo en aquel momento.

—Se me pasará en cuanto me tome la medicación —me aseguró—, y...

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida.

Hablamos al mismo tiempo, y Fra se quedó boquiabierto a mitad de frase.

—Joder, pero si acabo de echar hasta la primera papilla delante de ti.

—Sí, me he dado cuenta. Las cosas que hacemos por amor.

Fra se recostó contra la pared, apoyando la cabeza contra los azulejos blancos.

—Todo lo que dijiste el otro día sobre mí es verdad —confesó.

—Lo mismo digo —respondí—. Y tenías razón al decir que, para tener una relación, no basta con quererse. También hace falta confianza, y yo traicioné la tuya una y otra vez porque te he estado mintiendo todo este tiempo.

Fra se mordió el interior de la mejilla, y noté que tenía los ojos llorosos.

—¿Te refieres a mi padre?

—No.

Sacudí la cabeza, tomando aire.

Era el momento.

Había llegado la hora de dar un salto de fe.

—Mi madre no murió de cáncer, Fra, sino que se suicidó.

Me costaba creer que lo hubiera dicho en voz alta. Diez años después, la verdad me había dado caza, y ya no me quedaba ninguna forma de escapar de ella. No tenía adónde huir, ni dónde esconderme. A partir de ahora éramos mi culpa y yo, inseparables, lo que permanecería constante el resto de mi vida.

Me había propuesto explicarlo todo al detalle, empezando por mi infancia, pero no fui capaz. Rompí a llorar mientras retazos confusos de mis recuerdos me asaltaban, y en un estado de profunda confusión, le conté a Fra cómo fui yo quien la encontró. Cómo mi padre me repitió, una y otra y otra y otra vez, que había sido por mi culpa, que mamá se había suicidado porque se avergonzaba de mí. Saqué todo el dolor que llevaba dentro, y le confesé a Fra, por fin, que mi mayor miedo era descubrir que mi padre había tenido razón todo este tiempo.

Después de aquello, lo único que fui capaz de hacer fue sollozar. No conseguía pronunciar una disculpa, por mucho que quisiera. Era incapaz de explicarle cuánto me odiaba por no haber visto su dolor, al igual que en su momento no supe ver el de mi madre. Me ahogaba cuando intentaba decirle lo aterrado que vivía pensando que un día, al despertarme y mirarme en el espejo, mi padre me devolvería la mirada. Apenas podía imaginar una manera de transmitirle el horror que me heló la sangre en las venas cuando pensé que lo había perdido a él también para siempre, y del mismo modo.

Así que me deshice en un mar de lágrimas, y lloré hasta quedarme ronco, hasta que olvidé mi propio nombre, hasta que me silenció un nudo en la garganta, pero aun cuando ya no fui capaz de respirar apenas lo único que lograba pensar era que mi madre estaba muerta, y no iba a volver para decirme que no había sido culpa mía.

Poco a poco, noté cómo se prendía dentro de mí una sensación de calidez. Era algo tan agri dulce como desgarrador, que me iluminó desde dentro con tanta fuerza que casi me dolió y latió dentro de mí con el calor de mil soles. Me sentí como si cayese en picado cada vez más rápido, y me aferré a aquella extraña sensación tan reconfortante como si fuese un salvavidas.

En cuanto pensé esto último, me di cuenta de que no iba a tocar fondo otra vez.

Porque estaba en brazos de Fra y, por ello, estaba a salvo.

Francesco me susurró palabras dulces al oído, acunándome mientras yo trataba de regresar a la realidad. Cuando por fin logré comprender lo que decía, me di cuenta de que me estaba dando las gracias por confiarle mi secreto.

—¿Podrás perdonarme? —le pregunté, incapaz de desasirme de él.

—Claro, amor. ¿Y tú? ¿Podrás perdonarme?

Aquello me confundió bastante.

—Sea lo que sea lo que piensas que has hecho mal, sí, claro. Te perdono.

—Quédate conmigo para siempre —me susurró Fra al oído.

Me aparté lo suficiente como para mirarlo a los ojos.

—Pero no quiero hacerte daño, Fra.

—Y no lo harás.

Le aferré los hombros con más fuerza.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no terminaremos como mis padres?

—Porque tu padre es un puto monstruo, pero tú eres todo lo contrario. No he conocido nunca a nadie con un corazón tan puro como el tuyo, y si tú quieres, Eric, te confiaré mi vida.

Aquello tenía que ser un sueño, seguro. Me había desmayado.

—Pasar el resto de tu vida conmigo no es moco de pavo.

—Lo sé —respondió Fra, sorprendiéndome—. Eso sí, quizás te sorprenda saber que te vas a llevar tú la peor parte. ¿Tú me has visto? —Se señaló a sí mismo—. Estoy hecho polvo, y aun así, no quiero perderte. No quiero pasarme el resto de mi vida con remordimientos por haberte dejado marchar, así que elijo quererte. Elijo estar contigo.

Sentí que me estallaba el corazón, y que en cualquier momento iba a romper a llorar de nuevo. Pero en vez de eso parpadeé para contener las lágrimas, tomé las manos de Fra y me las llevé a los labios.

—Yo también elijo quedarme a tu lado, Fra. ¿Cómo no iba a hacerlo? Tras la muerte de mamá, has sido mi norte. Tomaste una vida miserable y la convertiste en algo digno de ser vivido.

Las mejillas de Fra recuperaron algo de color, y mientras me miraba sentí que sus ojos veían mi alma al desnudo. No podía esperar a pasar el resto de mi vida dándole toda la felicidad del universo.

—Te prometo —continué—, te *juro*, que no importa qué nos depare el futuro, porque sea lo que sea lo afrontaremos juntos. Seré valiente para seguir a tu lado, y me quedaré contigo todo el tiempo que tú quieras darme.

La amplia sonrisa que esbozó Fra hizo que le brillasen los ojos, y le sacó aquel hoyuelo tan adorable y tan parecido al del día que, hacía seis años ya, me robó el corazón por primera vez.

Hacía seis años ya, pero aquí estábamos, enamorándonos otra vez.

Francesco

Estuve tres meses y medio de baja.

Como no quería interferir demasiado en la vida de Rob y James, a las dos semanas del accidente me fui al sur para visitar a mi familia.

A fin de darme un poco de privacidad, una de mis tías me dejó quedarme en la casa que tenía en Como para pasar los veranos, ya que estaba justo al lado del pueblo en el que vivían mis abuelos y la familia de Rob. Cada mañana me despertaba con el timbre de una escuela que había en el barrio de al lado, me vestía con ropa cómoda, metía a Kimchi en su transportín y poníamos rumbo a la casa de mis abuelos.

Allí, desayunaba con ellos sin prisa alguna. Mi abuela me había exigido un desglose detallado de la dieta que me había recomendado mi psiquiatra, para poder preparármela, y normalmente decidía qué iba a hacer ese día por la mañana. Cuando terminábamos, les ayudaba a fregar los platos, limpiaba las cenizas del día anterior de la chimenea y metía unos cuantos leños más, para que no tuviesen que bajar al garaje más tarde ellos solos.

A Kimchi le encantaba la chimenea. Disfrutaba acurrucándose en el regazo de mi abuelo para echarse la siesta durante horas mientras yo ayudaba con las tareas de la casa, o hacía recados. Hacía tiempo hasta que la temperatura subía un poco y, con el sol en su cenit, me daba largos paseos por la playa. Me gustaba escuchar música, una actividad que llevaba años en el olvido, aunque a veces me bastaba con el suave murmullo de las olas. Con el olor a salitre del mar y el pelo revuelto por el viento, comencé a sentir el hambre de forma muy diferente; o, más bien, empecé a disfrutar de la comida. Aprendí con mi abuela a hacer pasta y pan caseros, de modo que poder comerme algo preparado con mi propio esfuerzo hizo que le cogiese bastante más aprecio.

Pero lo que más me gustaba, con diferencia, era cocinar para otra persona. Me hacía sentir la misma felicidad pura que me invadía al tocar el piano para Dana, o incluso el día que programé mi primera app en la universidad. Como descubrí en terapia, siempre había querido compartir partes de mí mismo con los demás, dándoles algo, porque era lo que me hacía sentir que tenía algo que aportar.

A quien más quería darle de mí era a Eric.

Venía a visitarme cada fin de semana.

Me contaba anécdotas del trabajo, mientras que yo le relataba la vida pausada pero plena que llevaba en aquel pueblecito. Cada vez que se dejaba caer por allí, toda la familia se inventaba alguna excusa para venir a visitarme, porque se morían de curiosidad por conocer a mi “novio árabe alto y guapísimo”, como oí a la madre de Rob decir una vez. Pasé bastante vergüenza cuando les expliqué que se estaban equivocando de etnia.

A Eric parecía encantarle mi familia, con todo lo caótica que era. Era tan amable con todo el mundo como le permitían sus nociones básicas de italiano, y se llevaba muy bien con el hermano pequeño de Rob, Marco, y con nuestras primas Claudia y Jennifer. Se rió cuando le revelé que, de hecho, Jenn era la mejor amiga de James.

Cada vez que venía al pueblo, Eric se permitía disfrutar de una vocación que no se había atrevido a explorar hasta aquel momento: la fotografía.

Por mucha vergüenza que me diese, yo era su modelo preferido, y no hubo forma de que le dedicase sus esfuerzos a Kimchi en vez de a mí. Decía que quería tener tantas fotografías mías

como pudiera para no echarme tanto de menos cuando volvía a la ciudad a trabajar. Yo estaba tan asquerosamente enamorado que me pareció muy romántico, en vez de provocarme un ataque de risa como lo hubiese hecho en cualquier otro momento de mi vida.

Eso sí, nada de *sexting*. Lejos de ser algo que me incomodase, el problema era que la medicación me había reducido drásticamente la libido, así que apenas teníamos sexo. Y, si lo hacíamos, los preliminares eran lo que menos nos importaba con diferencia.

Pero aquello iba a cambiar pronto. Tras tres meses, había progresado lo suficiente como para que el psiquiatra comenzara a bajarme la dosis. Eric había sido tan paciente y cariñoso conmigo que no podía esperar a hacer algo especial en su siguiente visita.

Por eso, cuando oí que alguien llamaba al timbre el viernes por la tarde, pensé que había llegado pronto para darme una sorpresa, y corrí a abrir la puerta sin pararme a ver quién era por la mirilla.

Desde luego, la última persona a la que me había esperado ver era a mi padre.

Aunque tuve la tentación de cerrarle la puerta en la cara, me contuve al ver que mi padre parecía... Distinto. No iba vestido como si acabase de salir de trabajar, lo cual era tan raro viniendo de él como lo hubiera sido viniendo de mí hacía no tanto tiempo. Pero, además, no me hizo ningún comentario desagradable al verme.

Apretando los dientes, le ofrecí pasar para beber algo. Aceptó un vasito de *limoncello* casero, y aunque a mí me tentó la idea de tomarme otro para que me ayudase a aguantar aquella visita improvisada, decidí ser responsable y tomarme un té con hielo.

Nos sentamos a la mesa en el acogedor saloncito, y yo me preparé para que nuestra conversación fuese acerca de la empresa o sobre cuándo iba a reincorporarme al trabajo. Pero mi padre me sorprendió.

—Tienes buen aspecto.

Me descolocó tanto que no supe qué responder.

—¿Gracias...?

Con un suspiro, mi padre se frotó los ojos antes de volver a mirarme.

—Francesco —empezó a decir, y el mero hecho de oírle decir mi nombre me dio escalofríos—, estoy muy orgulloso de lo lejos que has llegado.

Me quedé de piedra. Sabía que mis padres eran conscientes de lo que me había pasado, pero no me había imaginado ni en mis más locos sueños que mi padre fuese a hablar del tema. Aunque mi madre me había llamado unas cuantas veces después de que me dieran el alta, solo había charlado de cosas superficiales. Jamás, ni siquiera por error, mencionaba lo que había ocurrido. Por otra parte, mi padre había venido al hospital, y aunque había hablado con Rob y Eric mientras yo estaba inconsciente, luego no había vuelto a dar señales de vida.

Pensaba que se habían rendido definitivamente conmigo, de una vez por todas. Y me importaba más bien poco, para mi asombro.

—Si he llegado hasta aquí, ha sido por mí mismo y por la gente a la que quiero. No buscaba complacerte, ni tampoco tu aprobación.

—Lo sé —asintió él—. No he sido un buen padre, pero tú sí has sido..., y eres, un buen hijo.

Tenía que estar alucinando. Aquello no podía ser verdad.

—¿Por qué has venido? —le pregunté. Tenía que haber algún motivo oculto.

—Para decirte que, si no te gusta trabajar en la empresa familiar, puedes dimitir. Cuando me retire, la venderé, y todo el dinero que me quede antes de irme al infierno de cabeza será tuyo. Eres libre de marcharte, si es lo que deseas.

—¿Por qué? —Le sostuve la mirada a mi padre por primera vez en mi vida. Bajo la calidez del candelabro del techo, no intimidaba tanto como cuando estaba sentado en su despacho. En aquel momento no era más que un hombre de mediana edad rodeado de muebles del siglo pasado y manteletas de ganchillo—. Papá, ¿ha pasado algo grave? ¿Estás bien?

Mi padre parpadeó varias veces.

—Espera, ¿te estás preocupando por mí?

—¡Pues claro que me preocupo! —grité, y tuve que reprimir el impulso de estampar la mano sobre la mesa de madera. Esta también era la primera vez que le levantaba la voz a mi padre—. Vienes aquí, tras todos estos años, para decirme que estás orgulloso de mí y que si me apetece puedo dimitir de la empresa familiar, así que es obvio que algo pasa. ¿Qué es? Si estás enfermo, puedes decírmelo, y te ayudaré en lo que pueda.

Mi padre me escuchó con atención, atónito, pero luego se cubrió los ojos con la mano y se echó a reír. Noté que se me calentaba la cara.

—¿Por qué te ríes de mí? —pregunté, indignado.

—No es eso —respondió mi padre, negando con la cabeza—. Me asombra que, a pesar de todo, yo te importe.

Aferré con tanta fuerza el borde de la mesa que se me quedaron los nudillos blancos.

—Lo sé, debo de ser gilipollas. Nunca me has querido, pero a mí siempre me has importado, y lo seguirás haciendo el resto de mi vida. Si quieres, puedes volver a reírte, pero en ese caso te voy a pedir que te marches cuando acabes.

Esta vez, mi padre no se rió.

—¿Te acuerdas de tu abuelo? —me preguntó, refiriéndose a su propio padre. Se murió cuando yo tenía tres años, así que negué con la cabeza—. Mejor, porque era un cabronazo. Pensó que la mejor forma de educar a los hijos es a base de golpes, porque eso fortalece el carácter y evita que cometan el error de expresar sus emociones y parecer unos pusilánimes. Soy el hombre que conoces por él, tanto en lo bueno como en lo malo.

No tenía muy claro que hubiese una parte buena en mi padre que yo conociera, pero decidí no hacer ningún comentario al respecto.

—Odiaba a mi padre —continuó—, y me juré que si algún día tenía un hijo, no me atrevería a ponerle la mano encima.

—Has cumplido tu palabra —señalé yo—. Nunca me has pegado.

—No, es cierto. Pero te he fallado de otras formas. Francesco, eras un niño muy cariñoso. Eras muy sensible y te disgustabas con facilidad, y yo no tenía ni idea de cómo manejar eso. Aunque no me temblaba el pulso a la hora de reunirme con un puñado de estafadores que intentaban robarme la empresa, no tenía ni idea de cómo gestionar que un niño de cuatro años me pidiese un abrazo.

No pude contener un resoplido.

—Vaya, siento haber querido un poco de cariño.

—No quiero insinuar que nada de esto fuese culpa tuya. Durante un tiempo, tuve la esperanza de que tu madre supiera darte la atención que necesitabas, ya que yo estaba... —Hizo una pausa, buscando la palabra adecuada.

—¿Estreñido emocionalmente? —sugerí.

—Sí. Pero tampoco en eso tuviste suerte. Sigo sin creerme que alguien como tú sea hijo mío y de esa puta egoísta.

—Papá, no quiero que vuelvas a hablar así de mi madre o de cualquier otra mujer nunca más. Al menos delante de mí.

Mi padre esbozó una sonrisa sardónica que no se reflejó en sus ojos.

—Supongo que ella también te importa. Tendríamos que habernos divorciado, pero cuando dijo que me llevaría a juicio por la custodia preferí no arriesgarme. Ni en sus más locos sueños te hubiera dejado a su merced.

—¿De qué estás hablando? —Ahora sí que me había perdido.

—Le pregunté incluso a tus abuelos si podían ayudarme a convencerla, pero ella insistió en que, si daba por terminado nuestro matrimonio, te llevaría con ella a Brasil. Tu madre te..., quiere, aunque sea de una forma retorcida. Eso no se lo negaré.

No tenía ni idea de cómo sentirme. Durante muchos años había pensado que, si mis padres se llegaban a divorciar, se sacarían los ojos para *no* tener que quedarse con mi custodia. No por lo contrario.

—En cualquier caso —continuó mi padre—, seguimos juntos, y ella empezó a meterte ideas raras en la cabeza sobre tu aspecto. Yo reaccioné con ira, Francesco, porque era la única emoción que fui capaz de mostrar. Cuando nos viste discutiendo, te asusté, y no quería darte miedo. Por eso empecé a evitarte a ti también, y al final nuestro vínculo se pudrió sin remedio.

Me apoyé en la mesa, con la barbilla en la mano, y me pregunté si de verdad podía haber pasado todo aquello sin que yo me enterase. Pero recordé a mi abuelo hablando con mi madre por teléfono, las discusiones, la actitud de mi padre hacia mí..., y por primera vez en mi vida me pareció que estaba siendo sincero conmigo.

—Pero no me aceptaste por quién soy —dije—. Cuando salí del armario...

—Cuando me confesaste que eras gay me puse furioso, Francesco, porque el pedófilo de tu profesor de piano se había atrevido a ponerte las manos encima. Dicho lo cual, es verdad que no te mostré ningún apoyo, y te pido perdón por ello.

—Riccardo no me tocó un solo pelo de la cabeza.

—Eso me dijiste —asintió mi padre—, pero no sabía si podía fiarme. ¿Y si te había hecho algo, y tú solo tratabas de protegerle?

Me obligué a exhalar, apretando los dientes.

—Si de verdad te importaba lo más mínimo, ¿por qué nunca me lo dijiste?

Mi padre permaneció callado durante un rato.

—Pensaba que ya era demasiado tarde, y no quería empeorar las cosas.

Se levantó de la silla, poniéndose el abrigo que había dejado sobre el respaldo de la silla. ¿Así que se marchaba? No comprendí qué estaba pasando, y solo pude observar cómo se ajustaba las solapas del chaquetón.

—No he venido aquí a disculparme, porque no creo que debas perdonarme. Solo quería ver tu rostro otra vez, aunque has estado a punto de perder tu vida por mi culpa.

Tras mirarme intensamente unos segundos más, mi padre se dio la vuelta para dirigirse a la puerta. Así que ahí se terminaba la conversación. Típico de mi padre: entraba en mi vida por motivos egoístas, lo dejaba todo patas arriba y se marchaba a toda prisa, como si la casa estuviese ardiendo.

Sabía que podía dejar que se marchase, y la pesadilla que había sido nuestra relación se terminaría para siempre. Pero...

—Papá —le llamé—. Sé que hablaste con Eric en el hospital. No sé si fue porque te sentiste identificado con él o porque te consolaba que su padre la hubiera cagado aún más que tú, pero gracias. Necesitaba oír todas y cada una de las palabras que le dijiste.

Mi padre se dio la vuelta, y asintió para indicar que me había oído.

—Cuando vuelvas a Milán, ven a visitarme. Si quieres. Y puedes... Tu novio está

invitado también.

Le sonreí, y luego decidí acompañarle hasta la puerta.

—¿Quieres quedarte a pasar la noche? —le ofrecí.

Mi padre abrió la puerta e hizo un gesto en dirección al coche aparcado delante del jardín.

—No, tenemos una habitación de hotel reservada. Mañana voy a dar una conferencia en Nápoles, así que nos tendremos que ir al amanecer.

Por un momento tuve la tentación de preguntarle por ese “nos”, pero no me dio tiempo antes de que Dora se bajara del coche para saludarme moviendo la mano. De su hombro colgaba un bolso de mano con pinta de ser carísimo, que de hecho ya había visto en un catálogo que tenía Rob por casa.

—La próxima vez que vengas —le dije a mi padre—, Dora está invitada también.

Eric

En cuanto Fra y yo decidimos retomar nuestra relación, todo lo demás encajó de forma casi inmediata. Como Francesco ya había sacrificado demasiado para quedarse a mi lado en el pasado, y necesitaba estar cerca de su familia y amigos, pronto quedó claro que esta vez era yo quien se tenía que mudar.

Pedí un traslado permanente a la división italiana de la empresa en enero, que me concedieron en abril. Fue más o menos a la vez que el regreso de Fra a Milán.

Íbamos al trabajo y regresábamos a casa juntos todos los días. Lo nuestro era un secreto a voces, pero al parecer, la gente pensaba que había surgido por un flechazo durante el proyecto que me trajo a Milán.

Tal y como me sugirió Betta, al pedir el traslado me aseguré de especificar que me asignasen a un departamento diferente para evitar cualquier conflicto de intereses. Nos ahorramos los rumores, así que pronto quedó claro que había sido una buena decisión. A veces, cuando quedábamos para comer juntos en la sala de descansos, Emilio bromeaba respecto a haber sido el que nos presentó.

—¿Veis a estos dos? Mérito de la casamentera de la empresa, es decir, mío.

Me alegraba que nadie cuestionara la ausencia de Fra, que había estado de baja cuatro meses. Aunque Emilio y Recursos Humanos estaban al corriente de lo que había ocurrido, la versión oficial era que había tenido que ocuparse de unos asuntos familiares.

Pero Fra no planeaba quedarse mucho más tiempo en la empresa. Durante los meses que pasó en el pueblecito se empezó a interesar por la ciberseguridad, y ahora estaba ultimando los preparativos para montar su propia start-up a finales de año. Quería crear sus propios softwares, en vez de limitarse a los encargos de un sinnúmero de clientes, y a mí me alegraba infinito que hubiese tomado la decisión de apostar por sí mismo. Tenía las habilidades, los inversores e incluso a algunos desarrolladores jóvenes muy prometedores que estaban interesados en trabajar con él. Solo necesitaba encontrar un buen local para alquilar y terminar con el papeleo.

—Si en algún momento necesitas un gestor de proyectos, soy todo tuyo —bromeé una noche, mientras él trabajaba en su proyecto sentado a la mesa de la cocina.

—Ya he habilitado la dirección de correo a la que puedes enviar tu currículum, si te interesa —respondió, con una sonrisa pícaro.

Arqueeé una ceja.

—Espera, ¿en serio me harías pasar por una entrevista de trabajo?

Sin apartar la mirada de la pantalla, Fra resopló.

—Pues claro. ¿O quieres que la gente piense que conseguiste firmar el contrato acostándose con el jefe?

Me incliné para besarle el cuello.

—El jefe —repetí, deslizando una mano sobre su estómago—. Qué bien suena.

Fra gimió, lo cual consideré un triunfo.

—Nada. Definitivamente, no podemos trabajar juntos.

—Era broma, mi amor. Este es tu proyecto, y sé que necesitas tener espacios que sean solo tuyos.

—Lo mismo podría decirse de ti. Este apartamento se nos ha quedado pequeño, ¿no te parece?

—No quería ser yo quien lo dijese, pero... —Me encantaba el piso de Fra, pero no tenía ni idea de dónde meter todas mis cosas tras traérmelas de Londres—. ¿Querías buscar otro apartamento conmigo? Uno que sea nuestro.

—Por supuesto —respondió, y cada vez que me miraba de esa forma sentía que me iba a explotar el corazón.

La busca y captura del nuevo piso nos llevó meses. Por un lado, los precios en Milán son una locura, y por otra parte, queríamos que tuviera al menos tres habitaciones para poder tener un estudio y un cuarto de invitados. Al final encontramos nuestra casa ideal, que quedaba a unas pocas paradas de tranvía de mi oficina y a diez minutos andando del edificio en el que Fra iba a alquilar su local.

Cuando llegó el verano, volvimos al pueblecito costero con Rob y James. Hicimos el trayecto en coche, como al parecer era tradición para Rob y Fra, y durante el viaje salió a colación el tema estrella.

—En esencia, para concedernos la hipoteca, el banco quiere un documento que demuestre que no estoy casado —expliqué.

—Eso es normal, no te preocupes —me aseguró Rob—. Suele tramitarlo el *anagrafe*, que es la oficina del Registro Civil.

—Me parece perfecto, pero por desgracia, eso no existe en Reino Unido.

—¿No puedes pedirla en Francia? —me preguntó James.

—Por poder, puedo, pero no me lo van a tramitar porque no tienen ni idea de qué he estado haciendo durante los diez años que llevo fuera del país.

—Pues vaya mierda —opinó Rob.

—No, la cuestión es que es absurdo. ¿Por qué demonios iba el gobierno británico a expedirme un documento que confirma que *no* he hecho algo? Vaya gilipollez.

Fra puso los ojos en blanco. Razonable, considerando que había tenido que oírme quejarme de aquello durante dos semanas.

—Amenaza con cambiarte de banco —sugirió Rob—. Monta un buen follón, que ya verás qué rápido encuentran la forma de ayudarte.

Con un resoplido, me giré para mirar a James.

—¿¡Cómo es posible que pase esto en un lugar civilizado!?

Él me ofreció una sonrisa arrepentida.

—Eric, soy de un país en el que es legal que la gente se pasee por la calle armada.

—Fallo mío —admití, y me volví hacia Fra—. ¿¡Cómo es posible que pase esto en un lugar civilizado!?

Él se limitó a reírse. Me alegraba comprobar que la situación no era tan estresante para él como lo estaba siendo para mí.

Paramos a almorzar en un restaurante diminuto en algún rincón de la costa de la Toscana. Cuando terminamos, Rob y James decidieron tomarse un café y un gelato, pero Fra me pidió que le acompañase a dar un paseo por la playa, que estaba plagada de turistas disfrutando de sus vacaciones de verano.

Francesco siempre se embadurnaba de crema solar en verano, y fue fácil entender por qué. Se le había pasado por alto el hueco entre el cuello y la camiseta, como pronto evidenció el color rojo cigala del que se le puso la piel tras diez minutos al sol. Con la gorra de béisbol, las gafas de sol de marca, un *smartwatch* en la muñeca y vaqueros ceñidos para completar el conjunto, Fra era el perfecto exponente de qué aspecto tiene un milanés joven cuando se va de vacaciones. A Rob y James les encantaba reírse a su costa, pero a mí me tenía babeando.

Si hubiésemos estado a solas en la playa, habría sacado la cámara para tomar unas cuantas instantáneas de Fra mirando al mar, pero para entonces ya sabía que no le gustaba que le hiciesen fotos si había gente cerca.

—¿Ves algo que te guste? —me preguntó—. Menos mal que eres mi novio, porque si no te podrías meter en un buen lío por mirarme de esa forma.

Sonreí con malicia.

—¿Cómo demonios te has enfundado esos vaqueros, para empezar?

Él suspiró.

—La culpa es de James y Kim, que me convencieron para comprarlos, y me da que voy a necesitar ayuda para quitármelos.

Fra puso los ojos en blanco.

—Ya, James dijo lo mismo.

Se acercó a mí, y de un momento a otro había posado las manos en mi pecho. Le rodeé la cintura con los brazos.

—¿Sabes? —preguntó, en voz tan baja que estaba prácticamente susurrando—. Lo del banco tiene fácil solución.

No me había esperado que volviese a sacar el tema.

—¿Cuál?

—Casarnos.

Me quedé de piedra, y fui incapaz de decir nada.

—Así no te hará falta ningún documento para demostrar que estás legalmente soltero —añadió Fra.

—Espera un momento. —Me quité las gafas de sol y me las colgué del cuello de la camiseta. Luego le quité las suyas, y se las tendí. Aunque el sol hizo que Fra entrecerrase los ojos al principio, tras unos segundos volvió a mirarme—. ¿Me acabas de pedir que me case contigo?

El corazón me latía tan deprisa que, por un momento, temí que se me saliera del pecho.

Fra abrió la boca, pero la cerró de nuevo casi al instante.

—Llevo dos semanas lanzándote indirectas —dijo al final—, pero como puedes observar, te cuesta pillar estas cosas.

—¿¡Llevas pidiéndome matrimonio dos semanas, y aún no has cambiado de idea!?

Fra puso los ojos en blanco.

—¿Sabes qué? Olvídalo. Quiero mi dinero. Que salga quienquiera que esté al mando en este sitio.

—Por favor, cástate conmigo —le pedí, con el corazón a punto de salirse por la garganta. Fra también se puso serio—. ¿Quieres que me arrodille?

Fra echó un vistazo a nuestro alrededor.

—No, por Dios. Quédate quietecito.

Nos miramos unos instantes antes de echarnos a reír.

—Por cierto, sí quiero. Que igual no te había quedado del todo claro.

Me incliné para darle un beso en los labios.

—Entendido.

Fra sonrió como si no pudiera evitarlo, y no pude resistirme a sonreír yo también.

—¿Quieres empezar a contárselo a la gente? —me preguntó.

—Sí. Pero mañana.

—¿Por qué? —me preguntó, envolviéndome el cuello con los brazos—. ¿Acaso tienes

otros planes para esta noche?

—Evidentemente. Tenemos que llegar a casa, poner de fondo baladas y quitarte esos pantalones.

Epílogo

—Apoquina —le exigí a mi primo, tendiéndole la mano para exigir mi dinero.

Rob puso los ojos en blanco mientras se metía la mano en el bolsillo en busca de la cartera. Sacó un billete de cincuenta euros y me lo dio.

—Gracias —sonreí, doblando el billete antes de guardarlo. Mi respiración se condensaba en nubecillas blancas de vaho que se disipaban en aquella fría noche de diciembre.

Dentro del *agriturismo*, un hotel y restaurante regentado por granjeros en medio del campo, la fiesta acababa de empezar. Sentados en el parque, oíamos la música a todo volumen y las carcajadas, pero a la vez el ruido no lograba quebrar la calma de la noche rural milanese. Sobre nuestras cabezas, el cielo estaba despejado y tachonado de estrellas.

—¿Todo bien? —me preguntó Rob. Le sonreí.

—Sí. Los cambios me siguen poniendo un poco nervioso, pero no pasa nada. Estoy bien.

—Podemos quedarnos aquí tanto tiempo como necesites —me aseguró, estirando los brazos por encima de la cabeza—. Aún queda un rato para que saquen la tarta.

—Dios, creo que es con diferencia el momento más incómodo de toda boda.

—Supongo que no estás contando el verdadero rey de los momentos incómodos, que es cuando la pareja de recién casados abre su tercera cafetera —señaló Rob. Me tuve que reír—. En serio. ¿A vosotros cuántas os regalaron?

Me fijé en el anillo dorado que llevaba en el anular antes de volver a mirar a Rob.

—Cuatro, y ni siquiera organizamos una boda como tal.

—Gracias a Dios, también te digo. Casaros de un día para otro fue una buena idea —me aseguró Rob—. ¿Qué hicisteis con tanta cafetera?

Me encogí de hombros, optando por la sinceridad.

—Quedarnos con la mejor y vender el resto por eBay.

—Tiene sentido.

La puerta de entrada al *agriturismo* se abrió para dejar pasar a Eric y James, que salieron a nuestro encuentro inmersos en una conversación la mar de intensa.

—Te juro —comentó James mientras se acercaban a nosotros—, que en Estados Unidos no he oído ni una sola vez la expresión ‘media polla de abeja’.

Rob y yo nos miramos, perplejos.

—¿De qué demonios estáis hablando? —pregunté. Eric me dio un beso en la mejilla con dulzura.

—Nada de lo que tengas que preocuparte, mi amor.

Puse los ojos en blanco, y me giré hacia Rob y James. James se rió.

—A mí no me mires. Eres tú el que se ha casado con él.

—Gracias por la ayuda, cariño.

—De nada, jefe —respondió James entre risas.

Había empezado la universidad en octubre, tras nueve meses estudiando italiano en la academia de Kim, y ya que había mencionado que quería buscarse un trabajo a tiempo parcial le ofrecí un contrato de prácticas en mi empresa. No se lo hubiera dicho ni siquiera a punta de pistola, pero era conocido por hacer el peor café de la historia. Sin embargo, era James, así que todo el mundo le adoraba a pesar de ello.

—Joder, pero ¿se puede saber qué hacéis todos aquí fuera? —se quejó Kim, que también

salía del hotel. Llevaba puesto un gorro de ala ancha negro y un abrigo de piel sintética de leopardo.

—¿Has venido así vestido? —se extrañó Rob.

—No, cielo, me he cambiado en el cuarto de baño —resopló Kim—. Pues claro que he venido así vestido.

—¿Te vas ya? —preguntó Eric—. La fiesta acaba de empezar.

Kim lo asesinó con la mirada.

—No pienso pasar un solo segundo más ahí dentro. Puedo soportar a italianos borrachos. Puedo soportar a españoles borrachos. No puedo soportar ambas cosas a la vez. —Luego nos miró a Eric y a mí—. Al menos vosotros tuvisteis la decencia de no montar tanto follón para casaros por lo civil.

—A mí me hacen gracia —señaló James. Kim se giró hacia él.

—A mí me parece más guapo con la boca cerrada.

—¡Oh, Kim! ¿Así que piensas que soy *guapo*? —contraatacó James, sonriendo de forma tan genuina que incluso Kim se quedó sin palabras.

Apoyándose en mi hombro, Eric decidió salvar la situación.

—Solo es una sugerencia, pero ¿os apetece ir a tomar una cerveza al bar que hay bajando la carretera, y si nos apetece, ya volveremos más tarde?

—Cuenta conmigo —dijo Rob de inmediato.

—Ni se os ocurra iros sin mí —nos amenazó Betta, que llevaba una beisbolera sobre su vestido de novia. ¿Desde cuándo estaba allí con nosotros?

—Betta, ¿se puede saber qué demonios se te ha perdido aquí fuera? —pregunté.

—¿Y por qué llevas zapatillas de deporte? —añadió James, curioso.

—No me toquéis las pelotas. Mi marido está en el cuarto de baño porque le ha sentado mal la comida, no tengo ni idea de qué decirle a los setenta invitados que están ahí dentro liando la mundial, y me he puesto deportivas porque como tenga que caminar un solo minuto más con tacones, igual mato a alguien.

—Ah. ¿Perdón? —dijo James, dubitativo.

—Mueve el culo y sube al coche, James —ladró Betta, abriendo el coche con el botón de la llave. Luego nos miró a los demás—. ¿A qué esperáis? ¡Venga, que me quedo tesa de frío!

Al adelantarnos, Betta se giró hacia mí y puso los ojos en blanco.

—Desde luego, qué envidia me da que decidierais casaros sobre la marcha sin tanto perifollo, chicos.

Cuando nos quedamos solos, miré a mi marido.

—¿Por qué la gente no deja de decírnos lo mismo una y otra vez?

Rompiendo a reír, Eric me dio un beso en los labios. Su boca irradiaba una calidez deliciosa, en especial con el frío que hacía aquella noche.

—Porque las bodas son un grano en el culo —respondió—. No me arrepiento de que decidiésemos ser solo tú y yo aquel día. Me hubiese costado la vida prestarle atención a nadie que no fueses tú, así que...

—Sí, a mí también. Supongo que somos tal para cual.

—Quizá sí. Hasta cierto punto, quizá seamos como el ave fénix. —La seguridad con que Eric dijo aquello me dio escalofríos—. Aunque las llamas nos consuman, y no queden más que rescoldos de nuestro fuego..., renaceremos de nuestras cenizas más vivos que nunca, y seguiremos ardiendo juntos para siempre.

Fin.

TERCER ACTO.— Fin

AVANCE DEL TERCER LIBRO

“Cuando fuimos extraordinarios”

Kim

Mirases donde mirases, la ciudad era un carnaval de color y energía sin fin. Aquella calurosa tarde de junio era testigo de un despliegue extraordinario de banderas arcoíris, que colgaban de la mayoría de ventanas y balcones de los edificios de la ciudad para dar la bienvenida a visitantes de todos los rincones de Italia que habían venido a celebrar el desfile del Orgullo más multitudinario del país.

Al mirar por la ventana del salón me fijé en un grupo de jóvenes que se había sentado en círculo junto a la tienda que hacía esquina, y estaba inflando globos con los colores de la mayoría de banderas del colectivo. No pude evitar una sonrisa al fijarme en una de las chicas del grupo, que daba saltitos de ilusión con su globo negro, gris, blanco y morado.

Mis colores.

Mi bandera.

—Ponme otra aquí, venga, así.

La voz de Betta me obligó a devolver mi atención a la zona de guerra en la que se había convertido mi salón. James y ella se habían pasado casi media hora trasteando con extensiones de colores para rematar su atuendo del Orgullo de 2021. Pero ni siquiera la emoción combinada de ambos era rival para la de Rob, que había diseñado camisetas a juego para todos y ahora había decidido autocoronarse como maquillador del grupo. En aquel momento estaba tratando de camelar a Fra para que le dejase embadurnarle la cara igual que a mí.

Pobre iluso. No tenía ni media posibilidad de que Fra le permitiera dar rienda suelta a su creatividad con la pupurina como había hecho conmigo.

No quisiera sonar arrogante, pero dudaba que ninguno de ellos pudiese brillar tanto como yo. Quizá Rob, si se esforzaba lo suficiente, pudiera acercarse.

—Pareces una estrella del pop —me dijo Eric, como si me hubiera leído la mente.

—Soy tu *ace* en la manga —respondí con una sonrisa torcida, dejándome caer a su lado en el sofá.

—Ya lo creo. En varios sentidos, además. —Mi mejor amigo me devolvió una sonrisa que no se reflejó en sus ojos, lastrados por el cansancio. Odiaba que él, en concreto, pareciese tan exhausto.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté—. ¿Es por lo del banco?

—Sí. No logro encontrar la solución, y me está pasando factura. —Negó con la cabeza—. Pero ni siquiera debería estar pensando en eso ahora mismo. Le prometí a Fra que no volvería a mencionarlo hasta que se terminasen nuestras vacaciones.

—Te he oído —le informó Fra, acercándose a nosotros. Tal y como yo había predicho, Rob había perdido la batalla por la pupurina. Ahora parecía entretenido sacándose fotos con James, a todas luces satisfecho de haberse vestido a juego con su novio.

—Lo siento, mi amor —se disculpó Eric, tomando a Fra de la mano para besarle los nudillos.

Aparté la mirada, tragándome el molesto nudo que se me había formado en la garganta.

—¿Y si te casas con el primer tío que pilles por la calle? —le sugirió Fra a Eric—. Te resolvería el problema.

Me quedé de piedra. Cuando le miré para confirmar que estaba insinuando lo que yo creía, me lo encontré observando con cuidado cómo reaccionaba Eric.

—Pues en realidad —se rió Eric—, ¡no es mala idea!

Si las miradas matasen, habríamos tenido que cancelar el Orgullo para organizar el funeral de Eric. La decepción patente en el rostro de Fra era tan obvia que no sabía si me hacía gracia o me daba lástima.

—Colega, eres tontísimo —le dije a Eric.

Fra y yo nos miramos.

—¿Qué he hecho ahora? —protestó Eric, que no se enteraba de nada.

Suspiré, cansado, y miré a Fra.

—Tenemos que hablar. ¿Podrías esperarme en el cuarto de invitados?

En serio, ¿qué habrían hecho estos dos si yo no los hubiera juntado?

—Claro —respondió Fra, saliendo del cuarto de estar sin mirar a Eric a la cara.

—¿Qué acaba de pasar? —me preguntó Eric, confuso.

Le clavé una mirada venenosa.

—Más te vale estar tratando bien a ese hombre, ¿me oyes?

—¿Qu...? Pero si lo tengo en un pedestal. Además, eres *mi* mejor amigo. ¿No deberías decirle eso a él, en vez de a mí?

—No me hace ninguna falta. Fra tiene mi plena confianza. A ver si te crees que, si no fuera así, le habría confiado a...

Me atraganté con mis propias palabras.

—A Kimchi, ¿no? —supuso Eric.

Por un momento temí no ser capaz de mantener mi rostro indiferente.

Sin embargo, conseguí mirar a Eric a los ojos sin dudar.

—Evidentemente.

Luego me puse de pie y me metí en la cocina. Igual que me había metido en su relación cuando estaba en ruinas, y ahora estaban a punto de pasar por el jodidísimo altar si Eric conectaba dos neuronas.

Sabía que se lo merecían.

Sabía que Fra merecía lo mejor.

Si no fuera así, no le habría confiado al único hombre del que me había enamorado en toda mi vida.

Continuará...

Sobre la autora

Elen Chase es una autora italiana de ficción adulta LGBTQIA+. Oriunda del sur de Italia, tras vivir una temporada en Japón ha dejado allí un trocito de su corazón para siempre. Ahora reside en Florencia, en la región italiana de Toscana.

Le encanta leer romances con tintes serios y, a poder ser, personajes complejos con un pasado tortuoso. Sus libros tienden a hacer llorar a la gente, pero el Felices Para Siempre está garantizado porque Elen es de la opinión de que el mundo necesita más alegría de vivir queer. Las novelas de Elen siempre tocan temas de salud mental, ya que procura darle visibilidad y sensibilizar sobre la importancia que tiene.

Puedes seguirle la pista a Elen en su web,
elenchase.com, o en redes sociales:

Instagram: @elenchase

TikTok: @elenchase

Facebook: @chaseelen

Tumblr: chaseelen.tumblr.com

También puedes seguir y apoyar a Elen en Ko-Fi, donde encontrarás escenas extra y contenido exclusivo. Si quieres echarle un vistazo, visita la página **<https://ko-fi.com/elenchase>**

OTRAS OBRAS DE ELEN CHASE

Saga "Romance Made in Italy"

Cuando fuimos mar y estrellas - Libro 1

"Creo que naciste para amar, y que lo haces de una manera hermosa."

Bajo el sol de verano, en una pequeña ciudad costera de Italia del sur, el joven James, de diecinueve años, conoce al hombre de sus sueños.

Roberto es guapísimo, divertido, dulce..., y tiene novio. James no se hace ilusiones sobre su amistad; sabe que es imposible que a él le llegue el amor.

Roberto está lleno de dudas sobre su relación. Sabe que le falta algo en su vida, y no se esperaba encontrarlo en James, su nuevo vecino estadounidense.

Pero si fuera a pasar algo entre ellos, solo el mar, la arena y las estrellas lo sabrían.

Cuando fuimos llamas en la ceniza - Libro 2

"Por primera vez en mi vida me sentía yo mismo... Me sentía real."

Francesco no cree en las segundas oportunidades. Cinco años después de que una ruptura horrorosa le partiera el corazón, está decidido a concentrarse en su carrera profesional sin dejar que nada ni nadie se interponga entre él y sus metas. Así que cuando su impredecible ex vuelve de pronto a su vida, su cerebro sabe que no debería esperar ningún cambio. ¿El problema? Que su corazón no quiere hacer ni caso.

Los sentimientos de Eric nunca han flaqueado. Francesco es, y siempre será, el gran amor de su vida. Pero en una relación no basta con quererse, y Eric es consciente de que, por mucho que le duela, ser la persona a la que Francesco quiere no significa que sea el hombre al que necesita.

Cuando la ciudad de Milán se viste de luces para recibir la Navidad, las vidas de Fra y Eric se entrelazan una vez más. La suya podría ser una historia preciosa sobre el amor, el odio a uno mismo y el valor de volver a confiarle tu corazón a alguien, pero... ¿Puede alguien entregarle su amor a otra persona si no sabe cómo perdonarse, o quererse, a sí mismo?

Cuando fuimos extraordinarios - Libro 3

"Mereces que te cuiden con tanto cariño como todo el mundo."

Desde que Kim y Alessandro comenzaron a trabajar en plantas diferentes del mismo edificio, han estado inmersos en una guerra silenciosa de bromas pesadas.

Caótico al más puro estilo italiano, Alessandro suele llegar tarde porque se ha quedado dormido, bebe de más y se lo pasa en grande maquinando nuevas maneras de poner de los nervios al director de la escuela de idiomas del bajo. Por su parte, Kim lleva su academia de italiano con la disciplina de acero propia de sus genes surcoreanos, y no aguanta a los payasos. A ninguno, en general, pero menos todavía al bufón que trabaja en el laboratorio del primer piso.

Cuando deciden quedar para celebrar su "rivalniversario", ambos descubren un lado del

otro que no esperaban, y mientras viajan por la costa mediterránea su rivalidad se transforma en amistad... Y quizá pueda ser el comienzo de algo extraordinario.

Próximamente...